
Préstame a tu Prometido
ELIZABETH KINSLEY

Préstame a tu Prometido

ELIZABET KINSLEY



Copyright 2024 de Elizabeth Kinsley

- Todos los derechos reservados –

Romance Histórico

Libros de Afrodita



Sinopsis

Dos hermanas y una misma promesa.

Dos hermanos y un lío que tiene a toda la alta sociedad en vela.

Jennifer Berkley es una mujer tímida e inteligente que odia la frivolidad de la alta sociedad mientras que su hermana Alyson, enamoradiza y optimista, adora las fiestas y anhela encontrar a su príncipe azul.

Todo parece transcurrir con normalidad entre ellas, hasta que su padre toma la decisión de que Jennifer deberá casarse primero, para así obligarla a buscar un esposo.

Pero las cosas no salen como él espera, pues ambas hermanas urdirán un plan para buscar al pretendiente perfecto para la otra, sin percatarse que por el camino perderán sus corazones.

Ni Michael ni Robert buscaban casarse, hasta que las hermanas Berkley irrumpieron en sus vidas. Ahora nadie sabe que hermano quiere casarse con qué hermana, mientras los padres de ambos se entrometen y la sociedad está en vilo por saber cómo acabará todo.

� Un divertido enredo que solo podrás aclarar si lees Préstame a tu prometido.

Índice

Prologo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

1 0

1 1

1 2

1 3

1 4

1 5

1 6

1 7

1 8

1 9

2 0

2 1

Epílogo

Siguiente libro de la autora

Capítulo 1

Capítulo 2

Notas

Prologo

Godmersham, Inglaterra

Noviembre de 1828

Quizá usted diga que los tendones y los músculos de un pájaro son incomparablemente más poderosos que los del hombre, porque...

Un fuerte ruido rompió la concentración de Jennifer. Al levantarse la vista de su libro sobre los experimentos voladores de Leonardo da Vinci, vio que los lacayos volvían a levantar el pesado baúl. Mientras miraba, pasó otro grupo de lacayos con otro baúl de viaje.

«Oh, no —pensó Jennifer, dejando a un lado el libro—. Seguro que no se marchaban ya a Londres. Se levantó la falda, subió corriendo la escalera curva, pasó junto a los criados que llevaban cajas y baúles y entró en la alcoba de su madre. Rodeada de un caos absoluto, su madre dirigía a los sirvientes con soltura mientras arrojaba bata tras bata sobre la cama, creando un colorido montón de prendas.

—Asegúrate de meter en la maleta ese precioso sombrero de plumas que acabo de comprar...

—¿Qué ocurre, mamá? —preguntó Jennifer, rezando para equivocarse. Tal vez simplemente se iban de viaje a Escocia o de excursión por los páramos.

Volviéndose con una brillante sonrisa, su madre puso un chal sobre las batas.

—Nos vamos a Londres.

—¿Ya? ¿Tenemos que ir a la ciudad tan pronto? —preguntó Jennifer, mientras los criados salían de la habitación cargados de cajas—. ¿No podemos esperar a después de Navidad?

—Me temo que no, Jenny —respondió su madre mientras ordenaba su enorme armario.

—¡Londres! —exclamó Alyson al entrar en la alcoba—. ¿Volvemos tan pronto a la ciudad?

Respondió su madre riéndose.

—Sabía que no te importaría, Alis.

—¿Importarte? Cielos, no. —Alyson saltó sobre la cama—. Solo a una vieja como Jenny le importaría.

Unos mechones rubios escaparon del elegante peinado de su madre mientras ella negaba con la cabeza.

—Jennifer simplemente prefiere el campo, Alyson —corrigió, moviéndose para unirse a ellas en la cama.

—En efecto, así es —convino Jennifer, enviando una sonrisa burlona hacia su hermana—. Algunas de nosotras tenemos otros intereses además de las fiestas y la cháchara.

Alyson se dejó caer de nuevo sobre la cama con un resoplido.

—¿Parlotear? Solo las señoras mayores «parlotean», y yo tengo catorce años, no ochenta.

—Muy bien entonces. ¿Y si te digo que te encanta hablar de fruslerías y otras tonterías durante todo el día y hasta bien entrada la noche hasta que tema que me estallen los oídos? —contraatacó Jennifer, lanzando juguetonamente una almohada a Alyson.

—Vamos, niñas —dijo su madre, cuyo brillo azulado en los ojos contrastaba con el tono severo de su voz.

Alyson arrugó la nariz ante su hermana.

—Las jovencitas no hacen muecas, Alyson.

La tranquila reprimenda de su madre hizo que Alyson se incorporara.

—Lo siento, mamá —murmuró.

—Y en cuanto a ti —dijo su madre, alargando la mano para coger la de Jennifer—.

Aunque sé que te encanta la vida en el campo, debes recordar que tendrás tu primera temporada el año que viene, así que es mejor que prestes mucha atención a las acciones de las debutantes en la ciudad.

—No me lo recuerdes —gimió Jennifer, cerrando los ojos. La mera idea de una temporada la hacía estremecerse.

—Vamos, querida. Te encantará.

Las palabras tranquilizadoras de mamá hicieron poco por aliviar el revuelo en la boca de su estómago. Aunque se pareciera exactamente a su madre, Jennifer no podía ser más diferente. La siempre elegante lady Eleonor Berkley, condesa de Lambert, era tan vivaz, tan encantadora, que Jennifer no conocía a nadie a quien no le gustara. Y aunque podía parecerse a su madre en aspecto, era muy distinta a ella en personalidad; Jennifer era tímida, callada y prefería la compañía de sus libros a la de la gente.

Mirando a su hermana, Jennifer intentó no sentir envidia de Alyson y de su facilidad para relacionarse con la gente. Con su pelo castaño, sus ojos grises y su complexión menuda, no se parecía en nada a su alta y voluntariosa madre. Sin embargo, en cuanto a personalidad, Alyson era un reflejo de su madre. Ambas eran tan extrovertidas, tan brillantes, tan encantadoras, que era todo lo que ella podía hacer para conversar con los vecinos.

—¡Estoy deseando que llegue mi Temporada! —pronunció Alyson alegremente.

—Sé que es así, Alis —dijo su madre riendo, acercándose para acariciarle el pelo—. Pero aún te quedan tres años más.

—¿Tres? —gimió ella—. Muchas chicas debutan a los dieciséis. ¿Por qué yo no?

—Sabes la respuesta a eso tan bien como yo —respondió mamá suavemente—. Tu padre ha decidido que sus chicas tendrán su primera Temporada cuando cumplan diecisiete.

—Yo me conformaría perfectamente con esperar un poco más —ofreció Jennifer esperanzada.

Mamá rio brillantemente.

—Conociéndote, mi querida Jennifer, te apetecería saltarte una temporada por completo. —Inclinándose hacia delante, estrechó las manos de Jennifer entre las suyas—. Creo que te sorprenderás de lo mucho que disfrutarás de tu debut. Iremos a comprar los vestidos perfectos a Regent Street, luego pasearemos por el paseo de las Damas en Hyde Park para lucir tu nuevo y elegante hábito de montar, y los caballeros se apresurarán a llenar tu tarjeta de baile. —Sonrió a Jennifer—. Confía en mí, querida. Todo irá bien.

—Te creo —respondió ella suavemente, sabiendo que su madre encontraría de algún modo la forma de ayudarla a superar sus defectos.

—Sí, no te preocupes, Jennifer. Todo lo que tienes que hacer es quedarte ahí, con un aspecto absolutamente hermoso, y los caballeros se te echarán encima —predijo Alyson alegremente—. Y en cuanto por fin sea lo bastante mayor, me uniré a ti y juntas podremos asistir a todas las fiestas, a todas las veladas. —Dijo Alyson mientras se deslizaba fuera de la cama y daba vueltas con los brazos abiertos—. Bailaré hasta que me duelan los pies. —Se agarró al poste de la cama—. Y recogeré cientos de ofertas de los mejores solteros hasta que me decida por el verdadero amor de mi corazón.

Su madre suspiró con ganas.

—Eso es lo que me preocupa de ti, Alis. Que te imagines enamorada de algún cazafortunas de pies ligeros y, con tu naturaleza romántica, seas incapaz de ver más allá de tus propias fantasías para llegar a la verdad. —Dirigiendo una mirada sombría a Alyson, su madre la señaló con el dedo—. Y, del mismo modo que ayudaré a tu hermana a disfrutar de su primera Temporada, te vigilaré de cerca para asegurarme de que no disfrutas demasiado de la tuya.

Alyson no pudo evitar reírse de las preocupaciones de su madre.

—¿Qué es esto? —atronó Gregory Berkley, conde de Lambert, al entrar en la alcoba—. ¿Mis hijas están celebrando una fiesta sin mí? ——Sacudió la cabeza—. Para vergüenza de todas.

Con una suave carcajada, lady Eleonor se puso en pie y, extendiendo los brazos, se dirigió hacia su marido.

—No es una fiesta, querido. Solo una pequeña reunión. —Llevándose la mano a los labios, Gregory le sonrió—. Bueno, entonces, supongo que no me sentiré desairada por no haber sido invitada a acompañaros.

—Bien. —Lady Eleonor le alisó la mano por el chaleco—. Odiaría que te sintieras menospreciado, Gregory, así que prometo invitarte a cualquier fiesta que podamos celebrar.

—¿Por qué no hacemos una ahora? —Sin esperar respuesta, cogió a su esposa entre sus brazos y comenzó a bailar un vals con ella por la habitación mientras tarareaba en voz alta.

Lady Eleonor se rio de su marido mientras él la hacía girar por el reluciente suelo.

—Uníos a nosotros, chicas —gritó alegremente Gregory antes de reanudar su melodía.

Risueña, Alyson tendió los brazos a Jennifer y empezaron a dar vueltas también por la habitación.

—Eres una pésima bailarina —dijo Jennifer, sonriendo para quitarle hierro a las palabras.

—Tú también lo eres —le devolvió Alyson alegremente—. Pero no soy yo la que tiene que aprender a bailar para el año que viene.

1

Londres, Inglaterra

Noviembre de 1830

Cómodamente instalada entre los mullidos cojines del sillón de la biblioteca, Jennifer estudiaba las teorías de da Vinci sobre astrología, las mismas que habían hecho que la Iglesia lo declarara hereje. Sintiéndose ligeramente nerviosa por la posibilidad de que su padre la descubriera leyendo información tan controvertida, Jennifer echó un vistazo a su alrededor en el ala cubierta de brocado de su sillón... y divisó a Alyson, que caminaba de puntillas por el suelo hacia la puerta que comunicaba la biblioteca con el estudio de su padre.

—¿Alis?

Alyson se detuvo en seco.

—Shhhh —susurró con firmeza mientras avanzaba los últimos pasos hacia la puerta.

Jennifer podría haber ignorado el extraño comportamiento de su hermana si Alyson no se

hubiera inclinado entonces hacia delante y hubiera apoyado la oreja contra la puerta.

—¿Qué estás haciendo, Alyson? —exclamó Jennifer, incapaz de creer que su hermana espiara a su padre.

Dándose la vuelta, Alyson se llevó un dedo a los labios. Incluso desde el otro lado de la habitación, Jennifer pudo ver cómo el fastidio iluminaba los ojos de su hermana.

—¿Quieres que me descubra? —siseó Alyson.

—Claro que no, pero aun así, Alyson, no está bien escuchar una conversación privada de papá —protestó Jennifer en voz baja.

—Desde luego que no, pero, aun así, no está bien escuchar una conversación privada de papá —protestó Jennifer en voz baja. —Hizo un gesto con la mano—. Ahora, cállate, Jennifer, para que pueda oír lo que dicen.

Con la curiosidad ahora por encima de su desaprobación, Jennifer dejó a un lado las cartas de astrología.

—¿Con quién está hablando?

—Con Lord Foreman.

Le llevó un momento pensarlo, pero Jennifer finalmente situó el nombre.

—¿Es ese dandy pomposo de pelo rojizo?

Alyson le lanzó una mirada exasperada.

—Solo tú describirías a uno de los caballeros más codiciados de la temporada de un modo tan despreciable.

Jennifer se levantó de la silla con un resoplido decididamente impropio de una dama.

—Si se le considera uno de los caballeros más codiciados, no es de extrañar que aún no haya encontrado a alguien que me interese.

—Esa no es la razón en absoluto, Jennifer, y lo sabes. —Alyson sacudió la cabeza—. Estás demasiado ocupada enterrando la cabeza en tus libros y tontos experimentos como para plantearte siquiera entretener a un pretendiente.

—Los caballeros no están precisamente derribando la puerta para cortejarme —señaló Jennifer.

—Solo porque no les das la oportunidad de conocerte.

—Lo hago —protestó Jennifer—. Porque, justo anoche hablé con Lord Connor sobre las complicaciones que estaba encontrando en el diseño de una catapulta.

Alyson puso los ojos en blanco y mirando por encima del hombro, dijo: —¡Santo cielo, Jennifer, los caballeros no desean discutir sobre artilugios y engranajes en un baile!

—¿Entonces de qué quieren discutir? —preguntó Jennifer, genuinamente perdida.

Alyson se encogió de hombros.

—La mayoría de los caballeros no requieren realmente conversación. Si simplemente pareces fascinada con lo que sea que estén diciendo y añades un asentimiento ocasional, te encontrarán fascinante.

—¿Cómo puede ser eso? —replicó Jennifer, aún más confusa que antes—. ¿Los caballeros están realmente interesados en una señorita cabeza hueca que no hace más que estar pendiente de cada una de sus palabras?

—En su mayor parte —convino Alyson con un firme asentimiento.

—Si eso es lo que realmente quieren los caballeros, me temo que estoy condenada a la soltería —predijo Jennifer.

—Shhh —dijo Alyson, agitando la mano desdeñosamente—. Lo único que necesitas es encontrar al caballero perfecto que aprecie todas tus buenas cualidades.

No, lo que ella necesitaba era un milagro. Jennifer dejó caer su libro sobre la silla que había abandonado hacía poco.

—Lo que necesito es alguien que me ayude a encajar en la sociedad, alguien que me quiera, alguien que me enseñe a conversar con éxito en las fiestas, alguien que me ayude a pertenecer a la alta sociedad.

—Ya perteneces —contraatacó Alyson—. Después de todo, eres la hija de un conde.

Sacudiendo la cabeza, Jennifer continuó:

—Ésa es la única razón por la que me aceptan. No me ayuda sentirme parte de la sociedad. Es como si todo el mundo simplemente me viera y me descartara como una dama insípida y descerebrada. Peor aún, no sé cómo disipar sus creencias erróneas. Incluso tú tienes que admitir, Alis, que soy lamentablemente mala conversando con la gente o pensando esas respuestas ingeniosas que lanzas con tanta facilidad.

—Mantener una conversación educada es una habilidad como cualquier otra —señaló Alyson—. Lo que significa que se puede aprender.

—Llevo dos temporadas fuera, Alyson, y sin embargo no estoy más cerca de dominar esa habilidad en particular de lo que lo estaba en la víspera de mi debut —dijo Jennifer, intentando que el pánico que sentía no se reflejara en su voz. Después de ver el matrimonio de sus padres, Jennifer deseaba casarse, tener hijos, alcanzar la felicidad que sus padres habían encontrado—. Dudo que encuentre nunca un caballero adecuado en la ciudad. Todos son demasiado sofisticados o demasiado simplistas, para interesarse jamás por una chica de campo como yo. Quizá sea mejor que regrese a nuestra finca y busque allí un marido. Sé que estoy mucho más cómoda en el campo de lo que nunca he estado en la ciudad.

—Pero entonces nunca te vería —gritó Alyson—. No podría soportar eso, así que simplemente tendremos que encontrar un marido adecuado aquí en la ciudad.

—¿Cómo? —preguntó Jennifer—. No es que no haya intentado encontrar un marido aquí, pero al parecer no está destinado a ser.

Alyson suspiró profundamente.

—Si tan solo mamá siguiera viva, te habría ayudado a encontrar el marido perfecto.

Mamá. Solo su nombre trajo un dolor familiar al pecho de Jennifer. Los recuerdos de su madre cada vez más débil, hasta quedar postrada en la cama, asaltaron a Jennifer. En su mente, aún podía ver a su madre consumiéndose, desvaneciéndose lentamente, y finalmente, al cabo de unos meses, simplemente rindiéndose al agotamiento.

La muerte de su madre había devastado a su familia, destruyéndolos a todos. Incluso ahora papá era una sombra de lo que había sido, mientras ella y Alyson intentaban sortear indemnes las difíciles aguas de la sociedad educada.

—Quizá sea cierto —concedió Jennifer—, pero aunque mamá siguiera viva, eso no cambiaría el hecho de que soy lamentable para desenvolverme en el mundo social.

—No eres penosa, simplemente inexperta.

Sonriendo ante la protesta de Alyson, Jennifer negó con la cabeza.

—Si no he adquirido ninguna experiencia en dos años, entonces tengo pocas esperanzas para el futuro. Creo que es mejor que me resigne al hecho de que seré la cariñosa tía solterona de tus hijos.

—Dios mío, Jennifer, no puedes renunciar a la esperanza de que...
—Una sonora carcajada llegó desde detrás de la puerta cerrada del estudio de su padre. —¿Qué

está pasando ahí dentro? —musitó Alyson en voz baja antes de levantar un dedo hacia Jennifer —. Espera un momento, Jennifer, mientras intento averiguar lo que papá está diciendo. —Y con eso, Alyson se dio la vuelta y volvió a poner la oreja en la puerta.

Jennifer no veía el sentido de retomar su conversación, pues sabía que Alyson -con su visión rosada de la vida- nunca reconocería lo desesperado de su situación. Pero antes de que Jennifer pudiera despedirse rápidamente de su hermana y salir de la habitación mientras Alyson estaba distraída, la puerta del estudio de su padre se abrió, haciendo que Alyson avanzara dando tumbos... y justo hacia el pecho de su padre.

—Pensé que te encontraría aquí —comentó secamente mientras agarraba los hombros de Alyson y la estabilizaba.

—Pero, papá... —empezó Alyson, con la voz alterada mientras se alisaba las faldas—. Venía a verte.

Su padre levantó una ceja en respuesta, haciendo que Alyson se removiera ante su mirada punzante.

—Bueno, lo hacía —protestó ella—. Aunque sé que podría parecer que estaba intentando espiar tu conversación privada, no es así en absoluto. Simplemente estaba, er... tratando de averiguar si estabas solo antes de entrar en tu estudio.

—Hubiera bastado con llamar a la puerta.

Alyson se mordió el labio inferior.

—Tal vez, pero aun así te habría interrumpido si hubieras estado ocupado con un visitante.

—Tú, mi querida Alis —empezó papá, inclinándose hacia delante para pellizcar la nariz de Alyson—, siempre has sido una abominable mentirosa.

—No estoy mintiendo —contestó Alyson débilmente—. Jennifer estuvo aquí; ella puede decirte que...

Riendo, Jennifer levantó las manos.

—Oh, no, Alis. Déjame fuera de este lío, muchas gracias.

De espaldas a su padre, Alyson frunció el ceño ante la negativa de Jennifer a cubrirla.

—Entonces —empezó Jennifer en voz baja, incapaz de evitar burlarse de su hermana—, tal vez debería decirle a papá que estabas...

—...a punto de preguntar por tu invitado —intervino Alyson, cortando la confesión de Jennifer mientras giraba sobre sí misma para encarar una vez más a su padre—. ¿Quién te ha llamado tan temprano, papá?

—Como si no hubieras oído todas y cada una de mis palabras —replicó papá riendo.

—En verdad, papá —comenzó Jennifer, acudiendo finalmente en ayuda de su hermana—. Dudo que Alyson hubiera oído más que unos instantes de vuestra conversación antes de que abrierais la puerta.

Alyson asintió rápidamente, aferrándose de inmediato a la explicación de Jennifer.

—Es verdad, papá.

Los labios de su padre se crisparon, pero no discutió más el punto. En su lugar, dio una palmada.

—Entonces, Alyson, ¿te gustaría escuchar lo que Lord Foreman tenía que decir?

Todas las afirmaciones de inocencia fueron inmediatamente abandonadas cuando Alyson dio un paso adelante con impaciencia.

—Sí, papá.

—Se ofreció por tu mano.

—¿Y?

—Gentilmente decliné su oferta.

La decepción se mezcló con el enfado en el rostro de Alyson.

—¿Sin siquiera discutir el asunto conmigo?

—Creo que estoy en mi derecho —dijo su padre suavemente, juntando las manos a la espalda.

Alyson sacudió la cabeza con fiereza.

—Puesto que es por mí por quien se ha ofrecido, creo que debo ser yo quien decida si se le rechaza o no.

Su padre ladeó la cabeza.

—Pareces más disgustada por no haberte consultado antes que por la pérdida de un combate con Lord Foreman.

—Pues claro que lo estoy —replicó Alyson—. Yo también le habría rechazado... pero debería haber sido mi elección.

—Que el cielo me salve —murmuró su padre en voz baja—. Has recibido al menos dos docenas de propuestas desde tu debut, Alyson. ¿Realmente esperabas que te consultara todas y cada una de ellas?

—Absolutamente.

Su padre puso los ojos en blanco.

—Entonces será mejor que te acostumbres a la decepción, porque no tengo intención de hacerlo.

—¡Estás siendo tan poco razonable, papá! —exclamó Alyson, mirando a Jennifer—. Por

favor, ayúdame a razonar con él.

Eso fue todo lo que Jennifer pudo hacer para contener su sonrisa ante la dramática súplica de Alyson.

—No tengo muchas esperanzas de convencer a papá en este asunto, Alis. Después de todo, ya sabes cómo es cuando se propone algo.

Cabizbaja, Alyson asintió.

—Una fuerza inamovible.

—Precisamente. —le secundó Jennifer levantando un hombro. Además, no veo por qué estás tan disgustada por esto, Alyson—. Además, no veo por qué estás tan disgustada por esto, Alyson. Ninguno de los caballeros a los que papá rechazó era alguien con quien realmente hubieras considerado casarte. Si no recuerdo mal, dijiste que Lord Foreman te parecía un poco aburrido.

Con su típico estilo, Alyson levantó las manos.

—Bueno, es cierto, Jennifer, pero nunca le dije a papá lo que sentía por Lord Foreman. —Dejándose caer en una silla, miró a Jennifer—. Por lo que él sabía, podría haber considerado a lord Foreman mi pareja perfecta.

—Dudo mucho que alguien lo considerara un compañero perfecto, y mucho menos un hombre inteligente como papá, debido a su preferencia por las chaquetas extravagantemente

brillantes, su ceceo afectado y su costumbre de consumir rapé hasta que te cansa el resoplido que hace —le aseguró Jennifer a su hermana.

—Gracias defenderme, Jennifer —dijo antes de volver su atención hacia Alyson—. En cuanto a ti, mi pequeña, seguiré haciendo lo que considere mejor para ti.

Jennifer pudo adivinar por la expresión de Alyson que esta estaba reprimiendo un comentario.

—Y tú necesitas socializar más, Jennifer —continuó su padre mientras volvía su aguda mirada hacia ella—. Si te interesaras más por la vida del pueblo, podrías descubrir que realmente disfrutas de las salidas sociales.

—Tengo pocas esperanzas en eso, papá —murmuró Jennifer.

Su expresión le hizo saber que no creía ni una palabra de su negación.

—Entonces creo que te subestimas. En el baile de esta noche, no quiero verte sola en un rincón o charlando con las señoras mayores. —La apuntó con un dedo—. Debes bailar, reír y, en general, divertirte con otras jóvenes damas y otros caballeros.

—Pero...

—Ningún «pero», Jennifer. —Inclinándose hacia delante, le estampó un beso en la frente —. ¿Por qué no le demuestras a la tonelada lo especial que eres de verdad?

Jennifer contuvo un gemido.

—Sí, papá.

—Gracias. —Dando un paso atrás, señaló hacia la puerta—. Ahora, ¿por qué no vais las dos a prepararos para nuestra velada en Almack's?

—Con mucho gusto —dijo Alyson, pasando su brazo por el de Jennifer—. Incluso ayudaré a Jennifer a elegir su vestido.

La alarma se encendió en el interior de Jennifer al recordar los profundos corpiños de los vestidos que Alyson había insistido en encargar para ella. Habiendo aprendido la lección, había sido la primera y última vez que Jennifer había buscado el consejo de moda de su hermana.

—Soy perfectamente capaz de elegir mi propio atuendo, Alis.

—Claro que lo eres, tonta —respondió Alyson con una sonrisa cómplice—. Pero será mucho más divertido si te ayudo. —Volviendo los ojos muy abiertos hacia su padre, preguntó—: ¿No estás de acuerdo, papá?

—Desde luego que sí. —Dio unas palmaditas en el brazo de Jennifer—. No te arrepentirás de permitir que Alyson te ayude.

Oh, pero ya lo he hecho, pensó Jennifer, mientras Alyson la sacaba de la habitación.

—No pienso ponerme uno de esos vestidos indecentes que has encargado sin mi aprobación —advirtió Jennifer a su hermana—. Y no podrás hacerme cambiar de opinión.

Alyson rio alegremente.

—Ya veremos, Jenny.



Jennifer frunció el ceño hacia su hermana.

—No peleas limpio.

—No cuando tu felicidad está en juego, Jenny.

—¿La felicidad? —dijo mirándose el vestido y se ajustó el fichu[1] que se había puesto alrededor de los hombros para ayudar a ocultar su bajo escote—. ¿Qué demonios le haría creer que sería feliz estando aquí en Almack's con mi...? —Incapaz de pronunciar la palabra en voz alta, se limitó a hacer un gesto hacia su pecho.

—...expuesta.

—Difícilmente estás expuesta —le devolvió Alyson—. Sobre todo desde que insististe en envolverte los hombros con ese horrible chal.

—Un fichu es un accesorio perfectamente aceptable para cualquier vestido.

—Quizás cuando eres una matrona anciana, pero no cuando intentas atraer a un marido.

—Creo que he dado a conocer muy bien mis sentimientos sobre ese tema.

—Vamos, Jenny —empezó Alyson, la preocupación oscureciendo sus ojos. —Seguramente no deseas estar sola cuando estás... —Ella interrumpió sus palabras cuando Lord Clemens se unió a ellos.

—Disculpen la interrupción, Lady Alyson, Lady Jennifer —murmuró cortésmente, inclinándose ante cada una de ellas a su vez—, pero he venido a reclamar mi baile, milady.

Extendiendo la mano, Alyson aceptó amablemente el brazo que él le ofrecía. Mientras veía alejarse a su hermana, Jennifer contuvo un suspiro y miró su lamentablemente vacía tarjeta de baile. Solo unos pocos bailes habían sido reclamados... y la mayoría de ellos por caballeros de edad avanzada que eran amigos de su padre.

Se le escapó otro suspiro mientras bajaba la tarjeta y levantaba la barbilla.

—No importa —murmuró suavemente para sí misma.

—Claro que importa.

Sobresaltada, Jennifer se giró para mirar al caballero que había hablado desde detrás de ella. Aunque sintió que se sonrojaba de vergüenza, se negó a permitir que aquel desconocido viera su disgusto.

—¿Disculpe? —dijo tan fríamente que prácticamente goteó hielo de las dos palabras.

Sonriendo malvadamente, el caballero fingió tiritar mientras se frotaba los brazos.

—Brrrrr —replicó.

Decidida a ignorarlo, se dio la vuelta y volvió a observar a los bailarines.

—Ah, el corte directo. —Su voz flotó por encima de su hombro, pero ella se negó a ceder al impulso de devolverle la mirada—. Si así es como trata a un caballero, no es de extrañar que esté aquí sola.

—¿Un caballero? —se burló ella, incapaz de permanecer callada un momento más—. Acercarse sigilosamente por detrás a una dama, espiarla y luego atreverse a dirigirse a ella sin una presentación difícilmente son acciones propias de un caballero.

Su risa era grave y escandalosamente atrayente.

—Señor, posee usted una lengua ácida, ¿verdad, milady? Por suerte para usted, soy un alma robusta y no me desanimo fácilmente.

Inquieta, Jennifer olvidó su resolución de ignorarlo y miró por encima del hombro. Inmediatamente deseó no haberlo hecho, pues la sonrisa de él le puso nerviosa por dentro. Con su pelo oscuro, sus apuestos ojos azules y sus rasgos gallardos, era precisamente el tipo de caballero atractivo que la dejaba sintiéndose torpe y desmañada.

—Presume usted demasiado si me considera afortunada por tener que sufrir su actitud

excesivamente familiar, señor. —Luchando por mantener su sereno aplomo, volvió a mirar al frente—. No tengo por costumbre hablar con libertinos.

—¿Un libertino, soy yo? —murmuró él suavemente, dando un paso adelante hasta situarse a su lado—. Ahora es usted quien presume demasiado. Quizá solo sea otra persona que entiende lo que es estar completamente solo en una multitud.

Un grito ahogado brotó de Jennifer mientras le miraba asombrada.

—¿P... p... perdón?

—Creo que me ha oído bastante bien. —Su sonrisa se suavizó—. La vi aquí de pie, sola, observando con nostalgia a los bailarines, y no pude evitar conmoverme por la tristeza de su expresión.

La esperanza, frágil y pálida, floreció en su interior, pero la aplastó sin piedad.

—¿Qué podría saber un caballero como usted acerca de sentirse solo?

—¿Un caballero como yo? —repitió él, con una ceja curvada hacia arriba—. ¿Se refiere a un libertino como yo?

No, se refería a alguien tan apuesto, tan seguro de sí mismo, tan... atractivo.

Confundiendo su silencio, el caballero asintió bruscamente.

—Quizá la malinterpreté, milady, porque cualquiera que no pueda mirar más allá de la

apariencia de una persona es innegablemente superficial.

Su comentario la conmovió profundamente. Ahí estaba ella, juzgándole, desanimada por su aspecto apuesto y poco dispuesta a reconocerle verdaderas emociones. ¡Santo cielo! Le había tratado igual que la tonelada a ella. Cuando el caballero dio un paso adelante, ella le tendió la mano, agarrándole del brazo, y le hizo detenerse.

—Perdóneme, milord. No pretendía ofenderle.

Por un momento él se limitó a mirarla, luego una comisura de sus labios se inclinó hacia arriba.

—Nunca he recibido una respuesta más encantadora —murmuró mientras se llevaba la mano de ella a los labios—. Aun así, preferiría que me concediera el honor de este baile.

Sin esperar su respuesta, le metió la mano en el codo.

Jennifer intentó hincar los pies, pero sus zapatillas de cabritilla no encontraron punto de apoyo en el reluciente suelo de madera de Almack.

—No, por favor —suplicó en voz baja—. Me temo que carezco de habilidad para bailar.

Las comisuras de sus ojos se arrugaron mientras su sonrisa se ensanchaba en una mueca.

—No se preocupe, milady, pues yo la guiaré en cada paso.

Consciente del peso de las miradas que estaban cosechando, Jennifer comenzó a caminar a su lado de mala gana. Temía hacer el ridículo en la pista de baile, pero aquel caballero no le dejaba otra opción. Si forcejeaba y montaba una escena, los dragones de Almack's podrían revocarle el vale.

Y ser arrastrada a la pista de baile constituiría sin duda una «escena».

—Si insiste en que baile con usted, al menos debería saber su nombre, milord —dijo Jennifer mientras tomaba posición en la cuadrilla.

Incluso su atractiva sonrisa hizo poco por aliviar el duro nudo de aprensión en la boca de su estómago.

—Perdone mi descuido. Estaba tan prendado de usted que olvidé una trivialidad menor como las presentaciones.

La encantadora respuesta provocó otro revoloteo en su interior.

—Por suerte no es demasiado tarde para rectificar ese error.

—Lord Michael Exeter a su servicio, milady. —Él ladeó la cabeza ante la presentación—. ¿Y usted es...?

—Horrible bailando —le devolvió ella mientras tropezaba contra él.

En lugar de la molestia que él esperaba, Lord Exeter echó la cabeza hacia atrás y se rio en

voz alta, atrayendo más de una mirada.

—Muy bien entonces, puede mantener su nombre en secreto. —Mientras se acercaban en el baile, le susurró al oído—: Además, me encantan las mujeres misteriosas.

Jennifer tropezó ligeramente ante el comentario burlón, pero se controló antes de que pudiera dar otro paso en falso. Aunque deseaba no haberle hecho saber lo desesperadamente inquietante que le parecía, tenía que perdonarse esa pequeña muestra. Quizá no todos los hombres de la tonelada fueran tan terriblemente aburridos.

Aun así, estas bromas eran una habilidad que nunca había aprendido, y se encontró buscando algo que decir que no la hiciera parecer una ingenua señorita de pueblo.

Afortunadamente, el baile llegó a su fin unos instantes después, ahorrándole la necesidad de idear un comentario chispeante.

—¿Le gustaría acompañarme con un refresco, mi dama misteriosa?

En su estado de lengua trabada, se avergonzaría completamente si pasaba más tiempo en su presencia. Necesitando serenarse, Jennifer sacudió la cabeza, apartando su pesar.

—Aunque agradezco la oferta, milord, creo que sería mejor que volviera con mi hermana.

—La pérdida de su encantadora compañía me herirá para siempre —dijo él, llevándose dramáticamente una mano al corazón.

Oh, Señor, ¿cómo debía responder ella a ese comentario? Ofreciéndole una vacilante

sonrisa a modo de despedida, se recogió las faldas y dio un paso a su alrededor. No se había alejado ni un palmo cuando él la llamó.

—Quizá debería ajustarse el fichu —le sugirió—. Preferiría que no compartiera esa deliciosa vista con ningún otro caballero que no fuese yo.

Jennifer soltó un grito ahogado cuando miró hacia abajo y vio que su fichu se había descolgado completamente de un hombro, dejando totalmente al descubierto su escote. La suave risita de él no hizo más que aumentar su inquietud.

Sintiendo que le ardían las mejillas, aferró la tela colgante contra su pecho mientras se alejaba a toda prisa hacia la cámara de las damas para reparar su persona... preguntándose todo el tiempo por el extraño deseo que tenía de arrancarse el fichu y enfrentarse a él, atrevida y salvaje, dejándole mirar hasta saciarse.

Cielo santo, ¿qué le estaba pasando?



Al ver a la bella dama alejarse a toda prisa, Michael siguió riendo entre dientes mientras se alejaba de la pista de baile. Cuando había acudido a Almack's esta noche, no había tenido intención de bailar con nadie, y mucho menos de obligar a bailar con él a una dama que a la que no conocía de nada. Solo había venido por petición de su madre.

Sacudió la cabeza al imaginar lo que su hermano, el noble lord Robert Exeter, marqués de

Barrington, habría dicho sobre esta última escapada. Señor, tendría que oír hablar de su descarado comportamiento durante horas y horas. No, Robert nunca sería capaz de entender la razón por la que había arrastrado a aquella diosa rubia a la pista de baile con él. En cambio, su hermano le miraría desconcertado.

Al oírla suspirar mientras observaba cómo su compañera se alejaba con un compañero de baile, Michael había visto, sentido y oído su absoluta soledad. Y, diablos, él sabía lo sola que podía sentirse una persona, incluso en la más concurrida de las habitaciones. Aunque él le había confesado este oscuro secreto, ella no le había creído. En lugar de eso, le había juzgado y había decidido que era un libertino. Aunque era cierto que se le consideraba un libertino por su reputación, por alguna extraña razón él había pensado que esta mujer que entendía lo que era la soledad podría ser capaz de ver bajo la fachada al hombre que llevaba dentro.

Y justo cuando pensaba que ella le había descartado, le sorprendió ofreciéndole una bonita disculpa y aceptando su oferta de bailar. Su tímida respuesta le intrigó y se prometió a sí mismo que descubriría su nombre antes de que acabara la noche.

Sin dejar de sonreír, miró a su alrededor en busca de su madre, esperando que pudiera identificar a la belleza rubia. Oteando los bordes de la habitación, se perdió en la búsqueda de su madre hasta que alguien le tocó en el hombro.

—Ciertamente parece que te complace poner a temblar a los dragones. ¿Qué has hecho ahora?

La divertida observación procedía de su hermano mayor, Robert. Sonriendo ampliamente, Michael miró a su alrededor para ver que varios miembros de la tonelada miraban fijamente en

su dirección.

—Uno debe aprovechar al máximo sus puntos fuertes —observó.

La expresión de Robert se volvió sobria al mirar a Michael.

—La facilidad con la que asombras a la tonelada no es un punto fuerte.

—¿Debemos decir que es un don entonces? —replicó rápidamente Michael.

—Más una maldición que un don, le aseguro. —Robert se llevó las manos a la espalda—. Hasta el año pasado, me había preocupado si alguna vez te cansarías del estilo de vida de derrochador que habías abrazado. Pero has recuperado tu dignidad de forma admirable. —Sus cejas se fruncieron—. Lo que no puedo entender es por qué sigues comportándote como un libertino. ¿Por qué no te comportas...

—No es el momento ni el lugar para esta conversación —interrumpió Michael—. Ahora si me disculpas, Robert, veo a Madre al otro lado de la habitación, y necesito su ayuda para identificar a alguien.

—Tal vez yo pueda ayudar —se ofreció Robert—. Con tus... actividades aventureras de este último año, has pasado poco tiempo en estos asuntos, pero yo he asistido a la mayoría de ellos.

—Naturalmente —comentó Michael riendo—. Después de todo, debes cumplir con todas las obligaciones sociales propias de tu posición.

—¿Por qué siempre que hablas de mi preferencia por el comportamiento educado acabas haciéndome parecer un mojigato blandengue?

—Porque te estás convirtiendo rápidamente en uno —le devolvió Michael, intentando suavizar sus palabras con una sonrisa—. De verdad, Robert, empiezo a preocuparme por ti.

Robert se balanceó sobre sus talones.

—¿No es irónico?

—Sí, pero no cambia el hecho de que me preocupa que te estés volviendo demasiado asentado en tus costumbres, demasiado rígido... demasiado parecido a papá.

—Lo tomaré como un cumplido —dijo Robert suavemente.

—No pretendía serlo —murmuró Michael, sacudiendo la cabeza—. Padre apenas podía esbozar una sonrisa en sus mejores días. ¿De verdad quieres convertirte en eso?

Un lado de la boca de Robert se torció hacia arriba.

—Mientras te tenga cerca, dudo que sea posible dejar de sonreír. Eres demasiado divertido, Michael.

Michael puso los ojos en blanco.

—No me estás entendiendo a propósito, Robert. Deberías hacer caso de mi advertencia y

empezar a vivir un poco antes de darte la vuelta y descubrir que eres un viejo cascarrabias sin mujer, sin hijos, sin amigos.

La diversión iluminó la expresión de Robert.

—Bueno, al menos aún te tendré a ti, hermano.

—Bien, entonces. No le des importancia a esto, Robert —replicó Michael—. Estoy demasiado ocupado intentando descubrir la identidad de mi dama misteriosa como para perder más tiempo discutiendo contigo ahora.

—Me ofrecí a ayudar —le recordó Robert.

—Muy bien. —Buscando de nuevo en el salón de baile, Michael divisó a su pareja de baile sentada junto a la pared más alejada, al lado de una de las patronas de Almack—. La que está sentada junto a Lady Bernaw.

De un vistazo, Robert asintió.

—Es lady Jennifer Berkley, la hija del conde de Lambert.

Jennifer. Michael dio vueltas al nombre en su mente. Por lo que pudo deducir de su naturaleza a partir de su breve conocimiento, reconoció que el nombre le iba bien: formal, fría y, sin embargo, suave y femenina.

—¿Deseas una presentación?

Imaginando la respuesta de la dama, Michael empezó a sonreír mientras asentía.

—Adelante.

2

Gregory Berkley, conde de Lambert, entró en el gran salón de baile y miró a su alrededor en busca de sus hijas. Con una rápida mirada encontró a Alyson, que lucía una amplia sonrisa mientras bailaba con lord Allen. Por desgracia, su Jennifer no estaba bailando, sino sentada contra la pared del fondo junto a una de las patronas de Almacks.

Suspirando, se dirigió hacia su hija mayor, preguntándose a cada paso qué haría falta para que estuviera más interesada en atraer la atención de un caballero.

—Perdone la interrupción, milady, pero me pregunto si podría hablar un momento con mi hija —dijo, inclinándose.

La gran dama inclinó graciosamente la cabeza.

—Por supuesto, milord.

Antes de que él pudiera acompañarla a una zona más privada, Jennifer soltó:

—He bailado antes, papá. Mantuve mi promesa; ¡Juro que lo hice!

—Efectivamente, lady Jennifer bailó antes, milord —comenzó lady Bernaw—. De hecho, ahora mismo estaba advirtiéndola sobre ese caballero en particular... si se puede aplicar ese término a Lord Exeter.

Gregory frunció ligeramente el ceño, tratando de ubicar el nombre que le sonaba familiar.

—¿Lord Exeter, ha dicho?

Su elaborado tocado se balanceó mientras Lady Bernaw asentía.

—Exactamente. Lord Michael Exeter, hermano menor del encantador marqués de Barrington.

—Ah, sí —murmuró Gregory—. Conozco al marqués, pero nunca he tenido el placer de conocer a su hermano.

—Estoy bastante segura de que le resultaría una experiencia agradable conocer a Lord Exeter, pues es un diablo encantador. —Lady Bernaw agitó su abanico hacia Jennifer—. Precisamente por eso debería mantenerse lejos de él, jovencita —pronunció en tono firme—. Ese bribón parece saber exactamente qué decirle a una dama para hacerle creer que conoce hasta su alma.

—Vamos, Lady Bernaw —comenzó Gregory con una sonrisa—. Aún no he conocido a un caballero que posea esa habilidad en particular.

—Como usted ha dicho, milord, nunca ha conocido a Lord Exeter. —dijo lady Bernaw, abriendo de golpe y agitándolo contra su pecho como si estuviera a punto de verse acosada por los vapores—. Vaya, hace dos temporadas, arruinó la reputación de una joven debutante con su lengua de plata y sus dulces cumplidos, incitándola a un comportamiento impropio. La pobre creyó que Lord Exeter estaba enamorado de ella, tonta que era, solo para descubrir que él lo había hecho todo por una apuesta. —Lady Bernaw emitió un sonido de «tsking» mientras sacudía lentamente la cabeza—. Por supuesto, para entonces ya era demasiado tarde para ella, y sus avergonzados padres se vieron obligados a casarla con algún barón del campo. Y esa es solo una historia del malvado pasado de Lord Exeter —terminó.

—¿Hay más?

Gregory observó cómo se le iba el color de la cara a su hija mientras escuchaba los cotilleos de Lady Bernaw.

—Mucho peores —anunció Lady Bernaw.

Sin duda proporcionando a los sabios de Almack's todo el forraje que deseaban, pensó Gregory, cansado de escuchar cotilleos.

—Jennifer, necesito urgentemente un refresco. —Ofreciendo una cortés inclinación de cabeza a Lady Bernaw, ayudó a su hija a levantarse del asiento—. Discúlpenos, milady.

Inclinando la cabeza en señal de aquiescencia, Lady Bernaw se volvió inmediatamente hacia su compañera de la izquierda.

—Sería una vergüenza espantosa permitir que Lord Exeter arruinara a otra muchacha, especialmente a una tan...

Habiendo oído suficiente, Gregory apartó a Jennifer de los cotilleos. Al ver que Jennifer tropezaba, miró a su hija, alarmado por su palidez.

—¿Jennifer? ¿Te encuentras mal?

La confusión oscureció su mirada mientras negaba lentamente con la cabeza.

—Parecía tan amable.

—No dudo que lo fuera —convino Gregory, apretando la mano de Jennifer en señal de consuelo—. Y puede que fuera precisamente lo que parecía ser. No hay que hacer caso de chismes ociosos, Jennifer. Prefiero juzgar a un hombre por sus acciones presentes, no por las pasadas. —Aún así, sabía por experiencia que, la mayoría de las veces, los cotilleos tenían algo de verdad, y si una parte de la horrible historia que acababa de oír de Lady Bernaw era cierta, debería asegurarse de alejar a su hija de ese tal Lord Exeter.

Gregory levantó la vista y se dio cuenta de que el marqués de Barrington se acercaba, y junto a él iba un caballero que, por su aspecto, debía de ser el infame hermano.

—Parece que estoy a punto de tener la oportunidad de conocer por fin a este notorio caballero.

A su lado, Jennifer gimió suavemente.

—Buenas noches, milord —dijo Robert mientras tendía la mano a lord Shepham—. Ha pasado bastante tiempo.

—En efecto. —Lord Lambert aceptó la mano tendida con un apretón—. Tiene buen aspecto, Barrington.

—Puedo decir lo mismo de usted, señor. —Colocando una mano sobre el hombro de su hermano, Robert atrajo a Michael hacia delante y dijo—: ¿Puedo tener el honor de presentarle a mi hermano, Lord Michael Exeter?

—Un placer —murmuró Lord Lambert, con una sonrisa que no le llegaba a los ojos.

Michael no se sorprendió por la reacción. Obviamente el hombre había oído hablar de su reputación. Conteniendo una maldición, Michael miró a Jennifer para ver si su padre le había hablado de su pasado.

Atrás habían quedado las sonrisas tímidas y las miradas cálidas. En su lugar, la doncella de hielo había regresado... y esta vez, Michael temía no ser capaz de derretirse a través del muro helado que de nuevo rodeaba a Jennifer.

A Michael se le escapó un suspiro resignado cuando ella levantó la barbilla y apartó la mirada de él. Demasiado para encontrar a alguien que le comprendiera, pensó, mientras lord Lambert presentaba a Jennifer a Robert.

—Un placer conocerle, lord Barrington —murmuró Jennifer a Robert, haciendo una

reverencia. Ignorándole de plano, ni siquiera se molestó en saludarle cortésmente. Si él había tenido alguna duda sobre lo mucho que ella había oído hablar de sus fechorías pasadas, ahora se le habían disipado.

Un incómodo silencio descendió sobre el grupo hasta que Lord Lambert se aclaró la garganta.

—Entonces, lord Exeter, ¿cómo conoció a mi hija?

Michael adoptó instintivamente la pose de libertino informal que había perfeccionado años atrás.

—Me acerqué a ella y me presenté —dijo alegremente.

—¿Te presentaste? —murmuró Robert en voz baja—. Dios santo, Michael, ¿en qué estabas pensando?

—Creo que estaba pensando que la dama necesitaba una pareja de baile.

Robert dejó escapar un largo suspiro.

—Por favor, perdone a mi hermano su atrevimiento, milady. A pesar de sus frecuentes lapsus en el decoro, le aseguro que está bien educado.

—¿Bien educado? —Michael rio—. Señor, Robert, me haces parecer un sabueso de caza. Lo próximo será que te ofrezcas a enseñarle mis dientes.

Lord Lambert se puso rígido.

—Su comentario me hace cuestionar la declaración por completo, señor.

Robert envió a Michael una mirada tranquilizadora y luego ofreció una sonrisa tranquilizadora a Lord Lambert.

—Perdone a mi hermano, señor. Su humor es un gusto adquirido.

—Ya veo.

La humillación ardía en el interior de Michael mientras intentaba evitar que el rubor de la vergüenza manchara sus mejillas. Señor, ¿por qué se había dejado llevar por la ira? ¿Y por qué demonios se había sentido tan decepcionado por el rechazo de Jennifer hacia él en primer lugar? Reconociendo la absoluta grosería de su comportamiento, Michael ofreció sus propias disculpas a lord Lambert.

—Por favor, disculpe mi...

—Discúlpenos —interrumpió lord Lambert, dirigiendo su comentario a Robert—, pero le prometí a mi hija un refresco. —Y con eso, Lord Lambert se llevó a Jennifer de un tirón, dejando a Michael mirando tras ellos con frustración.

—¿Por qué te empeñas en comportarte tan mal, Michael? —preguntó Robert con cansancio—. ¿Te mataría dejar que los demás supieran que realmente eres un caballero?

Tragándose el nudo de humillación atascado en la garganta, Michael se encogió de hombros.

—No lo sé; nunca lo he intentado.

—Pues ya es hora de que lo hagas —dijo Robert en voz baja.

Mirando fijamente a Jennifer, Michael soltó un suspiro.

—Quizá tengas razón. —Robert le dio un codazo—. ¿Quizás?

La broma que mantenían desde la infancia le hizo sonreír.

—Perdona, lo olvidaba. Siempre tienes razón, ¿verdad?

—Y tú siempre eres el listo, Michael. —Robert puso una mano amiga sobre el hombro de Michael—. Ahora, ¿por qué no vemos si podemos encontrar un cigarro y una bebida?

—Ve delante.



Mientras su padre la conducía fuera del salón de baile, Jennifer luchó por contener su necesidad de gritar. ¿Cómo había podido ser tan tonta? Como una ingenua campesina, se había dejado embaucar por las declaraciones simplistas de lord Exeter, había permitido que sus palabras

tocaran una fibra sensible en lo más profundo de su ser y le hicieran creer que él sentía lo mismo que ella en sociedad.

Sin embargo, en lugar de eso, él había estado jugando. Como un mago maestro, la había mirado fijamente, buscando su debilidad, y la había utilizado para desarmarla. Cuando pensó en cómo había soltado todas esas tonterías sobre no juzgarle por su aspecto, se sintió aún más tonta. Acababa de ser engañada por un maestro.

Bueno, ciertamente le había demostrado que no era tan fácil de engañar. En cuanto ella le había desairado, lord Exeter había dejado caer su máscara, permitiéndole ver al libertino cáustico y hastiado que le había ocultado durante su primer encuentro. Interpretaba el papel de caballero ofendido como un actor de primera de un teatro de Drury Lane.

La idea de forzar otra sonrisa cortés esta noche hizo que Jennifer quisiera gemir. Presionándose una mano en la sien, Jennifer le ofreció a su padre una sonrisa de disculpa.

—Me siento un poco fatigada, papá, y me gustaría volver a casa.

—Desde luego, querida —murmuró él inmediatamente—. De todas formas está a punto de amanecer, así que por qué no recojo a tu hermana y nos vamos todos.

Aunque no quería estropearle la diversión a Alyson, Jennifer sabía que no podría soportar otro encuentro fortuito con lord Exeter. Prometiéndose a sí misma que se lo explicaría a Alyson cuando llegaran a casa, Jennifer asintió a su padre.

—Te esperaré aquí.

Unos momentos después, su padre regresó con Alyson a cuestas.

—Sigo sin entender por qué no podemos quedarnos la última hora, papá —protestó Alyson.

—Lo siento, Alis, es culpa mía —dijo Jennifer, ahorrándole explicaciones a su padre—. Me empieza a martillear la cabeza.

Alyson asintió comprensiva.

—Almack's puede ser tan abrumador. —Sin decir nada más, recogieron sus cosas y permitieron que su padre las acompañara al exterior.

—Te vi conversando con el marqués de Barrington y su hermano, lord Michael Exeter —comenzó Alyson en el momento en que se cerró la puerta del carruaje.

Antes de que Jennifer pudiera contestar, su padre intervino.

—Así es. Conozco al marqués a través de un negocio en el que ambos invertimos.

—Por lo que dicen, los dos caballeros bien podrían parecer hermanos, pero su talante no podría ser más diferente —dijo Alyson, sin duda transmitiendo los últimos cotilleos—. Dime, Jennifer, ¿qué te pareció el correcto marqués y su diabólico hermano?

—Una acertada descripción.

Los ojos de Alyson se abrieron de par en par.

—Vaya, vaya. Cuéntame.

Arrepintiéndose de su comentario impulsivo, Jennifer se encogió ligeramente de hombros.

—No hay nada que contar, excepto que estoy de acuerdo con lo que ya has dicho. Lord Barrington es, en efecto, muy correcto y encantador, mientras que su hermano no hace ningún intento por frenar sus maneras desenfadadas.

—Así es —afirmó su padre con firmeza—. El cachorro más joven me pareció grosero y demasiado engreído.

Al recordar el engaño de lord Exeter, Jennifer estuvo totalmente de acuerdo con la valoración de su padre.

—Dado que lord Barrington se comportó de la manera más decorosa, me pareció un poco sorprendente pensar que eran hermanos.

—¿Por qué? —cuestionó Alyson, ladeando la cabeza—. ¿Cree que solo porque son familia deben actuar igual? Después de todo, tú y yo refutamos esa teoría, Jennifer, pues somos tan diferentes como la noche y el día.

—Cierto —concedió Jennifer frunciendo un poco el ceño.

Su padre se pasó una mano por el chaleco.

—Así que estabas prendada del marqués, ¿verdad, Jennifer?

Había una nota extraña en la pregunta de su padre.

—Decir que quedé prendada es una exageración. Lord Barrington simplemente me impresionó con sus modales.

—Ah, pero quizás con un pequeño empujoncito podamos cambiar tu estar impresionada a estar comprometida —dijo Alyson alegremente.

—Hace tiempo que perdí la esperanza de eso, Alis —admitió Jennifer, conteniendo un suspiro de pesar—. Aún no he encontrado a alguien con quien desee casarme.

—Pronto encontrarás a alguien —predijo su padre, dando unas palmaditas reconfortantes en el brazo de Jennifer.

—Aunque no lo haga, no será desastroso. —Sacudiendo la cabeza, Jennifer intentó hacer comprender a su hermana y a su padre—. Estaré perfectamente contenta de vuelta en el campo, donde podré leer, dedicarme a mis experimentos y vivir mi vida exactamente como deseo.

Su padre parecía atónito mientras se hundía contra el asiento del carruaje.

—No lo dices en serio, Jennifer.

—Oh, pero sí lo digo, papá. —Inclinándose hacia delante, ella puso su mano sobre la rodilla de él—. ¿Por qué debo casarme para ser feliz?

—Porque si no lo haces, estarás sola. —Una sombra embrujada oscureció su expresión—. Y no hay nada peor que estar sola.

Sabiendo que estaba pensando en su madre, Jennifer se apresuró a asegurarle que para ella era diferente.

—Sé que echas mucho de menos a mamá, pero para mí no será así. Nunca he estado enamorada, nunca me he sentido parte de alguien, así que no sentiré que he perdido algo.

—Yo... No sé qué decirte, cómo convencerte de que te equivocas —dijo finalmente su padre.

—No me equivoco. —Cuando el carruaje se detuvo, Jennifer se enderezó en su asiento—. ¿Considerarás lo que he dicho esta noche, papá?

Ante el asentimiento de su padre, Jennifer se inclinó sobre el asiento para darle un beso en la mejilla antes de seguir a Alyson fuera del carruaje. Sin duda él consideraría sus palabras, vería la sabiduría en su argumento, y la liberaría de asistir a estos eventos insensatos... y de sufrir la presencia de hombres insensatos.



Nunca se había sentido más... derrotado.

Gregory se desplomó en su cama, sintiéndose viejo y completamente, insoportablemente solo. Y pensar que esto era lo que Jennifer deseaba. Subir a su solitaria alcoba cada noche, no conocer nunca la pasión del matrimonio, la compañía de un cónyuge. Sacudió la cabeza.

—¿Una noche difícil?

Suspirando, Gregory volvió la cabeza para ver a su esposa... o más bien a su fantasma... sentada en una silla cerca del fuego.

—Señor, Eleonor, te echo tanto de menos —dijo, su voz quebrándose en la última palabra.

La tristeza se desplazó por su rostro.

—Lo sé —murmuró ella suavemente—. Por eso sigo aquí contigo.

Quiso ir hacia ella, estrecharla entre sus brazos y consolarse con su suavidad, pero sabía por experiencia que ella simplemente se desvanecería. En la víspera de su muerte, ella había acudido a él, con aspecto fuerte y saludable, y él se había apresurado a abrazarla, solo para descubrir que sus brazos eran incapaces de cerrarse en torno a su forma etérea. Aún así, se alegraba de su compañía cada noche, y si el precio era este dolor por no poder tocarla una vez más, podía vivir fácilmente con ello antes que vivir sin ella en absoluto.

—No sé qué hacer con nuestras hijas —admitió mientras pasaba a sentarse frente a Eleonor —. Mientras Alyson disfruta recogiendo proposiciones, Jennifer no quiere tener nada que ver con los caballeros de la tonelada. —Se pasó las manos por la cara—. Me dijo esta tarde que no le importaba no casarse nunca.

—Oh, querido —murmuró Eleonor—. Eso no sería bueno para nuestra Jennifer.

Apoyando los codos sobre las rodillas, Gregory se inclinó hacia delante.

—No, no lo sería. Seguiría perdiéndose en sus libros, cada vez más distante. —Sacudió la cabeza—. Incluso ahora, me resulta difícil llegar a ella.

Los ojos de Eleonor se oscurecieron.

—Pero tú siempre estuviste cerca.

—Lo sé —admitió Gregory en voz baja—. Tras tu muerte, pasé horas en mi habitación, hablando contigo, y aunque me resisto a admitirlo, no ayudé a nuestras hijas con su dolor. Y cuando por fin me desperté para volver a interesarme por sus vidas, descubrí que ya no me necesitaban. —Nuestras hijas se volvieron la una hacia la otra, volviéndose mucho más unidas que antes—. Y aunque eso es maravilloso, ahora me siento como si estuviera fuera de ellas, un observador que mira dentro de sus vidas. —Suspiró pesadamente—. Aunque Alyson parece abierta y afectuosa, a veces me pregunto si su revoloteo de un caballero a otro es una forma de evitar apegarse demasiado a uno solo. Y en cuanto a Jennifer, bueno, simplemente dejó de desear relacionarse con nadie.

Asintiendo, Eleonor permaneció en silencio un momento antes de responder.

—Entonces debes ayudar a Jennifer a encontrar la forma de superar su timidez, y ayudar a Alyson a fijar sus afectos en un caballero especial.

—¿Cómo? —preguntó, sintiéndose impotente.

Una suave sonrisa iluminó sus facciones.

—Con el incentivo adecuado, puedes inspirar a las chicas para que intenten encontrar a su pareja perfecta.

—Como yo te encontré.

Las lágrimas brillaron en los ojos de Eleonor.

—Sí, como logramos encontrarnos.

En ese momento, Gregory juró que habría vendido su alma por un beso más con su esposa. Luchando por superar las intensas emociones que le inundaban, volvió a centrar sus pensamientos en sus hijas.

—Ahora solo tenemos que averiguar cómo inspirarlas.

La sonrisa angelical de Eleonor se inclinó hacia arriba con intención diabólica.

—Creo que tengo justo lo que hay que hacer.

Con una carcajada, Gregory se acomodó en su silla.

—Cuéntemelo.

3

—Disculpe la interrupción, lord Michael, pero acaba de llegar el cargamento de harina.

Dejando la pluma sobre el libro de contabilidad abierto, Michael se levantó de la silla para mirar por la ventana a las docenas de personas que bullían en el muelle a pesar de lo temprano de la hora.

—Excelente. Cincuenta cajas, ¿verdad?

—Todo bien apretado —convino el Sr. Hodgins, el capataz jefe del negocio de Michael.

—Dígale al capitán que bajaré enseguida para saldar la cuenta. —Después de que el Sr. Perth asintiera y saliera apresuradamente de la habitación, Michael volvió su atención al concurrido muelle. La satisfacción se instaló en sus entrañas al darse cuenta de que había dejado su huella en este lugar. Poco se había imaginado, cuando había ganado este negocio de pretzels[2] en una partida de cartas, que llegaría a significar tanto para él.

Pretzels. Señor, ¿quién habría imaginado que se podía ganar tanto dinero con pequeños trozos de masa horneada? Michael se rio a carcajadas. Cuando había ganado el negocio por

primera vez, se había burlado de él, pensando que el único valor que podría tener el negocio estaría en el edificio y las máquinas. Después de todo, ¿quién en su sano juicio querría ser un maldito fabricante de pretzels? De hecho, había tenido toda la intención de simplemente venderlo para reponer todo el dinero que había perdido en las mesas de juego, pero cuando había venido a visitar el lugar, para hacerse una idea de su valor, algo en el ajetreado obrador le había atraído. Michael sonrió al recordarlo. Incluso el señor Hodgins le había mirado con resignación, considerándole un dandi con demasiado tiempo en sus ociosas manos. Lo peor era que el señor Hodgins había tenido razón.

En un acto impulsivo, Michael había decidido intentar sacar adelante el negocio. Para su sorpresa, el comerciante de al lado, Aaron Burnbaum, le había tomado bajo su protección y le había enseñado los fundamentos de la gestión de un negocio. Siguiendo los consejos de su nuevo amigo, Michael se había dirigido a los bares locales, les había dado a probar algunas muestras y, al final, había conseguido que la mayoría de ellos se convirtieran en clientes. Luego había ampliado su negocio al continente. ¿Quién habría imaginado que los alemanes, creadores del pretzel al fin y al cabo, considerarían una exquisitez un pretzel inglés importado?

No sabía por qué los alemanes ansiaban sus pretzels, ni le importaba. Todo lo que sabía era que había ampliado este negocio hasta que había empezado a prosperar y que había estado ganando dinero, a manos llenas, desde entonces. Hacía tiempo que su éxito en esta empresa había reabastecido sus cuentas y, aunque ahora tenía la seguridad financiera que había deseado, no tenía ningún deseo de abandonar el negocio.

Esto era suyo.

Era una lástima que no pudiera decirle a nadie de la aristocracia de su incursión en una

aventura empresarial común. Diablos, incluso él había considerado la fábrica como una gran farsa... solo que la broma resultó ser sobre él. Solo podía imaginarse la reacción si miraba a una pomposa estirada y le decía que dirigía una fábrica de pretzels. No solo se convertiría en el hazmerreír de la ciudad, sino que también sería condenado al ostracismo social.

Y aunque Robert estaba encantado de que ya no le consumieran sus afanes libertinos, Michael sabía que su hermano preferiría que vendiera el negocio y reinvirtiera los beneficios en una empresa más caballerosa. Algo en lo que mantuviera las manos limpias. Mirándose las manos manchadas de tinta, Michael sonrió, recordando lo sucio que se había sentido en sus libertinajes pasados, cuando no se le ocurría nada de beber hasta el estupor y caer en la cama de una ramera. Nunca se había imaginado que ensuciándose las manos con el trabajo honesto de un duro día de trabajo se sentiría por fin limpio.

Michael sacudió la cabeza. Señor, no tenía tiempo para enredarse en pensamientos tan autoindulgentes. Después de todo, tenía un negocio que dirigir.



Clavando el clavo en su sitio para asegurar el brazo de la catapulta, Jennifer se perdió en su nuevo experimento. Cuando una mano le tocó el hombro, lanzó un grito de sorpresa, dejó caer el martillo y giró sobre sí misma, llevándose una mano al pecho.

—Alyson —ronroneó, intentando que su palpitante corazón se ralentizara—. No te oí entrar.

—Obviamente. —Ella sonrió tímidamente—. Siento haberte asustado, Jennifer. Intenté

llamar, pero no me oíste por encima de tus martillazos. —Mirando por encima del hombro de Jennifer, Alyson contempló la mesa—. ¿En qué estás trabajando ahora?

Jennifer señaló hacia su catapulta a medio terminar.

—Estoy intentando recrear una versión en miniatura de la catapulta de da Vinci, pero cambiar las medidas y mantener el peso alineado está resultando difícil. Así que estoy intentando asegurar...

—Por favor, Jennifer —interrumpió Alyson, levantando las manos—. Con decir simplemente que estás construyendo una pequeña catapulta habría bastado.

—Lo siento. —Levantando un hombro, Jennifer metió las manos en los bolsillos de su delantal de trabajo de cuero—. Tiendo a dejarme llevar cada vez que hablo de mis experimentos.

—Sé que te encanta. —Alyson arrugó la nariz mientras miraba alrededor del pequeño cobertizo—. Sin embargo, no entiendo por qué. Mira este lugar, Jennifer. Cada rincón está atestado de viejos trozos de basura. No entiendo cómo puedes pasar tanto tiempo aquí.

—Entonces estamos en paz, pues no puedo ni empezar a comprender por qué te gusta pasar tanto tiempo en las fiestas —rebatió Jennifer.

Alyson sonrió en ese momento.

—Sí, supongo que estamos en paz.

Recuperando su martillo, Jennifer lo colgó de un clavo en la pared.

—¿Has venido a visitarme o me he olvidado de otra velada? —preguntó, sabiendo con qué frecuencia perdía la noción del tiempo aquí en su taller... y con qué frecuencia Alyson necesitaba sacarla de este refugio e indicarle que se vistiera para una salida social—. Espero no tener otra obligación aburrida, porque estoy avanzando mucho con esta máquina y me gustaría dedicarle más tiempo.

—Quizá más tarde. —Alyson se agachó y desató el delantal de Jennifer—. Papá desea hablar con nosotras en su estudio.

—¿Quiere hablar con nosotras? —La sorpresa invadió a Jennifer mientras se levantaba el delantal por encima de la cabeza y lo colgaba en una percha cercana—. ¿Ocurre algo?

Alyson se encogió de hombros.

—No lo sé; no dijo ni una palabra más que para pedirme que la trajera.

—¿Crees que podríamos volver al campo? —preguntó Jennifer esperanzada.

—No, a menos que piense dejarme atrás en la ciudad.

Inclinando la cabeza hacia un lado, Jennifer fingió estar considerando la idea.

Con una carcajada, Alyson estrechó la mano de Jennifer y salieron del taller.

En cuanto entraron en el estudio de su padre, éste se puso en pie, las saludó y les pidió que se sentaran en las dos sillas que había frente a su amplio escritorio antes de volver a tomar

asiento detrás de su mesa. A Jennifer le pareció extraña la disposición formal de los asientos. En el pasado, siempre que su padre deseaba hablar con ellas, se sentaban en las sillas acolchadas cerca de la chimenea.

—Gracias por traer a Jennifer —le dijo a Alyson.

—De nada, papá. —Juntando las manos en su regazo, Alyson preguntó en voz baja—: ¿De qué deseas hablar con nosotras?

—De vuestro futuro. —Su padre respiró hondo, como preparándose—. Creo que es hora de que os ayude... a orientaros.

Jennifer parpadeó sorprendida.

—¿Orientarnos?

Asintiendo, su padre apoyó los codos en el escritorio y se inclinó hacia delante.

—Hablemos primero de tu futuro, Alyson. Deseas casarte, ¿verdad?

—Por supuesto —respondió ella automáticamente.

—Entonces, ¿por qué no te has decidido por un caballero?

Habiéndose preguntado ella misma lo mismo, Jennifer esperó la respuesta de su hermana.

—Porque ésta es mi primera temporada y deseaba disfrutarla sin trabas —explicó Alyson —. Sin embargo, me decidiré por un marido antes de que acabe la temporada.

—Muy bien. —La mirada de su padre se desvió hacia Jennifer—. ¿Y qué hay de ti, Jennifer?

Ella se removió en su silla.

—¿Qué hay de mí, papá? No parezco atraer a muchos caballeros —señaló.

—Porque no lo intentas.

Irguiéndose, Jennifer sacudió la cabeza.

—Eso no es cierto. Sí que lo intento. Es solo que no puedo conversar con la facilidad de Alyson.

La expresión de papá se suavizó.

—Entonces tienes que esforzarte más, Jennifer. A pesar de tus afirmaciones de que estarías perfectamente bien viviendo como una solterona en el campo, no te deseo eso... por eso he ideado mi plan.

—¿Un plan? —preguntó Jennifer con aprensión—. ¿Qué plan?

—Tu mayor fuerza, Jennifer, es el amor que sientes por tu familia, así que voy a ayudarte a aprovechar esa fuerza para ayudarte a superar tu timidez. —Aclarándose la garganta, su padre

continuó—. No permitiré que Alyson se case antes que tú, así que si quieres conceder el deseo más querido de tu hermana, empezarás de verdad a esforzarte en los asuntos sociales y a decidirte por alguien con quien casarte.

Un grito ahogado brotó tanto de Jennifer como de Alyson.

—No puede ser...

—Seguro que no quieres decir...

Su padre levantó ambas manos, cortando sus protestas simultáneas.

—Mi decisión está tomada en este asunto. Alyson, solo te casarás después de que lo haga tu hermana.

—¿Pero y si ella nunca se casa? —se lamentó Alyson—. No es justo.

—No te preocupes, muñeca —la tranquilizó su padre—. Jennifer te quiere y hará cualquier cosa... incluso casarse... para asegurar tu felicidad. —Le dirigió a Jennifer una mirada desafiante —. ¿No es cierto?

Tenía una feroz negación en la punta de la lengua, lista para volar, cuando Jennifer miró la expresión ansiosa de su hermana. Su padre había tendido limpiamente la trampa, y ahora ella estaba atrapada.

—¿Cómo puedes hacernos esto, papá?

—Como alguien que os quiere y se preocupa por vuestro futuro, siento que no tengo otra opción. —Entrelazó los dedos—. Hago esto por tu propio bien, Jennifer.

—¿Mi propio bien? —Echando hacia atrás su silla, Jennifer se puso en pie, obligándose a no tambalearse bajo el peso de su aplastante decepción. Su amado padre se había convertido inesperadamente en su adversario—. Por favor, papá —susurró entrecortadamente—. Por favor, no me hagas esto.

Su padre cerró los ojos como si le doliera. Lentamente, sus pestañas se levantaron, y en el fondo de su mirada, Jennifer vio su rígida determinación.

—Todo lo que intento hacer, Jennifer, es ayudarte a encontrar la felicidad. Te conozco muy bien, querida, y si estás debidamente motivada, puedes aplicarte con diligencia. Debes considerar que ésta es mi forma de motivarte para que trabajes en tus habilidades sociales y busques un compañero.

Apretando las manos contra su ondulado estómago, Jennifer susurró:

—¿Y si fracaso?

—No lo harás.

Jennifer deseó tener una pizca de la convicción de su padre.

—¿Arriesgarías la felicidad de Alyson?

Su padre negó con la cabeza.

—No creo que arriesgue nada. Tengo fe en ti, Jennifer.

—Esto no está bien, papá —protestó Alyson, poniéndose de pie junto a Jennifer—. No deberías presionar tanto a Jennifer.

—Siento como si no me hubieran dejado otra opción.

El tono firme de la voz de su padre destrozó el último suspiro de esperanza de Jennifer, dejando tras de sí una horrible sensación de traición.

—Es inútil, Alis —dijo Jennifer lentamente—. No tenemos más remedio que aceptar sus dictados, por poco razonables que sean, y rezar para que no haya destruido nuestra felicidad futura en el proceso.

Las cejas de Alyson se fruncieron.

—Pero...

—Es inútil discutir —repitió Jennifer mientras enderezaba los hombros—. Dejemos a padre con sus maquinaciones.

En cuanto las chicas salieron del estudio, Gregory dejó caer la cara entre sus manos temblorosas. Dios mío, rezaba por no haber hecho nada que perjudicara sus posibilidades de ser felices. ¿Tenía derecho a jugar a ser Dios con sus vidas? Por supuesto que lo tenía. Era su padre.

El malestar de su estómago se asentó. Todo iría bien; tenía que ir bien.



Faltaban pocos minutos para el mediodía cuando Michael bajó de su carruaje. Cepillándose el abrigo, pronto abandonó el inútil esfuerzo de limpiarse la harina que se había derramado sobre la fina seda. Aún así, solo con el dinero que había ganado hoy podría comprar más que unas cuantas chaquetas nuevas. Calentado por el pensamiento, subió lentamente los escalones de la entrada.

Señor, estaba agotado, pero se había ganado el derecho a estar cansado. Había ido de Almack's a su oficina, donde había trabajado toda la noche para que el barco zarpara hacia Alemania con la marea de la mañana. Y aunque el trabajo de la mañana le había resultado increíblemente satisfactorio, esa sensación no sirvió de mucho para aliviar el cansancio que le calaba hasta los huesos.

Un gemido brotó de él cuando vio el carruaje de Robert esperando delante de su casa. Maravilloso, pensó Michael. Lo único que quería era su cama; no tenía energía suficiente ni para una breve conversación con Robert. Pero como su hermano ya había llegado, tendría que encontrar las fuerzas en algún sitio. Suspirando cansadamente, siguió subiendo los escalones y entró en su casa.

—Buenos días, Robert —dijo Michael, inyectando a propósito una nota ligera en su saludo mientras se arrastraba hasta el salón—. ¿Qué te trae por aquí tan temprano?

Robert lanzó una mirada incrédula por la ventana al brillante sol del mediodía.

—Apenas temprano, Michael, pero de nuevo, la mayoría de nosotros buscamos nuestras camas en algún momento de la noche.

Dejándose caer en una silla, Michael apoyó sus doloridos pies en un taburete.

—No pude —dijo—. Tenía un envío que debía salir esta mañana.

Un ceño fruncido ensombreció la expresión de Robert.

—¿No tienes empleados que se ocupen de eso por ti?

—Por supuesto que sí, pero uno de mis hombres estaba enfermo.

—¿Así que ocupaste su lugar?

La incrédula pregunta hizo sonreír a Michael.

—Precisamente.

—Por Dios, hombre, mírate. —Acercándose a zancadas a Michael, Robert tocó con los dedos el borde de su chaqueta enharinada—. Estás sucio, cubierto de harina y agotado.

—Olvidaste mencionar lo de satisfecho —añadió Michael en voz baja.

Dando un paso atrás, Robert tomó asiento frente a Michael.

—Estoy seguro de que lo estás, Michael. Seré el primero en admitir que estoy orgulloso de la forma en que diste un giro a tu vida... sin ninguna ayuda, a pesar de mis muchas ofertas.

Un lado de su boca se torció hacia arriba.

—Que no aceptara ninguna de tus ofertas de ayuda financiera no significa que no las apreciara.

—Lo sé —le aseguró Robert—. Y ahora puedo ver que fue mejor que no aceptaras ninguna suma de dinero para reponer tus cuentas.

—Cierto, porque no habría apreciado ni un maldito cuarto de penique. —No, si no hubiera estado tan desesperado económicamente como para plantearse dirigir una empresa de pretzels, aún podría estar sumido en el libertinaje.

—Tienes razón. —Robert se inclinó hacia delante—. Pero tal vez sea el momento de considerar la venta de la empresa y dirigir esos fondos en una empresa más... aceptable.

—¿Por qué? ¿No te gusta que tu hermano sea conocido como el Hombre Pretzel? —preguntó Michael, picado por el comentario de Robert.

—No te ofendas, Michael. Simplemente quiero ayudarte.

Bajando los pies del taburete, Michael se sentó erguido.

—No necesitaba tu ayuda antes y no la necesito ahora. Me gusta ensuciarme las manos y crear algo maravilloso. Estoy orgulloso de lo que hago.

—Si estás tan orgulloso, ¿por qué te empeñas en hacer de libertino?

La pregunta silenciosa de Robert le quitó el viento de las velas. ¿Cómo podía responder? Porque lo admitiera o no ante Robert, una parte de él se sentía humillado por ser ahora un fabricante de pretzels.

—Eso es lo que pensaba. —Robert se acomodó en su silla—. Si vendiera la fábrica e invirtiera el dinero, no tendría que temer que alguien lo descubriera. Muchos caballeros participan ahora activamente en sus empresas de inversión. Podrías mostrar a la tonelada quién eres realmente, Michael, y no tener que esconderte tras una fachada.

Era cierto, Michael lo sabía. Era la solución perfecta para todo. Pero solo había un inconveniente. Le gustaba ser el dueño de la empresa de pretzels.

—Lo que no entiendes, Robert, es que no deseo renunciar a ello. Prefiero hacerme el dandi lascivo para ocultar mi negocio. Además, ya casi nunca salgo a eventos sociales.

—Porque pasas todo el tiempo en esa fábrica.

—Ah, pero es tiempo bien empleado. —Poniéndose de pie, Michael cogió un pergamino enrollado del aparador—. Mira lo que he diseñado para mejorar la producción de la fábrica. —Extendiendo el papel sobre la mesa, señaló hacia el boceto—. Se trata de una tira de cuero que se

coloca encima de un juego de rodillos. Mis hombres pueden colocar los pretzels en esta cinta y luego, tirando de esta cuerda de aquí, pueden enviarlos a la siguiente estación sin romper el flujo de producción.

Colocando una mano sobre el dibujo, Robert captó la mirada de Michael.

—Te estás consumiendo por esto, Michael. Anoche fue la primera vez que fuiste a Almack's en más de un año —señaló.

Una carcajada brotó de Michael.

—¿Primero te preocupas por mí porque estoy malgastando mi vida, y cuando por fin me recupero, empiezas a preocuparte porque no paso suficiente tiempo en fiestas frívolas?

—Asistir a salidas sociales no es frívolo —insistió Robert mientras volvía a sentarse.

—Lo sé, lo sé; es una obligación social. —Michael enrolló el pergamino—. Además, ¿cómo encontrarías una esposa adecuada si no rastrearas el mercado matrimonial?

Fue el turno de Robert de reír.

—Créeme cuando le digo que encontrar una esposa no es una de las razones por las que asisto a las veladas.

—No puedes hablar en serio. —Sin embargo, cuando Michael miró a su hermano, vio que Robert sí hablaba en serio—. ¿Por qué demonios no?

—Porque lo último que quiero ahora es cargar con otra responsabilidad.

Responsabilidades como él, se dio cuenta Michael. Desde que murió su padre, Robert había estado soportando la tremenda carga de mantener la finca.

—Buena pareja somos —murmuró Michael, sonriendo a su hermano—. Yo no tengo deseos de casarme porque estoy demasiado ocupado, y tú no quieres una esposa porque deseas saborear la libertad. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Me pregunto quién obtendrá el laureado título de marqués de Barrington si tú no produces un heredero?

—No hay necesidad de pensar más en eso, porque tengo toda la intención de cumplir con esa obligación. —Una sonrisa partió el rostro de Robert—. Solo que no ahora.

Michael devolvió la sonrisa a su hermano.

—Me parece justo. —Pero de alguna manera la idea de Robert como hombre de pueblo no parecía, bueno, propia de Robert—. ¿Y si por casualidad conocieras a una mujer que te pareciera perfecta? ¿Y si mañana conocieras a una dama que te hiciera sentir libre en lugar de agobiado?

La sonrisa de Robert se atenuó y permaneció callado durante un largo momento.

—Sinceramente, no lo sé. Si existiera una dama así, tal vez calmaría esta extraña sensación de inquietud que siento últimamente.

—Puede que sí —convino Michael—. Además, si te casas, estarías demasiado ocupado para preocuparte por mí. —Y eso sería una carga menos de la que preocuparse para Robert.

—Aunque ese podría ser el caso, no espero encontrar a la mujer perfecta mañana —dijo Robert con seguridad.

No, pensó Michael, ocultando una sonrisa, pero quizás aquí había algo que Michael podía hacer por Robert.



Sin pensarlo conscientemente, Jennifer se dirigió hacia el único lugar que siempre le había proporcionado paz. Su taller. Abriendo la puerta de golpe, luchó por controlar la opresión de su pecho, por conservar una apariencia de calma ante Alyson, que la había seguido.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró Alyson, agarrándose la falda.

El hecho de que Alyson ni siquiera pareciera consciente de que se estaba arrugando el vestido decía mucho de su angustia. Jennifer sacudió la cabeza, perdida sobre cómo sacarlas de este lío.

—No lo sé —respondió con sinceridad—. Quizá después de que papá haya tenido un rato para reflexionar...

Antes de que pudiera terminar su pensamiento, Alyson la interrumpió.

—No, no lo hará —afirmó enfáticamente—. Ya conoces a papá. Cuando toma una

decisión, no la cambia. Jamás.

—Tienes razón —admitió Jennifer, aunque le dolía hacerlo. Mirando alrededor de su taller, deseó que idear la solución a este problema fuera tan fácil como averiguar el siguiente paso en sus experimentos. Se aquietó ante ese pensamiento, antes de murmurar lentamente—: Entonces tendremos que encontrar una forma de eludir su dictado.

La esperanza iluminó la mirada de Alyson cuando soltó su bata.

—¿Alrededor? ¿Qué quieres decir?

Mordiéndose el labio inferior, Jennifer señaló las estanterías cargadas de piezas de su taller.

—Siempre que llego a un punto muerto en un experimento, no intento encontrar la forma de cambiar el problema; intento encontrar una forma de rodearlo. —Por la expresión de Alyson se dio cuenta de que no entendía, así que Jennifer se esforzó por encontrar las palabras adecuadas —. Por ejemplo, si estoy construyendo una máquina y el tornillo que dice el diagrama que hay que utilizar no encaja, no intento forzarlo. En lugar de eso, encuentro uno nuevo, o a veces incluso rediseño toda la unión para que funcione mejor.

Alyson frunció las cejas.

—Sigo sin entender qué tiene eso que ver con el hecho de que papá insista en que te cases antes que yo.

—Todo lo que digo, Alis, es que tiene que haber una forma de evitar este problema, y lo

único que tenemos que hacer es considerarlo desde todos los ángulos y encontrar un enfoque diferente. —Jennifer sonrió por primera vez desde que oyó el horrible pronunciamiento de papá —. No te preocupes, Alis. Soy muy buena encontrando formas de sortear los problemas.

La expresión de Alyson no se aligeró.

—Resolver un problema con unos tornillos es una cosa muy diferente a idear una manera de burlar a papá.

Su hermana tenía razón, concedió Jennifer, pero apartó su duda. Lo que se necesitaba aquí era un pensamiento positivo. Así es, se aseguró a sí misma. Con suficiente pensamiento positivo, ella podría encontrar la manera de sortear cualquier problema.

Especialmente cuando la futura felicidad de su hermana dependía de ello.



Entrar en White's fue una de las cosas más difíciles que Michael se había obligado a hacer en mucho tiempo. Aun así, se había encontrado dando vueltas inquieto sobre la cama la noche pasada, cuando debería haber caído en un sueño exhausto. Los pensamientos sobre su mal comportamiento hacia lord Lambert y Jennifer habían rondado por su cabeza, impidiéndole su tan necesario descanso.

Había veces, admitió Michael mientras tiraba de su chaleco, que esta nueva conciencia moral suya era un maldito grano en el culo. Después de haber visitado a lord Lambert en su casa,

Michael se enteró de que el padre de Jennifer había acudido a casa de White... y así lo había seguido.

Al divisar a lord Lambert cerca de la chimenea, Michael tomó aliento y se dirigió hacia él. A tres pasos de distancia, Michael se detuvo y carraspeó, haciendo que lord Lambert levantara la vista de su periódico. La fría expresión de su rostro hizo poco por animar a Michael.

—Perdone la interrupción, milord, pero me preguntaba si podría hablar con usted —empezó Michael con su voz más cortés.

—Preferiría que no —contestó sin rodeos lord Lambert—. Estoy disfrutando bastante de mi momento de soledad.

A pesar de la respuesta, Michael siguió adelante.

—Le aseguro, milord, que solo le llevará un momento de su tiempo. —Antes de que Lord Lambert pudiera decir otra palabra, Michael se sentó a su lado—. Actualmente, me encuentro en la incómoda situación de tener que disculparme ante usted.

Lord Lambert enarcó una ceja.

Tomando esto como una respuesta positiva, Michael continuó:

—La otra noche fui descaradamente grosero con usted y con su hija. Mis acciones no fueron las de un caballero y le ofrezco mis más sinceras disculpas.

Aun así, lord Lambert permaneció en silencio.

La mirada sin pestañear del hombre era jodidamente desconcertante, decidió Michael. Señor, había sido un tonto al venir aquí, ofreciendo disculpas como un bellaco. Sintiendo que se le calentaban las mejillas, Michael se levantó sin decir palabra y giró sobre sus talones.

—Siéntese, lord Exeter, y permita a un hombre un momento para responder antes de salir corriendo.

Sorprendido, Michael retomó su asiento.

Doblando su papel, Lord Lambert prestó toda su atención a Michael.

—Cuando uno llega a mi edad, Lord Exeter, no hay muchas cosas que le sorprendan. —Señaló a Michael—. Pero su disculpa sí. Y ya que ha sido tan comunicativa, creo que debo admitir que, después de haber oído los cotilleos sobre su comportamiento en el pasado, podría haberme apresurado a sacar conclusiones sobre su conducta.

—Es muy generoso por su parte admitirlo, milord.

—No generoso, solo honesto —corrigió Lord Lambert—. Y para un hombre que se enorgullece de hacer un balance del carácter de una persona en lugar de hacer caso a los cuentos manchados de unas cuantas viejas muy aburridas, no es algo fácil de admitir.

Michael no pudo evitar reírse.

—Aunque me gustaría asegurarle que todas las historias que ha oído eran falsedades, me veo incapaz de hacerlo... y seguir siendo honesto.

Las comisuras de la boca de Lord Lambert se inclinaron hacia arriba.

—Por supuesto que no puede. No conozco a muchos jóvenes caballeros que no se hayan divertido un poco antes de sentar la cabeza. —Inclinándose hacia delante, lord Lambert admitió —: Antes de casarme, apuesto a que las chismosas tenían un cuento o dos sobre mis... aventuras.

El alivio calmó la opresión en el pecho de Michael mientras se recostaba en su silla, disfrutando de la compañía de lord Lambert. Quizá no fuera tan malo, después de todo, permitir que la gente viera al hombre en que se había convertido.

—Ahora, ¿por qué no pedimos unos coñacs y le cuento la vez que entré a caballo en la casa de campo de lord Hammond por una alondra?

—Eso suena como un cuento que simplemente debo escuchar —replicó Michael riendo.

La mirada de lord Lambert se agudizó.

—Y luego, cuando haya terminado, podrá decirme por qué se comportó como un bastardo.

Asintiendo, Michael levantó la mano para hacer señas a un sirviente.

—Me parece justo.

—Excelente. —Dejando a un lado su papel, Lord Lambert se reclinó en su silla también—.

De hecho, ¿por qué no empezamos con su explicación antes de empezar a intercambiar historias de fechorías?

Michael decidió que la única manera de manejar esta situación era con total honestidad.

—Muy bien, milord —comenzó—, esa misma noche, me había encontrado con su hija, Lady Jennifer, de pie y sola en el salón de baile, y la invité a bailar. Aunque ella declinó mi invitación, me temo que insistí en que se uniera a mí. —Miró a lord Lambert para medir su respuesta a aquella información. Cuando se dio cuenta de que Lord Lambert no fruncía el ceño, eso dio a Michael el valor para continuar—. Aunque era tímida, su hija parecía disfrutar de mi compañía y, naturalmente, la encontré encantadora.

—Naturalmente —convino lord Lambert, con una comisura de la boca curvándose hacia arriba.

Animado, Michael terminó su relato.

—Pero cuando nos presentaron formalmente, se mostró tan fría... sin duda debido a los cuentos que había oído. Aunque comprendía las razones de su recibimiento, me gustaba poco su frialdad, y por eso me comporté de forma tan abominable.

Lord Lambert consideró la admisión durante un momento.

—Así que se propuso demostrar que todas las historias que ella había oído sobre usted eran ciertas, ya que ella parecía tan decidida a creerlas.

—Precisamente —dijo Michael, aliviado de que Lord Lambert comprendiera al menos las razones de su comportamiento—. Aun así, eso no excusa mi descortesía hacia usted y su hija.

—No —convino lord Lambert—, pero ciertamente la hace comprensible. —La reacción de lord Lambert fue tan diferente de la que había imaginado que Michael se encontró luchando por asimilarlo todo. Había pensado que Lord Lambert aceptaría la disculpa en el mejor de los casos. Sin embargo, aquí estaba sentado, mientras el hombre pedía dos brandies para ellos, aparentemente a gusto con la disculpa de Michael. Más sorprendente aún era la extraña sensación de satisfacción que se apoderaba de él.

Quizás había algo en cumplir con las obligaciones de un caballero.

—Ahora, creo que iba a contarle una de las fechorías de mi pasado.

Michael se acomodó para disfrutar del relato...

4

¿Has ideado alguna forma de eludir el plan de papá? —susurró Alyson desde detrás de su abanico.

—No, pero no te preocupes, Alis. Lo haré —tranquilizó Jennifer a su hermana. De hecho, llevaba toda la tarde dándole vueltas al problema en la cabeza y no estaba más cerca de una solución. Cerrando los ojos, se frotó la sien.

—Bueno, si no se te ocurre algo pronto, tendremos que empezar a concentrarnos en encontrar un caballero para que te cases. —Alyson tocó el brazo de Jennifer—. Sé que dijiste que no encontrabas a nadie atractivo, pero seguro que aquí hay alguien que te puede parecer adecuado.

Jennifer negó con la cabeza.

—Si está en la ciudad, aún no lo conozco.

—¿Qué hay de los caballeros con los que te vi el otro día? El marqués de Barrington y su

hermano. —Sus ojos se iluminaron—. El marqués es un hombre bien parecido.

Jennifer asintió lentamente.

—Cierto, y era un perfecto caballero... a diferencia de ese odioso hermano suyo.

—¿Yo soy odioso?

Jennifer se sobresaltó al oír la voz detrás de ella. Apretando los dientes, miró por encima del hombro.

—Veo que sigue teniendo la costumbre de espiar las conversaciones de las damas —dijo fríamente. Después de todo, difícilmente podía esperar una cálida bienvenida después de haberla tomado por tonta.

Dando un paso para encararlos, Lord Exeter le sonrió maliciosamente.

—Si me detuviera, me perdería todos los cotilleos interesantes que revolotean por la ciudad estos días. —Su mirada se desvió hacia Alyson—. No creo que hayamos tenido el honor —murmuró, haciendo una reverencia baja—. Michael Exeter, a su servicio, milady.

Alyson hizo una reverencia.

—Lady Alyson Berkley.

Las cejas de Lord Exeter se arquearon hacia arriba.

—¿Berkley? —Miró entre las dos damas—. ¿Son hermanas o primas?

—Hermanas... aunque no se podría decir mirándonos —Alyson respondió con una carcajada.

—Cierto, pero la belleza tiene diversas formas, ¿no es así? —La encantadora sonrisa que le dedicó a Alyson crispó los nervios de Jennifer.

No iba a permitir que aquel canalla engañara a su hermana como la había engañado a ella. Pero antes de que Jennifer pudiera dirigir unas palabras de advertencia a su hermana, el marqués se unió a su grupo.

—Buenas noches, lady Jennifer —dijo suavemente, inclinándose ante ella.

—Y a usted también, milord. —Haciendo un gesto hacia su hermana, Jennifer murmuró—: Permítame presentarle a mi hermana, Lady Alyson.

Una vez más, Lord Barrington hizo una reverencia.

—Un placer, milady.

—No sabía que vendría al musical de los Swanson esta noche —comentó Lord Exeter.

Lord Barrington se encogió ligeramente de hombros.

—Yo tampoco, hasta que mi madre me pidió que la acompañara.

Jennifer observó con interés la interacción entre los dos hermanos.

El afecto de lord Barrington por su hermano era evidente.

—Podrías haberme enviado una nota y yo la habría llevado —ofreció lord Exeter.

—Lo hice —comentó secamente Lord Barrington—, pero ya te habías ido por la noche. —Bajó la voz antes de admitir—: Aunque tengo a mi madre en la mayor estima, es algo así como un secreto de familia que aborrezco absolutamente los musicales.

Riendo, Lord Exeter puso una mano afectuosa sobre el hombro de su hermano.

—Le he dicho a Robert que he estado trabajando en el diseño de una máquina que altera la voz de cualquier cantante para convertirla en la de un pájaro cantor.

Jennifer sabía que lord Exeter se estaba burlando de su hermano, pero su comentario sobre el diseño de una máquina la intrigó.

—¿Qué tipo de máquina estaba considerando, milord? No he oído hablar de componentes que se puedan ensamblar para cambiar realmente el sonido.

Alyson le dio un fuerte codazo en las costillas antes de soltar una encantadora carcajada.

—Vamos, Jennifer. ¿Qué sabes tú de máquinas y cosas así?

En un instante, Jennifer recordó su desafortunada afición a perderse en discusiones totalmente inapropiadas para la sociedad educada. Aún así, pensó amotinadamente, ¡no era como si ella hubiera iniciado la conversación esta vez!

Las cejas de lord Exeter se fruncieron mientras dirigía a Jennifer una mirada mordaz.

—Ciertamente sonaba como si supiera de lo que estaba hablando.

¡Santo cielo! Ahora sí que lo había conseguido. Sacudiendo la cabeza, se rio nerviosamente.

—Solo estaba bromeando.

—Pero...

El marqués cortó a su hermano.

—¿Por qué no dejamos esta discusión, Michael? —sugirió en un tono que dejaba claro que la pregunta no era una sugerencia—. ¿Me concederá el honor de acompañarla a su asiento, Lady Jennifer? Estoy seguro de que mi hermano estará encantado de guiar también a Lady Alyson.

—Será un placer —murmuró Jennifer cortésmente, aceptando el brazo que él le ofrecía. Sonriendo a su hermana a modo de despedida y dirigiendo una última mirada a Lord Exeter, permitió que Lord Barrington la condujera a la sala de música.

¡Maldita sea! echó humo Michael, viendo cómo Jennifer se alejaba con su hermano. ¿Por

qué demonios Robert no le permitía seguir hablando con ella sobre este asunto de las máquinas? La mujer había hablado ciertamente como si estuviera interesada en la discusión. Aunque quizá solo se estaba burlando, como ella había afirmado, concedió Michael, conteniendo un suspiro.

—No pude evitar notar, lord Exeter, que su hermano parecía prendado de mi hermana.

Demasiado aturdido por la idea, Michael no pudo contener su exclamación.

—¿Robert, prendado de Lady Jennifer?

Un delicado ceño se curvó en las facciones de Lady Alyson.

—No sé por qué parece tan asombrado, milord. Sería un emparejamiento ventajoso. —Inclinándose hacia delante, le confió—: A mi hermana lo que más le preocupa es comportarse como corresponde a una dama.

—Naturalmente. ¿Por qué no iba a estarlo? —preguntó él, desconcertado por el comentario de Lady Alyson.

Nerviosa, Lady Alyson se apresuró a explicarse.

—Solo quería decir que, a pesar de su fascinación con... con las máquinas y cosas por el estilo, es realmente una dama como Dios manda.

—¿Fascinada con las máquinas? —La noción intrigó a Michael más de lo que le importaba admitir, pero pudo deducir por el rubor de Lady Alyson que no había querido revelar esa verdad en particular.

Lady Alyson desestimó la pregunta con un gesto de las manos.

—Aunque mi hermana juguetea de vez en cuando con las máquinas, le aseguro que es solo un pasatiempo.

Aún así, no conocía a ninguna otra dama de la sociedad con una afición tan maravillosa.

—¿Diseña ella sus propias máquinas entonces, o lo hace...?

—Por favor, señor —dijo Lady Alyson, mirando rápidamente a su alrededor—. Prefiero que mi confidencia no se difunda a tontas y a locas, arruinando por completo las posibilidades de mi hermana de encontrar un partido adecuado. Después de todo, su mayor deseo es ser aceptada incondicionalmente por la sociedad.

Lo que lo convertía en alguien completamente equivocado para Jennifer.

Aquel pensamiento extraviado sobresaltó a Michael. No era como si hubiera sentido verdadero interés por Jennifer. No, se aseguró a sí mismo, simplemente le intrigaba la idea de que ella pudiera compartir su pasión por las máquinas.

—Teniendo eso en cuenta, puede comprender que mi hermana nunca deshonraría el buen nombre de su hermano de ninguna manera.

La nota esperanzada en el extraño comentario de Lady Alyson desconcertó a Michael.

—Puesto que su hermana y mi hermano no están relacionados en absoluto, no veo en qué puede ser esto relevante.

—Me limito a comentar cualquier acontecimiento futuro. —Lady Alyson se inclinó aún más para susurrar—: Estoy segura de que nuestros hermanos harían una buena pareja.

El funcionamiento del cerebro de esta mujer confundió a Michael.

—¿Cómo puede hacer una afirmación así cuando solo se han visto dos veces?

Los ojos de Lady Alyson brillaron.

—Porque puedo intuir estas cosas, milord.

Michael se rio de la idea.

—Si eso es cierto, ganaría una fortuna como casamentera.

—Eso es muy poco probable, ya que nunca arruinaría mi reputación dedicándome al comercio —replicó Lady Alyson con una sonrisa.

Fue todo lo que Michael pudo hacer para mantener la sonrisa en su sitio.

—Desde luego que no —convino, sintiéndose bastante mal—. Usted nunca se rebajaría de esa manera.

—Ciertamente. Sin embargo, eso no me impide ayudar a mi hermana con mi habilidad para buscarle la pareja perfecta.

¿La pareja perfecta? ¿Jennifer y Robert? De algún modo, la sola idea desencadenó una nota chirriante en el interior de Michael. Tal vez Lady Alyson sobrestimara su capacidad, pues los dos parecían no encajar. Aunque él podría encontrar intrigante la afición de Jennifer, sabía que su hermano no lo haría. Además, pensó con un movimiento de cabeza, los dos parecían demasiado parecidos como para encajar jamás.

Aunque no conocía a Jennifer lo suficiente como para juzgarla, Michael sí conocía a su hermano, y alguien interesado en seguir los dictados de la sociedad no era lo que Robert necesitaba. No, Robert necesitaba casarse con alguien que le ayudara a doblegarse un poco, que le volviera un poco loco, que le incitara a dejar de lado las normas de la sociedad y a hacer algo por el mero placer de hacerlo.

Diablos, incluso Lady Alyson le sentaría mejor a Robert.

Sobresaltado por el pensamiento, Michael miró a Lady Alyson. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, aquella mujer se había acercado a él, prácticamente un desconocido, y le había propuesto un plan de emparejamiento entre sus hermanos, por lo que obviamente no le preocupaba demasiado atenerse a la forma en que se solían hacer estas cosas.

—Entonces, ¿me ayudará a organizar que nuestros hermanos pasen tiempo juntos? —le preguntó, con expresión esperanzada.

Dándole vueltas a la pregunta en su cabeza, Michael la examinó desde todos los ángulos. Si aceptaba, naturalmente acercaría a lady Alyson a Robert, ya que sin duda acompañaría a su

hermana. Entonces, Robert podría descubrir por sí mismo que lady Alyson era la dama perfecta para él.

Por supuesto, si Robert no se daba por enterado, Michael siempre podría darle un codazo en la dirección correcta. Los cuatro podrían empezar a asistir a las mismas funciones, y él podría ingeniárselas para que Robert acabara con lady Alyson y él con Jennifer. No era un mal intercambio en absoluto.

Una punzada de culpabilidad punzó a Michael al darse cuenta de que estaría engañando a lady Alyson. Aun así, cuando ella estuviera felizmente enamorada de su hermano, perdonaría su duplicidad... sobre todo si le ayudaba a encontrar una pareja adecuada para Jennifer.

Era, pensó Michael, la solución perfecta.

—¿Y bien, milord? —le preguntó Alyson—. ¿Me ayudará?

Michael sonrió cortésmente.

—Será un placer.

Una sonrisa de felicidad iluminó sus facciones.
—Espléndido. ¿Cuándo empezamos?

Extendiendo el brazo, dijo:

—No hay momento como el presente.

Ella puso la mano sobre su antebrazo.

—Desde luego que no. ¿Qué haremos primero?

—Como sabemos que están sentados juntos, creo que deberíamos encontrar asientos cerca, y asegurarnos de que se familiarizan adecuadamente.

—Perfecto.



Dando gracias a Dios por haber terminado el primer movimiento, Robert se removió en su asiento, rezando para que la siguiente pieza que eligiera la señorita Swanson fuera benditamente más corta.

—Ha sido encantador —le susurró Lady Jennifer mientras se inclinaba más hacia él.

¿Encantador? Si uno disfrutaba con los graznidos de un animal moribundo, tal vez. Aún así, Robert asintió cortésmente.

—Una interpretación muy interesante de la obra de Mozart.

Lady Jennifer le dedicó una sonrisa antes de devolver de nuevo su atención a la señorita

Swanson. La dama perfecta y refinada, pensó Robert mientras la observaba.

Justo la dama que ayudaría a su hermano a luchar contra sus demonios.

Encantado con la idea, Robert examinó el emparejamiento en su mente. Dios sabía que ella parecía interesarle a su hermano. Esta misma tarde, había tenido que impedir que Michael siguiera con la idea de que Lady Jennifer pudiera compartir su interés por la maquinaria. Si ella estaba realmente interesada en los extraños tejemanejes de Michael, eso era una ventaja añadida en la mente de Robert.

Ella también podría convencer a Michael de que vendiera esa ridícula fábrica de pretzels e invirtiera en una empresa más aceptable, una que no cubriera sus chaquetas de harina. Aun así, primero necesitaba descubrir su actitud hacia el comercio, para ver si podía aceptar a Michael.

Cuanto más consideraba Robert la idea de encontrar una novia para Michael, más le gustaba. Aunque casarse no fuera lo más adecuado para él, parecía la solución perfecta para Michael. Acomodándose de nuevo en su silla, Robert reafirmó su voto de ver a su familia asentada, entonces podría viajar, ver el mundo, dar una vuelta por el continente y experimentar la libertad por primera vez en su vida. La sola idea le embriagaba.

Mientras la señorita Swanson aporreaba las teclas de marfil, Robert empezó a idear la manera de empujar a su hermano hacia la elegante lady Jennifer.

Era todo lo que Jennifer podía hacer para no taparse los oídos con las manos para ahogar el sonido del toque de la señorita Swanson. El molesto ruido le dificultaba ordenar sus pensamientos. Enderezándose en su silla, Jennifer trató de ignorar el canto y concentrarse en la brillante idea que se le había ocurrido cuando lord Barrington la había acompañado a la sala de música.

Él era la solución a su problema.

Si simplemente pasaba tiempo en compañía de lord Barrington, tal vez su padre se convencería de que estaba interesada en casarse con el marqués. Mientras estaba ocupada manteniendo su engaño, Jennifer podría emplear ese tiempo en ayudar a Alyson a encontrar marido.

Jennifer echó una mirada furtiva a lord Barrington... y trató de alejar ese punzante sentimiento de culpabilidad que crecía en su interior. No era muy amable por su parte estar pensando en utilizar a lord Barrington para sus propios medios, pero no sentía que tuviera elección en el asunto.

Después de que Alyson encontrara a su verdadero amor, Jennifer convencería a su padre para que permitiera que Alyson se casara primero. Seguramente no podría negarse si veía que Alyson estaba enamorada de su futuro marido y que Jennifer había desarrollado lo que parecían ser serias intenciones hacia lord Barrington.

Por supuesto, una vez que Alyson se hubiera casado sana y salva, Jennifer podría despedirse cariñosamente de lord Barrington y retirarse al campo en paz y felicidad. En conjunto, era el plan perfecto.

Pero seguía sin gustarle la idea de engañar a lord Barrington. Mordiéndose el labio inferior, dio vueltas a otras posibilidades en su cabeza, solo para volver al mismo lugar. El problema era que no podía justificar el utilizar a Lord Barrington para sus propios medios. Suspirando, volvió a mirarle. Había sido un verdadero caballero y ella no podía pagar su amabilidad con engaños.

Eso la dejaba con una sola opción. Podía hablar con él en privado, contarle su difícil situación y rezar para que accediera a ayudarla a resolver el enojoso problema que Alyson y ella tenían con su padre. Pero, ¿por qué iba a acceder a ayudarla? No pudo evitar preguntárselo.

Tal vez él la ayudaría porque era, hasta la médula, un caballero que fue educado para creer en la ayuda a una dama necesitada.

El truco sería convencerle de su necesidad.

Decidiendo que no había momento como el presente, Jennifer tomó aire.

—Perdone mi atrevimiento, milord, pero me pregunto si podría tener una conversación privada con usted.

La sorpresa se registró en sus ojos.

—Por supuesto —respondió al cabo de un momento. Haciendo una pausa para aplaudir cuando la señorita Swanson llegó al final del segundo movimiento, lord Barrington se puso en pie y la acompañó fuera de la sala de música.

Al salir por la puerta, Jennifer vio a su hermana sentada junto a lord Exeter y lord Conover. Alyson resplandecía mientras intercambiaba conversación con los dos caballeros. A Jennifer le

resultó inquietante ver a lord Exeter con su hermana. Después de todo, aquel hombre era un conocido lujurioso que se aprovechaba de las jóvenes fantasiosas como Alyson... como ella misma. En cuanto llegaran a casa, Jennifer se prometió a sí misma que le contaría a Alyson el sórdido pasado de lord Exeter...

Alejando a lord Exeter forzosamente de sus pensamientos, Jennifer se concentró en Alyson. Solo ver la sonrisa de su hermana reforzó el propósito de Jennifer mientras seguía a lord Barrington por la puerta.

Su padre había tenido razón en una cosa. Ella haría cualquier cosa por su hermana.

Echando un vistazo al pasillo para asegurarse de que no había nadie cerca, Robert cerró la puerta del estudio de los Swanson y se volvió para mirar a lady Jennifer. Era demasiado consciente de que su marcha debía de haber levantado más de unas cuantas cejas. No tenía ningún deseo de que nadie interrumpiera esta reunión privada. Con esto en mente, giró la cerradura y, acercándose a grandes zancadas a las ventanas, cerró las cortinas, protegiéndolas de miradas indiscretas.

Cuando se encaró de nuevo con Lady Jennifer, notó la alarma en su mirada. Sonrojándose ligeramente, hizo un gesto hacia las cortinas.

—No deseaba que nos observaran; Dios sabe qué tipo de cotilleos generaría eso.

—Muy inteligente —reconoció ella en voz baja.

Él podía notar que estaba nerviosa por la forma en que jugueteaba con los lazos de su vestido.

—Usted deseaba hablar conmigo —dijo él, dándole una oportunidad.

Asintiendo, ella se aclaró la garganta.

—Sé que solo le he visto dos veces y que esto le parecerá extremadamente atrevido, pero tengo un problema, de naturaleza bastante delicada, así que…

—¿Por qué no me dice cuál es el problema? Prometo no pensar mal de usted —dijo él, cortando su torpe intento de explicación.

—Muy bien. —Ella respiró hondo—. Usted conoció a mi hermana, Alyson, esta tarde. Adoro a mi hermana, así que cuando mi padre dijo que no podía casarse antes que yo, sentí que requería medidas drásticas.

Señor, ¿se estaba declarando la mujer? Ahora le tocaba a él ponerse nervioso.

—No sé si...

—Por favor, déjeme terminar. Si no lo digo ahora, no sé si seguiré teniendo valor para confesárselo —dijo ella—. Verá, no tengo ningún deseo de casarme por nada que no sea amor.

Su simple afirmación calmó el malestar que se agitaba en sus entrañas, pues después de dos encuentros, era seguro suponer que la dama no estaba enamorada de él.

—El problema es que, a pesar de mis mejores esfuerzos, parezco incapaz de encontrar un

caballero que se adapte a mí. A mi hermana, en cambio, no le faltan pretendientes, y creo que encontrará fácilmente a alguien con quien desee casarse, así que pensé, me preguntaba, si tal vez usted podría ayudarme en un ligero... engaño.

Levantó las cejas.

—¿Perdón?

Un rubor brillante se extendió por sus facciones.

—Sé que es mucho pedirle esto, pero como dije antes, estoy desesperada. Si mi padre cree que expreso... sentimientos por usted, podría permitir que mi hermana se casara antes que yo siempre que asuma que yo me casaré poco después.

—Entonces, cuando su hermana esté bien casada, usted y yo romperemos nuestra fingida relación —terminó Robert por ella.

—Exactamente. —Ella le dedicó una sonrisa trémula—. Lo entiende.

—Comprender y estar de acuerdo son dos cosas diferentes, milady —dijo él rígidamente —. Me gustan poco los ardides tortuosos.

—A mí también, pero ¿qué otra opción me ha dejado mi padre? —Ella extendió las manos —. ¿No le parece injusto que castigue a mi hermana por mi deseo de evitar un matrimonio precipitado?

—Desde luego que sí.

Aunque Robert estaba de acuerdo con ella en cierto nivel, también comprendía que un hombre tomaría medidas drásticas si ello beneficiaba a aquellos a los que amaba.

—Quizá podría hablar con su padre, explicarle cómo se siente y cambiaría de opinión.

Ella dejó caer los brazos a los lados.

—Le he suplicado, le he recordado que prometió que nunca nos concertaría un matrimonio no deseado y que nunca he encontrado a alguien que me interese, pero se niega a escuchar. Está decidido. —Ella le miró fijamente.

—¿Me ayudará?

Robert miró a Lady Jennifer, sopesando su súplica. Aunque le disgustaba la idea de engañar a su padre, tenía que admitir que lord Lambert parecía estar pidiendo mucho a sus hijas. Además, pensó Robert, si pasaba tiempo con Lady Jennifer, entonces podría arreglar que Michael también pasara tiempo con ellas.

Apartándose de ella para evitar que sus torbellinos de pensamientos se reflejaran en su expresión, Robert siguió atando cabos. Quizá si pasaba tiempo con Michael, descubriría un parentesco con él que le llevaría al amor. El Señor sabía que solo su peculiar interés por los experimentos les hacía parecer bien avenidos, pues no conocía a nadie más que compartiera esa afición en particular.

Si accedía a su plan, podría haber beneficios adicionales para todas las partes implicadas.

Lady Jennifer podría encontrar el amor, Michael podría encontrar por fin la aceptación que le faltaba, y él podría liberarse de su preocupación por su hermano menor.

Levantando la barbilla, se volvió hacia Lady Jennifer.

—Muy bien, milady. Ayudaré a su causa.

—Gracias —dijo ella apresuradamente—. Esto significa mucho para mí. Es usted verdaderamente un caballero, milord.

—Es un placer acudir en su ayuda —murmuró él a cambio.

Sobre todo si todo salía como él esperaba.

5

—Me he dado cuenta de que has pasado bastante tiempo con lord Barrington —comentó su padre mientras untaba crema en su bollo.

Haciendo una pausa para dar un sorbo a su té, Jennifer intentó proyectar una excitación nerviosa.

—En efecto —murmuró, intercalando la cantidad justa de efusividad en la palabra.

Los ojos de papá se iluminaron.

—Espléndido. Me alegra ver que por fin muestras interés por un caballero.

—Ella no dijo que estuviera interesada, papá —dijo Alyson, dejando su taza de té con un tintineo—. Permitir que un caballero la acompañe a un musical y estar interesada en él son dos cosas completamente distintas.

—La verdad es que me pareció encantador. —Jennifer se secó la boca con su servilleta de lino—. Era bastante entretenido.

—¿Entretenido? —exclamó Alyson, obviamente atónita—. A mí me pareció un tanto... estirado.

Jennifer se rio del comentario de su hermana.

—Si lo comparas con los dandis y libertinos que prefieres, entonces tal vez lo encuentres estirado. Sin embargo, te aseguro que su conversación fue bastante estimulante.

—Sabía que tenía razón al instarte a buscar un marido adecuado, Jennifer.

—¿Instar, papá? —replicó ella secamente—. Creo que la palabra correcta sería chantaje.

Él hizo un gesto con la mano.

—Una palabra tan fea, Jennifer.

—Pero muy apropiada.

Poniéndose en pie, su padre se inclinó para darle un beso en la frente y luego otro en la de Alyson.

—Tal vez —concedió mientras se enderezaba—, pero ¿qué es un pequeño chantaje entre familia, si se hace por la más fina de las razones? —Riéndose, las observó mientras se enderechaba el chaleco—. Gracias por compartir el té conmigo, chicas. Por favor, discúlpenme, ya que le prometí a Lord Esterville que me reuniría con él esta tarde.

Jennifer dirigió a su padre una mirada mordaz.

—Simplemente intentas escabullirte porque la conversación te resulta incómoda. —Levantó un hombro—. La culpa nunca es una emoción cómoda, papá.

Extendiendo la mano, le dio un golpecito a Jennifer en la nariz.

—Cuidado con esa lengua afilada que tienes, niña, o podrías asustar al marqués.

Dado que él no estaba realmente interesado en ella, había pocas posibilidades de que eso ocurriera. Aún así ella le sonrió y asintió.

—Lo intentaré.

Ante la complaciente respuesta, Alyson la miró con suspicacia, pero papá no notó nada raro. Despidiéndose de papá, Jennifer dio otro sorbo a su té mientras devolvía la mirada a Alyson.

—¿Qué estás tramando, Jennifer?

Jennifer sonrió ante la percepción de su hermana.

—¿Recuerdas cuando dije que necesitábamos encontrar una forma de eludir el edicto de papá? —Ante el asentimiento de Alis, continuó:

—Bueno, he descubierto una forma de hacerlo. El marqués de Barrington.

—¿Lord Barrington? —exclamó Alyson—. ¿Cómo demonios puede ser él la solución a

nuestro problema?

—Porque ha aceptado hacerse pasar por mi pretendiente. —Tomando un sorbo de su té, Jennifer esperó la incrédula respuesta de su hermana. No tardó en llegar.

—¿Él hizo qué? —Alyson sacudió la cabeza como si fuera incapaz de comprender el nuevo acontecimiento—. ¿Estás diciendo que el estirado marqués está de acuerdo con este plan?

—Sí.

La confusión oscureció la mirada de Alyson.

—Pero eso no es propio de él.

—¿Cómo podría saberlo? Solo lo conociste anoche —señaló Jennifer.

—Porque no hace falta conocer mucho a un caballero para saber si es de naturaleza estirada o aventurera —devolvió Alyson rápidamente.

—Bueno, al parecer vas a tener que replantearte tu lógica, pues lord Barrington no es en absoluto como te lo imaginabas. —Jennifer sonrió ante el asombro de su hermana.

Desconcertada, Alyson golpeó la mesa con los dedos.

—Tal vez Lord Barrington sea diferente a como pensaba que era.

Jennifer dirigió a su hermana una mirada punzante.

—¿Quizás?

Poniendo los ojos en blanco, Alyson dijo:

—Muy bien entonces. Admito que me precipité al juzgar a lord Barrington.

Jennifer pasó a la siguiente parte de su plan.

—Ahora que estamos de acuerdo en ese punto, debemos volver a centrarnos en nuestro problema. Aunque Lord Barrington ha accedido generosamente a ayudarnos, eso solo nos hace ganar algo de tiempo. Todavía tenemos que concentrarnos en ayudarte a encontrar al marido perfecto.

—El caballero perfecto para mí es alguien ingenioso, entretenido e infaliblemente encantador.

La respuesta inmediata de Alyson hizo sonreír a Jennifer.

—Entonces no te preocupan trivialidades como la lealtad, la firmeza o el sentido común.

—Y acabas de describir a un tipo mortalmente aburrido —afirmó Alyson mientras mordisqueaba un bollo.

A Jennifer se le pasó la diversión.

—Realmente necesitas ser más práctica, Alis. Muchos derrochadores son agradables para pasar el tiempo, pero difícilmente material para el matrimonio.

Sacudiéndose el azúcar de los dedos, Alyson puso los ojos en blanco.

—Cierto, pero también es cierto lo contrario; no todos los caballeros son sosos y aburridos. —Sonrió brillantemente a Jennifer—. Lo que tenemos que hacer es encontrar a alguien que sea a la vez firme y entretenido.

—Eso es mucho pedir, Alis —señaló Jennifer.

Su sonrisa se transformó en una mueca en toda regla.

—¿Quién dijo alguna vez que encontrar al marido perfecto sería fácil?



—Este asunto es mortalmente aburrido, ¿verdad? —susurró Alyson detrás de su abanico.

Jennifer echó un vistazo a la habitación.

—Ciertamente he estado en reuniones más animadas. Aún no tengo ni idea de por qué papá insistió en que asistiéramos.

Alyson se animó al ver a Lord Exeter ante ella. Desgraciadamente, su hermano estaba de pie junto a él.

—Buenas noches, Lord Exeter —dijo ella, ofreciendo su mano.

—Ahora que se me ha concedido el placer de verla, Lady Alyson, la velada se ha vuelto más entretenida. —Inclinándose sobre su mano, se enderezó y repitió el gesto con Jennifer—. Lo mismo le digo, milady.

Alyson observó con interés que su hermana apartaba rápidamente la mano. Observando los rasgos enrojecidos de Jennifer, Alyson se sintió más intrigada por la respuesta de su hermana a lord Exeter. Siguió observando a Jennifer mientras saludaba a lord Barrington. Esta vez, los rasgos de Jennifer se mantuvieron fríos y educados, como si el marqués no la afectara de un modo u otro.

Ahora que conocía la falta de interés de Jennifer por el marqués, sus planes de emparejamiento cambiaron en un instante. Ladeando la cabeza, Alyson se preguntó si lord Exeter sería perfecto para Jennifer. Tal vez ahora irritara a su hermana, pero al menos conseguía evocar en ella una respuesta verdadera y apasionada.

Podría ser interesante juntarlos a los dos y ver qué pasaba... lo que significaba quitarse de en medio al aburrido lord Barrington.

—Milord —empezó ella, pegando una sonrisa a su rostro—, es maravilloso volver a verle.

Lord Barrington se inclinó rígidamente sobre su mano, sin molestarse siquiera en presionar un beso sobre el dorso de sus dedos enguantados.

—El placer es todo mío.

La cortés respuesta hizo que Alyson quisiera poner los ojos en blanco. En lugar de la encantadora réplica que manejaba su hermano, el marqués solo parecía capaz de darle respuestas practicadas. Obligándose a recordar su principal objetivo al dirigirse a lord Barrington, Alyson mantuvo su sonrisa firmemente en su sitio.

—Podría muy bien discutir ese punto, milord, pero me abstendré.

Sus cejas se juntaron ligeramente, como si ella le hubiera confundido con su respuesta.

Suspirando suavemente, Alyson decidió simplemente trabajar para dejar a Jennifer a solas con Lord Exeter.

—Me encuentro un poco sedienta —murmuró, llevándose una mano a la garganta.

Lord Barrington asintió una vez.

—Muy comprensible, ya que hace bastante calor aquí.

Al parecer, el marqués no era de los que captan las sutilezas.

—Así es. Me encantaría un vaso de ponche.

—¿Ponche? Creía que Lady Andersen prefería servir limonada. —Asombrada por su respuesta, solo pudo quedarse boquiabierta un momento.

Señor, ¿era aquel hombre un bufón además de un lerdo? Apretando prácticamente los dientes, Alyson volvió a forzar otra carcajada.

—Veo que prefiere bromear conmigo —dijo suavemente—. Pero en serio, milord, simplemente debo tomar un refresco de algún tipo si no quiero desmayarme. —Decidiendo que era el momento de ser franca, preguntó—: ¿Me acompañaría al salón a buscar algún refresco?

—Desde luego, milady. —Ofreciendo su brazo, se despidió de Lord Exeter y Jennifer. La victoria se apoderó de Alyson mientras permitía que el marqués la condujera lejos. Solo esperaba que Jennifer apreciara su sacrificio, pensó Alyson, mientras entablaba conversación con lord Barrington.

—Nunca entendí el atractivo del tipo fuerte y silencioso, milord —empezó coqueta—, pero usted está empezando a ayudarme a entenderlo.

Al ver alejarse a su hermana, Jennifer estaba demasiado aturdida por el comportamiento de Alyson como para darse cuenta de que lord Exeter se movía para situarse a su lado. Dios mío, para haber proclamado que lord Barrington era un soso, Alyson parecía ciertamente interesada en pasar tiempo en su compañía. Pero, ¿por qué? Jennifer no podía entender el motivo de las inesperadas acciones de su hermana. Después de todo, le había dicho a Alyson que lord Barrington iba a mostrar interés por ella para darle tiempo a Alyson a encontrar a su pareja perfecta. ¿Por qué entonces su hermana se fue con él?

—Es un sorprendente giro de los acontecimientos.

El comentario de Lord Exeter sacó a Jennifer de sus pensamientos.

—En efecto —estuvo de acuerdo mientras se apartaba de él.

—Aunque una agradable sorpresa, sin embargo. —Su mirada se afiló—. Creo que su hermana le sienta bastante bien a mi hermano.

—¿Ah, sí? —Jennifer consideró el partido por un momento. ¿Había decidido Alyson dar una segunda oportunidad a lord Barrington porque se había dado cuenta de que lo había juzgado demasiado rápido? Tal vez esa fuera la razón de su comportamiento.

—Así es, en efecto. Su hermana tiene el tipo de personalidad atractiva que ayudará a mi hermano a dejar de lado sus rígidas creencias. —Sonrió a Jennifer—. Robert puede ser a menudo muy duro en su arrogancia.

Tal vez lord Exeter tuviera razón y sus hermanos fueran perfectos el uno para el otro. ¿Qué pasaba entonces con su gran plan de aceptar la ayuda de lord Barrington para hacerse pasar por su pretendiente? ¿Cómo podía ser su pretendiente y cortejar a Alyson al mismo tiempo? Todo el embrollo se estaba volviendo muy confuso.

Además, también significaba que su hermana estaba lejos de Lord Exeter, lo cual era bueno, pues había olvidado informar a Alyson de su pasado de mala reputación.

—¿Está tonteando o le he ofendido con mi comentario sobre la arrogancia de Robert?

Volviendo sus pensamientos al presente, Jennifer abrió de golpe su abanico y dirigió a lord Exeter una mirada punzante.

—Simplemente estaba pensando que ese rasgo debe ser hereditario.

Lord Exeter rio en voz alta.

—Le digo, Lady Jennifer, que encuentro su acritud refrescante. Arpía también, pero refrescante, no obstante.

—¿Arpía? De usted, Lord Exeter, lo consideraré un cumplido. —Ella entrecerró los ojos —. Sin duda usted prefiere a las simpáticas señoritas con su conversación inane y sus aburridos gorjeos.

—¿Entonces por qué parece que me encuentro en su compañía tan a menudo estos últimos días?

—No estoy segura —respondió ella—. Tal vez esté demostrando por fin un poco de buen gusto.

—Junto con una saludable dosis de tolerancia, supongo.

—¿Por qué no se marcha entonces, si me encuentra tan odiosa?

—Eso mismo me pregunto yo. —Su sonrisa era diabólicamente atractiva—. Me encuentro extrañamente entretenido con sus comentarios de avispa. Por suerte para mí, cuando se trata de ser tolerante, resulta que estoy cerca de ser santo.

La risa se le escapó antes de que pudiera contenerla.

—¿Usted? ¿Santo? Por lo poco que nos conocemos, Lord Exeter, debo admitir que me cuesta creerlo.

—Me hiere.

Se golpeó la mejilla con el abanico.

—Vamos, milord. Dudo mucho que unas pocas palabras puedan causar daño a... alguien de su reputación.

—¿Alguien de mi reputación? —preguntó lord Exeter, una sonrisa partiendo sus facciones —. ¿Se refiere a alguien arrogante? ¿O vuelve a considerarme el peor de los libertinos? Me temo que la sutileza de su insulto se me escapa.

Levantando la barbilla, Jennifer se enfrentó audazmente a su mirada.

—Dejaré que sea usted quien decida cuál es la descripción adecuada, pues las matronas me han asegurado que cualquiera de las dos encajará.

Lord Exeter se cruzó de brazos y la miró fijamente durante un largo momento.

—¿Qué está mirando? —preguntó finalmente Jennifer, luchando contra el impulso de retorcerse bajo su mirada.

—A una tonta. —Sus rasgos se endurecieron mientras se inclinaba más hacia ella—. De

entre todas las personas que conozco, creía que usted entendería cómo las cotillas lo exageran todo. Por ejemplo, dicen que usted desdeña la conversación, que es fría y desagradable, y que se cree por encima de todos.

Ella se estremeció ante su acalorada acusación.

—No puede negar que hay elementos de verdad en ese duro chisme, igual que yo no puedo negar que haya verdad en los cotilleos que oyó sobre mí —carraspeó él, su mirada fría y prohibitiva—. Aun así, estaba dispuesto a ignorar los cotilleos, a tomarla por sus actos y no por su reputación, y pensé que usted haría lo mismo. —Sacudió la cabeza—. Me equivoqué. Quizá sea yo el tonto en vez de usted.

Sus palabras la avergonzaron.

—No, la tonta soy yo —admitió en voz baja.

—Cuando bailó conmigo, sentí como si me comprendiera, como si entendiera la sensación de sentirme sola entre la multitud. Pero cuando Lady Bernaw me habló de su reputación, y de cómo parecía saber siempre exactamente qué decirle a una dama para desarmarla, pensé que había descubierto qué decir para que me ablandara hacia usted y que simplemente estaba jugando conmigo.

Lentamente, sacudió la cabeza.

—No estaba jugando con usted en absoluto. Entiendo perfectamente lo de sentirse solo.

Mirándole fijamente, Jennifer se dio cuenta de que tenía miedo de creerle, miedo de que

solo le estuviera diciendo lo que quería oír, miedo de confiar en él solo para decepcionarse después. Pero, ¿y si estaba diciendo la verdad? ¿Y si él sí la entendía, y ella había alejado a la única otra persona que podía empatizar con lo que ella sentía? Su miedo a ese error era mayor que su miedo a creerle.

Armándose de valor, le ofreció una sonrisa.

—Empecemos de nuevo —dijo simplemente—. Soy Jennifer Berkley.

La calidez inundó sus facciones cuando estrechó la mano de ella entre las suyas.

—Michael Exeter.

La horda de gente que se arremolinaba a su alrededor pareció desvanecerse en el fondo mientras ella miraba a los ojos de Michael, perdida en las profundidades azules.

—Buenas noches, Exeter. No le he visto por aquí últimamente.

La interrupción les sacudió de la magia del momento. Rápidamente, Jennifer retiró la mano. Parpadeó sorprendida cuando la expresión de Michael se endureció en una máscara cortés.

—Lenster.

Curiosa por la reacción de Michael, echó un segundo vistazo al caballero. Con el pelo rubio peinado, elegante forma de vestir y un brillo aburrido en sus pálidos ojos azules, el caballero parecía ser un libertino de primera.

—¿Me presentas a tu encantadora compañera, Exeter? —preguntó el hombre con suavidad.

Por un momento, Jennifer pensó que Michael rechazaría la petición, pero finalmente dijo:

—Lady Jennifer Berkley, le presento a Gabriel Cole, vizconde Lenster.

Tras una breve vacilación, Jennifer le ofreció la mano a lord Lenster. Cuando sus dedos se enroscaron en los de ella, se sintió extrañamente aliviada de llevar guantes.

—Un honor, milady —murmuró Lord Lenster mientras se enderezaba.

—Es un placer conocerle, milord —respondió ella con frialdad, liberando su mano.

Lord Lenster tiró hacia abajo de su chaleco.

—Dime, Exeter, ¿dónde has estado escondido estos días?

—He estado ocupado. —La rigidez en las palabras de Michael le recordó a Jennifer la forma de hablar de lord Barrington.

—Demasiado ocupado para visitar tus viejos rincones, ¿eh? —Miró a Jennifer—. Aún así, si la encantadora Lady Jennifer es la razón por la que te has estado escondiendo, entonces entendería completamente tu ausencia. Es una preciosidad, desde luego.

Michael echó los hombros hacia atrás.

—Ese no es el comentario que hace un caballero en presencia de una dama, milord.

Si Michael no hubiera estado tan serio, Jennifer habría estallado en carcajadas ante su rigidez. Imagínese, el joven lord inflexible con las normas comentando la falta de gracias caballerescas de lord Lenster.

—Señor, ¿no es usted ahora el arrogante? —se mofó lord Lenster.

Una expresión de absoluto disgusto torció los rasgos de Michael, antes de recuperar el aplomo.

—Discúlpenos, Lenster, pero he reclamado este baile con Lady Jennifer.

Antes de que Jennifer pudiera siquiera comentar algo, Michael enroscó su mano bajo el codo de ella y la condujo hacia la pista de baile. Mientras tomaban sus posiciones, murmuró:

—Le pido disculpas por haberla sometido a esa desagradable escena.

Jennifer levantó las cejas.

—No creo que sea culpable de nada. Después de todo, Lord Lenster se acercó a usted, dejándole pocas opciones para hablar con él.

—Eso es bastante cierto —concedió Michael con un escueto movimiento de cabeza—. Aunque supongo que podría haberme marchado.

—¿Y dejarme a solas con él? —Jennifer sonrió suavemente—. Nunca abandonaría a una

dama para que sufriera sola la compañía de lord Lenster.

—¿Así que ha ganado cierta confianza en mí? —preguntó en voz baja.

Jennifer dirigió una mirada comedida a Michael.

—De momento no, pero he decidido darte la oportunidad de ganarte mi confianza.

Su risa estalló, un sonido vibrante que atrajo la atención de los demás bailarines.

—Entonces veo que tendré que esforzarme al máximo para no decepcionarla nunca, milady.

—Creo que estás a la altura del desafío.

Su sonrisa se ensanchó.

—Desde luego que lo estoy. ¿Le gustaría sorprender a todos los presentes y bailar el vals conmigo? —le susurró.

—Eres totalmente incorregible, Michael —replicó ella con una sonrisa.

—Ah, pero ahora te diriges a mí como Michael, así que eso me lleva a pensar que te atraen los hombres incorregibles. —Él la hizo girar en un amplio círculo—. Por suerte para mí, ese tipo de comportamiento me resulta fácil.

Agarrándose a su hombro, Jennifer giró con él alrededor de la pista de baile. Dios, no

quería sentirse tan completamente encantada por Michael, pero lo estaba.

Cómo lo estaba.

6

Sin más remedio, Robert siguió a Lady Alyson al jardín.

—Esto realmente no es apropiado, Lady Alyson.

—Oh, por el amor de Dios, Lord Barrington. Prometo abstenerme de ofender a su persona.

No pudo evitar una mueca de dolor ante el sarcasmo de su respuesta.

—No quiero parecer mojigato, pero...

El fuerte resoplido de Lady Alyson le dijo con demasiada claridad que, en efecto, le encontraba remilgado. Bueno, incluso si ella no poseía el sentido común para darse cuenta de que él solo estaba siendo sensato, él sabía que era su deber de caballero señalar cómo esta inocente vuelta en la veranda podía poner en peligro su reputación.

—Lady Alyson —empezó en el tono severo que normalmente reservaba para Michael—, debo insistir en que volvamos al salón de baile, ya que es de lo más indecoroso estar a solas con usted. —Aunque los motivos de esta exigencia parecen habérsele escapado, le aseguro, milady,

que son bastante válidos.

El suspiro de Lady Alyson lo dijo todo.

—Aprecio que se preocupe por mi bienestar, milord, pero no me preocupa la reacción de nadie si nos descubren. Después de todo, no es como si estuviéramos en un tórrido abrazo.

Robert se sonrojó ante la mera idea de tener a esta criatura única entre sus brazos.

—Ciertamente que no.

Ante su respuesta, Lady Alyson se encogió ligeramente de hombros.

—Exacto. Así que, si alguien pasa por aquí, podemos decirle simplemente que me sentía un poco mareada y que me acompañó fuera para que respirara un poco de aire fresco.

—Muy bien, pero solo por un rato. Si se supone que estamos tomando un respiro de aire fresco, esa excusa solo justifica una breve ausencia.

—Ahhh, sí, muy práctico por su parte, milord. ¿Pero cómo se puede ser práctico en una noche como ésta? —Extendiendo los brazos, Lady Alyson dio dos vueltas sobre sí misma. Al detenerse, apoyó las manos en la balaustrada y contempló el cielo nocturno—. Ésta es una noche mágica. Puedo sentirlo. Es una noche destinada al amor, a los besos robados y a los votos apasionados de devoción sin fin. —Ella le dedicó una sonrisa irónica—. Sin embargo, lo único en lo que puede pensar es en lo que pueda decir la gente.

Robert se puso rígido cuando sus palabras dieron en el blanco.

—No hace falta que se burle de mí.

Dándose la vuelta, se apoyó en la balaustrada de piedra.

—No me estoy burlando de usted, Lord Barrington. En todo caso, siento bastante lástima por usted.

—¿Qué? —Era el marqués de Barrington, un tipo fiable y adinerado que se granjeaba el respeto de los más altos nobles del país... ¡y esta mocosa sentía lástima por él! Qué absurdo.

—Si no puede ver la magia en esta noche, no debe verla en absoluto. —Ella sacudió la cabeza—. Tu vida debe de ser lamentablemente sosa y aburrida.

—Mi vida no es ni sosa ni aburrida.

Por su expresión, él pudo darse cuenta de que ella no le creía.

—Muy bien, entonces. Dígame una cosa que haya hecho esta última semana que haya sido espontánea.

—Yo... bueno, yo... —Por su vida, a Robert no se le ocurría una sola cosa que hubiera hecho que no hubiera sido planeada. Finalmente, recordó haber llamado a Michael—. Hice una visita no programada a mi hermano —dijo triunfante.

—Vaya —murmuró con un deje sarcástico en la voz—. Una visita entera a su hermano. Qué aventurero por su parte.

Robert echó aún más los hombros hacia atrás.

—Mi vida me va perfectamente.

—Lo sé... lo que lo hace aún peor. —Ella soltó otro profundo suspiro—. ¿Ha hecho alguna vez algo atrevido, algo inesperado, algo totalmente espontáneo?

—Por supuesto —replicó él con firmeza, a pesar de que no se le ocurría ni una sola vez que respaldara esa afirmación.

—Muy bien, entonces, milord —murmuró ella. Al oír el desafío en su voz, se preparó para lo que ella diría a continuación. Incluso en la oscuridad, pudo ver el brillo en sus ojos—. Entonces tal vez le gustaría bailar conmigo.

—¿Aquí?

—Por supuesto. —Extendiendo el brazo, empezó a bailar con una pareja invisible—. Debería aprender a disfrutar de la vida, Lord Barrington.

Le alarmó darse cuenta de lo seductora que era su oferta, saber que le gustaría estrecharla entre sus brazos, abandonando todo sentido del decoro y la razón por un dulce momento de placer.

—Está siendo terriblemente presuntuosa, Lady Alyson. Resulta que disfruto de mi vida.

Dejó de bailar, permitiendo que sus brazos cayeran a los lados.

—¿Realmente la disfruta? ¿O simplemente la encuentra cómoda?

—¿Cuál es la diferencia? —contraatacó él rápidamente—. Resulta que disfruto estando cómodo.

La brillante risa de ella se burló de sus sentidos.

—Una respuesta muy inteligente, milord.

Robert sacudió la cabeza, completamente perdido en cuanto a cómo tratar a Lady Alyson.

—Creo que deberíamos volver al salón de baile —dijo finalmente.

—¿Antes de que alguien se dé cuenta de que nos hemos ido?

—Precisamente —respondió él, gratamente sorprendido por su comprensión de la situación.

Lady Alyson suspiró dramáticamente.

—¿Supongo que entonces no podría conseguir que diera un paseo por el jardín conmigo?

—No, supongo que no. —Obviamente su percepción de las ramificaciones era fugaz.

Robert le tendió la mano—. Por favor, permítame acompañarla de vuelta a la casa.

Inclinando la cabeza hacia un lado, ella le estudió durante un largo y silencioso momento.

—Sé que es imposible que disfrute de la vida con una actitud tan estirada y el hecho de que ni siquiera pueda comprender la diferencia entre una existencia cómoda y vivir de verdad me entristece. —Sacudió la cabeza—. Porque cómo va a poder corregir el problema si ni siquiera puede entenderlo.

¡Dios santo! Le resultaba mucho más fácil transcribir latín que intentar comprender a esta criatura tan enojosa.

—¿Me permitirá, por favor, que le acompañe al interior? —exigió con frustración.

—¿Y si dijera que no? ¿Y si prefiriera...?

Incapaz de hacerla entrar en razón, Robert ignoró sus preguntas y simplemente alargó la mano, le agarró el codo y empezó a guiarla hacia las puertas de cristal.

—¿Qué demonios cree que está haciendo? —preguntó ella, intentando zafarse de su agarre.

—Escoltándola de vuelta al salón de baile —le espetó Robert, sin siquiera intentar ocultar su fastidio—. Ya que no atiende a razones, no me deja otra opción que cumplir con mis deberes de caballero sin su consentimiento.

—Arrastrarme a la casa de los Anderson difícilmente es la acción de un caballero.

—Al contrario, Lady Alyson, es precisamente como debe proceder un caballero cuando una dama está en peligro de destruir su preciada reputación. —Él la fulminó con la mirada—. Me sorprende que esté emparentada con Lady Jennifer. ¿Acaso ella tenía todo el sentido común de su familia?

—Ya estoy harta de su irritante persona —murmuró ella en voz baja.

Al abrir la puerta, Robert permitió que Lady Alyson entrara delante de él.

—Puedo asegurarle, milady, que comparto su sentimiento.

Levantando la barbilla, ella se marchó sin despedirse de él. Menos mal, pensó Robert, observando cómo la belleza morena se abría paso entre la multitud, pues ponía a prueba los límites de su moderación.

Señor, ella pondría a prueba la moderación del mismísimo San Pedro.

Reconfortándose con ese hecho, Robert se perdonó su atrevimiento al acompañarla al interior sin su permiso. Después de todo, era obvio que la muchacha no tenía ningún concepto de lo que era mejor para su reputación. De hecho, él había ayudado a guiarla en las acciones adecuadas. Se había comportado como el perfecto caballero.

Entonces, ¿por qué sentía esa extraña sensación en su interior, como si acabara de perder algo? Apartando el molesto pensamiento, Robert se dirigió hacia el estudio para disfrutar de un brandy y un puro. Con suerte, le había dado a Michael suficiente tiempo a solas con Lady Jennifer para favorecer su romance.

Si no, ése era el problema de Michael.



—¿Qué tal la velada? —preguntó Alyson mientras se sentaba en la cama de Jennifer—. Lady Andersen mencionó que bailaste con Lord Exeter dos veces... y seguidas, nada menos.

Jennifer se rodeó las rodillas con los brazos.

—La razón por la que bailé con él en primer lugar fue para escapar de la presencia de un caballero de lo más horrible.

—¿Horrible? —Alyson levantó las cejas—. Pero creía que Lord Barrington estaba conmigo.

Riendo, Jennifer sacudió la cabeza.

—Pensé que estabas de acuerdo en que habías juzgado a Lord Barrington demasiado precipitadamente.

—En efecto, lo había hecho —concedió Alyson mientras se alisaba el camisón sobre las piernas enroscadas—. Pero ahora que he pasado más tiempo con él, me quedo con mi opinión original sobre él. Vamos, Jennifer, incluso tú debes admitir que Lord Barrington tentaría a cualquiera para ver si consigue que se doblegue.

—¿Por qué desearía provocarle?

Alyson se encogió ligeramente de hombros.

—No lo sé. Es solo que, esta noche, quería ver si se comportaba de forma menos estirada y aburrida.

—¿Menos como un caballero?

—No... más como una persona. —Alyson agitó las manos—. Ya basta de hablar de él. Aún no me has dicho por qué bailaste dos veces con Lord Exeter.

—Como ya he dicho, acepté su invitación a bailar simplemente para escapar de ese horrible Lord Lenster —explicó Jennifer—. Luego, Lord Exeter y yo nos enzarzamos en una... discusión, así que ni siquiera fui consciente de haber comenzado un segundo baile.

Alyson apretó las manos contra su pecho.

—Qué bonito que te hayas dejado llevar por Lord Exeter.

—«Dejado llevar» no es la frase que yo usaría —corrigió Jennifer—. Aunque debo admitir que disfruté de la compañía de Michael mucho más de lo que hubiera esperado posible. —Se abrazó más a sus rodillas—. Es extraño que ese hombre no me cayera especialmente bien y, sin embargo, esta noche me ha dado ganas de confiar en él. —Jennifer pensó en cómo había superado su determinación de evitarle—. También es sorprendente lo fácil que me resulta conversar con él. A menudo me quedo sin palabras, pero con Michael siempre sé qué decir.

—Michael, ¿verdad?

Jennifer sintió que se le calentaban las mejillas.

Alyson suspiró suavemente.

—Es maravilloso.

Lo más aterrador para Jennifer era que, efectivamente, se había sentido maravillosa esta noche.

—Espero no estar cometiendo un terrible error —admitió ante su hermana.

—Dudo que lo estés —le aseguró Alyson—. De hecho, cuanto más pienso en vosotros dos juntos, más convencida estoy de que sois una pareja perfecta.

Jennifer dedicó a su hermana una débil sonrisa.

—¿Entonces por qué estoy tan asustada?

—Porque imagino que enamorarse puede ser aterrador. —Alyson inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Por qué si no se referirían a ello como caer? En algún momento, alguien debió de darse cuenta de que puede doler.

Jennifer tuvo que reírse ante la observación de su hermana.

—Lo único que ruego es que si de verdad me caigo, no lo haga demasiado lejos.



—Buenas noches, Eleonor —dijo Gregory alegremente mientras se quitaba la corbata—. Me alegro de que estés aquí.

—Vengo todas las noches, Gregory —señaló ella.

—Eso haces, mi amor. —Desabrochándose el chaleco, lo echó sobre la parte trasera de su cambiador—. Y espero verte todas las noches. —Hizo una pausa al quitarse la camisa mientras miraba de lleno la forma fantasmal de su esposa por primera vez desde que entró en la habitación —. ¿Por qué pareces tan pálida esta noche? De hecho, pareces un fantasma.

—Eso es porque lo soy.

La hermosa sonrisa de su esposa le dio un tirón en el corazón, haciéndole pensar en todo lo que había perdido.

—Lo sé, querida, pero normalmente apareces ante mí con un aspecto bastante... sólido.

Eleonor levantó las cejas.

—¿Sólido? Te aseguro, Gregory, que estoy más ligera que nunca.

Él se rio de su ocurrencia.

—Es cierto, amor, pero no me refería a eso. Normalmente pareces como si estuvieras viva y conmigo una vez más, como si pudiera acercarme a ti y estrecharte entre mis brazos. —Sacudió la cabeza—. Pero esta noche, casi puedo ver a través de ti. Realmente pareces un fantasma por primera vez.

Ella le dedicó una sonrisa cómplice.

—Qué encantador —dijo en voz baja, sin ofrecer más explicaciones. Sin embargo, antes de que él pudiera interrogarla, Eleonor preguntó—: ¿Cómo funcionó nuestro plan con las chicas?

—Espléndidamente —contestó Gregory, con su jovial humor animándose de nuevo—. ¿Conoces al marqués de Barrington y a su hermano, lord Exeter?

El ceño de Eleonor se frunció.

—Creo que sí. ¿No era el marqués ese derrochador que solía hacer las apuestas más tontas sobre tonterías como quién podía lanzar una piedra más lejos?

—Ese era el padre del actual marqués —corrigió Gregory—. Si recuerdas, el viejo falleció cuando su hijo mayor, Robert, era solo un chaval, pero eso no impidió que Robert se hiciera cargo de la fortuna familiar y volviera a llenar las arcas a pesar de su tierna edad. —Gregory se sentó para quitarse las botas—. Un tipo admirable.

—¿Y cuál de nuestras chicas le ha llamado la atención?

—Esa es la cuestión, Eleonor —dijo Gregory mientras dejaba su segunda bota junto a la

cama—. No estoy seguro.

Eleonor frunció ligeramente el ceño.

—¿Cómo puedes no estar seguro? ¿A qué chica presta atención? ¿A Jennifer o a Alyson?

—A las dos —admitió Gregory riendo—. Anoche pasó tiempo con Jennifer, pero esta noche pasó bastante tiempo con Alyson.

—¡Parece un mujeriego de la peor calaña! —exclamó Eleonor. Gregory sacudió la cabeza —. Es un tipo bastante firme.

—Una persona firme no juega con el corazón de dos chicas a la vez.

—¿Quién ha dicho que juegue con sus corazones? —preguntó incrédulo Gregory—. Simplemente dije que parecía interesado en nuestras hijas. Después de un encuentro, es muy poco probable que los corazones de nuestras hijas estén en peligro.

Eleonor pareció algo apaciguada por su respuesta.

—Supongo que eso es bastante cierto, pero sigue sin gustarme la idea de que haga creer a nuestras hijas que podría estar interesado en ellas.

—Bueno, entonces no te gustará más cuando te diga que su hermano, Michael, está haciendo lo mismo.

—¿Qué?

Gregory sonrió a su mujer.

—Efectivamente, anoche estuvo con Alyson y esta tarde con Jennifer.

—¿Me estás diciendo que esos dos hermanos se cambiaron a nuestras hijas entre ellos?

—Sí —contestó simplemente, acomodándose para esperar la explosión de su mujer. No tardó en llegar.

Poniéndose en pie, Eleonor le fulminó con la mirada.

—¿Y tú te limitaste a quedarte mirando cómo comerciaban con nuestras hijas como si fueran vulgares rameras?

—No hice nada de eso —le aseguró él—. Estás dando demasiada importancia a esto, Eleonor. Ahora, por favor, toma asiento, ya que mirarte me está causando un calambre en el cuello.

Con un resoplido contrariado, Eleonor se acomodó de nuevo en su silla.

—No me gusta pensar que estos dos caballeros están jugando con nuestras hijas... y no puedo hacer nada al respecto.

La comprensión ablandó a Gregory.

—Sé que lamentas no poder guiar a nuestras hijas en esto, pero te aseguro que parecen estar bien. Jennifer está más animada de lo que la he visto en años, mientras que Alyson parece más contemplativa que nunca. Sea lo que sea que estén haciendo estos hermanos, es algo bueno para nuestras hijas.

—¿Pero qué hija acabará con qué hermano?

—¿A quién le importa? —replicó Gregory riendo—. Por lo que a mí respecta, hay dos chicas y dos caballeros, ambos respetables y honrados, así que realmente no importa quién acabe con quién. —Levantó un hombro—. Tal y como yo lo veo, lo que tenemos aquí es una situación nolosa.

Sonriendo suavemente, Eleonor sacudió la cabeza.

—En cuestiones de amor, Gregory, las cosas nunca son tan fáciles.

A la mañana siguiente, con su criada a cuestas, Jennifer entró en un atestado y oscuro taller lleno de partes y piezas rotas de diversas máquinas y otros tipos de aparatos. La diminuta habitación olía a aceite, suciedad y moho.

Estaba en el cielo.

—Buenos días, Lady Jennifer —saludó el propietario al salir apresuradamente de la

trastienda—. Siempre es un placer que honre mi tienda con una visita.

—Gracias, Sr. Harper —dijo ella, sonriendo al anciano. Con una barba desaliñada, el pelo gris alborotado y su cuerpo encorvado y delgado, parecía más un gnomo que un hombre, pero su calidez, encanto y generosidad compensaban su falta de estatura—. Aunque sé que estuve aquí hace unos días, estoy en medio de un proyecto y necesitaba una pieza específica para que mi experimento funcionara.

Asintió sabiamente.

—Sé muy bien lo que dice, milady. Se empeña en terminar algo y no hay quien le pare hasta que lo hace.

—Precisamente —respondió ella con calidez, sintiéndose más cómoda en los oscuros confines de la tienda que en la espaciosa gloria de un salón de baile.

—Entonces diviértase y curiosee a gusto, Lady Jennifer. —Señaló hacia la trastienda—. Estaré allí, descargando un nuevo envío si me necesita.

—Gracias, Sr. Harper. —Dándole una sonrisa a modo de despedida, se volvió hacia las piezas desordenadas que yacían sobre la mesa frente a ella.

—¿Puedo ayudarla, milady? —preguntó su criada, Alice.

Mirando hacia la joven, Jennifer casi se ríe a carcajadas ante la expresión de disgusto, aunque decidida, de su rostro.

—No, gracias, Alice. Solo voy a dar una vuelta por la tienda, así que si prefieres esperarme en el carruaje, me parece bien. —Hizo un gesto hacia la puerta abierta—. El señor Harper está aquí conmigo.

Jennifer pudo adivinar por la expresión de Alice que estaba indecisa entre quedarse con su ama o escapar de la olorosa y desordenada habitación. Al parecer, el olfato de Alice ganó la batalla.

—Muy bien, milady. Estaré fuera con el lacayo.

En cuanto Alice salió corriendo por la puerta, Jennifer se quitó los guantes, metiéndolos desordenadamente en su retícula, y empezó a rebuscar entre los tesoros. La grasa no tardó en mancharle los dedos y el vestido, pero Jennifer se sentía más feliz que en toda la semana.

Bueno, pensó, eso no era del todo cierto. Anoche, igualar el ingenio con lord Exeter también había sido de lo más agradable.

—Esperaba encontrar hoy aquí un tesoro, pero no uno tan encantador como usted.

Al oír la voz de Michael, Jennifer se dio la vuelta, sobresaltada al encontrarlo de pie en la puerta abierta de la trastienda.

—Milord —jadeó ella—. ¿Qué demonios hace usted aquí?

Una comisura de sus labios se torció hacia arriba.

—Estaba a punto de preguntarle lo mismo, Lady Jennifer.

Ella buscó una respuesta que hiciera aceptable su presencia en esta tienda, pero no se le ocurrió ninguna.

—Yo... Solo buscaba una pieza que necesito para completar un experimento en el que estoy trabajando —admitió, finalmente decidiendo la sinceridad.

—¿Experimento? —Michael levantó las cejas—. Creía que me había dicho que no sabía nada de máquinas, que solo estaba bromeando.

Avergonzada por haber sido pillada en una mentirijilla, Jennifer sintió que se le calentaban las mejillas.

—No quería admitir mi afición a juguetear con las máquinas.

—Perfectamente comprensible —replicó él amistosamente—. Además, su hermana me lo mencionó.

—¿Ella qué? —exclamó ella.

—Anoche me contó todo sobre su afición; estoy bastante seguro de que no era su intención, pero me temo que la puse nerviosa y se le escapó esta información. Le aseguré que podía confiar en que no revelaría su afición a la tonelada.

Jennifer esperaba que la confianza de Alis no estuviera mal depositada.

—Ahora, dígame: ¿qué tipo de experimento traería a una dama como usted a una humilde tienda como ésta?

—Estoy intentando construir una catapulta —respondió ella.

—¿Una catapulta? —preguntó él, la sorpresa tiñendo su tono—. ¿Diseñó la máquina usted sola?

Ansiosa, ella respondió a su pregunta.

—Tomé el diseño original del tratado del Sr. da Vinci, pero estoy en proceso de reducirlo.

—¿En serio? —El entusiasmo de Michael tocó una fibra sensible en su interior—. ¿No es difícil conseguir las medidas exactas?

—Sí, pero me las estoy arreglando —convino ella, emocionada por haber encontrado a alguien que compartía su pasión por los experimentos—. Tengo problemas para encontrar un perno para asegurar el brazo del arnés.

—Es increíble cómo una pequeña pieza puede marcar una diferencia tan grande en el resultado de su experimento, ¿verdad?

—Sí, lo es. —La libertad de hablar de su afición la estimulaba—. ¿Y qué hay de usted? ¿Por qué está aquí?

Encogiéndose de hombros, Michael cogió una pipa en forma de J de una mesa cercana.

—Como me gusta juguetear tanto como a usted, a menudo me doy una vuelta por la tienda del Sr. Harper para ver si ha conseguido alguna pieza inusual. —Al ver su mirada de confusión, añadió apresuradamente—: No es que me dedique al comercio ni nada por el estilo.

—¡Cielos, no! —exclamó Jennifer—. Incluso la mera sugerencia de dedicarse al comercio bastaría para que le condenaran al ostracismo para siempre.

Desviando la mirada, Michael dejó la pipa.

—En efecto, lo sería —convino finalmente—. Quizá sería mejor que mantuviera mi interés por las máquinas para usted.

—Si me devuelve el favor —replicó rápidamente—. No estaría bien que las patronas de Almack's se enteraran de mi... hábito. Especialmente cuando me llevó tanto tiempo obtener un vale.

—Me alegro de que hayamos podido llegar a este entendimiento, ya que haría un daño irreparable a mi reputación de libertino si alguien descubriera que tengo otras aficiones aparte del juego, la bebida y el mujeriego.

—El cielo no lo quiera —respondió ella riendo. Apartándose un mechón suelto de pelo, Jennifer se tocó inadvertidamente la mejilla con el dedo, dejando tras de sí un mechón ennegrecido. Miró sus manos manchadas de aceite antes de volver a mirar a Michael—. Acabo de hacer un desastre, ¿verdad?

—Uno especialmente bonito, por cierto —dijo Michael alegremente. Dando un paso adelante, sacó un pañuelo de su bolsillo—. ¿Me permite?

Cuando ella asintió, Michael le sujetó la barbilla entre el índice y el pulgar y le limpió suavemente la mejilla con el paño.

—Ya está, Jennifer, como nueva.

El uso que hizo de su nombre de pila la hizo abrumadoramente consciente de su cercanía. De repente, se sintió sin aliento, como si hubiera estado corriendo durante mucho tiempo. Sobresaltada, levantó la vista hacia su rostro, dejando que su mirada se deslizara por su nariz aguileña, sus labios bien moldeados, sus pómulos perfectamente recortados. Le había parecido guapo desde el primer momento en que le vio, pero nunca tan impresionante como parecía ahora. Algo en la seriedad de su expresión tiró de su interior.

Cuando su mirada se desvió para captar la de ella, jadeó levemente ante la intensidad que llenaba sus ojos azules. El suave roce de la tela se ralentizó, convirtiéndose más en una caricia, mientras él le sostenía la mirada.

—Jennifer —susurró él, inclinándose hacia delante hasta que apenas unos centímetros los separaron.

El impulso de acortar la distancia entre ellos la invadió. Por primera vez en su vida, deseaba sentir el beso de un hombre, explorar el floreciente deseo de su interior.

—Milord —empezó suavemente mientras se acercaba otro centímetro.

Sus ojos brillaron con diversión.

—Michael —la corrigió.

Dejando caer su mirada sobre los labios curvados de él, se dejó llevar por sus emociones.

—Michael —dijo sin aliento, con los labios entreabiertos mientras le observaba acercarse aún más, temblando en su ansia por experimentar su primer beso.

—Lady Jennifer —llamó el señor Harper desde la trastienda—. ¿Le importaría venir un momento? Creo que podría interesarle una pieza que acabo de recibir.

La llamada del Sr. Harper rompió el hechizo que la unía a Michael. Con una brusca inspiración, se zafó de sus brazos, dando un paso atrás y llevándose las manos a las mejillas encendidas.

—Yo... Yo...

—¿Lady Jennifer? —llamó el Sr. Harper, asomando la cabeza por la puerta—. ¿Le gustaría ver mi hallazgo?

Apartando la mirada de los rasgos tensos de Michael, asintió a Mr. Harper.

—S... s... sí, me gustaría, señor.

Mientras el propietario desaparecía de nuevo en la segunda sala, Jennifer intentó serenarse.

—Debería irme ya —susurró suavemente.

Sus ojos se oscurecieron.

—Lo sé.

Temblorosa, le sonrió.

—Es maravilloso saber que compartes mi pasión por los cacharros, Michael, y aún más reconfortante saber que ocultarás mi secreto —le confió—. Después de todo, lo peor que podría pasarnos a cualquiera de los dos es que alguien descubriera nuestra afición.

La mano que había levantado se congeló a un palmo de su mejilla, antes de dejarla caer a su lado.

—¿Tanto significa para ti la opinión de la tonelada?

—Por supuesto —respondió ella automáticamente—. Llevo tres años intentando que me acepten. No haría nada que pusiera en peligro el éxito que he conseguido hasta ahora.

—No —murmuró él suavemente—. Eso sería una completa locura.

Apretando las yemas de los dedos contra sus labios, Jennifer no pudo ocultar el estallido de felicidad que sentía en su interior.

—¿Cuándo volveré a verte? —preguntó, incapaz de contener la pregunta.

La forma en que Michael retrocedió confundió a Jennifer.

—No lo sé —dijo con voz extrañamente rígida.

—Oh. —Sintiéndose cohibida, se frotó las manos en las faldas, ignorando las manchas que había dejado—. Claro que no —tartamudeó, antes de continuar torpemente—. Muy bien, entonces. Simplemente te deseo un buen día, Michael. —Girando sobre sus talones, se apresuró a entrar en la trastienda, dejando atrás a Michael.



No podía salir de la maldita tienda lo bastante rápido como para escapar de sus pensamientos. La imagen de Jennifer contemplando su boca, sus labios ablandados y entreabiertos, sus ojos oscureciéndose con el comienzo del deseo le atravesó, haciendo que Michael cerrara de un portazo la puerta de la tienda del señor Harper tras de sí.

Maldita sea la mujer, pensó, mientras pasaba furioso junto a su carruaje que le esperaba y bajaba a la calle. Había estado deseando perder el tiempo en la tienda, deambulando entre las diversas piezas para ver si encontraba algo de utilidad para su fábrica, pero en el momento en que había visto a Jennifer, todos los pensamientos de trabajo se borraron de su mente.

Le había intrigado su interés por las piezas sucias de las máquinas y le había encantado la mancha de grasa que había dejado en su piel. Ah, sí, su piel. Aquella carne suave le había atraído

para un roce más prolongado, más íntimo. Bajo sus manos, Jennifer se había convertido en una mujer suave y entregada, deseosa de probar las delicias del deseo.

Pero el deseo que ella sentía era por el hombre que él aparentaba ser, no por el hombre que era en realidad. Aún le ardían los oídos por su conmoción ante la mera idea de que la asociaran con el comercio. Buscaba la aceptación de la tonelada y, si él se alineaba con ella, destruiría sus esperanzas. En el momento en que la sociedad descubriera su secreto, su orgullo de ser un fabricante de pretzels, por el amor de Dios, sería, como predijo Jennifer, condenado al ostracismo para siempre.

Y, por mucho que la deseara, sabía que sería lo peor que le podría pasar a Jennifer. No, lo mejor para el bienestar de Jennifer sería que se mantuviera lo más lejos posible de ella.

Perdido en sus pensamientos, Michael no se percató de la aproximación de otro caballero hasta que literalmente chocó con él.

—Perdóneme, señor... Lenster.

El vizconde Lenster alisó el hombro de la chaqueta de Michael.

—La disculpa debería ser mía, viejo amigo. Esperaba encontrarme contigo.

El humor de Michael se agrió aún más. Primero, darse cuenta de que no tenía futuro con la intrigante Jennifer, ahora un encuentro casual con el degradado vizconde. Cada vez que se cruzaba con Lenster, le traía recuerdos de sus libertinajes pasados. Sacudiéndose los pensamientos indeseados, Michael se recordó a sí mismo que ya no era el vividor que había sido antaño.

—Si me disculpas, y...

—¿Seguro que puedes dedicarle a un viejo amigo un momento de tu tiempo? —dijo Lenster, extendiendo la mano para agarrar el brazo de Michael.

Éste miró señaladamente la mano de Lenster hasta que el hombre le soltó.

—Nunca fuimos amigos —dijo fríamente.

—Me parece recordarnos frecuentando los mismos infiernos de juego, y luego compartiendo un taxi a un burdel.

—Otro tiempo, otro lugar... otro hombre —terminó Michael en voz baja. Aún le costaba pensar en todas las cosas que había hecho una vez en su equivocada juventud.

Lenster frunció el ceño sombríamente.

—A mí me pareces el mismo.

—Mira de nuevo entonces, porque te aseguro que he dejado atrás esas tontas búsquedas. —Pasándose la mano por el pelo, Michael suspiró profundamente—. Aunque a menudo te acompañé en la búsqueda de placeres lascivos, Lenster, nunca nos consideré amigos.

Aunque las facciones de Lenster se mancharon de ira, su tono siguió siendo civilizado.

—Solíamos ir juntos en aquella época. ¿No es esa la conducta de los amigos?

—Te compraba una fulana, Lenster, o te daba algo de dinero para una partida. —Michael levantó un hombro, apartando el recuerdo de cuánto dinero solía tirar despreocupadamente... y de lo rápido que se acababa su generosa herencia. Al mirar la cara de Lenster, Michael pudo ver la hinchazón que acompañaba a una borrachera y las ojeras de la falta de sueño. Este hombre representaba todo lo que deseaba olvidar de su pasado y Michael estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para que desapareciera—. ¿Qué quieres de mí, Lenster? —preguntó finalmente.

Lenster se movió sobre sus pies.

—Esperaba que me hicieras un préstamo por unos días. He acudido a algunos de mis otros amigos, pero parecen estar en el mismo aprieto. Verás, he tenido un poco de mala suerte y...

—No hacen falta explicaciones —dijo Michael, cortando la explicación de Lenster. Sabía demasiado bien lo fácil que era caer en un «poco de mala suerte» y lo difícil que era encontrar la forma de salir del agujero. Bueno, finalmente había encontrado la salida, había conseguido sacudirse la suciedad de encima y había rehecho su vida. Aún así, conocía el pánico que Lenster debía estar sintiendo en ese momento, la desesperación cuando temías que la sociedad descubriera hasta qué punto te habías hundido. Cansado, Michael asintió lentamente—. Muy bien, Lenster. Envía tu tarjeta a mi dirección y me aseguraré de que mi hombre de negocios organice una transferencia de fondos a tus cuentas.

Una amplia sonrisa partió la cara de Lenster mientras le daba una palmada en el hombro a Michael.

—Eres un rey entre los hombres, Exeter.

Michael alargó la mano y apartó los dedos de Lenster de su hombro.

—En el futuro, deberías pedir ayuda a otra persona.

Al parecer, Lenster se sintió demasiado aliviado por el ofrecimiento de Michael como para ofenderse por su comentario.

—Naturalmente, Exeter. No volveré a molestarte.

Despidiéndose de Lenster, Michael se alejó apresuradamente, satisfecho de haberse librado de otro trozo de historia no deseada.

7

Cuando su madre entró en su estudio, Robert dejó la pluma sobre el libro de contabilidad abierto y se puso en pie.

—Es un placer inesperado —murmuró, acompañándola a una de las sillas frente a la mesa de su despacho.

—Gracias, querido —dijo ella antes de hacer un gesto hacia sus libros de contabilidad abiertos—. Aunque espero no molestarte.

A pesar de que había estado profundamente absorto en cuadrar los libros de su hacienda, Robert se apresuró a tranquilizar a su madre.

—Por supuesto que no —dijo antes de acomodarse en el asiento frente a ella—. ¿A qué debo el honor de esta visita?

—Deseo discutir los últimos cotilleos contigo. —Robert gimió suavemente.

—Sabes que no...

—Sobre ti y las chicas Berkley.

Su protesta se quedó sin palabras.

—¿Qué dicen las malas lenguas?

—La tonelada bulle con tu cortejo a las chicas Berkley.

—¿Mi qué?

Sus ojos azules, tan parecidos a los suyos, bailaron con alegría mientras ella se acomodaba de nuevo en su silla.

—Ahora tengo tu atención, ¿verdad?

—Desde luego. Por favor, explíquese, madre.

—He visitado a mi buena amiga, Eugenia Weatherby, esta tarde para tomar el té y he oído hablar de mis hijos y de su reciente comportamiento.

Aunque quería apremiar a su madre, Robert sabía por experiencia que ella se tomaba su tiempo para contar una historia.

—Al parecer, toda la sociedad educada ha tomado nota del interés que tanto tú como Michael habéis mostrado por las señoritas Berkley.

—Alisándose los lazos del vestido, su madre se detuvo un momento—. Sin embargo, nadie parece saber qué hijo prefiere a qué hija, ya que, según las habladurías, tú y Michael han pasado tiempo con cada una de las chicas durante las dos últimas noches.

Robert eligió sus palabras con cuidado, no deseando dar esperanzas a su irremediablemente romántica madre de que hubiera algo de fondo entre él y alguna de las dos señoritas Berkley.

—Si bien es cierto que he conversado tanto con lady Jennifer como con lady Alyson en los últimos días, no he dirigido una atención indebida hacia ellas.

Su madre hizo girar una cinta alrededor de su dedo.

—Según Eugenia, tú acompañaste a Lady Jennifer al musical, luego los dos desaparecisteis durante un tiempo... haciendo creer a todo el mundo que os escabullisteis para tener un momento de conversación privada. Anoche, sin embargo, se te vio tomando un refresco con Lady Alyson y luego nadie os vio durante bastante tiempo. —Ella levantó las cejas y le dirigió una mirada mordaz—. Creo que eso se califica como atención indebida, Robert.

Maldiciendo el creciente calor en sus mejillas, Robert intentó mantener el nivel de su voz.

—Acompañar a una dama a un musical o a tomar un refresco difícilmente son actos que declaren un interés en el cortejo —señaló con calma.

Por la expresión escéptica de su madre, Robert supo que no aceptaba su protesta.

—Vamos, Robert —empezó ella suavemente—. Soy tu madre. Sé cuándo estás

disimulando deliberadamente y, te aseguro, que no es necesario. He anhelado el día en que olvidaras tus responsabilidades por unos momentos y disfrutaras de la compañía de una jovencita. No hay necesidad de ocultarme tu interés por una de las chicas Berkley.

—No oculto nada —afirmó con firmeza, levantándose bruscamente. Metiéndose las manos en los bolsillos, Robert empezó a pasear por su estudio—. Por Dios, madre, lo último que busco en este momento es una esposa. Si quieres saberlo, había hablado con Lady Jennifer porque me parecía que sería un buen partido para Michael, una dama sensata que le ayudaría a sentar un poco la cabeza. En cuanto a Lady Alyson... —Se interrumpió con una risa áspera—. Compadezco al hombre que se case con esa dama. Es demasiado romántica, demasiado despreocupada por las apariencias, demasiado...

—¿Emocionante?

—Sí. ¡No! —se corrigió en cuanto se dio cuenta de lo que había dicho. Pero por el ávido brillo en la mirada de su madre, Robert supo que su corrección había llegado un momento demasiado tarde—. Por favor, intenta comprender, madre. No deseo cargarme con más responsabilidades. Espero que Michael se case y me asegure que está asentado y feliz; entonces podré recorrer el mundo. Pasearé por el Coliseo de Roma, recorreré las islas de Grecia, escalaré los Alpes. —Robert caminó detrás de su escritorio, pasando las manos por el respaldo de su silla de oficina—. Desde que tengo memoria, he estado sentado aquí, en esta misma habitación, centrándome en cuidar de la familia y…

—Soñando con escapar —terminó su madre en voz baja. Sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas—. Oh, mi querido Robert, siento mucho haberte impuesto semejante carga a una edad tan tierna.

Sacudió la cabeza.

—No me impuso nada —le aseguró—. Me hice cargo por mí mismo y no tengo ni un solo remordimiento por estos últimos años. Todo lo que digo es que, antes de sentar la cabeza y asumir la responsabilidad adicional de una familia, deseo viajar, explorar el mundo fuera de Inglaterra durante un tiempo. —Se encogió ligeramente de hombros—. Cuando me haya saciado, regresaré y me casaré con alguien sensato, alguien práctico, alguien con quien pueda establecerme en una vida cómoda.

De hecho, ni siquiera se plantearía casarse con una mujer que no pensara en pedirle a un caballero que bailara a la luz de la luna. Un brillante recuerdo de lo tentado que había estado de aceptar la oferta de Alyson, de estrecharla entre sus brazos, de dejar a un lado la cautela y reclamar lo que ella tan burlonamente le ofrecía, le invadió.

A la fuerza, calmó su ahora acelerado corazón. Necesitaba recordar lo que quería de la vida y no dejarse tentar de su camino... independientemente de lo seductora que pudiera ser la dama.



—Has estado particularmente callada esta tarde.

Ante el comentario de Alyson, Jennifer desvió la mirada de la ventana del carruaje hacia su hermana.

—Lo siento. Estaba pensando en mi visita de hoy a la tienda del señor Harper. —Y en su encuentro con Michael.

La mirada de Alyson se agudizó sobre su rostro.

—¿Pasó algo?

—Nada digno de mención —dijo ella vagamente. A pesar de su estrecha relación, Jennifer no deseaba hablar de su confusión por el extraño comportamiento de Michael. Al menos no hasta que ella misma hubiera resuelto el embrollo.

—¿Tienes que ir allí? —preguntó su padre sacudiendo la cabeza—. Es una zona peligrosa de la ciudad.

Jennifer dio unas palmaditas reconfortantes en la mano de su padre.

—Confía en mí, papá. Estoy perfectamente segura cuando voy en nuestro carruaje privado con unos pocos sirvientes. Además, aunque las tiendas de Bond Street pueden ofrecerme cualquier cosa, desde sombreros hasta botas, ninguna puede proporcionarme una pieza de mi máquina.

—Gracias al cielo —contestó Alyson con una sonrisa—. No creo que disfrutara en una sociedad centrada en los experimentos de da Vinci.

Jennifer enarcó una ceja.

—Si la aristocracia llegara a fascinarse con las obras de da Vinci, tendríamos que

rebautizar Londres y llamarla Utopía.

Su padre se les unió en una carcajada mientras su carruaje se mecía hasta detenerse frente al teatro. Cuando se apearon del transporte, Jennifer se detuvo un momento, contemplando la grandeza de la élite de la sociedad vestida con sus mejores galas. Echando un vistazo a su propio vestido blanco liso, se sintió como siempre se sentía cuando estaba entre la tonelada: desaliñada y torpe, un pavo real entre cisnes. En su propio entorno, rodeada de piezas de maquinaria, Jennifer siempre se sentía segura y cómoda; sin embargo, aquí, fuera, en el mundo social, se sentía totalmente inadecuada.

Echando los hombros hacia atrás, Jennifer ocultó sus nervios temblorosos, replegándose tras un muro de fría reserva cuando vio a lady Atherton navegando hacia ellos.

—¡Lord Lambert! Qué maravilloso que usted y sus encantadoras hijas hayan podido asistir a la representación de esta noche. —Le ofreció la mano a su padre, sonriendo de una manera que a Jennifer le pareció completamente falsa.

—Su presencia solo aumenta mi disfrute de la velada —murmuró el padre mientras se inclinaba sobre la mano de lady Atherton.

La matrona soltó una carcajada.

—Dios mío, siempre es usted encantador, milord.

—Usted inspira eso en un caballero, milady.

La respuesta de su padre casi hizo que Jennifer pusiera los ojos en blanco. Con todas las

falsedades floridas que le lanzaban, no era de extrañar que le costara desenvolverse en la sociedad educada.

Alyson, sin embargo, no sufría tales insuficiencias.

—Lady Atherton —exclamó Alis al adelantarse—. Es maravilloso verla aquí. —Ofreció a la matrona una dulce sonrisa—. Estoy deseando ver la actuación de la Srta. Newton en La fierecilla domada del Sr. Shakespeare. Todo el mundo dice que es sencillamente maravillosa.

—En efecto, lo es —exclamó Lady Atherton—. Asombrosamente brillante.

Jennifer intentó entrar en la conversación.

—Creo que el mérito es del señor Shakespeare, pues son sus palabras las que conmueven a la gente.

Lady Atherton resopló con sorna.

—Sin el talento de una actriz dotada, la obra sería un asunto muy aburrido. —Hizo un gesto hacia la puerta—. Si me disculpan, creo que tomaré asiento —dijo antes de marcharse.

El hecho de que había ofendido a lady Atherton estaba claro, pero lo que permanecía incierto en la mente de Jennifer era cómo había molestado a la dama.

—Oh, Jennifer, ¿cómo has podido? —suspiró Alyson.

—¿Cómo he podido qué? —Jennifer sacudió la cabeza—. No sé qué dije para disgustar a Lady Atherton.

Inclinándose más cerca, Alyson explicó:

—Lady Atherton se considera la principal mecenas del teatro.

Todavía perdida, Jennifer se encogió ligeramente de hombros.

—Entonces, ¿por qué la ofendí al señalar el talento del señor Shakespeare?

—Porque menospreciaste el talento de la señorita Newton en el proceso. —Alyson dio un codazo en el brazo de Jennifer—. Y, si recuerdas la conversación que tuvimos en el té de los Mortimer la semana pasada, Lady Weatherby mencionó que Lady Atherton patrocinaba a la señorita Newton.

Jennifer cerró los ojos al darse cuenta de la profundidad de su paso en falso.

—Así que es natural que Lady Atherton se ofenda por mi sugerencia de que es la obra del señor Shakespeare la que tiene a todo el mundo en vilo, en lugar de la actuación de la señorita Newton.

—Precisamente.

Sacudiendo la cabeza, Jennifer miró a su hermana.

—Incluso cuando intento ser educada, acabo cometiendo una horrible metedura de pata. —

Suspiró exasperada—. ¿No es de extrañar que prefiera mis experimentos? Soy un fracaso estrepitoso en esto.

—Vamos, Jennifer —interrumpió su padre—. Simplemente necesitas un poco más de práctica, entonces estoy seguro de que serás capaz de mantenerte firme incluso con la matrona más intimidante.

—Si sigo ofendiendo a gente como lady Atherton, pronto no quedará nadie con quien practicar, papá —señaló Jennifer con ironía—. Así que, ahora que he conseguido disgustar a una de las damas más poderosas de todo Londres, mi velada ha comenzado de verdad. ¿Tomamos asiento y veremos a quién puedo ofender a continuación?

—¿Por qué no hacemos la primera parte de tu sugerencia y evitamos la segunda? —preguntó su padre riendo.

Ofreciéndoles el brazo tanto a ella como a Alyson, su padre las condujo al hermoso teatro y a su palco privado sin más incidentes. Respirando aliviada, Jennifer se hundió en su butaca y esperó a que comenzara la obra. Desde el momento en que se levantó el telón, Jennifer se encontró tan atrapada en la salvajemente entretenida historia de Petruchio y Kate que, para el intermedio, se había olvidado por completo de su percance con lady Atherton.

—Ha sido maravilloso, ¿verdad? —Jennifer se volvió hacia su hermana y su padre con una sonrisa—. Juro que estoy sin aliento por ver cómo terminará.

—Creo que... —Alyson empezó, solo para interrumpir su respuesta cuando una dama entró en su palco.

—Oh, Dios mío —exclamó, llevándose la mano al estómago—. Perdone la intromisión; parece que me he tropezado con el palco equivocado.

Aunque Jennifer no recordaba haber conocido nunca a la dama, le resultaba extrañamente familiar. Intentando ubicarla, Jennifer se fijó en los ojos azules de la mujer, el pelo oscuro al que solo le asomaban unas pocas mechas grises, la familiar curva de sus mejillas.

—No pasa nada —dijo su padre, levantándose para encarar a la atractiva mujer—. Considero una suerte que haya dado con nuestra palco, Lady Barrington.

¡Lady Barrington! La madre de Michael. Inmediatamente Jennifer vio el gran parecido entre madre e hijo.

—Le agradezco su bienvenida, milord. —Ofreció a su padre una bonita sonrisa—. ¿Tengo el placer de dirigirme al conde de Lambert?

—En efecto, lo tiene. —Su padre se inclinó ante ella—. Gregory Berkley, conde de Lambert, a su servicio. —Enderezándose, hizo un gesto hacia Jennifer y Alyson—. Y permítame presentarle a mis hijas, Lady Jennifer y Lady Alyson.

Deslizándose hacia delante con una gracia que Jennifer nunca podría aspirar a igualar, Lady Barrington tendió la mano para estrecharla afectuosamente.

—Me complace tener la oportunidad de conocerlas a ambas, ya que he oído que tenemos bastante en común.

Jennifer miró a la mujer con el ceño fruncido, confundida.

—¿Perdón?

—Mis hijos —incitó ella suavemente.

Inmediatamente, el recuerdo de Michael inclinándose cerca de ella y su deseo de experimentar su beso la recorrieron, desconcertando por completo a Jennifer.

—Ummm, sí, en efecto —tartamudeó, antes de soltarse del agarre de Lady Barrington—. Por favor, discúlpeme, milady, necesito... refrescarme. —Sin esperar respuesta, Jennifer se apresuró a salir del palco.

En el pasillo, Jennifer se apoyó contra la pared, apretándose las manos contra los ojos, luchando contra el impulso de bajar corriendo a su carruaje y correr a casa, a la seguridad de su taller. ¿En qué había estado pensando para huir corriendo de lady Barrington como una tonta tartamuda? Ahora la madre de Michael probablemente la consideraba una completa imbécil.

No solo entorpecería sus esperanzas de utilizar a Robert como tapadera, sino que también le molestaba pensar que Lady Barrington hablaría mal de ella a Michael. De hecho, quería que lady Barrington pensara bien de toda la familia, por si acaso el interés que Jennifer percibía entre Alyson y el marqués se convertía en verdadero afecto. Señor, ¡era todo tan confuso!

Dejando caer las manos a los lados, Jennifer avanzó por el pasillo hacia el salón de las señoras. No había dado más que unos pasos cuando divisó a Michael apoyado en una columna, charlando con lord Hampton. ¡Santo cielo! Con un grito ahogado, Jennifer se metió en un palco cercano, cerrando las cortinas tras de sí, esperando que Michael no la hubiera visto. Después de

todo, ¿qué le diría ella? Buenas noches, milord, me alegro tanto de no haberte besado esta tarde, a pesar de que no puedo dejar de pensar en lo que hubiera sentido al besarte. Oh, sí, eso daría mucho juego.

—Buenas noches, Lady Jennifer.

Sobresaltada, giró hacia Lord Barrington.

—Buenas noches, milord.

Él se había levantado de su silla, pero seguía de pie cerca de la balaustrada.

—¿Está disfrutando de la representación?

—Sí, mucho —respondió ella, aliviada de que él fuera demasiado caballero como para preguntarle por qué había entrado sin ser invitada en su palco.

—Parecía disfrutarla.

Su comentario la hizo levantar las cejas en señal de pregunta.

Un rubor apagado tiñó sus pómulos.

—Me di cuenta por casualidad de que usted y su hermana estaban solo tres palcos más abajo cuando tomé asiento.

Avanzando, se inclinó sobre la barandilla para contemplar el palco de su familia. Su padre

estaba de pie conversando con Lady Barrington y Alyson.

—Quizá por eso su madre se confundió y entró en nuestro palco por error.

—¿Mi madre está en vuestro palco? —Inmediatamente, se asomó y la miró con desprecio.

El tono adusto de su voz sorprendió a Jennifer.

—No pasa nada —le aseguró ella—. Su madre es encantadora.

—Para ser una fisgona astuta —murmuró él mientras se volvía hacia Jennifer—. ¿Qué le ha dicho a su hermana?

—¿A mi hermana? —Jennifer sacudió la cabeza—. Nada, pero me fui casi inmediatamente después de que llegara su madre, así que...

—Por favor, discúlpeme, Lady Jennifer.

Antes de que la última sílaba hubiera salido de su boca, Lord Barrington salió del palco, dejándola sola. Solo tuvo tiempo de parpadear dos veces antes de verlo reaparecer junto a su madre. El tenso gesto de su expresión delataba su inexplicable enfado.

Un susurro excitado en el palco contiguo hizo que Jennifer mirara por encima del hombro... para encontrarse con la mirada de nada menos que lady Atherton. Jennifer apartó rápidamente la mirada, solo para darse cuenta de que casi todo el mundo tenía los ojos puestos en ella o en la escena que se desarrollaba en el palco de su familia.

Cuando las luces parpadearon, señalando el comienzo de la segunda mitad de la representación, Jennifer se volvió para regresar al palco de su familia cuando oyó la risa de Michael desde el otro lado del telón. Aún no estaba preparada para enfrentarse a él. Dando un paso atrás, se apretó contra la pared, rezando para que Michael no entrara en el palco.

Tal y como había ido el día, debería haber sabido que no debía perder el tiempo con esperanzas.



Michael entró en la diminuta habitación y se detuvo bruscamente cuando la vio. Jennifer oyó el murmullo de la gente que los observaba. Cerró los ojos brevemente, deseando que el suelo se abriera y se la tragara entera. Ya era bastante malo tener que enfrentarse a Michael después de derretirse en sus brazos, pero verse obligada a enfrentarse a él bajo el atento escrutinio de las viciosas cotillas era más de lo que podía soportar.

Afortunadamente, las luces del teatro se atenuaron por completo, trayendo la bendita oscuridad al palco y una cacofonía de gemidos decepcionados de la gente que los observaba.

—Jennifer.

La suavidad de su voz la sorprendió. Lentamente, abrió los ojos para mirarle a través de las sombras.

—Yo... Yo... —Al darse cuenta de que no tenía ni idea de qué decirle, finalmente dejó de balbucear torpemente y se quedó callada.

Sus movimientos le parecieron ligeramente torpes, pero sacudió la cabeza, descartando la idea como un truco de la luz.

—¿Dónde han ido todos?

La pregunta fácil le soltó la lengua.

—Tanto tu madre como lord Barrington están de visita con mi padre y mi hermana —respondió, con los nervios calmados.

—¿En tu palco? Bueno, eso es ciertamente inesperado —comentó con facilidad, antes de acomodarse en una silla—. En cuanto a mí, voy a disfrutar de la segunda parte de esta fantástica obra. —Un lado de su boca se inclinó hacia arriba mientras le devolvía la mirada—. ¿Vas a acompañarme o piensas quedarte ahí acobardada el resto de la representación?

Su desafío provocó una respuesta inmediata.

—¿Acobardarme? —respondió ella con brío—. Solo intentaba descansar cuando entraste en el palco.

—Descansar. —Michael rio alegremente mientras se palmeaba el vientre plano.

—Efectivamente.

Ella no pudo evitar sonreír ante su reacción.

—Ahora deja de hacer el ridículo y toma asiento, Jennifer.

Sorprendentemente, ella no se ofendió por su indicación. Era como si su risa hubiera restaurado la tranquilidad entre ellos, haciendo que pareciera como si el casi beso en la tienda del Sr. Harper nunca hubiera ocurrido. Ladeando la cabeza, miró a Michael, pensando en cómo podía enfurecerla un minuto, hacer que quisiera besarle al siguiente, y luego dar un giro de 180 grados y simplemente hacer que se sintiera como un amigo.

Sin dudarlo ni un momento más, se acomodó en la silla junto a Michael y contempló la obra.

8

Por la rigidez de la postura de lord Barrington, Alyson temió que el hombre se hiciera un daño permanente en la espalda si no se aflojaba. En lugar de simplemente sentarse y disfrutar de la obra, permanecía sentado, con el atril erguido, como si la ingeniosa obra fuera una pura tortura para él.

Suspirando, redirigió su atención hacia el escenario, pero su interés por la obra también había desaparecido. Necesitando unos momentos a solas, Alyson se inclinó hacia delante para susurrar a su padre cuando perdió el equilibrio. Inclinándose hacia un lado, se agarró al objeto más cercano.

El muslo de Robert.

Él se estremeció bajo su mano, como si ella le hubiera hecho daño de alguna manera. Quizá simplemente no deseaba que nadie le tocara. Poniendo los ojos en blanco, le soltó y se equilibró sobre el respaldo de la silla de su padre.

—Ahora vuelvo, papá —susurró, antes de levantarse y dirigirse hacia la salida de su palco.

—¿Necesita escolta, Lady Alyson? —preguntó Lord Barrington cuando ella llegó a las

cortinas.

—No, gracias, milord. No desearía hacerle sufrir mi presencia ni un momento más de lo absolutamente necesario —respondió ella suavemente, y luego se escabulló hacia el pasillo.

Girándose en su asiento para mirar al frente, Robert intentó controlar las hirvientes emociones que bullían en su interior. ¿Qué tenía Alyson que le molestaba tanto? Se sentía dividido entre sermonearla por su inapropiado comportamiento y besarla hasta dejarla sin sentido. En ese momento, lo segundo le atraía más.

Miró hacia la cortina quieta, esperando a que ella reapareciera. Pasó otro minuto antes de que Robert se inclinara hacia lord Lambert y le dijera:

—Disculpe, milord, pero su hija aún no ha regresado.

—Hmmmm —murmuró lord Lambert, con la atención aún fija en el escenario.

¿Hmmmm? ¿Qué clase de maldita respuesta era ésa? ¿No estaba el hombre preocupado porque su hija no hubiera vuelto al palco? El lado racional de Robert le recordó que ella solo había estado fuera unos minutos y que tardaría mucho más tiempo en llegar al salón de las damas. Aun así, su lado emocional no quería saber nada de la razón.

Levantándose, Robert se tiró del chaleco.

—No se preocupe, milord. Le proporcionaré una escolta segura —dijo, antes de apresurarse tras Alyson.

Lord Lambert sonrió al ver a Robert salir del palco.

—¿Escolta segura? —murmuró a Lady Barrington.

—Ah, sí, los ladrones y malhechores abundan en el teatro —replicó ella, con los ojos brillantes de diversión—. Creo que tenemos un romance entre manos, milord.

—Oh, eso espero —respondió él—. De hecho, rezo para que tengamos más de uno.

Las cejas de Lady Barrington se alzaron.

—Entonces cree que mi Michael y su Jennifer están... interesados el uno en el otro.

—Predigo que toda la tonelada se preguntarán lo mismo mañana —dijo, señalando hacia el palco Barrington—. Mire allí.

Siguiendo la línea de su mano, Lady Barrington alcanzó a ver a Michael y Jennifer, sentados uno al lado del otro, solos en el palco. Mientras miraba, Michael se inclinó para decirle algo a Jennifer, que echó hacia atrás la cabeza riendo. Sonriendo, lady Barrington devolvió su atención a lord Lambert.

—Espléndido —pronunció—. ¿No está de acuerdo?

—Absolutamente —respondió él con rotundidad—. Creo que la conexión entre nuestras casas sería algo estupendo, milady.

—En efecto, lo sería. —Juntando las manos sobre su regazo, Lady Barrington continuó—:

Y cuando se casen, será la boda del año.

—¿Cuándo se case quién? ¿Michael y Jennifer, o Robert y Alyson?

Ella levantó un hombro.

—¿Importa realmente? Cualquiera de los dos emparejamientos será recibido con un entusiasmo desbordante por parte de la tonelada. —Su mano se dirigió hacia los otros palcos—. ¿Ve cómo todo el mundo mira hacia el palco Barrington, observando a su hija y a mi hijo? El romance entre nuestros hijos es el principal cotilleo estos días, y todo el que es alguien habla de ello.

—Eso es bastante cierto —convino de buena gana lord Lambert—. Si hasta yo he oído retazos del mismo, entonces debe estar en boca de todos.

—Le aseguro que así es. Así que, como ve, milord, si estos romances culminan con una boda, será el acontecimiento del año.

—Eso no me importa lo más mínimo mientras mis hijas sean felices —dijo lord Lambert.

Lady Barrington asintió escuetamente.

—No podría estar más de acuerdo con usted.

En perfecto acuerdo, Lord Lambert sonrió a Lady Barrington, que le devolvió una sonrisa satisfecha, y luego ambos se acomodaron para disfrutar del resto de la obra.



Avanzando a grandes zancadas por el pasillo, Robert se dirigió al salón de las damas para recoger a aquella mujer problemática. Era su deber como caballero, se dijo a sí mismo, ignorando la risa burlona que oía dentro de su cabeza. Solo por casualidad echó un vistazo a la escalera... y vislumbró una seda rosa.

Alyson.

Rompiendo el paso, se inclinó sobre la barandilla justo a tiempo para verla deslizarse desde el último escalón hacia la puerta exterior. Seguramente ni siquiera ella sería tan tonta como para salir sin escolta. Entonces recordó que justo anoche ella había estado perfectamente dispuesta a hacer eso mismo si él no hubiera accedido a escoltarla.

Una criatura impulsiva como Alyson haría cualquier cosa que se le antojara, sin importarle lo desaconsejable del acto.

Maldiciendo por lo bajo, Robert corrió tras ella, subiendo las escaleras de dos en dos. Mientras se dirigía al exterior, el enérgico aire nocturno hizo poco por enfriar sus frustraciones. Una rápida mirada a su alrededor, y localizó a Alyson mientras paseaba sin rumbo por los jardines junto al teatro.

Inseguro de lo que haría una vez que la tuviera en sus manos, Robert se dirigió furioso hacia la desprevenida Alyson.



—Pobre Petruchio —comentó Michael mientras la última escena se desarrollaba ante ellos—. Estar pegado a esa arpía el resto de su vida.

—De pobre Petruchio nada —contraatacó Jennifer—. Debería alabar a Kate todos los días por ser una mujer tan fuerte, para que se diera cuenta de que es su compañera, su pareja, y no su sierva.

Al cerrarse el telón, Michael se levantó, sin saber que había pisado el vestido de Jennifer, y empezó a aplaudir. Pero cuando Jennifer intentó seguir su ejemplo, fue detenida en seco por su falda, el brusco movimiento la desequilibró y la hizo tropezar.

—¿Jennifer? —Inmediatamente, Michael se acercó a ella—. ¿Estás herida? —le preguntó, pasándole las manos por los brazos.

—No lo creo —murmuró ella mientras intentaba recuperar la compostura—. Me temo que me he torcido el tobillo.

La preocupación oscureció sus ojos azules.

—¿Por qué no te quedas quieta unos minutos?

—Me siento tan tonta —admitió suavemente.

Michael se arrodilló frente a ella y empezó a presionarle suavemente el tobillo con los dedos.

—Dime si te duele.

Jennifer abrió los ojos y se encontró con su mirada.

—No... no, de verdad, estoy bien —le aseguró.

Mirando el rostro de Michael mientras las sombras los envolvían más de cerca, Jennifer sintió de nuevo el golpe del deseo por Michael. Inconscientemente, separó los labios, ofreciéndole una silenciosa invitación para que la obsequiara con su beso. Cuando la mirada de él se posó en su boca, Jennifer sintió que el corazón se le aceleraba de anticipación.

—Jennifer —ronroneó él, bajando la cabeza—. No deberíamos.

—Lo sé —murmuró ella en respuesta mientras posaba sus manos sobre los hombros de él.

Arqueándose hacia arriba, se encontró con su boca descendente con avidez. Sus labios se moldearon contra los de ella, dándole forma, esculpiéndola, enseñándole la ternura de un primer beso. Sin querer, un gemido subió a sus labios mientras ella inclinaba instintivamente la cabeza para darle un mejor acceso a su boca.

El gemido de Michael vibró a través de ella cuando aceptó su invitación, inclinando la cabeza para profundizar el beso. Cuando su lengua se introdujo en su interior con apasionada intención, Jennifer le rodeó el cuello con los brazos, tirando de él más cerca. Al sentir la presión del pecho de él contra sus pechos sensibilizados, Jennifer estalló de deseo, entrelazando su

lengua con la de él, provocando otro gemido de pasión de Michael.

Apartándose hacia un lado, Michael deslizó la mano por la mejilla de ella, arrastrando los dedos a lo largo de su clavícula, hasta burlarse del borde de su corpiño. El hambre surgió en el interior de Jennifer. Nunca había sabido que podía sentirse así, nunca había creído que un beso pudiera hacerla desear mucho más. Cada centímetro de su cuerpo hormigueaba y sus sentidos se agudizaban. Bajo sus dedos, su cabello se sentía tan sedoso. El aroma de la carne caliente la tentaba, haciéndola anhelar más. Nunca antes se había sentido tan conectada con nadie, como si fueran un solo deseo, un solo pensamiento, una sola necesidad. Incluso respiraban como uno solo.

Un suave gemido se le escapó cuando Michael rompió su beso para rasparle con los dientes el cuello arqueado. Unos escalofríos la recorrieron, bajando hacia su núcleo. Sus dedos se aferraron a él, instándole a seguir, mientras él descendía lentamente hacia su dolorido pecho.

Su aliento caliente la bañó mientras lamía su piel antes de atraerla profundamente a su boca con un beso erótico. Jennifer se impulsó hacia él, entregándose a él con total abandono, queriendo más, queriendo...

El estruendo de los aplausos se elevó, sacándola de la bruma del anhelo. Como si despertara de un sueño, Jennifer abrió los ojos para mirar fijamente al techo del palco del teatro. Se le heló la sangre al darse cuenta de que se estaba comprometiendo en un lugar muy público donde su padre, la madre de Michael o cualquier persona podrían encontrarlos en cualquier momento.

Ahora utilizaba los dedos que había enhebrado en su pelo con pasión para tirar de su cabeza hacia arriba. El resplandor de deseo que vio en sus ojos la hizo recuperar el aliento, pero

otro grito de alabanza del público le recordó su posición.

—Oh, Dios —ronroneó suavemente—. ¿Qué estamos haciendo?

Sus cejas se fruncieron.

—¿Jennifer?

Pero estaba demasiado mortificada para responder a la confusión que oía en su voz.

—Por favor, libérame —dijo con urgencia, mirando hacia la puerta, sin notar cómo él palidecía ante su orden—. ¿En qué estaba pensando? —continuó en voz baja.

Inmediatamente, Michael se puso en pie, dándole la espalda al balcón abierto mientras se alisaba el chaleco.

—Creo que estabas pensando que disfrutabas con mi beso.

Poniéndose en pie, Jennifer se apretó contra la pared, rezando para confundirse con las cortinas y que nadie que mirara su palco se diera cuenta de su estado ligeramente desaliñado.

—Sí —respondió lentamente—. Estaba disfrutando de tus besos. —Pero en lugar de que la afirmación le aportara calidez, la hizo sentir fría y despojada. Por supuesto que había disfrutado de sus besos. Después de todo, él era un libertino, el consumado seductor de mujeres. Bajo su experimentado tacto, ella había caído víctima de su propia insensatez. Y aunque ella creyera que él era más que un libertino, Michael admitía que se había ganado su reputación. Tampoco podía olvidar cómo había estado a punto de besarla en la tienda del Sr. Harper, y luego se había

retirado bruscamente, casi como si hubiera estado jugando con ella—. Pero entonces —señaló ella en lo que rezó por que fuera un tono razonable—, solo soy una de las muchas que los ha disfrutado, ¿no es así, Michael?

Él se estremeció como si ella le hubiera golpeado. Pero en el instante siguiente, su expresión cambió a una máscara confiada, haciéndola creer que se había imaginado la reacción inicial.

—Una de tantas. —Alisándose la corbata, hizo una pausa para pasarse los dedos por el pelo... pelo que ella había despeinado... antes de encaminarse hacia ella—. Cuando desee darse otro capricho, milady, hágamelo saber —murmuró mientras le pasaba un dedo perezoso por el corpiño.

Luchando por mantener la compostura, ella apartó su mano de un manotazo.

—Gracias, milord, pero creo que en el futuro refrenaré mis bajos impulsos. Algunos somos capaces de resistirnos al libertinaje.

Una luz decepcionada parpadeó en sus ojos, antes de bajar los párpados, ocultando la expresión en sus profundidades azules.

—Así habla la mujer que yacía gimiendo en mis brazos hace unos momentos —dijo —.Para alguien que se deleitó con mi... libertinaje, difícilmente está en posición de juzgarme, señora.

Su boca, la misma boca que había invocado una respuesta tan acalorada dentro de ella, se afinó en una línea fría mientras Michael la miraba fijamente durante un largo minuto antes de

girar sobre sus talones y salir a grandes zancadas del palco.

Su frágil fachada se derrumbó en el momento en que él desapareció. Escondiéndose la cara entre las manos, Jennifer dejó que sus lágrimas se derramaran sobre las palmas. Agradeció el dolor, cualquier cosa con tal de contener el frío que amenazaba con apoderarse de ella. Durante unos preciosos instantes, se había sentido... gloriosa.

Era una tonta.

En el pasillo, Michael luchó contra el impulso de volver al palco cuando oyó que Jennifer empezaba a llorar. Dios, debía de pensar que era un bastardo.

Lo que significaba que había logrado su objetivo.

Cuando ella se había entregado a él con tan dulce pasión, él se había perdido en ella, en el momento, olvidando todo menos el esplendor de ella entre sus brazos. Solo cuando el deseo había menguado y ella le había mirado con asombro, él había recordado que él era todo lo que ella no quería.

Y eso le había enfadado... y entristecido.

Su acusación de que ella era solo una de tantas le había tocado la fibra sensible, hiriéndole más de lo que jamás había creído posible. También le había proporcionado la oportunidad perfecta para meter una cuña entre ellos, para asegurarse de que Jennifer se mantuviera lejos de él.

Era lo mejor, se decía a sí mismo una y otra vez. Ella quería pertenecer, formar parte de la sociedad, mientras que él sabía que no sería bienvenido en ninguna casa una vez que la verdad de su nueva profesión fuera de dominio público. Apretando los dientes contra el arrepentimiento, se obligó a alejarse del palco, dejando a Jennifer con sus lágrimas.

Aunque ahora pudiera sentir una punzada de dolor, Michael sabía que la estaba salvando de mucho más.

Ese conocimiento, sin embargo, no le hacía sentirse menos bastardo.



—¿Qué demonios crees que haces aquí sola, Alyson? —Se le escapó un aullido sobresaltado, pero la alarma de Alyson se desvaneció cuando vio a Lord Barrington—. ¿Qué pretendes conseguir asustándome así?

—¿Yo la asusté? —Su expresión era sombría—. ¿Tiene idea del destino que podría haberle deparado aquí fuera, sola?

Las palabras de su pregunta inicial resonaron en su cabeza.

—Me has llamado Alyson —dijo con una sonrisa complacida—. Así que el alto y poderoso Lord Barrington se desdice lo suficiente como para saltarse una norma.

Él la miró incrédulo.

—Dios mío, seguro que no puede ser tan completamente… —Agarrándola por los hombros, tiró de ella hacia él—. La reprendo por arriesgar no solo su reputación, sino también su seguridad, ¿y todo lo que puede hacer es burlarse de mí por llamarla por su nombre de pila? —La levantó hasta que se puso de puntillas, apretada contra su pecho—. ¿No tiene sentido común, mujer?

Alyson contempló fascinada los cambios que se habían producido en él. Atrás había quedado lord Barrington, el caballero estirado que no levantaba la voz a una dama, y en su lugar estaba Robert, esa impresionante tempestad de hombre cuyas emociones bullían en su interior.

Un mechón de espeso pelo negro le caía sobre la frente mientras la acercaba un centímetro más.

—¿Y bien?

Pero una respuesta, cualquier respuesta en absoluto, estaba más allá de ella mientras le miraba fijamente, completamente embelesada por este hombre despampanante. Su ardiente mirada se posó en sus labios y ella inclinó la cabeza hacia atrás, deseando, no, necesitando que este hombre la besara.

Su cabeza empezó a bajar cuando un grito resonó detrás de ellos. Inmediatamente, Robert la empujó detrás de él, cambiando al protector en un instante. Mirando por encima de su brazo, vio a un hombre joven que corría hacia una mujer rubia y guapa que estaba de pie en el borde del parque. A Alyson se le escapó un suspiro cuando el hombre estrechó a la dama entre sus brazos, apresándola en un apasionado beso.

—Qué dulce —susurró Alyson.

—Qué tonta —corrigió Robert mientras le permitía salir de detrás de él—. Están completamente desprotegidos y desprevenidos. Cualquiera podría acercarse sigilosamente por detrás y robarles los bolsillos o algo peor.

Sus dedos temblaban mientras los apretaba contra sus labios.

—Se ha ido.

Lord Barrington la miró con el ceño fruncido, confundido.

—¿Quién se ha ido?

—Robert —respondió Alyson con un suspiro.

Su ceño se frunció hasta convertirse en un ceño fruncido.

—Me temo que lo que dices no tiene sentido otra vez, Lady Alyson.

—No, probablemente no tenga sentido para usted, Lord Barrington, pero le aseguro que Robert lo entendería.

Un suspiro exasperado lo desgarró.

—Ahora, no se enfade —dijo ella, dándole una palmadita en el brazo—. Solo me alegro de

que haya vuelto a ser el estirado de siempre antes de que hiciera algo verdaderamente tonto, como besarme. —Ella ignoró su indignada protesta—. ¿Por qué no volvemos dentro, para que pueda devolverme, sana y salva, a mi padre?

—Por fin —exclamó él—. Una petición razonable.

Suspirando por la pérdida del tentador Robert, Alyson observó cómo la dama otorgaba un último y persistente beso en los labios de su amante antes de alejarse a toda prisa.

Cuando llegaron a la entrada del teatro, Alyson echó un último vistazo hacia el final del jardín... y lo que vio la heló hasta la médula.

—¡Robert! —jadeó alarmada—. ¡Mira!

Respondiendo al tono de su voz, él se volvió inmediatamente. Dos hombres se habían abalanzado sobre el joven, que había estado contemplando a su dama. Mientras observaban, uno de los hombres agarró por los brazos al joven amante mientras el otro bruto le golpeaba en la cabeza.

—Quédese aquí —ordenó Robert antes de correr hacia el hombre indefenso.

El mayor de los dos asaltantes se volvió para mirar a Robert, mientras el otro hombre se echaba al joven amante al hombro y se dirigía hacia el callejón. Alyson observó, congelada en su sitio, cómo Robert aminoraba la marcha, adoptaba la postura de un boxeador y rodeaba cautelosamente al bruto.

El matón no solo era una cabeza más alto que Robert, sino que además le doblaba en

anchura. Desde luego, las probabilidades no estaban a favor de Robert. Cuando el matón

Le lanzó un zarpazo carnoso a Robert, que se agachó con elegancia para esquivarlo, Alyson decidió igualar un poco la contienda y corrió hacia delante para ayudarle.

Mientras se acercaba, vio a Robert conectar con la cara del asaltante, enviando su cabeza hacia atrás. La mirada feroz de Robert se intensificó a medida que se acercaba, haciendo retroceder al bruto a pesar de las diferencias de sus tamaños.

Pero en el momento en que Robert la vio, su expresión cambió a una de horror.

—¡Alyson! ¡Atrás! —gritó.

El cambio en la atención de Robert fue todo lo que el bruto necesitó para enviar un puño contra la sección media de Robert, y luego le asestó un golpe bajo la barbilla, haciendo que Robert se desplomara sobre la hierba.

—¡Robert! —gritó Alyson, corriendo hacia delante y dejándose caer de rodillas junto a él, sin importarle que el asaltante saliera corriendo tras su compañero.

Alyson acunó la cabeza de Robert en su regazo, apartándole el pelo de la frente.

—Háblame, Robert —susurró.

Sus pestañas se agitaron hacia arriba, la confusión nublando sus ojos azules.

—¿Alyson? —murmuró, con las cejas fruncidas por la consternación—. ¿Qué estás... —Se interrumpió cuando la niebla empezó a despejarse de su mirada. Bruscamente, se incorporó y miró a su alrededor antes de agarrarla por los hombros—. ¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño?

—No, no —se apresuró a asegurarle ella, apretando las manos sobre su pecho—. Estoy bien. Después de golpearte, salió corriendo.

Las manos que sujetaban sus hombros se tensaron.

—No me habría noqueado si hubieras escuchado lo que te dije y te hubieras quedado atrás... entonces podría haber ayudado a ese pobre hombre que se llevaron a rastras.

La culpa se mezcló con su ira.

—Bien —espetó ella, soltándose de su agarre.

—Adelante, cúlpame por haberte noqueado en una pelea. La próxima vez, no moveré un dedo para intentar ayudarte, aunque el hombre del que te estás defendiendo sea el doble que tú.

—Entiendo que simplemente intentabas ayudar, Alyson, pero lo que quiero que entiendas es que me habrías ayudado más haciendo lo que te pedí —le devolvió con calma, antes de tocarse la mandíbula con los dedos—. Maldita sea, pero ese tipo tenía un puñetazo poderoso.

Tan rápido como había llegado, su ira se fue. Inclinándose hacia delante sobre sus rodillas, le acarició suavemente la línea de la mandíbula, buscando cortes en la piel hinchada.

—Supongo que deberíamos estar agradecidos de que no tuviera un arma.

Cuando Robert capturó su mano entre las suyas, presionando sus dedos contra la curva de su mandíbula, Alyson levantó su mirada sorprendida hacia la de él. Con un mechón de pelo cruzándole la frente y la oscuridad en sus ojos, Robert se había convertido una vez más en el hombre salvaje y demasiado tentador que hacía que su romántico corazón se derritiera. Lentamente, bajó sus manos entrelazadas, arrastrando los dedos de ella por la línea de su mandíbula antes de soltarlos.

—Gracias por preocuparte, Alyson —murmuró, su voz grave y ronca.

Aturdida, Alyson se puso en pie y se limpió las faldas.

—Dios mío, no es necesario que me dé las gracias, milord. Me habría preocupado por cualquiera.

—Es tan maravilloso sentirse especial —murmuró en voz baja mientras se ponía en pie haciendo palanca.

—¿Perdón? —preguntó ella, insegura de si le había oído bien. ¿Quería él que ella pensara que era especial? Señor, la estaba confundiendo. En un momento era el estirado Lord Barrington, y al siguiente se convertía en el despampanante Robert. ¿Cómo iba a saber una chica cómo manejarlo si él seguía cambiando en un abrir y cerrar de ojos?

—No fue nada. —Se alisó la chaqueta y el pelo antes de girarse para mirarla—. ¿Volvemos ahora al teatro? Me temo que nuestra prolongada ausencia ya se habrá notado.

Y así, Lord Barrington había regresado. Apoyando las manos en las caderas, Alyson le encaró con valentía.

—¿Volver al teatro? ¿Has perdido el juicio? —le preguntó—. ¿Qué hay de ese pobre hombre que esos dos hombres secuestraron?

—¿Qué hay de él? —contraatacó lord Barrington—. ¿Propones que nosotros dos sigamos el rastro de esos hombres, uno de los cuales ha perfeccionado el puñetazo giratorio, a través de callejones oscuros y peligrosos con poca o ninguna esperanza de encontrarlos? —Sacudió la cabeza—. Lo más probable es que lo que encontraríamos serían más problemas, y arriesgaríamos nuestra propia seguridad en el proceso.

—¡Pero debemos ayudar a ese pobre hombre!

—No estoy en desacuerdo contigo —dijo Robert—. Solo estoy en desacuerdo con tu método para ayudarle. Señor, Alyson, debes dejar de ser tan malditamente impulsiva.

—¡Quizás sea impulsiva, pero tenemos que ayudarle!

—Hacer algo completamente tonto no le ayudará. —Robert la agarró del codo y empezó a dirigirla de nuevo hacia el teatro—. Una vez que te devuelva a tu padre, me pondré en contacto con las autoridades. Si no consigo ninguna satisfacción allí, contrataré a un corredor de la calle Bow y lo pondré al tanto del asunto.

—Oh —dijo Alyson al cabo de un momento.

—¿Oh? —preguntó incrédulo, haciendo que se detuvieran—. ¿Eso es todo? ¿Ninguna disculpa, ningún comentario sobre que mi idea era acertada?

Aunque él tenía razón, ella no estaba dispuesta a admitirlo ante él. Dándole una palmadita en el brazo, reanudó la marcha, arrastrando de hecho a Robert tras ella.

—No hay necesidad de ser engreído, milord —comentó alegremente.

—Me has llamado Robert hace un momento —refunfuñó él, completamente disgustado con ella.

Ella le sonrió.

—Eso es porque eras Robert hace unos momentos.

Se le escapó un largo suspiro.

—Señor, otra vez esto no.

La risa de Alyson les acompañó de vuelta al teatro.

9

Con los ojos desorbitados e irritado, Michael trató de centrar su atención en el libro de contabilidad que tenía delante, pero los malditos números seguían titubeando.

—Maldita sea —gruñó mientras cerraba el libro de golpe.

Normalmente encontraba tal satisfacción, tal culminación en su trabajo, pero toda la mañana había estado completamente distraído... y no hacía falta ser un maldito genio para averiguar por qué.

No, podía achacar su actual dolor de cabeza directamente a los hombros de una tal Lady Jennifer Berkley.

Ya había sido bastante malo intentar apartarla de sus pensamientos cuando había estado en desacuerdo con ella, pero ahora era francamente imposible bloquearla de su mente. En lugar de pensar en sus cuentas, pensó en lo suaves que eran sus labios, en cómo se amoldaban tan perfectamente a los suyos, en cómo sabían tan increíblemente dulces, haciéndole desear más.

Y más había tenido. De hecho, le picaba la mano con ganas de volver a tocarla, de sentir la generosa curva de su pecho bajo sus dedos, de moldear su suavidad contra su palma. En sus

pensamientos, le desabrochó el vestido, bajándosela hacia abajo, por los hombros, dándole un acceso completo y desinhibido a sus pechos. Apretó los besos a lo largo de la flexible línea de su cuello igual que la noche anterior, pero esta vez, cuando llegó a la elevación de su pecho, cumplió su deseo de llevarse su sonrosado pezón a la boca, dibujando profundamente en ella hasta que...

—Le ruego me disculpe, milord.

La voz sacó a Michael de sus pensamientos caprichosos. Dando gracias a Dios por estar sentado y poder ocultar los resultados de sus ensoñaciones, Michael se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Hay algún problema, señor Hodgins?

—No un problema, milord, solo una pregunta —aclaró—. Me salpicó algo de agua en los pedidos, lo que dificultó su lectura, así que no estaba seguro de si el pedido para el pub El Toro y el Jabalí era de quinientos pretzels o de seiscientos.

Abriendo de par en par el libro de pedidos, Michael pasó rápidamente un dedo por la columna más reciente.

—Seiscientos.

El Sr. Hodgins asintió una vez.

—Muy bien, señor. Nos pondremos a ello. —Hizo una pausa en la puerta—. El Sr. Burnbaum también está aquí para verle.

—Por favor, hágale pasar —pidió Michael, preguntándose qué noticias traería hoy su vecino.

Entrando en el despacho, Aaron se quitó el sombrero, dejando al descubierto sus espesos rizos oscuros.

—Señor Exeter, gracias por recibirme.

—¿Cuántas veces te he dicho que me llames Michael? —dijo mientras se levantaba de la silla. Rodeando el escritorio, Michael le ofreció la mano a Aaron.

Tras un momento de vacilación, Aaron aceptó el apretón de manos.

—Sé que desea que le llame por su nombre de pila, pero no me parece correcto.

—¿Por qué no? —preguntó Michael—. Somos compañeros de oficio.

Aaron sacudió la cabeza.

—Aun así, eso no cambia el hecho de que yo soy un comerciante judío, hijo de un comerciante judío, mientras que usted es un caballero con título, hijo de un marqués.

Cruzándose de brazos, Michael miró fijamente a Aaron.

—Considero que eso es irrelevante, Aarón. Después de todo, sin tu ayuda, mi negocio habría naufragado. Nunca olvidaré cómo tú y los demás mercaderes locales me ayudasteis a negociar tratos con los capitanes, a encontrar trabajadores para ayudar a renovar la fábrica y me

enseñasteis a llevar las cuentas. —Levantó las cejas.

—Cuando se compara con eso, las diferencias en nuestra posición significan menos que nada para mí.

Aaron le sonrió.

—Quizá solo me sorprenda encontrar sabiduría en un miembro de la aristocracia.

Echando la cabeza hacia atrás, Michael rio en voz alta.

—Eso sí que tiene sentido. Porque admitiré haber poseído muy poca de ella durante demasiado tiempo. —Cuando su risa se desvaneció, Michael se dio cuenta de que la sonrisa de Aaron no le llegaba a los ojos—. Dime por qué has venido a verme hoy, Aaron.

—Es por Isaac —empezó Aaron—. Le viste ayer, ¿verdad?

Michael asintió.

—Sí, le vi. Isaac dijo que tu mujer quería algunos de mis finos pretzels para la comida del mediodía.

—¿Dijo algo más?

Pensando en el breve encuentro, Michael trató de recordar su conversación.

—No mucho. Sí mencioné que parecía tener prisa, y me dijo que había quedado con su señora.

—La gentil.

Empezó sorprendido.

—¿La gentil? ¿Así es como llama a la enamorada de su hijo?

Aaron hizo un gesto despectivo con la mano.

—Le pregunto por qué no puede sentar la cabeza con una chica judía y agradable, como la hija del señor Klein, pero mi Isaac dice que esta chica no se parece a ninguna otra, que le hace sentirse valiente y honorable. —Hizo un sonido de disgusto absoluto—. Dígame por qué mi Isaac necesita a una mujer para sentir esas cosas. Son cosas que él debería sentir simplemente porque es valiente y honorable.

—Ah, pero seguro que recuerdas, Aaron, lo que se siente cuando una joven te mira con admiración —dijo Michael.

—No, no soy tan viejo como para olvidar esas cosas —convino Aarón mientras daba vueltas a su sombrero entre las manos—. Pero cuando le pido a Isaac que traiga a esta chica a nuestra casa para que podamos conocerla, me lo niega. Me dice que es imposible que conozca a esta chica. —Se golpeó el sombrero contra el muslo—. ¿Por qué, te pregunto, Michael? ¿Por qué esta chica no puede conocernos? ¿Es porque somos simples comerciantes judíos y ella siente que estamos por debajo de ella?

—Si ella permite que tu hijo la corteje, dudo que sienta eso por ti —aseguró Michael al hombre—. Podría haber muchas otras razones por las que ella no pudiera acompañar a Isaac a tu casa.

—¿Y cuáles serían esas? —replicó rápidamente Aaron—. ¿Que esté casada o comprometida con otro gentil? ¿O que no les haya dicho a sus propios padres que está saliendo con el hijo de un mercader judío? Todas las posibles razones que se me ocurren me inquietan. —De repente, Aarón se dejó caer en una silla, con aspecto totalmente derrotado—. Lo peor de todo es que ahora mi hijo ha desaparecido, y temo que se haya fugado con esa chica, cuyo nombre ni siquiera conozco.

—¿Desaparecido? —Michael se sentó junto a Aaron—. ¿Estás seguro?

Apoyando los codos en las rodillas, Aaron se inclinó hacia delante, sosteniéndose la cabeza entre las manos.

—Segurísimo. Después de darle a su madre su paquete, se marchó sin decirnos adónde iba, lo que suele significar que se dirige a encontrarse con esa chica. Marta y yo a menudo le oímos regresar bien entrada la noche, pero anoche nos quedamos dormidos antes de oírle volver. Esta mañana encontramos su habitación vacía. —Levantó la cabeza para mirar a Michael—. Anoche no volvió a casa, y me preocupa que se haya ido y haya hecho alguna tontería.

La sombría mirada de Aaron conmovió a Michael.

—¿Cómo salir corriendo y casarse en Gretna Green?

Aaron asintió consternado.

—Vamos, Aaron —dijo Michael suavemente, poniendo una mano sobre el hombro de su nuevo amigo—. Seguro que esto no será lo peor del mundo. Tu Isaac es un joven sensato y debes confiar en que tomará las decisiones correctas. Cuando regrese, debes aceptar a su nueva esposa, acogerla en tu hogar, o perderás a tu hijo.

Un fuerte suspiro brotó de Aarón.

—Tienes razón, Michael. Sé que la tienes, pero no sé si la tengo en mí para acoger a una extraña en mi corazón.

—¿Quién ha hablado de tu corazón? —preguntó Michael con una ligera risa—. Solo he dicho que la hagas sentir bienvenida en tu casa. Todo lo demás vendrá con el tiempo.

—Puedo hacerlo —murmuró Aarón en voz baja. Se enderezó en su silla—. Puedo hacerlo —repitió esta vez un poco más alto.

Michael palmeó la espalda de Aarón.

—Sé que puedes.

Ambos hombres se levantaron, y cuando Aarón le ofreció la mano, Michael la aceptó de buena gana.

—Gracias, Michael, por dejar que te cargue con mis problemas.

—¿Cargarme? —Michael se burló—. Difícilmente. Yo mismo estoy familiarizado con las

penas familiares.

—Sería un honor compartir tus cargas también.

—Te agradezco la oferta, Aaron, pero nunca desearía aburrirte con mis fastidiosas historias —dijo Michael con ligereza.

—Muy bien. —Poniéndose el sombrero, Aaron se dirigió hacia la puerta. Con la mano en el pomo, se volvió para mirar a Michael una vez más—. ¿Quizás te gustaría cenar con mi esposa y conmigo una noche?

—Sería un honor —aceptó Michael sin vacilar.

—Excelente. Estaremos encantados de tenerle como invitado.

—¿Por qué no me invitas cuando tu hijo regrese con su nueva esposa? Piénsalo, Aarón. ¡Dos gentiles a la vez en tu mesa! ¿Seguirá siendo bienvenido en el templo después de eso?

Sonriendo, Aarón negó con la cabeza.

—¿Por qué tengo la sensación de que llegaré a arrepentirme de usar esa palabra?

—Porque lo harás —replicó Michael—. Me encargaré de ello. —Con la risa coloreando su voz, Michael sabía que Aarón no se ofendería por su respuesta.

—Eres bueno para mí, Michael. Haces que me cuestione las viejas creencias y que me dé

cuenta de que soy demasiado joven para estar tan anclado en mis costumbres.

Un lado de la boca de Michael se inclinó hacia arriba.

—Tengo la costumbre de molestar a la gente... solo que muy pocos me dan las gracias por ello.



Se sintió bien al darle a su bola de croquet un golpe fuerte y duro.

—Dios mío, Jennifer. ¿Qué te pasa? —preguntó Alyson mientras se acercaba a su bola de rayas verdes.

—No estoy enfadada —protestó Jennifer, mirando alrededor del césped de Lady Atherton para asegurarse de que nadie en la fiesta de la tarde pudiera oírlas.

—¿Ah, no? Entonces, ¿por qué golpeaste la pelota tan fuerte que salió volando hacia los arbustos?

Jennifer se puso rígida.

—Simplemente juzgué mal mi golpe.

Levantando la vista de su bola, Alyson sonrió con burlona diversión.

—Mmmm.

Miró con desprecio a su hermana.

Golpeando ligeramente su bola, Alyson la envió deslizándose a través del primer wicket.

—Te toca otra vez —dijo mientras daba un paso atrás—. Intenta no golpear tu bola fuera del césped esta vez.

Lo que realmente le gustaría hacer, pensó Jennifer, era darse un golpe en la cabeza para librarse de esos recuerdos de la noche anterior. Inmediatamente, la asaltó la imagen de sí misma en el palco del teatro de Michael, besándole frenéticamente, arqueándose contra él. Toda la noche había estado atormentada por esa imagen... y por las emociones que invocaba en su interior.

¿Por qué, oh, por qué no podía sentir repulsión por su acto de intimidad con Michael? ¿Por qué no podía pensar en la forma en que él la besó y estremecerse de asco? En lugar de recordar su rechazo, solo recordaba la pasión. Jennifer gimió suavemente mientras alineaba su maza con la bola. No, no tenía la suerte de considerarse una de tantas. En cambio, cada vez que pensaba en aquellos momentos en sus brazos, olvidaba todo lo que venía después de la pasión y ansiaba otro sabor. Se encontró a sí misma anhelando más de sus caricias, más de sus besos que le destrozaban la mente.

¡Dios mío! Había que hacer algo al respecto, pensó, presa del pánico ante sus pensamientos incontrolables. No quería renunciar a Michael como amiga, pero tampoco podía convertirse en

su próxima conquista. Si cedía a sus deseos, se estaría arriesgando a...

—¿Alguna vez vas a golpear la pelota, Jennifer?

Sobresaltada, Jennifer desenfundó instintivamente su mazo y golpeó la pelota con todas sus fuerzas, haciéndola rebotar por encima de los arbustos, atravesando casi toda la extensión de césped y cayendo en un estanque ornamental. Espléndido. Simplemente espléndido.

Los gritos de risa de Alyson hicieron poco por mejorar su humor. Mirando mal a su hermana, Jennifer se acercó al estanque para pescar su pelota.

—Ohhh, ahí está Robert... Quiero decir, Lord Barrington —exclamó Alyson—. ¿Te importa si terminamos este juego, Jennifer? Debo hablar con Lord Barrington sobre un asunto urgente.

—¿Te importa que me ahorre pescar mi bola en esta agua? —preguntó Jennifer secamente —. En absoluto.

—Gracias —dijo Alyson alegremente antes de dejar su mazo y salir corriendo hacia Lord Barrington.

Al notar la expresión de excitación en el rostro de su hermana, Jennifer se preguntó si su hermana se estaría enamorando de lord Barrington. ¿No sería encantador? pensó Jennifer, si una de ellas acabara siendo feliz.

Seguramente su padre cedería en su decisión de que Jennifer debía casarse primero cuando

viera lo enamorada que Alyson estaba del marqués. Entonces, después de que Alyson estuviera felizmente casada, Jennifer podría volver a su casa de campo y vivir el resto de su vida en paz, sin la presión de intentar ajustarse a las normas de la sociedad. Pues se había hecho bastante obvio que estaba destinada a fracasar miserablemente... por mucho que lo intentara.

Profundamente preocupada, Jennifer dejó su mazo y fue a disfrutar de un poco de limonada.



—Entonces, ¿qué dijo el magistrado?

Conteniendo una sonrisa, Robert miró a Alyson, que prácticamente bailaba a su lado con expectación.

—Buenos días para usted también, milady —le dijo con calma.

—Sí, sí —respondió ella impaciente, agitando las manos—. Prescindamos de una vez de todas esas tonterías de cortesía, para que podamos pasar a asuntos más importantes.

Levantó una ceja.

—Resulta que considero que comportarse de forma educada es bastante importante.

—¡Robert! —siseó ella exasperada. Él soltó una risita; no pudo evitarlo.

Entrecerrando los ojos, fijó en él una mirada firme.

—Estás disfrutando atormentándome, ¿verdad?

—Inmensamente.

—Apostaría a que no lo encontrarías tan agradable si le dijera a todo el mundo que salimos del teatro juntos, los dos solos.

—¿Quieres oír hablar de mi encuentro con el magistrado o no, mi bonita chantajista?

Su sonrisa contenía una inmensa satisfacción.

—Desde luego que sí.

La astuta pícara pensaba que había sido más astuta que él... y lo había sido, reconoció Robert con pesar. Ella sabía perfectamente que él habría hecho cualquier cosa para protegerla, incluso de sí mismo. Temiendo que su discusión pudiera ser oída por los invitados que se mezclaban en el césped, sugirió:

—¿Por qué no probamos suerte en el laberinto del jardín? A menudo he oído a Lady Atherton hablar muy bien de él. —Ante el asentimiento de Alyson, Robert la cogió del brazo y los dirigió hacia el gran laberinto.

Sorprendentemente, Alyson tuvo el buen sentido de guardar silencio hasta que estuvieron envueltos en la intimidad de los setos perfilados.

—Ahora, háblame de tu reunión, Robert.

Robert. Oír su nombre en sus labios hizo que se le apretaran las tripas... igual que la noche anterior, cuando casi había cometido el error totalmente tonto de besarla. Gracias a Dios que les habían interrumpido. Porque, por muy tentadora que fuera, toda una vida con sus payasadas le volvería loco. Y al acompañarla en sus aventuras, él desempeñaba un papel, voluntario o no, en comprometerla.

Su determinación de evitar más escapadas nocturnas de Alyson era precisamente la razón de su aparición en la fiesta sobre el césped de los Atherton. Robert ya conocía a Alyson lo suficiente como para darse cuenta de que se lanzaría sobre él en cuanto volviera a verle para oír hablar del magistrado con el que había hablado. Se permitió una sonrisa de suficiencia ante la exactitud de su predicción.

Al verla durante el día, podría evitar más incidentes que amenazaran su reputación. Felicitándose por un plan bien ejecutado, Robert les condujo más adentro del laberinto. Después de todo, era perfectamente aceptable que una pareja disfrutara de un paseo por un laberinto, así que no había ningún riesgo para la reputación de Alyson.

—¿Vas a hablarme alguna vez de tu encuentro con el magistrado, o me veré obligada a recurrir a él yo mismo?

—Lo harías, ¿verdad? —preguntó él, sabiendo la respuesta incluso al terminar la pregunta —. Ni siquiera te molestes en contestar, Alyson, ya que ambos sabemos la respuesta.

Ella le pellizcó el brazo en señal de protesta.

—Como me temía, cuando hablé con el magistrado, me prometieron que investigarían el asunto, pero me informaron de que tenían pocas esperanzas de encontrar a los autores. Debido a su falta de entusiasmo, contraté los servicios de un caballero llamado Sr. Lewis, que intentará localizar al joven que vimos secuestrado. Le di al Sr. Lewis una descripción tan exacta como pude, aunque estábamos demasiado lejos para verlos lo suficientemente cerca como para una descripción detallada. Luego me dirigí al magistrado y les ofrecí la misma información, aunque tenían menos esperanzas de encontrar al caballero. Parecían pensar que tal vez el hombre tenía asuntos pendientes con la clase de gente equivocada.

—Eso bien podría ser cierto —concedió Alyson—. ¿Pero qué hay de la dama? ¿Tratan de encontrarla también?

—No —dijo él, confuso ante su pregunta—. ¿Por qué iba a hacerlo? Ella estaba ilesa.

—¡No lo estará si cree que su verdadero amor la ha abandonado!

El dramatismo de Alyson le hizo sonreír.

—Te aseguro, Alyson, que a muchas damas les han roto el corazón y han vivido para contarlo.

—Todo un caballero sensible, ¿verdad, milord? —preguntó Alyson con frialdad—. Muy bien, entonces, veo que tendré que tomar el asunto en mis propias manos.

Todavía con una mueca de dolor por su comentario sarcástico, Robert se centró cautelosamente en su declaración.

—¿Qué diablos quieres decir con eso?

—Precisamente lo que he dicho. —Cuando ella apartó la mano de su brazo, Robert ignoró el impulso de arrebatársela de nuevo—. Empezaré a hacer averiguaciones sobre la identidad de la dama.

—¿Investigaciones a quién? ¿A las patronas de Almack's?

—¿Por qué no? —replicó Alyson, captando obviamente el sarcasmo de su pregunta—. Después de todo, las matronas de la sociedad conocen a todo el mundo, así que estoy segura de que serían de ayuda para identificar a la joven.

Robert sacudió la cabeza ante la lógica defectuosa de Alyson.

—¿Cómo puedes estar tan segura de que es un miembro de la sociedad educada?

—Su vestido era de la mejor calidad, lo que me lleva a creer que, en efecto, es una dama —replicó Alyson, ladeando la barbilla mientras le dirigía una mirada altiva.

Robert hizo agujeros en su argumento.

—Que tenga un excelente sentido de la moda no la convierte en una dama. Muchos mercaderes pueden permitirse vestir a sus hijas y esposas con las prendas más finas.

—Pero no todas las damas llevan una cresta de oro sobre el hombro izquierdo de su vestido. —Sus ojos chasquearon de fastidio—. Si no puedo encontrar a nadie dentro de la

sociedad que pueda identificar a la dama, entonces empezaré a acercarme a los modistos más finos y ver si alguno de ellos puede reclamar a la mujer como patrona.

—¿Tienes idea de cuántas modistas hay solo en Bond Street? —preguntó—. Te llevaría semanas, no, meses interrogarlas a todas... sin ninguna garantía de que alguna vez encontraras una respuesta.

—Si lleva tanto tiempo, que así sea —pronunció Alyson mientras doblaban otra esquina del laberinto—. Pero no puedo olvidar que alguna pobre mujer está ahí fuera, pensando que su amante la ha abandonado.

¡Dios mío, la mujer era una romántica empedernida! Robert estuvo a punto de señalar a Alyson que la dama que habían visto podía no ser más que una prostituta bien pagada. Por otra parte, aunque ofreciera eso como opción, Robert sabía que Alyson lo rechazaría de plano.

No podía haber dos personas más opuestas que él y Alyson. Con su visión color de rosa del mundo, ella había visto a dos personas locamente enamoradas mientras que él veía a dos personas disfrutando de un beso apasionado. Ella había visto algo que solo el amor verdadero podía crear, mientras que él había visto algo que podía comprarse por unas pocas libras.

—Me temo que no puedo permitirte que investigues el asunto de la identidad de la dama.

—¿Permitirme? —Alyson estalló en carcajadas—. ¿Quién es usted, Lord Barrington, para presumir que puede dictar mis acciones?

—Soy quien vio con qué rapidez esos hombres desarmaron a ese joven, soy quien sintió el

poder tras el puño de ese matón, y soy quien acudirá a tu padre si te atreves a hacer una sola pregunta sobre la identidad de la dama.

—¿Y decirle qué? —preguntó ella, abriendo los ojos con una inocencia tan descaradamente falsa que casi le hizo sonreír—. Podré convencerle fácilmente de que no tengo ni idea de lo que estás hablando, de que nunca vi a nadie secuestrado fuera del teatro. —Ella le pasó la mano lentamente por la solapa—. Entonces terminaré diciéndole a mi querido padre que sé que estuvo muy mal por mi parte besarte y dejar que me tocaras tan íntimamente fuera del teatro, sola en el parque, pero me abrumaste con tu cruda pasión.

Con cada palabra que decía, Robert sentía que su boca se abría más y más. ¡Dios mío! Y ella también lo haría, él lo sabía. Cerrando la boca de golpe, la fulminó con la mirada.

—Nunca te besé —siseó de puro fastidio.

—Yo lo sé y tú lo sabes, pero mi padre no lo sabe.

La sonrisa complaciente de ella rompió su autocontrol.

—Entonces, si voy a ser condenado como pecador, bien podría probar el sabor del pecado —ronroneó Robert.

Tuvo la satisfacción de ver cómo sus ojos se abrían de sorpresa cuando la agarró por los hombros y tiró de ella contra él. Agarrando sus labios, exploró audazmente su boca... y se perdió en ella. El sabor era más dulce que ninguno que hubiera conocido cuando ella aceptó su beso. Necesitando más, deslizó las manos desde sus hombros hasta su espalda, apretándola más, hasta que pudo sentir cada centímetro de ella contra él.

Cuando Alyson se movió de repente, rodeándole el cuello con los brazos, acercándolos aún más, Robert hizo que su lengua se deslizara hacia dentro para entrelazarse con la de ella. Un suave gemido reverberó a través de Alyson mientras inclinaba la cabeza hacia atrás, profundizando el beso.

Todo su cuerpo empezó a temblar de deseo mientras surgía en su interior el impulso de reclamarla para sí, una emoción caliente y necesitada. Cuando la mano de él se curvó alrededor de su cintura, Alyson deslizó de repente sus manos sobre el pecho de él y le apartó, rompiendo su beso.

—¿En qué estamos pensando? —jadeó, presionando el dorso de su mano contra sus labios.

Pero de eso se trataba. No habían estado pensando en absoluto, se dio cuenta Robert, cuando su cuerpo y sus sentidos inflamados empezaron a enfriarse. Sintió que la sangre se le escurría de la cara al pensar que había permitido que sus emociones le dominaran por completo. Había perdido completamente el control.

Totalmente sacudido por ese pensamiento, Robert se tambaleó hacia atrás, ignorando el bajo estruendo del deseo en su interior. Sacudió la cabeza, intentando despejarla, incapaz de responder a Alyson.

—A veces pienso que eres un espantoso irresponsable —dijo Alyson finalmente—. Y tú piensas que soy una imbécil irresponsable y romántica.

Robert abrió la boca para protestar, pero la cerró al instante siguiente. ¿Cómo podía

protestar cuando ella tenía razón? Aun así, tenía que decir algo. Metiéndose las manos en los bolsillos, se aclaró la garganta.

—Siento haberte besado así —dijo con rigidez—. Me dejé llevar por mi frustración y perdí el control por un momento.

—Oh, por el amor de Dios —espetó Alyson—. Lo haces sonar como si tú fueras el único culpable. En caso de que se le haya escapado, Lord Barrington, le estaba devolviendo el beso.

No; no se le había escapado, pensó Robert, recordando la sensación de su boca moviéndose sobre la de él, sus brazos enroscados alrededor de su cuello, sus dedos jugueteando con su pelo. ¡Maldita sea! Ahí se fue de nuevo, perdido en sus pensamientos. Con esta mujer, no tenía absolutamente nada de su preciado control.

—Propongo que simplemente olvidemos que esto ha ocurrido —declaró Alyson con firmeza.

¿Olvidarlo? Ni de coña. Aún así, a Alyson le ofreció un sucinto asentimiento.

—Muy bien, milady.

—Excelente —devolvió ella en tono cortante. Pasándose las manos por el pelo, Alyson respiró hondo antes de girar sobre sus talones y marchar por el laberíntico sendero. Sin más remedio que seguirla, Robert se pasó los dedos por el pelo para alisárselo lo mejor que pudo.

Cuando el final del laberinto estuvo a la vista, Robert alargó la mano para tocar el brazo de

Alyson. Ella se detuvo bruscamente ante la suavidad de su tacto y se quedó inmóvil.

—Recordarás lo que te dije sobre involucrarte en el descubrimiento de la identidad de esa mujer, ¿verdad?

Girando la cabeza, le miró fríamente por encima del hombro.

—Si digo que no, ¿volverás a besarme?

Apretó los dientes, apartando sin piedad el deseo que estallaba ante la mera sugerencia.

—Creía que querías olvidar que eso había pasado.

Una expresión de disgusto cruzó su rostro.

—Error mío —dijo al cabo de un momento—. Buenos días, Lord Barrington.

Liberándose de su agarre, salió del laberinto y salió a la luz del sol. Maldita sea. Si tan solo pudiera librarla de sus pensamientos con la misma facilidad.

1 0

-¿Qué te pasa, Jennifer?

Jennifer se sobresaltó ante la pregunta de su hermana.

—N-n-nada —tartamudeó.

Al parecer, su mentira sonó tan patética como había sospechado, pues Alyson se limitó a entrecerrar los ojos y mirarla fijamente.

—Toda la tarde has estado nerviosa, con cara de temer que un monstruo grande y malo vaya a saltar y atraparte.

No, no un monstruo grande y malo, pensó Jennifer, conteniendo una risa histérica, solo un apuesto y tentador Michael.

—No lo he hecho —protestó débilmente, antes de decidirse a hacer una pregunta que la había perseguido toda la tarde, después de haber visto a Alis desaparecer en el laberinto con el hermano de Michael—. Aunque me preguntaba si lord Barrington había mencionado algo sobre

anoche —dijo, tratando de sonar completamente despreocupada.

El claro rubor que tiñó el rostro de Alyson alarmó a Jennifer. Dios mío, ¿realmente Michael le había contado a su hermano lo del tórrido beso de anoche? Tras una vacilación reveladora, Alyson contestó en un tono agudo.

—No, en realidad no, quiero decir, en absoluto.

¿Su hermana de lengua de plata tartamudeando? Ahora Jennifer sabía que algo se había dicho.

—¿Qué dijo de anoche?

Los ojos de Alyson se abrieron de golpe.

—¿Anoche? ¿Qué sabes de anoche?

—Todo —respondió Jennifer, confundida por la pregunta—. Yo estuve allí después de todo.

—¿Estuviste? —Alyson suspiró aliviada—. ¡Gracias a Dios! Ahora puedes ayudarme a encontrarla.

Jennifer estaba completamente perdida.

—¿Encontrar a quién?

—A esa pobre dama, por supuesto.

—¿De qué está hablando? —preguntó Jennifer, totalmente desconcertada.

Alyson parpadeó dos veces.

—Hablo de la mujer cuyo amante fue secuestrado anoche.

Ahora fue el turno de Jennifer de mirar asombrada.

—¿Qué mujer?

—Eso es lo que deseo descubrir —dijo Alyson, la exasperación tiñendo su voz—. Y tú puedes ayudarme a descubrir su identidad haciendo discretas averiguaciones sobre ella.

—No tengo la menor idea de lo que estás hablando —afirmó Jennifer—. Entonces, ¿por qué me dijiste que estabas allí?

—Porque pensé que hablabas de lo que había sucedido. —Jennifer interrumpió su explicación. Era perfectamente obvio que Alyson no había oído ni una palabra de lo que había sucedido entre ella y Michael ... y sería una completa tonta si se lo dijera a su fantasiosa hermana. Señor, ¡Alyson empezaría a planear una boda!

Un leve fruncimiento de ceño empañó las facciones de Alyson.

—¿Qué más ocurrió anoche?

—Nada de importancia —contestó Jennifer, levantando un hombro con indiferencia—. Simplemente me tropecé con el palco de la familia Barrington y vi la segunda parte de la obra con Micha... er, Lord Exeter.

Con un movimiento de cabeza, Alyson aceptó la explicación.

—Entonces, ¿me ayudarás?

—¿A encontrar a una desconocida de pelo rubio? —Jennifer miró hacia la pista de baile y vio al menos dos docenas de cabezas rubias bailar junto a ellas—. Veo unas cuantas aquí mismo.

—Pero ninguna de ellas es la dama que busco.

Jennifer miró a su hermana.

—Entonces, ¿cómo puedo ser de ayuda? ¿Puedes darme una descripción más detallada?

—Tienes razón —concedió Alyson, golpeando el suelo con su zapatilla—. Y sospecho que su reunión fue secreta, así que es muy poco probable que sea de dominio público. —Se mordió el labio inferior—. Encontrar a esta dama parece una tarea titánica, sin duda, pero no puedo permitir que crea que su amante la ha abandonado cuando, en realidad, se lo llevaron a la fuerza.

Las palabras de Alyson hicieron reflexionar a Jennifer.

—¿Con qué fuerza?

—Había dos hombres: uno sujetaba al joven mientras el otro lo noqueaba —explicó Alyson—. Cuando vimos lo que ocurría, lord Barrington cargó valientemente contra ellos e intentó detenerlos, pero también fue derribado.

Un escalofrío de inquietud recorrió a Jennifer.

—Estos hombres parecen peligrosos.

—Precisamente por eso hay que detenerlos y encontrar a ese pobre hombre lo antes posible. Lord Barrington ha puesto a un corredor de Bow Street a buscar al hombre, pero no ha hecho nada por localizar a la dama. —Con expresión de disgusto, Alyson sacudió la cabeza—. Ni siquiera había considerado cómo se sentiría esa pobre mujer si se creyera abandonada. Y cuando le informé de que la encontraría por mi cuenta, bueno, él... —Alyson se detuvo un momento, sus mejillas enrojecieron de nuevo—. ... digamos que se mostró poco complacido.

La preocupación la invadió cuando Jennifer puso una mano sobre el brazo de su hermana.

—Quizá deberías seguir el consejo de su señoría y abstenerte de indagar sobre esta mujer. Si no sabes quién secuestró a ese hombre, entonces no sabes a quién molestarás si empiezas a hacer preguntas. —Sintió un momento de pánico—. ¿Y si vienen a por ti?

Un suspiro de disgusto absoluto arrancó de Alyson.

—Santo cielo, Jennifer. Suenas igual que Robert —murmuró antes de alejarse.

¿Robert? El uso casual del nombre de pila de Lord Barrington sorprendió a Jennifer. No había sido consciente de que el romance entre su hermana y el marqués hubiera progresado tan

rápidamente. Aun así, el asunto tenía poca importancia si se comparaba con la peligrosa tarea que Alyson estaba decidida a emprender.

Aunque su intento de disuadir a Alyson había fracasado estrepitosamente, Jennifer sabía que debía intentarlo de nuevo. Estaba considerando diferentes argumentos para utilizar con su hermana menor cuando las palabras de Alyson volvieron a ella. Suenas igual que Robert. ¡Eso era! Si conseguía la ayuda de lord Barrington para disuadir a su hermana de seguir con este asunto por su cuenta, tal vez las dos podrían tener éxito juntas donde habían fracasado cada una por su cuenta.

Sabiendo que el tiempo era un factor crítico, Jennifer comenzó inmediatamente a buscar al marqués entre los presentes. Al no tener suerte, se dirigió hacia lady Jersey y lady Cowper, que estaban sentadas observando los festejos desde sus sillas cerca de la chimenea. Cuanto más se acercaba a las dos matronas más nerviosa se ponía, pero su necesidad de encontrar a lord Barrington pudo más que su miedo a acercarse a los dos dragones.

Rígidamente, Jennifer se detuvo frente a las damas.

—Me preguntaba si habían visto a lord Barrington —preguntó cortésmente.

Lady Jersey se llevó una mano al pecho y lanzó una mirada a su compañera, antes de murmurar:

—Buenas noches a usted también, lady Jennifer.

Nerviosa, Jennifer lo intentó de nuevo.

—Mis disculpas si mi saludo le ha parecido escaso, milady. No era mi intención ofenderla.

—Uno muy rara vez tiene intención de ofender, señora —resopló Lady Cowper.

Esto no la estaba llevando a ninguna parte. Con su falta de gracias sociales, había sido una tonta por intentar siquiera acercarse a estas damas. Levantando la barbilla, Jennifer asintió rígidamente.

—Les deseo buenas noches, entonces —dijo, deteniéndose un momento antes de añadir—, y espero que no se ofendan por ello también.

Girando sobre sus talones, dio un paso y chocó directamente con la espalda de un caballero. Señor, esta noche no podía ir peor.

El caballero se dio la vuelta y ella descubrió que se había equivocado. Podía ponerse mucho peor.

La mirada de Michael la recorrió con ardiente intensidad durante un segundo. Pero al instante siguiente, le dirigió una mirada tan fría que Jennifer se sorprendió de no haber empezado a temblar. Entonces, para su horror, sin pronunciar una sola palabra, simplemente se dio la vuelta, cortándola directamente.

Ni siquiera las crueles risitas que estallaban a su alrededor pudieron disimular su grito ahogado de dolor. Totalmente mortificada, Jennifer luchó por mantener la compostura mientras se dirigía al salón de señoras, donde podría esconderse de los susurros despiadados y las ávidas miradas.

—Oh, vaya, es usted el malvado, lord Exeter —murmuró lady Jersey mientras se acercaba a Michael—. Justo ayer estaba compartiendo palco con Lady Jennifer, pareciendo bastante acogedor de hecho, y ahora le da a ella el corte directo. —Levantó ambas cejas, sin molestarse en ocultar su impaciencia por escuchar el cotilleo—. ¿Qué ha pasado entre ustedes dos, milord?

Lady Cowper apareció a su derecha.

—Efectivamente, lord Exeter. Cuéntelo.

Dios mío, ¿qué había hecho? Cuando se había dado la vuelta y había visto a Jennifer, una oleada de deseo se había apoderado de él, haciéndole desear estrecharla entre sus brazos y besarla como había pensado durante todo el día.

Incapaz de mirarla un minuto más y resistirse a su deseo, Michael simplemente se había dado la vuelta para no dejarse tentar por la visión de ella. Él ni siquiera había considerado cómo les parecería a los demás. Maldita sea, le había dado un corte directo a Jennifer. Aun así, quizá fuera lo mejor. Después de todo, seguro que ella le evitaría en el futuro.

Las expresiones coincidentes de avidez salaz que lucían lady Jersey y lady Cowper revolvieron el estómago de Michael.

—Siento decepcionarlas, mis damas —empezó suavemente, ocultando su desagrado—, pero nunca he sido de los que cotillean sobre una dama.

Lady Cowper golpeó a Michael en el brazo con su abanico.

—Oh, vamos, Lord Exeter. No se ponga chismoso con nosotras ahora.

Michael la miró fríamente durante un momento.

—Negarse a manchar el buen nombre de una dama difícilmente es motivo de insultos, milady.

—¡Cómo se atreve a reprenderme! —exclamó Lady Cowper, echando los hombros hacia atrás—. Después de todo, no fui yo quien insultó públicamente a Lady Jennifer, ¿verdad?

La culpa le recorrió, pero Michael se negó a doblegarse ante ella.

—¿Qué tiene que ver un incidente con el otro? —preguntó fríamente.

Lady Jersey hizo un gesto de impaciencia a su compañera.

—Las acciones de lady Cowper no están ni aquí ni allá, milord —dijo enérgicamente—. Solo estoy preguntando por la razón de su repentino... despido de Lady Jennifer. ¿Han tenido una discusión? Si es así, me parecería de lo más interesante, porque acaba de acercarse a nosotros y nos ha preguntado si habíamos visto a Lord Barrington.

—¿A mi hermano?

Asintiendo una vez, Lady Jersey abrió su abanico.

—El mismo. Como sabe, no soy de las que cotillean —dijo, mintiendo a través de sus aristocráticos dientes—, pero he oído historias de que su hermano también buscaba pareja con

Lady Jennifer. Aunque eso fue antes de que la vieran con usted en el teatro. —Se abanicó rápidamente—. Nos confunde bastante a todos, así que si puede aclarar este asunto de quién corteja a quién, estaré más que encantada de difundir la verdad. Después de todo, siento que es mi obligación moral arreglar los cotilleos.

Si Michael hubiera estado menos consumido por los pensamientos de por qué Jennifer buscaba a Robert, se habría reído del pronunciamiento de lady Jersey. Obligación moral, en efecto.

—Aprecio su interés, milady, pero ahora la aliviaré de esta carga.

La expresión de Lady Jersey reflejaba su decepción.

—Le aseguro, Lord Exeter, que no es ninguna molestia...

—Aunque aprecio la generosidad de su ofrecimiento para aclarar los chismes, milady, no puedo permitir que se vea envuelta en este asunto —respondió él con facilidad, sin dejarle espacio para una protesta graciosa—. Gracias por su preocupación. —Con una reverencia hacia ambas damas, Michael se excusó y atravesó la habitación, dirigiéndose al estudio para buscar a su hermano. ¿Qué demonios había querido Jennifer de Robert? Tenía la intención de averiguarlo.



No se escondía.

Quizá si seguía repitiéndose eso a sí mismo, llegaría a creérselo. Asqueado de sus propios pensamientos y más aún de la posibilidad de que se estuviera escondiendo de Alyson, Robert echó más brandy en su copa y trató de centrar su atención en la conversación que fluía en el estudio de Atherton.

—... digamos que ganaré mi apuesta sobre lord Hancroft —protestó lord Atherton—. Después de todo, todo el mundo sabe que le dejaron una hacienda sin un céntimo, por lo que casarse con la hija de un rico mercader es su única salida de su actual aprieto, ya que ningún noble que se precie permitiría ahora que su hija se casara con Hancroft.

—Creo que Atherton tiene razón —convino Robert antes de dar un sorbo a su bebida—. La reputación poco sabrosa de Hancroft desanimaría a cualquier heredera, dejándole la opción de casarse por debajo de él o ser arrojada a la cárcel de deudores.

—No sé qué es peor —comentó lord Weatherby con una carcajada. Robert sacudió la cabeza—. No sea tan elitista, Weatherby.

Frunciendo el ceño, Weatherby le fulminó con la mirada.

—¡No soy tal cosa! Solo creo que es mejor no mezclar las clases.

—Ésa es una opinión anticuada, señor —señaló Robert—. Cada vez son más las fincas que se están yendo a pique, desangradas de cualquier ingreso, dejando a los herederos pocas opciones salvo casarse por dinero. Y, en este momento, los mercaderes están ganando dinero a manos llenas, suficiente para comprar un caballero con título para sus hijas. —Levantando su copa, Robert brindó por lord Weatherby—. Y voila, las clases se mezclan para siempre.

—¿No le molesta eso, Barrington? —preguntó lord Atherton en tono incrédulo.

—En absoluto.

Riéndose, Weatherby dio una palmada en el hombro de Robert.

—A pesar de todas sus buenas pretensiones, señor, no le veo mostrando interés por la hija de un mercader.

—Tampoco veo que mi situación financiera se tambalee, Weatherby —le recordó Robert.

—Cierto. Aunque no parece oponerse a la idea de casarse por dinero. —La expresión de lord Weatherby se volvió socarrona—. He oído que Lambert ha asignado una gran parte a cada una de sus hijas.

Atherton dio un codazo a Robert.

—Siempre supe que eras muy listo, Barrington. Nunca se tiene demasiado dinero, como siempre digo.

—Lástima que tu hermano pequeño no sea tan listo. —Weatherby aspiró su puro—. Casi tenía a la hija mayor comiendo de su mano, y luego va y la corta públicamente.

A Robert casi se le cae la copa.

—¿Qué?

—A mí también me chocó —coincidió Weatherby—. Imagínese estar tan cerca de asegurarse la mano de una heredera, solo para destruir todo su duro trabajo con una acción descuidada. Y por lo que he oído, su hermano es algo derrochador y podría utilizar los fondos para reponer sus posesiones. —Sacudió la cabeza—. No lo hubiera creído si no lo hubiera visto yo mismo no hace ni diez minutos. —Antes de que Robert pudiera responder, Weatherby hizo un gesto hacia la puerta—. Aquí está ahora su tonto hermano. —Levantando su copa, Weatherby saludó a Michael mientras entraba en el estudio—. Buenas noches, Exeter, estábamos hablando de usted.

—En el mejor contexto, supongo —espetó Michael.

Antes de que Weatherby pudiera replicar, Robert dejó su copa y se acercó a su hermano.

—Perdónenme, caballeros, pero necesito hablar en privado con mi hermano.

Mientras Robert se acercaba a Michael, oyó que lord Atherton le llamaba.

—Haz entrar en razón al muchacho. No debería ser tan rápido para tirar una fortuna.

Pero a Robert no le preocupaba la maldita fortuna. No, su preocupación era por el insulto a Jennifer, una joven fina y honrada que merecía algo mejor que ver su nombre zarandeado en el estudio de un caballero.

—Necesito hablar contigo en privado —dijo Robert sin preámbulos.

La expresión de Michael no reveló nada de sus pensamientos.

—Perfecto. Yo también quería hablar contigo.

—¿Conmigo? —preguntó Robert confundido. Normalmente Michael se desvivía por evitarle siempre que había hecho alguna tontería.

—Aquí no —dijo Michael bruscamente antes de salir del estudio.

Robert siguió a Michael hasta la habitación contigua. En cuanto ambos estuvieron en la biblioteca, Michael cerró la puerta tras de sí.

—¿Por qué te buscaba Jennifer?

La pregunta de Michael pilló a Robert completamente desprevenido.

—¿Perdón?

—¿Por qué te estaba buscando? —repitió Michael, revelando su enfado.

—Al parecer Jennifer se acercó a Lady Jersey y Lady Cowper y les preguntó si te habían visto. Ahora, ¿por qué haría ella eso?

—No tengo ni la más remota idea —respondió Robert en tono de prueba—. Pero si la historia que acabo de oír de Weatherby es cierta, tienes mucho valor, fingiendo sentir preocupación por la dama.

—¿Qué historia?

La expresión de Michael se volvió recelosa.

—Weatherby me ha dicho que acabas de darle un corte directo a Lady Jennifer delante de toda la asamblea.

Un rubor apagado se deslizó por las mejillas de Michael.

—En efecto, lo hice.

Apoyándose contra una silla, Robert se dio cuenta de que había estado esperando que la historia hubiera sido falsa.

—Dios mío, Michael. ¿Por qué?

—Eso no es asunto tuyo —afirmó Michael con firmeza.

Acostumbrado a las evasivas de su hermano, Robert parpadeó dos veces ante el hombre frío y sereno que tenía delante.

—Siento discrepar, Michael, ya que considero a lady Jennifer como una amiga.

—¿Y tú interfieres en todas las disputas de tus amigos?

—No —admitió Robert de buena gana—, pero por otra parte, nunca antes he reclamado a una dama como amiga.

Suspirando de frustración, Michael se pasó ambas manos por el pelo.

—Déjalo ya, Robert. Créeme cuando te digo que es un asunto personal, uno entre Jennifer y yo... y mis acciones fueron en su mejor interés.

—¿Cómo podría insultarla públicamente, mancillar su reputación, ser en su mejor interés?

—No pretendía dañar su reputación —admitió Michael en voz baja—. Fue por el bien de su reputación por lo que le di la espalda. —Su mandíbula se tensó—. No soy el hombre que ella quiere; solo que aún no se ha dado cuenta.

No fue la ira y la frustración que Robert oyó en la voz de Michael lo que le impidió presionar para obtener más detalles; fue el dolor. Por primera vez en su vida, Robert oyó un dolor crudo resonando en la voz de su hermano y, puesto que Michael comprendía claramente las ramificaciones de sus actos, Robert no tuvo más remedio que respetarle.

Asintiendo una vez, concedió el punto.

—Muy bien, Michael —dijo lentamente—. Confiaré en que manejes el asunto de la mejor manera que creas conveniente. Solo procura no volver a hacerle daño.

—Lo haré —aceptó inmediatamente. Levantando los ojos, dirigió a Robert una mirada apenada—. Aunque no creo que sea un problema, ya que ella me evitará como a la peste en el futuro.

Robert se frotó la frente.

—Señor, ojalá Alyson siguiera su ejemplo.

—¿En serio? —Michael sacudió la cabeza confundido—. Creía que las cosas estaban yendo bien entre vosotros dos.

—En absoluto —dijo Robert riendo—. Juro que ella está decidida a volverme loco. Por ejemplo, a Lady Alyson ahora se le ha metido en la cabeza que quiere convertirse en una especie de investigadora.

—¿Cómo es eso?

Dándole rápidamente a Michael los antecedentes de lo que había sucedido ayer, Robert acomodó la cadera contra la silla.

—Así que por eso está decidida a encontrar la identidad de la dama rubia.

Michael puso los ojos en blanco.

—Toda esta podredumbre romántica es suficiente para preguntarse por la cordura de una mujer.

—Cierto. —Enderezándose, Robert golpeó la silla con los dedos—. Me pregunto si ésa era la razón por la que Lady Jennifer quería hablar conmigo. Quizás Lady Alyson ignoró mi advertencia y se ha lanzado a esta locura.

—Es una posibilidad —concedió Michael—. ¿Por qué no buscas a Lady Jennifer y te

aseguras de que está bien?, y yo veré si puedo localizar a Lady Alyson en este enamoramiento.

—Excelente plan —declaró Robert mientras avanzaba para darle una palmada en la espalda a Michael—. Cuando termine de hablar con Lady Jennifer, deberíamos conferenciar.

Asintiendo con la cabeza, Michael sugirió:

—¿Por qué no nos reunimos aquí detrás?

—Perfecto.

Al unísono, los dos hermanos salieron de la biblioteca y se dirigieron a completar su misión.

11

Jennifer suspiró suavemente mientras miraba su reflejo. ¿Por qué no podía ser más como las demás damas, como Alyson, y navegar con éxito por los acontecimientos sociales? En lugar de eso, cada vez le resultaban más dolorosos.

Pero en el fondo de su corazón, sabía por qué se sentía tan mal. El corte de Michael. Le había dejado perfectamente claro que ya no deseaba estar cerca de ella; lo que ella no entendía era por qué. ¿Cuándo habían ido las cosas tan terriblemente mal entre ellos? En la tienda del Sr. Harper, habían conectado de una forma que ella nunca había experimentado, pero luego él se había retirado. Aún así, cuando él la había besado tan apasionadamente en el teatro, ella había esperado que él hubiera superado su extraño retraimiento, pero entonces él se había retirado de nuevo. Sin embargo, nunca había esperado que la insultara públicamente. Era obvio que ella nunca le entendería.

Cansada, Jennifer cerró los ojos brevemente, deseando que aquella noche hubiera terminado. Tal vez podría escabullirse y nadie se daría cuenta, pero incluso mientras lo pensaba, sabía que no tenía ninguna posibilidad de salir sin ser detectada. Incluso ahora, las cotillas estaban esperando a que saliera del salón de señoras.

La ira surgió en su interior mientras se enderezaba en su silla. ¿De verdad iba a permitir que esas viejas chismosas la hicieran esconderse? Jennifer se miró fijamente en el espejo.

—Estás hecha de un material más duro que eso —murmuró a su reflejo.

No, solo podrían derrotarla si entraba en su juego.

Y no iba a permitir que un poco de cotilleo dictara sus acciones. ¿Así que Michael le dio el corte directo? ¿Y qué? Seguía en pie, seguía respirando, seguía siendo capaz de demostrar a todo el mundo que haría falta algo más que un insulto para destruirla. Inhalando profundamente, Jennifer se tranquilizó mientras se empolvaba ligeramente los rastros de lágrimas que manchaban sus mejillas. No serviría de nada que nadie se diera cuenta de lo disgustada que la había puesto Michael.

En lugar de eso, iba a marchar fuera de esta habitación y hacia aquella pista de baile con la cabeza bien alta, fingiendo que su insulto no la había cortado en seco.

Satisfecha con las reparaciones en su persona, Jennifer se levantó despacio, se miró en el espejo y repitió el mantra que le había enseñado su madre.

—Eres tan buena como cualquiera y mejor que la mayoría.

Decir en voz alta la tonta afirmación de mamá le arrancó una sonrisa. Jennifer sintió que una paz se apoderaba de ella al imaginarse a mamá de pie justo detrás de ella, con una mano en el hombro, instándola a seguir adelante. Sacando fuerzas de esa imagen, Jennifer salió de la seguridad del salón.

Apenas se había cerrado la puerta tras ella cuando oyó el primer comentario sarcástico. Jennifer vaciló, pero entonces se imaginó a su madre junto a ella, sosteniéndola, guiándola a través de las traicioneras aguas. Respirando tranquilamente, Jennifer continuó por el pasillo sin más pausa. Con la cabeza alta y el paso firme y seguro, se sintió segura de que nadie sospecharía jamás que tenía los nervios a flor de piel.

En cuanto entró en el salón de baile, lord Barrington apareció a su lado.

—Lady Jennifer —murmuró cortésmente, inclinándose sobre su mano de forma caballerosa.

—Me alegro mucho de verla esta noche. —Al enderezarse, recorrió su rostro con la mirada, como buscando signos de disgusto.

El hecho de que aparentemente se hubiera enterado del corte de Michael no sorprendió a Jennifer. Ella estaba bien familiarizada con la rapidez con que podían propagarse los chismes hirientes. Aun así, la preocupación de lord Barrington fue un bálsamo.

—Como puede ver, su hermano no ha conseguido acabar conmigo todavía.

—Como alguien que ha sufrido durante mucho tiempo los insultos de Michael, le aseguro que llevo mis propias cicatrices de esos encuentros. —Le sonrió amablemente—. Aún así, odiaba oír que una dama tan amable como usted debe llevar una también.

Jennifer se enterneció ante su comentario. No era de extrañar que Alyson se sintiera tan

atraída por Lord Barrington, a pesar de sus protestas en sentido contrario. Una vez más, Jennifer se preguntó qué le pasaba que se había interesado más por el salvaje y escandaloso Michael que por el amable y caballeroso Robert. Era, se dio cuenta Jennifer, un defecto de carácter de lo más espantoso.

—Tenga la seguridad, milord, de que aunque la travesura de su hermano picó, no ha causado ningún daño permanente y no dejará cicatriz. —De repente, Jennifer recordó la razón por la que había necesitado hablar con lord Barrington en primer lugar—. Aunque aprecio su preocupación, milord, hay un asunto más apremiante al que ambos debemos prestar atención. —Mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie pudiera oírles, Jennifer se inclinó más hacia él—. Esta misma noche, mi hermana me ha hablado de su espantoso encuentro con esos rufianes de anoche. Espero que esté ileso.

Lord Barrington asintió con una sonrisa contrariada.

—El tipo no habría podido asestar un golpe si su hermana hubiera permanecido donde yo le había dicho —admitió, con la voz teñida de vergüenza.

—Alyson nunca fue muy buena haciendo lo que se le ordena —dijo Jennifer riendo. Su diversión se apagó rápidamente cuando la invadió la preocupación por el último acto de desafío de su hermana—. Me temo que una vez más está desoyendo sus consejos, milord.

La feroz mirada de Robert la clavó en el sitio.

—Va a hacer averiguaciones tras esa mujer rubia.

Era una afirmación, no una pregunta.

—Creo que tiene intención de empezar esta misma noche.

—Maldita sea esa tonta muj... —Robert se interrumpió como si acabara de darse cuenta de que estaba hablando con la hermana de Alyson—. Perdóneme, Lady Jennifer. No pretendía faltarle al respeto.

—No lo hace —le aseguró Jennifer—. Después de todo, si va a actuar como una tonta, entonces merece que la llamen así.

Jennifer pudo deducir por la amplia sonrisa de Lord Barrington que estaba completamente de acuerdo.

—¿Vamos a buscar a Alyson?

Lord Barrington negó con la cabeza.

—Michael la está buscando y, una vez que la encuentre, me hará saber dónde está y qué ha estado haciendo. Nos reuniremos en la biblioteca a la una y media.

Jennifer no tenía ningún deseo de volver a ver a Michael... nunca.

—Dudo mucho que Alyson haya hecho algo más que unas cuantas averiguaciones esta noche, así que ¿por qué no nos visita mañana y hablamos juntos con Alyson? Quizás nos escuche a los dos.

—¿De verdad lo cree? —preguntó él secamente.

Su duda la hizo sonreír.

—No, no lo creo —admitió—, pero merece la pena intentarlo, ¿no cree?

—Debemos intentar algo. —Sus ojos se oscurecieron de preocupación—. Su hermana tiene un carácter de lo más romántico.

Jennifer sonrió por la afirmación.

—¿Cuánto tardó en darse cuenta?

—Un minuto —replicó él riendo—. Aún así, me preocupa que su tendencia a idealizarlo todo la meta en problemas. En conciencia, no puedo permitir que esté vagando por la ciudad, involucrándose en algo que podría ser perjudicial para ella.

—Opino lo mismo. —Con sus planes hechos, Jennifer se quedó en silencio, sin saber qué decir. Nunca se le había dado bien entablar conversaciones triviales. Al recordar que Lord Barrington tenía que regresar a la biblioteca a la una y media, miró el reloj. Eran solo las diez. Desde luego, no podía quedarse aquí muda durante los próximos veinte minutos. Luchando por pensar en algo para llenar la incómoda pausa, Jennifer se agarró a un gambito de conversación que había oído utilizar a Alyson antes—. ¿Le apetece tomar un refresco?

—No, creo que deberíamos aprovechar este momento para intentar deshacer parte del daño que se le ha hecho esta noche, milady. Sin embargo, si tiene sed, estaré encantado de

acompañarla.

Ella negó con la cabeza.

—Muy bien entonces. —Moviéndose frente a ella, Lord Barrington le tendió el brazo—. ¿Me concede el honor de este baile?

Jennifer vaciló.

—Le aseguro que no es necesario que baile conmigo solo para acallar las habladurías.

—Al contrario, milady, lo considero no solo necesario, sino también agradable. Ya que fue un Exeter quien la hirió, debe ser un Exeter quien ayude a arreglar las cosas. —Ladeó la cabeza —. ¿De verdad va a permitir que me quede aquí con el brazo ofrecido y no lo acepte?

Sintiendo el peso de las miradas sobre ellos, Jennifer le cogió del brazo y le acompañó a la pista de baile.

—Es usted todo un caballero.

Robert exageró una mueca.

—Por favor, no diga esas cosas demasiado alto —le devolvió con una carcajada—. Su hermana ya está convencida de que soy un viejo aburrido. Odiaría empeorar las cosas haciendo que ella le escuchara.

—Muy bien, amable señor —contraatacó Jennifer alegremente—. Solo repetiré los cuentos

de sus travesuras salvajes.

Su boca se torció en una sonrisa apenada.

—Si solo va a hablar de mis salvajadas, me temo que nunca hablará de mí.

Riéndose de la broma de lord Barrington, a Jennifer le resultó fácil ignorar el murmullo de los susurros detrás de los abanicos y las miradas inquebrantables. Con una sonrisa cariñosa hacia el marqués, Jennifer no pudo evitar pensar que si Alyson permitía que este educada caballero se le escapara, entonces su hermana estaba completa, absolutamente, no, certificadamente loca.



—¡Tiene la desfachatez de acercarse a mí después de lo que le hizo a mi hermana!

Observando la expresión amotinada en el rostro de Lady Alyson, Michael sacudió la cabeza. Señor, ¿en qué estaba pensando para acercarse a otra Berkley? Como tanto él como Robert podían atestiguar, ambas muchachas tenían su parte de cualidades enloquecedoras.

—No pretendía acercarme tanto, la verdad —admitió Michael sin remordimientos.

—Oh, de verdad —indicó Lady Alyson. Mirándole fijamente, le clavó el dedo en el pecho —. ¿Me estaba espiando, entonces? Para ese prepotente hermano suyo, sin duda. —Ella se burló con disgusto mientras se cruzaba de brazos—. ¿No hay algún pozo profundo donde puedan tirarse y desaparecer?

Frotándose el pecho, Michael no pudo evitar reírse.

—Ouch —dijo suavemente—. Tiene un dedo bastante afilado.

—¿Encuentra esto divertido? —preguntó Lady Alyson—. Supongo que se habrá reído a carcajadas por la forma en que ha humillado completamente a mi hermana, ¿verdad?

Michael se puso sobrio inmediatamente.

—No pretendía humillarla.

—¿Entonces por qué la despreció públicamente?

—Porque es mejor que se mantenga alejada de mí —zanjó—. Estoy bastante seguro de que eso no será un problema en el futuro.

Los ojos de Michael ardían de frustración.

—Excelente. Entonces hace que el corte merezca la pena.

De repente, Alyson se aquietó, con la mirada fija en su rostro.

—¿Está diciendo que la despreció por su propio bien?

—Sí.

—¿Cómo podría ayudarla su insulto? —preguntó ella, con la voz oscura por el desconcierto.

—La mantiene alejada de mí. —Michael se pasó una mano por el pelo—. No puedo explicárselo todo, Lady Alyson. Tendrá que confiar en mí cuando le diga que su hermana está mejor lejos de mí.

—¿Por qué?

—Tendrá que confiar en mí en esto, milady.

Ella levantó las cejas.

—Me resulta difícil creer a alguien que acaba de avergonzar a mi hermana.

—Lo comprendo —dijo él, estremeciéndose por el azote de la culpa. Era lo mejor, se recordó a sí mismo.

Sus ojos se entrecerraron.

—Santo cielo, está enamorado de ella, ¿verdad?

La cabeza de Michael se levantó bruscamente.

—De todas las cosas absurdas...

—No hay nada de absurdo en ello en absoluto —respondió Alyson rápidamente—. Dice que ella está mejor sin usted, así que la desprecia para salvarla de usted.

Sus palabras dieron en el blanco. Michael se puso rígido, pero permaneció en silencio. Dios mío, ¿eran sus sentimientos tan malditamente transparentes?

Lentamente, Alyson asintió como si estuviera considerando este nuevo acontecimiento.

—Si me disculpa, Lord Exeter, necesito ver a mi hermana.

Haciendo una reverencia, la vio alejarse, rezando para que no revelara sus sentimientos a Jennifer. No es que ella fuera a creer a Alyson de todos modos, pensó Michael con amargura. No, él se había encargado de que Jennifer le despreciara.

Señor, nunca se había dado cuenta de cómo el arrepentimiento agriaba los pensamientos de un hombre. Aunque lo único que deseaba era que lo dejaran solo, Lady Atherton se acercó a su lado.

—Buenas noches, Lord Exeter —le dijo, aunque su mirada seguía clavada en la espalda de Lady Alyson—. No he podido evitar notar la animada discusión que estaba teniendo con Lady Alyson.

¡Dios le libre de todos los entrometidos de la tonelada! Esbozando una sonrisa en su rostro, Michael asintió cortésmente.

—Lady Alyson tiene un ingenio que se presta a las conversaciones animadas —dijo cortésmente.

—Muy cierto. —Lady Atherton golpeó su abanico contra su mano enguantada—. No quiero ser entrometida, milord, pero hay algo que despierta mi curiosidad. ¿Tiene Lady Alyson alguna dolencia que afecte a su voz?

Frunciendo el ceño ante la extraña pregunta, Michael negó con la cabeza.

—No.

—Oh. —Las cejas de Lady Atherton se fruncieron hacia abajo—. Entonces, ¿por qué estaban tan cerca el uno del otro durante su conversación? —Adoptando un aire de remordimiento, se llevó la mano al pecho—. Por favor, perdone mi brusquedad, Lord Exeter. No pretendo ofenderle; es solo que no pude evitar preguntarme el motivo.

Porque no quería que chismosas como usted oyeran nuestra conversación, pensó Michael mientras mantenía su expresión cortés firmemente fija en el rostro. A Lady Atherton, se limitó a levantarle un hombro con negligencia.

—Con el alboroto de la reunión, me resultaba difícil oír sus respuestas, así que simplemente me acerqué más.

—Hmmm, sí, eso tiene sentido, pero...

—Disculpe, milady —dijo Michael, interrumpiéndola, pues estaba claro que era como un perro con un hueso y no tenía intención de soltarlo. Y si ella pensó por un momento que él revelaría los comentarios íntimos que había intercambiado con Lady Alyson, entonces había estado disfrutando de unas cuantas copas de clarete de más—. Me temo que debo despedirme

ahora, ya que tengo una cita.

—¿Ahora? —exclamó ella—. ¿En medio de mi baile?

—Sí. Lo siento, pero fue algo que organicé antes de recibir su invitación. Naturalmente no querría perderme su evento, el acontecimiento más importante de la temporada —intervino, mintiendo sin reparo—, así que organicé un encuentro más tardío. —Con una rápida reverencia, se marchó.

Lady Atherton le estaba viendo marcharse cuando Lady Jersey se acercó a su lado.

—Debo decir, Ellie, que con toda la intriga entre Lord Barrington, Lord Exeter, Lady Jennifer y Lady Alyson, tu fiesta se ha convertido en la mejor de la temporada.

—Gracias, Florence. Estoy de acuerdo en que los romances entre los hijos de Barrington y las hijas de Lambert se ha convertido en algo de primer nivel. —Ella asintió con complicidad—. Y justo cuando crees que sabes qué hermano está interesado en qué hermana, vuelven a cambiar delante de tus narices.

Lady Jersey permaneció en silencio un momento, saboreando la deliciosa observación.

—¿No es fascinantemente escandaloso? Anoche, lord Barrington fue visto con lady Alyson en el palco Lambert y lord Exeter estuvo con lady Jennifer en el palco Barrington, pero esta noche, lord Barrington bailó con lady Jennifer mientras lord Exeter le daba el corte directo y luego pasó un rato con lady Alyson enzarzados en un intercambio de lo más... apasionado —terminó, completamente sin aliento para el final—. Es todo tan confuso... y más que un poco escandaloso.

—Encantadoramente —coincidió Lady Atherton—. ¡No puedo esperar a ver qué pasa mañana por la noche!



Aún le zumbaban en los oídos las predicciones alarmadas tanto de amigos íntimos como de conocidos casuales. Cansado hasta los huesos, Gregory cerró la puerta de su habitación, recostándose contra ella. Por mucho que lo intentara, no conseguía ordenar todos los chismorreos para llegar a comprender por qué la sociedad estaba tan atónita con sus hijas, el marqués y su hermano. Por lo que a él respectaba, no habían hecho nada más escandaloso que hablar entre ellos.

Apartándose de la puerta, Gregory se esforzó por encontrar el daño en sus discusiones. A su modo de ver, el número de mujeres y de hombres era igual, así que ¿qué importaba quién acabara con quién? Frotándose la sien, Gregory miró hacia la chimenea buscando a su mujer. Eleonor siempre había sido mucho más hábil para comprender las locuras de la tonelada. Ciertamente ella sabría si debía intervenir o si simplemente debía dejar que el destino siguiera su curso.

—¿Eleonor? —Mirando a su alrededor, no vio su forma etérea por ninguna parte—. ¿Estás aquí, mi amor? —Pero no apareció ninguna visión.

El pánico le arañó mientras Gregory llamaba de nuevo a la presencia fantasmal de su esposa.

—¿Eleonor? Por favor, ven a mí —suplicó, su voz quebrándose en la última palabra. Dios mío, ¿cómo podría sobrevivir si no podía verla todas las noches? Aún la necesitaba. Sacaba fuerzas de su espíritu para afrontar el día siguiente, encontraba una paz tranquilizadora para las exigencias de su vida mientras estaba en su presencia, y sacaba el valor de sus visitas nocturnas para despertarse, solo y frío, cada mañana.

Agitado, se hundió en su silla habitual.

—Por favor, Eleonor —susurró, dejando caer la cabeza sobre sus manos—. Necesito ayuda para solucionar este lío con nuestras hijas.

Su corazón se hundió aún más cuando la habitación permaneció en silencio. Gregory enterró la cara entre las manos. ¿Cómo sería capaz de seguir adelante?

Unos golpes en su puerta rompieron sus oscuros pensamientos. Levantando la cabeza, invitó a la persona a entrar. Esperando a una de sus hijas, Gregory se sorprendió cuando entró su mayordomo.

—Perdone la intrusión, milord, pero tiene visita.

—¿A esta hora tan tardía? —preguntó Gregory sorprendido. Levantándose, recuperó la tarjeta de la bandeja de su mayordomo. Mary Exeter, marquesa de Barrington.

—Intenté despedirla, pero insistió en...

—Está bien —dijo Gregory inmediatamente—. Veré a milady.

Ignorando el sobresalto de su mayordomo, Gregory se dirigió hacia el salón delantero. En cuanto entró en la habitación, Lady Barrington giró para mirarle.

—Lord Lambert —murmuró, el alivio llenando su voz—. No estaba segura de sí me vería a estas horas. Siento terriblemente llamarle tan tarde, pero es un asunto urgente.

—No se preocupe por la hora. —Le hizo un gesto para que tomara asiento—. ¿Qué puedo hacer por usted, milady? —preguntó mientras se acomodaba en la silla frente a Lady Barrington.

Juntando las manos, Lady Barrington desvió la mirada.

—¿Se ha enterado de los acontecimientos de esta tarde?

—¿Entre nuestros hijos? —Ante el asentimiento de ella, él respondió—: Sí, lo hice.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó ella con urgencia, inclinándose hacia delante en su silla.

Gregory empezó a tamborilear con los dedos sobre el brazo de su silla.

—Yo también he estado pensando en este asunto. Me encuentro inseguro sobre si debo empezar a intervenir o si debo dejar que el destino les guíe.

—Esta situación se ha vuelto demasiado precaria, milord —afirmó ella con rotundidad—. ¡Debemos hacer algo! Esta noche solo se hablaba de nuestros hijos. Si no tenemos cuidado, todo este asunto se convertirá en una burla. La gente habla de mis hijos como si fueran libertinos, y

están empezando a cuestionar el carácter moral de sus hijas.

Oh, señor, la situación era más grave de lo que se había dado cuenta. Gregory le dio vueltas al problema en su cabeza, deseando fervientemente poder hablar con Eleonor sobre el asunto. Ella sabría qué hacer con este lío.

Pero ella no estaba aquí.

No, dependía de él salir del paso y proteger a sus hijas. Miró a Lady Barrington, que lo contemplaba con una expresión tan esperanzada, que supo que tampoco podría soportar defraudarla. Buscando en lo más profundo de su ser, Gregory respiró hondo y calmado y se centró en el asunto.

—Creo que lo que tenemos que hacer es decidir qué hija debe casarse con qué hijo y ocuparnos de que así sea —dijo con decisión—. Si nos convertimos en una especie de casamenteros, podremos ver que los dos apropiados permanezcan juntos en lugar de esta tontería de idas y venidas.

Lady Barrington se enderezó en su silla.

—Creo que eso podría funcionar —convino en tono esperanzado—. Es obvio que nuestros hijos no son capaces de decidir por sí mismos, así que, como padres, es nuestro deber elegir por ellos, ¿no?

—En efecto —aceptó Gregory de buena gana, sintiéndose seguro de su decisión—. ¿Emparejamos a su hijo mayor con la mía?

Haciendo una pausa por un momento, Lady Barrington finalmente asintió con la cabeza.

—Quizá sea lo mejor.

—Muy bien, entonces. Empezaremos a organizar que el marqués pase tiempo con mi Jennifer y Lord Exeter esté con mi Alyson.

Un ceño preocupado inclinó los labios de Lady Barrington hacia abajo.

—¿Estamos interfiriendo demasiado?

—En absoluto —respondió Gregory. Aunque se sentía incómodo por la decisión, era obvio que sus hijas necesitaban orientación. Si quería inspirar confianza a todos los implicados, primero tenía que convencer a la marquesa de que no tenía ninguna duda—. Ahora lo que necesitamos es un plan. —Consideró sus opciones durante un momento—. Mañana enviaré una nota al marqués, pidiéndole que venga a una hora concreta. Además, invitaré a Jennifer a dar un paseo conmigo poco después de la llegada de su hijo. Cuando Jennifer venga a buscarme, alegaré que estoy demasiado ocupado para acompañarla y pediré al marqués que vaya en mi lugar.

Lady Barrington le miró como si fuera brillante, haciéndole sentir más útil de lo que se había sentido en años. Era, reconoció Gregory, una sensación que había echado de menos.

—¡Qué plan tan inteligente! —exclamó ella—. ¿Y cómo reunirá a Michael y Alyson?

—Exactamente de la misma manera... solo una hora más tarde.

La expresión nerviosa de Lady Barrington se alivió.

—Creo que esto funcionará maravillosamente —pronunció, levantándose de la silla—. Sabía que tenía razón al acudir a usted, milord.

—Gracias por su confianza —respondió él, queriendo decir cada palabra—. Creo que todo saldrá bien.

—Muy cierto. —Lady Barrington sonrió alegremente—. De hecho, creo que incluso nos agradecerán nuestra ayuda.

Gregory asintió con la cabeza.

—A veces incluso el destino necesita una mano amiga.

1 2

—¿Puedo ayudarte en algo, madre? —preguntó Robert cuando su madre pasó por delante de la puerta abierta de su estudio por tercera vez en otros tantos minutos.

—Oh, no, no —dijo ella con displicencia.

Cerrando su libro de contabilidad, se levantó y salió de detrás de su escritorio.

—Creía que deseaba hablar conmigo.

Los ojos de su madre se abrieron de par en par.

—¿Por qué pensarías eso?

—Oh, no lo sé —murmuró con una sonrisa—. Tal vez tuviera algo que ver con el hecho de que llevas bastante tiempo pululando por este pasillo.

Aunque las mejillas de su madre se sonrosaron, hizo caso omiso de su comentario.

—Simplemente estaba comprobando si las criadas han estado haciendo bien su trabajo.

La descarada mentira le hizo sonreír.

—En efecto.

Cuando pasó junto a ella, le preguntó:

—¿Vas a alguna parte?

—De hecho, sí —respondió él—. Lord Lambert envió una nota pidiéndome que le visitara esta mañana.

—¿Lo hizo?

El tono de su voz hizo sonar campanas de alarma en su cabeza. ¿Se había enterado ella de alguna manera de su acuerdo con Jennifer para llamar a la casa Lambert con el fin de hacer entrar en razón a Alyson? Imposible. Todo lo que su madre sabía era que había recibido aquella nota maravillosamente oportuna de lord Lambert. Robert no sabía por qué el padre de Alyson deseaba verle, pero no iba a cuestionar su buena suerte.

Por lo que a Robert respectaba, ahora tenía una razón para visitar la casa Lambert que no haría sospechar a Alyson. Después de hablar con Lord Lambert, simplemente buscaría la manera de visitar a Alyson y Jennifer, para poder señalar la insensatez del gran plan de Alyson.

Confiado en que su madre no sabía nada de su motivo oculto para llamar a lord Lambert,

Robert le sonrió.

—En su nota, indicaba que era un asunto urgente. —Se encogió ligeramente de hombros —. Tal vez desea mi opinión sobre un asunto de inversión urgente.

—Eso tendría sentido. —Su madre frunció ligeramente el ceño mientras alisaba los bordes de su corbata—. ¿Esto es lo que te vas a poner?

A Robert se le escapó una carcajada.

—Sí, por supuesto.

Apretando los labios un momento, su madre estudió su atuendo.

—Creo que la seda gris sería más adecuada para este...

—Madre —dijo Robert, interrumpiendo su parloteo—. Te quiero mucho, pero realmente no tengo tiempo para una consulta de moda en este momento. —Le dio un beso en la mano para suavizar su desaire.

—Un caballero siempre debe sacar tiempo para estar lo mejor posible —le devolvió ella con elegancia—. Después de todo, nunca se sabe a quién se puede ver.

Una imagen de Alyson acudió a su mente. Quizá sí tenía tiempo para cambiarse.

—La seda gris, ¿eh? —De un tirón, se quitó el corbatón azul—. Disculpe, madre. — Llamando a gritos a su criado, Robert subió las escaleras de dos en dos.

Si se hubiera tomado un momento para volver a mirar a su madre, habría captado su sonrisa satisfecha, de gato panza arriba.



—¿Cómo que vas a dar una vuelta?

Jennifer se limitó a mirar fijamente a su padre.

—Quiero decir justo lo que he dicho, papá —volvió lentamente—. Es la primera mañana soleada en una semana, así que deseaba dar un paseo y disfrutar del buen tiempo.

—Lo comprendo. De hecho, yo mismo iba a sugerirlo, p… p… pero un poco más tarde —tartamudeó.

Frunciendo el ceño por el extraño comentario de su padre, Jennifer preguntó:

—¿Hay alguna razón en particular por la que no pueda ir ahora?

—Ésta no es una hora de moda para ir a montar a caballo —dijo él apresuradamente, como si estuviera buscando razones para impedirles ir.

—¿Desde cuándo me preocupa a mí ir a la moda? —Replicó Jennifer riendo.

—¿Por qué tanta preocupación, papá? —preguntó Alyson.

—¿Preocupación? —bravuconeó él, inflando el pecho—. Simplemente porque disfruto teniendo a mis chicas a mi alrededor no significa que esté preocupado.

—Bien entonces, papá. —Sonriendo, Jennifer le dio un beso en la mejilla de su padre—. Nos vamos, pero te prometo que volveremos dentro de poco para que no te sientas demasiado solo.

Murmurando una falta de respeto, su padre desapareció en su estudio. Juntas, Jennifer y Alyson salieron a la luz del sol, montaron en sus caballos y partieron hacia el parque.

—¿Por qué crees que papá se comportaba de forma tan extraña? —preguntó Alyson mientras paseaban sus caballos por el ancho sendero.

Considerando la pregunta por un momento, Jennifer finalmente sacudió la cabeza.

—No lo sé. Quizás hoy echa más de menos a mamá.

—Probablemente tengas razón —concedió Alyson—. Pero ha estado tan bien últimamente que su comportamiento de hoy me sorprende.

—Todo el mundo tiene derecho a tener un mal día. Siempre que me siento poco sociable, simplemente me escondo en mi taller —admitió Jennifer.

Un hoyuelo apareció en la mejilla de Alyson mientras sonreía.

—¿Es por eso por lo que estás allí tan a menudo?

—Vaya, vaya, qué divertida eres.

Alyson asintió enérgicamente.

—Creo que sí. De hecho, creo que... —Un fuerte jadeo se le escapó—. ¡Ahí está!

Jennifer miró a las pocas personas que paseaban cerca de ellas por el parque.

—¿Ahí quién está?

—La señora rubia —exclamó Alyson. Antes de que Jennifer pudiera hacer otra pregunta, Alyson puso su caballo al galope.

—¡Alyson, espera! —Pero su hermana ni siquiera aminoró la marcha de su caballo, dejando a Jennifer sin otra opción que seguirla.

Por desgracia, Alyson alcanzó a la mujer y a su escolta antes de que Jennifer pudiera detenerla. Tirando hacia atrás de las riendas, Jennifer acercó su caballo al de su hermana a tiempo de oír el comentario inicial de Alyson.

—Disculpe mi atrevimiento, milady —dijo dulcemente—. Permítame que me presente. Soy Lady Alyson Berkley, y la vi cerca del teatro el pasado viernes.

Los ojos de la joven se abrieron de par en par.

—¿Cómo dice?

Aunque la reacción de la mujer habría parado en seco a Jennifer, aparentemente dejó a Alyson impertérrita, pues siguió adelante.

—La vi la otra noche en los jardines junto al teatro —repitió—. Se encontró allí con un caballero.

—Me temo que me confunde con otra persona —dijo cortésmente la dama—. Aquella tarde estaba sola en casa.

Ante su comentario, el caballero que estaba a su lado se retorció en su silla de montar y les miró por primera vez.

—¡Lord Lenster! —jadeó Jennifer, incapaz de contener su sorpresa.

—Lady Jennifer —dibujó él—. Qué inesperado placer.

La forma en que su mirada la recorrió hizo que Jennifer luchara contra el impulso de comprobar que su hábito de montar estuviera bien abrochado.

—¿Se conocen? —preguntó la dama.

—En efecto, nos conocemos. Lord Exeter nos presentó. —Desvió la mirada hacia Alyson —. Sin embargo, aún no he tenido el honor de conocer a esta hermosa dama.

Alyson miró expectante hacia Jennifer, pero no estaba dispuesta a presentar a su hermana al repugnante Lord Lenster.

—No, no creo que lo haya hecho —murmuró vagamente.

Al parecer, a Alyson no le gustó mucho la decisión de Jennifer, pues tomó el asunto en sus manos.

—Mi hermana es muy bufona a veces —dijo, ofreciendo a lord Lenster una sonrisa encantadora—. Soy Lady Alyson Berkley.

—Un placer. —Él inclinó la cabeza en señal de reconocimiento—. Y permítame presentarle a mi hermana, Lady Serena Cole.

El enfado parpadeó en la mirada de Lady Serena tan brevemente que Jennifer se convenció de que lo había imaginado.

—Es un placer, Lady Jennifer, Lady Alyson —dijo en voz baja.

—Lady Serena —comenzó Alyson, la nota decidida en su voz alertando a Jennifer de la intención de su hermana—, estoy segura de que usted es la mujer que yo...

—Odio interrumpirte, Alyson, pero realmente debemos irnos ya. —Sin dar a su hermana un momento para protestar, Jennifer alargó la mano y dio un manotazo al caballo de Alyson, haciendo que el animal se sacudiera hacia delante—. Le prometimos a nuestro padre que nos daríamos prisa en volver a casa —dijo en lo que rezó por que fuera una respuesta algo cortés.

Jennifer puso su caballo al galope para alcanzar a Alyson, que ahora tenía a su montura bajo control.

—¿Por qué demonios has hecho eso?

Ignorando la pregunta de Alyson, Jennifer continuó hacia la casa, esta vez dejando que su hermana jugara a alcanzarla. Alyson estaba de nuevo a su lado cuando llegaron de nuevo a casa. Tras entregar las riendas al mozo que las esperaba, entraron en la casa a través de los jardines.

—Creo que te he hecho una pregunta —espetó Alyson, arrancándose los guantes de montar.

—¿Quieres saber por qué apresuré nuestra partida? —preguntó Jennifer mientras ella también se quitaba los guantes—. Muy bien, entonces. La razón número uno es que le prometimos a papá que volveríamos pronto. —Levantando la mano, empezó a marcar sus puntos —. La razón número dos es que Lord Lenster es un hombre detestable al que es mejor evitar. Y la razón número tres es que estabas a punto de lanzarte a otro, me atrevería a decir, ataque contra esa pobre mujer. —Jennifer arrojó sus guantes sobre el aparador—. Lady Serena ya está bastante maldecida solo por tener un hermano como lord Lenster. Lo último que necesita es que la acuses de huir y encontrarse con un amante en la oscuridad de la noche como si fuera una vulgar ramera.

Los ojos de Alyson chasquearon de ira.

—Nunca he insinuado que fuera una ramera —replicó bruscamente.

—Yo soy la que pensó que todo el asunto era desesperadamente romántico y estoy

preocupada por su bienestar.

—¿Cómo sabes que es su bienestar lo que debe preocuparte? —Jennifer apoyó las manos en las caderas—. Después de todo, tú misma me dijiste que estaba demasiado lejos para verla bien, por no mencionar que estaba oscuro y cerca del río, por lo que había niebla en ese momento. —Inclinando la cabeza.

Jennifer fingió estar ensimismada.

—Ah, sí, y está esa última y molesta razón para dudar de que fuera la mujer que viste. —Miró fijamente a su hermana—. ¡Lady Serena negó todo el incidente!

—Bueno, bueno... —Alyson tartamudeó, y de repente una expresión triunfante se instaló en su rostro—. Ya sé por qué negó haberse reunido con su amante en el teatro —anunció Alyson con seguridad—. Sin duda, la pobre chica aún no le ha hablado a su hermano de su verdadero amor, así que no podía admitirlo delante de él. —Un dramático suspiro brotó de Alyson—. Son amantes separados, como Romeo y Julieta.

—¡Oh, por el amor de Dios, Alis! —estalló Jennifer—. ¿Hasta dónde estás decidida a llevar esta tontería? Es hora de dejar de tejer estas ridículas fantasías románticas. No todo en la vida tiene un final feliz.

—¿Crees que no lo sé? —preguntó Alyson en voz baja.

El enfado de Jennifer se desvaneció ante la callada admisión de su hermana.

—Lo siento, Alis, es solo que me temo que deseas tanto tu final feliz que te niegas a entrar en razón.

Antes de que Alyson pudiera replicar, su padre entró en el vestíbulo.

—Me ha parecido oír voces —dijo, moviéndose para darles la bienvenida a casa con un beso—. Os agradezco que hayáis venido tan rápido. —Miró por encima del hombro hacia la puerta abierta de su estudio—. ¿Qué pensáis hacer ahora?

—Ya que estamos en medio de una discusión, creo que podríamos seguir con eso. —Jennifer levantó una ceja mirando a su hermana—. ¿Qué te parece, Alyson?

Alyson la miró con el ceño fruncido.

—Me parece un plan perfecto.

—¿Por qué, por favor, estáis discutiendo las dos ahora? —preguntó su padre mientras ponía los ojos en blanco.

—¿Y podemos mirar?

Jennifer se sorprendió al ver a lord Barrington apoyado en la jamba de la puerta del estudio de su padre.

—¿Cuándo ha llegado, milord?

—Hace poco. —Una comisura de sus labios se torció hacia arriba—. Su padre me invitó a una visita.

—Qué encantador. En cuanto a mí, preferiría oír más sobre su interés en ver discutir a dos mujeres —dijo Alyson coquetamente—. Vaya, Lord Barrington, nunca lo hubiera sospechado.

—Las damas suelen ser tan... inventivas en sus insultos que me parece totalmente fascinante oírlas discutir —dijo Robert mientras se apoyaba en la jamba de la puerta.

—Parece como si tuviera bastante experiencia en este campo, milord. —Alyson deslizó lentamente los guantes por su mano izquierda—. Otra sorpresa más —murmuró.

Una comisura de sus labios se inclinó hacia arriba.

—Espléndido... porque verá, últimamente me han dicho que soy demasiado soso y aburrido y que necesitaba relajarme un poco. —Su boca se deslizó en una sonrisa completa—. ¿Cómo lo estoy haciendo?

—Positivamente de maravilla —contestó Alyson con la voz entrecortada.

—Vamos, Alyson.

El brusco pronunciamiento de su padre hizo que Alyson parpadeara.

—¿Ir adónde?

—Er... al jardín —dijo mientras daba un paso adelante, le agarraba el codo y la guiaba por

el pasillo—. Te prometí que daría una vuelta por tu jardín, y me gustaría hacerlo... en este mismo momento. —Haciendo una pausa, miró por encima del hombro a Jennifer y Robert—. No quiero ser grosero, Barrington, pero estoy demasiado ansioso por ver el trabajo de mi hija. Espero que no le importe. —Les hizo un gesto con la mano—. Jennifer, ¿por qué no entretienes a su señoría hasta que regrese?

Y con eso, continuó tirando de Alyson por el pasillo.

Sorprendida por este extraño giro de los acontecimientos, Jennifer se volvió hacia lord Barrington.

—Dios mío —murmuró—. Eso ha sido... inesperado.

De repente, lord Barrington se echó a reír.

—No me extraña que mi madre estuviera tan preocupada por mi atuendo.

Jennifer sacudió la cabeza.

—Me temo que sigo sin entender lo que está pasando aquí.

—Al parecer, nuestros padres han decidido convertirse en casamenteros —le informó él.

Ella parpadeó.

—¿Y nos han emparejado?

Encogiéndose de hombros, Lord Barrington se enderezó apartándose del marco de la puerta.

—Tiene sentido emparejar a los dos hijos mayores. No me sorprendería que también hayan dispuesto que Alyson y Michael pasen tiempo juntos.

—Hmmm —murmuró Jennifer, incómoda con la idea de que Alyson fuera emparejada con Michael. Apartando el pensamiento, sonrió a Robert—. ¿Le apetece un refresco, Lord Barrington?

—Solo si acepta llamarme Robert.

Sintiéndose a gusto, asintió.

—Y yo soy Jennifer.

—Hecho.

Ella señaló el pasillo.

—¿Por qué no me sigues y te pongo al corriente de lo que ha pasado durante nuestro paseo de esta mañana?

—¿Por qué tengo la sensación de que esto no será un cuento feliz?



—Bueno, ¿no es una agradable sorpresa? —dijo jovialmente su padre mientras se levantaba para saludar a Michael—. No esperaba verle esta tarde.

Sacando una nota de su bolsillo, Michael se la tendió.

—¿No lo esperaba? Pero he recibido esto...

—Sí, sí —dijo despectivamente—. Sea cual sea la razón, me alegro de que haya venido y justo a tiempo para dar una vuelta por el jardín de mi hija.

Con dificultades para contener la risa, Alyson se levantó del sofá, abandonando el té que había estado tomando con su padre.

—Sería un honor, milord, mostrarle mi jardín. —Dirigió a su padre una mirada mordaz—. Y explicarle exactamente por qué ha recibido una invitación para visitarnos.

Su padre tuvo la delicadeza de sonrojarse.

—No sé de qué me estás hablando.

Ella se limitó a sonreírle antes de conducir a Michael al jardín.

—Debo disculparme por esto, Michael. Al parecer, mi padre está decidido a hacer de casamentero entre Jennifer y yo.

Michael parecía ligeramente avergonzado.

—Supongo que debería sentirme halagado.

—Como debería estarlo Robert, pues está con Jennifer en este mismo momento. —Inmediatamente, Michael empezó a mirar alrededor del patio—. ¿Lo está?

Su reacción lo decía todo. Tanto si Michael deseaba admitirlo como si no, estaba enamorado de Jennifer. Incluso la había cortado para protegerla de algún modo incomprensible. Aunque su padre había confundido todo el asunto, su idea seguía siendo sólida. Dios sabía que Jennifer y Michael parecían necesitar toda la ayuda posible.

—Creo que le debes una disculpa a Jennifer —dijo con firmeza.

Michael dio un paso atrás.

—Es cierto, pero creo que es mejor que me mantenga alejado de ella.

Cruzándose de brazos, Alyson negó con la cabeza.

—¿Intentas librarte de disculparte?

—No —negó—. No es eso en absoluto.

—Entonces no deberías esperar ni un momento más para pedirle perdón. —Alyson señaló

un pequeño edificio a la izquierda de la casa—. Creo que Jennifer y Robert están en su taller en este mismo momento.

—¿Su taller? —Michael se volvió hacia el edificio—. ¿Dónde construye sus máquinas?

—Precisamente —dijo ella, complacida por la curiosidad que oía en su voz—. Ahora, ¿por qué no te diriges allí y te disculpas con mi hermana?

—Si insistes… —Ni siquiera se molestó en terminar la frase mientras se dirigía hacia el taller.

Alyson sonrió al verle cruzar apresuradamente el césped. La búsqueda de pareja era un asunto peliagudo, y era mejor no dejarlo en manos de su padre, a pesar de sus buenas intenciones. Casi había conseguido liarlo todo.

1 3

Tras consultar sus notas sobre los experimentos de alquimia de da Vinci, Jennifer midió cuidadosamente los distintos elementos. Tarareando suavemente, los añadió a un gran cáliz de piedra. Todo progresaba a la perfección, decidió, mientras se dirigía al otro lado de su taller para coger un mortero. Robert estaba sentado en un rincón, leyendo un periódico. Había intentado marcharse antes, pero su padre había insistido en que le enseñara a Robert su taller. Le había parecido más fácil hacer lo que le pedía que discutir.

Como el caballero que era, Robert no había ofrecido ni una palabra de protesta por los descarados intentos de su padre de emparejarla. Robert simplemente había reclamado el periódico y se había acomodado en un rincón, dejándola con sus experimentos.

Sintiéndose un poco culpable, miró a Robert.

—Dudo que necesites quedarte mucho más tiempo.

—No pasa nada —le aseguró Robert—. En realidad estoy disfrutando de unos momentos de tranquilidad.

Le sonrió antes de volver a su trabajo. Jennifer dejó el mortero y cogió con cuidado su botella de ácido nítrico.

—Hola, Jennifer.

Al oír la voz de Michael, sacudió la botella y casi se le cae. Respirando aliviada, dejó suavemente la sustancia explosiva en el suelo antes de volverse hacia la puerta.

—Michael —dijo, satisfecha de que su voz no flaqueara—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a verte —respondió él, antes de mirar hacia Robert—. Hola, Robert. Qué casualidad encontrarte aquí.

Robert sonrió ampliamente.

—Recibiste una invitación, ¿verdad? —Asintiendo, Michael se palmeó el bolsillo.

—¿Está Alyson contigo entonces? —preguntó, inclinándose hacia delante para ver si estaba detrás de él.

—No. Aunque todavía está en el jardín, si quieres hacerle compañía —sugirió Michael.

—Creo que lo haré. —Doblando el periódico, Robert se levantó y miró a Jennifer—. Si te parece bien, claro.

—Me parece perfectamente bien —dijo ella, despidiéndose de Robert, aunque

egoístamente quería tenerlo a su lado. Sin Robert, solo quedaban ella y Michael. Inmediatamente, volvió a centrar su atención en su experimento—. ¿Qué quieres, Michael?

—Disculparme.

Sus manos se aquietaron ante su inesperada respuesta.

—¿Te irás si acepto?

—Probablemente no —le informó él con ironía.

Ella intentó que no le temblaran las manos mientras cogía el mortero.

—Lástima.

—Esa es mi Jennifer —dijo él riendo. El comentario picó—. Yo no soy tu nada.

—Lástima —murmuró en voz baja, haciéndose eco de ella.

Ella dejó caer el mortero. ¿Por qué persistía en atormentarla? La última vez que lo vio, la había humillado públicamente, y ahora hacía un comentario como ése. No podía soportar más sus juegos.

—¿Por qué es una pena, Michael? —exigió ella—. Dejaste bastante claro tu desagrado por mi compañía.

—Lo sé, y siento si te he herido con mis actos.

Cerrando los ojos, resistió el impulso de perdonarle.

—¿Por qué estás aquí?

—Como te dije, recibí una nota de tu padre, pidiéndome que te visitara. Como insinuaba que el asunto era de naturaleza urgente, respondí de inmediato. Sin embargo, a mi llegada, tu padre me pidió que hiciera compañía a tu hermana en su jardín.

—Ya lo sé —dijo ella en tono llano—. Lo que quería decir es, ¿por qué sigues aquí en mi taller?

—Porque no puedo irme hasta que sepa que me perdonas por mi vergonzoso comportamiento de anoche en el baile. —Una pizca de enrojecimiento tiñó sus mejillas—. Fue imperdonable por mi parte dejarte así, pero espero fervientemente que aceptes mis más sinceras disculpas.

El dolor que había sentido ante sus manos resonó en su interior, haciéndole formular la única pregunta que la había atormentado durante toda la velada.

—¿Por qué lo hiciste?

Él permaneció en silencio durante tanto tiempo que Jennifer pensó que no respondería.

—Porque no soy el hombre adecuado para ti.

Su respuesta fue tan baja que ella casi no la oyó. Ella sacudió la cabeza, completamente confundida.

—No lo entiendo.

La frustración brilló en su mirada mientras se pasaba ambas manos por el pelo.

—No puedo explicarte mis razones, Jennifer. Solo entiende, por favor, que hice lo que creí mejor para ti.

—No esperes que te lo agradezca —dijo ella secamente.

Un lado de la boca de Michael se inclinó hacia arriba.

—No lo haré. —Señaló con la cabeza hacia su mesa de trabajo—. Supongo que no accederías a enseñarme en qué estás trabajando, ¿verdad?

Jennifer quería decirle que no, mandarle a paseo, pero el atractivo de tener a alguien con quien compartir su experimento era fuerte. Michael no confiaba en ella lo suficiente como para decirle por qué la había herido, y le había magullado terriblemente el corazón, pero eso no quitaba que compartiera la misma pasión por los experimentos que ella.

Tal vez esto era todo lo que podía haber entre ellos.

Jennifer le hizo un gesto para que se acercara.

—¿Por qué no vienes a ver en qué he estado trabajando?

Con expresión curiosa, Michael se puso a su lado, mirando sus copiosas notas.

—Da Vinci incursionó en la alquimia durante un tiempo, y sus escritos sobre el tema me parecieron de lo más intrigante —explicó mientras añadía carbón molido y un toque de ácido sulfúrico al cuenco de piedra—. Estoy intentando recrear su mezcla para ver si efectivamente convierte el metal ordinario en oro.

—Fascinante —murmuró Michael, alargando la mano para coger la botella que ella había dejado antes.

—Cuidado con eso, es...

Pero incluso mientras Jennifer hacía la advertencia, Michael inclinó la botella, enviando una gota al cuenco de mármol. Una fuerte explosión rompió la tranquilidad del taller mientras salía un humo ondulante del recipiente.

—…ácido nítrico —terminó Jennifer, arrebatándole la botella de la mano y volviéndola a colocar en el estante.

Una fina capa de polvo oscuro cubrió el rostro de Michael. Él la miró parpadeando, luego sus dientes destellaron blancos dentro de la oscura cubierta mientras sonreía con descaro.

—Uy.

Su tonto comentario la hizo estallar en carcajadas.

—Oh, Señor —jadeó cuando por fin se controló—. ¿Cómo puedes tenerme escupiendo de

rabia un momento y revolcándome de risa al siguiente?

Pasándole un dedo por la mejilla, lo levantó para mostrarle que debía de estar cubierta de la misma película negra.

—Supongo que es solo un don.



Una fuerte explosión rasgó el aire.

—¿Qué demonios ha sido eso? —exclamó Robert, levantándose de un salto del banco del jardín trasero de la casa Lambert.

—Sin duda algo en lo que está trabajando mi hermana —dijo Alyson sin preocupación. Había vivido con Jennifer el tiempo suficiente para saber que a menudo llegaban ruidos y olores extraños del horrible taller de ella—. ¿Por qué no vuelves a sentarte para que pueda terminar de contarte mi versión del encuentro con Lady Serena?

—Preferiría que no lo hicieras —dijo Robert con pesar.

Alyson levantó bruscamente la cabeza.

—¿Qué? ¿No te interesa ayudar a ese joven?

—Por favor, Alyson, no volvamos a entrar en esta vieja discusión. —Sentándose en el banco, se giró hacia ella—. Sabes perfectamente que estoy trabajando para encontrar a ese caballero, así que me niego a responder siquiera a esa acusación.

Cuando ella abrió la boca para replicar, Robert levantó las manos, acallando las palabras. Cerrando la boca, esperó a que él continuara.

—Ahora, en cuanto a Lady Serena, no sé qué esperas que diga. Tú afirmas que ella es la mujer que vimos, sin embargo, la propia dama lo niega. Y si tengo en cuenta que estaba oscuro, había niebla y estábamos demasiado lejos para ver con claridad los rasgos de la mujer, me parece justo decir que probablemente te equivoca.

—Pero no lo estoy —insistió Alyson. Nunca había estado más segura de nada en su vida —. Es algo más que su aspecto. Lady Serena inclina la cabeza de la misma manera, utiliza las manos al hablar igual que la mujer hizo aquella noche, y su perfil coincide exactamente. Simplemente sé que es la mujer que vimos.

Robert la miró fijamente durante un largo momento, antes de asentir una vez.

—Muy bien, Alyson. Ya que estás convencida de que Lady Serena es la mujer, hablaré con ella. —Incluso cuando Alyson empezó a darle las gracias, Robert la cortó—. Pero si ella lo niega de nuevo, permitiré que el asunto se olvide. —La apuntó con un dedo—. Y debes prometerme que harás lo mismo.

Si pensó por un momento que ella accedería a tal exigencia, estaba tristemente equivocado.

—No haré tal cosa —protestó ella—. ¿Cómo puedo estar segura de que no la visitarás, le

harás algunas preguntas y luego te marcharás sin indagar más en las respuestas de Lady Serena?

—Simplemente tendrás que confiar en mí.

Su pomposa respuesta la molestó.

—¿Por qué soy la única de la que se espera que confíe en este asunto? Deseas hablar a solas con Lady Serena y esperas que confíe en ti. Luego quieres hablar a solas con el corredor y, una vez más, esperas que me siente tranquilamente y te permita manejar todo el asunto. —Levantó la barbilla—. ¿Por qué no puedes confiar en que discuta este asunto con Lady Serena o incluso con el corredor?

—No es que no confíe en ti...

—¡Entonces demuéstralo!

En silencio, Robert la miró fijamente. Finalmente, suspiró con fuerza.

—Si te permito venir a la reunión que tengo programada mañana con el señor Lewis, ¿me prometes que no acosarás más a la pobre lady Serena?

Aunque se sintió ofendida por la palabra «acosar», estaba demasiado satisfecha con el resto de su concesión como para reprenderle.

—Lo prometo.

Robert la fulminó con la mirada.

—¿Por qué sé que me voy a arrepentir de esto?

—Oh, no. El estirado y viejo Lord Barrington ha vuelto —se lamentó Alyson—. Demasiado para la espontaneidad y el pensamiento despreocupado.

—Permíteme señalarte que en este momento estoy sentado a solas contigo, en tu jardín, después de haber sido llamado a tu casa por tu padre con su mal disimulado disfraz de asunto importante. —Su sonrisa estaba cargada de satisfacción masculina—. Sin embargo, aquí estoy sentado, agradable y complaciente. Difícilmente las acciones de un viejo estirado, Lady Alyson.

—Supongo que tienes razón —concedió ella. Su corazón empezó a acelerarse ante el destello de atracción que vio en su mirada. Mientras ella observaba, la sonrisa de Robert se deslizó, dejando líneas tensas y sombras de deseo en su rostro.

Todo lo que tenía que hacer ahora era inclinarse más cerca, apretarse contra él y ofrecerle sus labios. Entonces pudo sentir de nuevo la magia que había descubierto en el laberinto. Un solo roce, y Robert la hizo suspirar por una comprensión más profunda de la pasión, por una forma de satisfacer las ardientes necesidades de su interior, por que él le mostrara los caminos del amor.

¿Pero entonces qué?

El pensamiento detuvo el movimiento hacia delante de Alyson. Después de esta tarde, tenía la esperanza de que él pudiera, de que lo hiciera, seguir cambiando, aflojando, pero ¿estaba dispuesta a arriesgar su corazón ante una posibilidad? Su miedo la retenía.

Poco familiarizada con la cautela, Alyson le hizo caso no obstante. Aclarándose la

garganta, se enderezó, juntando las manos en su regazo para evitar alcanzarle.

—Dime, Robert, ¿qué deseas?

Él parpadeó y se enderezó también.

—¿Qué deseo? —repitió moviendo la cabeza.

Sabía que le había confundido con su repentino cambio de tema, pero Alyson quería saber más sobre aquel hombre que empezaba a ocupar demasiados de sus pensamientos.

—Sí. Cuando estás solo o justo antes de dormirte, ¿qué deseas?

Inclinándose hacia delante, Robert apoyó los codos en las rodillas.

—¿Me prometes que no te reirás?

Su pregunta la conmovió profundamente.

—Lo prometo.

—Desearía estar escalando las montañas de Escocia sin otro destino que donde mis pies decidan ir... o a veces pienso en viajar a las colonias y aprender más sobre los indios de allí. —A medida que hablaba, su voz se suavizó, adquiriendo una cualidad onírica que le llegó directamente al corazón—. O podría ir a Creta y recorrer las ruinas de allí o a Egipto y navegar por el gran Nilo. —Sentándose de nuevo, Robert rio de forma autoconsciente—. Supongo que

todo eso te parecerá una tontería.

—No —susurró ella, con la voz quebrándose al pronunciar la palabra. Tragando saliva, intentó hablar de nuevo—. Suena maravilloso. —Tuvo que apretar aún más las manos para no acercarse a él—. Pero todos esos sueños son alcanzables —señaló ella—. ¿Por qué no cumples al menos uno de ellos?

Ella sintió ganas de llorar al ver cómo los sueños se escurrían de sus ojos y la expresión adecuada de Lord Barrington eliminaba toda la animación de su rostro.

—Debido a todas mis responsabilidades —dijo él, su voz una vez más nítida y clara—. No puedo huir a tierras extranjeras y dejar que mis propiedades se pudran, ¿verdad?

—Seguramente podrías contratar a un eficiente hombre de negocios para administrar tus propiedades por un corto tiempo.

—¿Y qué hay de mi madre? ¿Quién cuidaría de ella mientras yo no estuviera?

—Es una mujer madura, Robert —señaló Alyson secamente—. Creo que sería capaz de cuidarse de sí misma.

—Entonces no conoces a mi madre —murmuró él en voz baja—. Es una mujer encantadora, pero bastante... voluble. Siempre se metía en un lío tras otro hasta que yo me hice cargo de la casa. Es una de esas mujeres que necesitan a alguien que cuide de ella.

—Tienes un hermano, ¿recuerdas?

—¿Michael, cuidar de mi madre? —Robert negó con la cabeza—. Tiene demasiadas exigencias sobre su tiempo y no podría cuidar de Madre y de mis asuntos de negocios también.

Alyson golpeó el pie con impaciencia.

—Estás atado y decidido a poner problemas insuperables entre tú y tus sueños, ¿verdad?

—¡No los he colocado ahí! —protestó él.

—Sí, Robert, lo has hecho. Sabes tan bien como yo que tu madre, tu hermano y tus preciosas propiedades estarían perfectamente sin ti durante unos meses.

Levantándose de la silla, Robert la miró fijamente.

—¿No has oído nada de lo que te he dicho?

Alyson se levantó también, encontrándose con él en igualdad de condiciones.

—He oído todo lo que has dicho... y todo lo que has dejado sin decir. ¿Sabes cuál creo que es el problema, Robert? —Sin esperar a que él respondiera, ella contestó a su propia pregunta—. Creo que llevas tanto tiempo cargado de responsabilidades que no sabes ser de otra manera.

—Tonterías.

—¿Lo es? —contraatacó ella—. No bailarías un vals en un balcón desierto conmigo porque te has encargado de proteger mi reputación; no me permites hablar con Lady Serena

porque te has encargado de protegerme; y no te permites creer que tu vida no se destruiría si te tomas un breve respiro de ella. —Ella le puso una mano en el brazo—. ¿No ves nada de esto, Robert?

Apartando el brazo, él se zafó de su agarre.

—Bueno, perdóname si encuentras mortalmente aburrido a alguien que se toma la responsabilidad en serio.

—No, solo me parece triste —susurró Alyson, con el corazón dolido por el hombre maravilloso que sentía atrapado en su interior—. Todos tus sueños son de evasión, Robert. Si te desprendieras de algunas cargas innecesarias, si liberaras tu espíritu interior, podrías encontrar todo lo que buscas sin poner un pie fuera de Londres.

—Perdóname por señalarte, Alyson, que tu padre se ocupa de todas tus necesidades financieras y físicas, dejándote libre para permitirte todos tus vuelos de fantasía —dijo rígidamente—. No sabes nada de las cargas de un caballero.

Una sola lágrima resbaló por su mejilla.

—Lo siento por ti, Robert.

Sus hombros se echaron hacia atrás.

—Guarde su lástima para alguien que la necesite, milady —le aconsejó con frialdad. Inclinando la cabeza a modo de despedida, se alejó sin decir una palabra más, dejando a Alyson sola en el jardín.

1 4

Gregory silbó una alegre melodía mientras cerraba la puerta de su alcoba. Tirando de su corbata, la arrojó sobre la cama con un chasquido de muñeca.

—¡Eleonor! —exclamó cuando vio la forma fantasmal y translúcida de su esposa cerca de la chimenea—. Me alegro tanto de que estés aquí —empezó, emocionado por compartir su maravilloso día con ella—. Tengo tanto que contarte sobre nuestras hijas. Anoche, Lady Barrington vino. Estaba muy disgustada por la situación entre nuestras hijas. —Gregory hizo una pausa en su relato para reflexionar sobre aquel encuentro—. Una dama encantadora, ella es, y bastante inteligente también. —De repente recordó que estaba hablando con su esposa de otra mujer. Nervioso, se aclaró la garganta y continuó con su relato—. De todos modos, estaba perdido en cuanto a la mejor manera de manejar el problema, pero entonces... de repente... me llegó la inspiración. —Se agarró al respaldo de una silla—. Sé que suelo discutir contigo los asuntos relativos a nuestras hijas, mi amor, pero no estabas aquí. Lo siento, pero tuve que tomar la decisión por mi cuenta... especialmente porque Lady Barrington dependía de mí, así como nuestras hijas.

—Estoy segura de que manejaste la situación perfectamente —dijo Eleonor tranquilizadora.

—De hecho, lo hice —confirmó Gregory, con el orgullo inflándole el pecho una vez más —. Hoy he hecho de casamentero y he hecho un buen trabajo, si me permites decirlo. Nuestra Jennifer pasó bastante tiempo en su taller con Lord Barrington, y nuestra Alyson dio un largo paseo con Lord Exeter. —Sonrió a su esposa—. Y todos lo pasaron espléndidamente.

Eleonor se acercó flotando.

—Maravilloso, Gregory.

—Lo fue, ¿verdad? —murmuró él, distraído al darse cuenta de que su esposa también empezaba a moverse ahora más como un fantasma—. ¿Acabas de flotar?

Su risa sonó como campanadas en un viento suave.

—Eso es lo que hacemos los fantasmas, mi amor.

—No, no lo es —protestó él con vehemencia—. De repente has empezado a parecer un fantasma, tan pálida que apenas puedo ver el color de tus ojos.

La sonrisa que ella le dedicó estaba llena de amor.

—Lo sé, Gregory, y me alegro mucho por ti.

—¿Feliz por mí? —repitió él mientras una horrible sospecha empezaba a formarse en su cabeza—. Me vas a dejar, ¿verdad?

—No me iré a ninguna parte hasta que estés dispuesto a dejarme —le aseguró ella. Eso detuvo el pánico que lo atenazaba.

—¿Lo prometes?

—Sí.

—¿Entonces por qué no estabas aquí anoche? —exigió Gregory, el miedo hizo que su voz fuera más áspera de lo que había pretendido.

—Porque no me necesitabas.

—¡Ya lo creo que sí! —exclamó—. ¿No te acabo de decir que estaba confundido sobre qué hacer por nuestras hijas?

—¿Y no me dijiste también que habías encontrado la solución perfecta por tu cuenta? —contraatacó ella suavemente.

Sintiéndose cansado, se hundió en la silla.

—Sí. Sí, lo hice.

Mientras ella flotaba más cerca de él, un aire fresco le susurró. Se preguntó si ésa era su forma de caricia.

—Tienes que dejarme ir alguna vez, Gregory —dijo Eleonor suavemente.

Se le llenaron los ojos de lágrimas al contemplar su amado rostro.

—¿Por qué? —ronroneó—. Te amo con todo lo que soy, Eleonor. No puedo dejarte marchar.

—Sí que puedes, Gregory —murmuró ella con dolor—. Ya has empezado.

Extendió las manos con impotencia.

—Pero aún te echo de menos tan terriblemente.

—Sé que lo haces, amor mío, pero ya es hora de que sigas adelante hacia tu futuro. —Eleonor se alejó de él—. Llévame en tu corazón, piensa en mí con cariño, habla de mí con alegría, pero no mantengas mi espíritu atado a ti, porque eso te mantiene a ti también encerrado en el pasado.

—Pero no me importa —protestó.

—Ah, pero a mí sí. —Juntando las manos, las apretó contra su corazón—. Eres un hombre maravilloso, Gregory. Tienes una gran capacidad para el amor... y necesitas encontrar a alguien nuevo con quien compartir tu don.

—¿Alguien nuevo? —El horror le invadió con solo pensarlo—. Nunca volveré a amar.

—Sí, mi querido esposo —susurró Eleonor—. Lo harás. Es tu destino, ya ves, porque aún te quedan muchos años por vivir... y eres un hombre demasiado bueno para vivirlos solo.

Rechazando incluso el pensamiento de ello, levantó ambas manos como para alejar la idea.

—No quiero ni pensar en eso, Eleonor, y mucho menos discutirlo.

—Lo sé, mi amor, pero algún día, cuando sea el cálido recuerdo que estaba destinada a ser, aprenderás a vivir de nuevo.

—Pero ahora no —insistió con fiereza. Cerrando los ojos, reclinó la cabeza contra la silla, sabiendo en su corazón que Eleonor tenía razón, aunque deseaba desesperadamente poder negarlo—. No estoy preparado para decirte adiós todavía, Eleonor —ronroneó, levantando los párpados para contemplar la forma desvanecida de su esposa—. Todavía no.

Sintió más que vio la sonrisa de ella.

—Pronto.

El susurro fantasmal le tocó con una suavidad agridulce.

—Sí —aceptó después de un momento—. Pronto.



—Por favor entre, Lady Alyson —dijo Robert formalmente mientras abría la puerta de su estudio. Antes de que Alyson pudiera hacer uno de sus comentarios frívolos sobre el título de

cortesía, hizo un gesto hacia el caballero bajo y bien peinado que se levantó de su silla—. Sr. Lewis, permítame el placer de presentarle a Lady Alyson Berkley.

—Milady —dijo Lewis, haciendo una reverencia.

A su manera habitual, Alyson le saludó calurosamente al entrar en la habitación.

—Buenos días, Sr. Lewis. Me alegro de tener la oportunidad de conocerle, señor.

Obviamente incómodo entre damas, Lewis tragó saliva y movió la cabeza asintiendo.

Tomando el control de la situación, Robert puso una mano sobre el respaldo de una silla cercana.

—Lady Alyson, puede ocupar este asiento.

Ella murmuró su agradecimiento mientras aceptaba con elegancia el ofrecimiento. Robert tuvo que reprimir una sonrisa ante el acatamiento tan propio de una dama como Alyson. Recuperando su propia silla, Robert dirigió su atención a Lewis.

—¿Tiene alguna información nueva para mí... —Cuando Alyson se aclaró la garganta, él la miró y luego se corrigió—. ¿Alguna información nueva para nosotros, Sr. Lewis?

—Después de recibir su nota anoche, investigué un poco los antecedentes de la dama.

—Disculpe —dijo Alyson, levantando el dedo—. Siento interrumpir, pero parece que me he perdido una parte de la discusión. ¿Qué nota recibió usted, Sr. Lewis? ¿Y sobre qué dama?

Girándose hacia ella, el Sr. Lewis explicó:

—Lord Barrington me envió una nota anoche diciendo que existía la posibilidad de que la mujer que usted busca fuera Lady Serena Cole.

La calidez y admiración en los ojos de Alyson mientras miraba hacia él hizo que Robert se sintiera el doble de hombre de lo que era. Señor, le asombraba que con una mirada ella pudiera convertirlo en un zagal hambriento de amor.

—Como iba diciendo —comenzó Lewis de nuevo—, investigué los antecedentes de lady Serena y encontré poco de interés. Habiendo perdido a sus padres cuando tenía cinco años, ha sido criada principalmente por su hermano.

—Gabriel Cole —proporcionó Alyson, sorprendiendo a Robert con su respuesta hasta que recordó que había conocido a Lenster en el parque.

—Precisamente, es el vizconde Lenster —confirmó Lewis—. Ahora es cuando la cosa se pone interesante, pues lord Lenster tiene un pasado manchado y, si no invierte pronto su suerte, un futuro muy sombrío.

—Muchos caballeros tienen un pasado manchado —señaló Robert.

—Cierto, milord —concedió Lewis—. Pero muy pocos han sido acusados de chantaje.

Inmediatamente intrigado, Robert se inclinó hacia delante.

—¿Chantaje?

Lewis asintió con firmeza.

—Más de una vez, según mis informadores. Al parecer, el caballero ponía los cuernos a un personaje adinerado y luego chantajeaba a la mujer amenazándola con contarle el asunto a su marido o a su protector. —Una expresión de disgusto cruzó el rostro de Lewis—. Un asunto desagradable.

—Por desagradable que pueda ser, señor Lewis, no veo qué relación tiene eso con nuestro caso —dijo Alyson cortésmente.

—Creo que podría —discrepó el Sr. Lewis—. La última vez que Lord Lenster trató de chantajear a una... mantenida, ella le devolvió su mal hacer y contrató a unos cuantos tipos para disuadir a Lenster de su proceder.

Los ojos de Alyson se abrieron de par en par.

—¿Quiere decir que contrató a alguien para hacerle daño?

—En efecto, lo hizo, milady, pero debe recordar que estaba luchando por su vida o al menos por su sustento. —Encogiéndose de hombros, el Sr. Lewis desestimó la conmoción de Alyson—. En mi mente, lo justo es justo.

—Supongo —murmuró Alyson, pero Robert pudo darse cuenta de que encontraba chocante el comportamiento de la mujer. Por otra parte, Alyson nunca se había enfrentado a una

situación tan grave, nunca había tenido que luchar para no perderlo todo, así que no tenía ni idea de hasta dónde llegaría alguien.

—Supongo que Lenster perdió el gusto por el chantaje después de aquel incidente —comentó Robert secamente.

—Aparentemente sí —confirmó el señor Lewis—. Sin embargo, no sirvió de nada para frenar su costoso estilo de vida. En este momento, el caballero está a pocos días de ser arrojado a la cárcel de deudores.

Frotándose la barbilla con el índice y el pulgar, Robert llegó a la conclusión lógica.

—Así que, si estuviera realmente desesperado por dinero, quizás volvería a sus viejas formas de adquirir fondos, solo que añadiendo un nuevo giro. Podría utilizar a su hermana como señuelo.

El Sr. Lewis asintió con la cabeza.

—Es una posibilidad, y como no tenemos otras pistas, creo que deberíamos seguir ésta.

—Alyson —dijo Robert, olvidando usar su título—. ¿De verdad crees que Lady Serena era la mujer que vimos?

—Sin duda —aceptó Alyson con firmeza.

—Entonces asumamos que Lady Serena era efectivamente la dama rubia del teatro aquella noche. —Sus pensamientos se arremolinaron, Robert se puso en pie y comenzó a caminar mientras elaboraba un posible escenario de acontecimientos—. ¿Y si ella hubiera despertado el

interés del hijo de un noble, un tipo cuyo padre se disgustaría si supiera que su hijo está interesado en una dama sin dinero? Pero digamos que el amor del chico fue más fuerte que el miedo a su padre, así que conoció a Lady Serena en secreto. —Se calentó con el cuento que estaba hilando—. Si Lenster descubriera su enlace, le proporcionaría la oportunidad perfecta para secuestrar al hijo y pedir un rescate para devolvérselo a su padre, ¿no?

—¿Qué hay de eso, Sr. Lewis? —preguntó Alyson, mirando expectante al corredor—. ¿No tiene mucho sentido?

El Sr. Lewis se removió torpemente en su asiento.

—Eh, sí, suena lógico... pero está haciendo bastantes suposiciones.

—Suposiciones infundadas —afirmó Robert. Apoyándose en el manto, le dedicó a Lewis una sonrisa de disculpa—. Perdóneme, Sr. Lewis, por dejarme llevar por mi propia imaginación.

—Pero no lo hiciste —protestó Alyson, poniéndose en pie—. Nada de lo que dijiste estaba fuera del ámbito de lo posible.

—No, solo probabilidad —contraatacó Robert—. Y el señor Lewis difícilmente puede acusar a Lenster de cometer un delito tan grave como el secuestro sin más pruebas que mis fantasiosas imaginaciones.

—Lo sé, pero eso no significa que el señor Lewis no pueda investigar la situación y ver si tal vez lord Lenster estaba detrás de todo el asunto.

—Eso es muy cierto, milady —intervino el señor Lewis, que también se levantó—. Investigaré el paradero de lord Lenster la noche en cuestión, y luego pondré el oído en la calle

para ver si alguien habla sobre un trabajo de secuestro; es dudoso que un conde hiciera el arresto en sí.

Alyson sonrió al corredor.

—Muy inteligente por su parte, Sr. Lewis.

Sonrojándose de un rojo brillante, el Sr. Lewis raspó un pie calzado contra la alfombra.

—Gracias, milady. —Se inclinó ante Robert—. Estaré en contacto tan pronto como tenga alguna información adicional.

—Gracias, Sr. Lewis. —Dando una palmada en la espalda del corredor, Robert le acompañó hasta la puerta—. Buenos días, señor.

—Buenos días a usted, milord. —El Sr. Lewis miró a Alyson y tragó saliva de nuevo—. A usted también, milady.

Cuando Robert cerró la puerta tras el Sr. Lewis, se giró para encontrar a Alyson sonriéndole.

—Un tipo encantador, su Sr. Lewis —observó ella—. Y creo que encontrará a ese pobre hombre, especialmente desde que le hablaste de Lady Serena. —Su expresión se suavizó mientras se llevaba una mano al corazón—. No puedo decirte lo mucho que significa para mí que no solo hayas oído lo que tenía que decirte, sino que también me hayas escuchado de verdad.

—Por supuesto que lo hice —dijo él, sintiéndose incómodo por el peso de su gratitud—. Sé que te prometí que me reuniría con Lady Serena, pero no pude idear una forma de hacerlo sin que se sintiera perseguida. —Levantó un hombro—. Así que, en vez de eso, le pedí al Sr. Lewis que investigara el asunto.

—Muy loable, Robert. —Caminando hacia él, Alyson le puso una mano en la solapa—. Pero lo que más me impresionó fue la forma en que creaste ese brillante escenario. Yo misma no podría haberlo hecho mejor.

—Alyson, yo... —empezó él, inseguro de lo que podía decir para hacerle comprender lo mucho que le tentaba, así que se calló una vez más.

—Gracias por incluirme en esta reunión, por hacerme sentir como un igual. —Una suave sonrisa curvó sus labios hacia arriba mientras levantaba la mano hacia la cara de él—. Hay veces, Robert, en que pienso que podría ser tan fácil amarte.

Su corazón se contrajo ante las suaves palabras de ella y, por ese momento, todas sus preocupaciones y temores fueron barridos bajo la oleada de deseo.

—Alyson —ronroneó, levantando las manos para acariciarle la cara, sus dedos hurgando en la riqueza de su sedoso cabello.

Reclamando su boca, tomó con audacia todo lo que ella le ofrecía y se lo devolvió con un hambre equivalente. La necesidad palpitaba en su interior, endureciéndolo hasta convertirlo en una masa de doloroso deseo. Señor, podía perderse tan fácilmente en esta mujer.

El gemido de Alyson vibró contra su boca mientras deslizaba la mano desde su cara hasta

la nuca, agarrándose a su pelo como si lo utilizara para estabilizarse. Pero él no la quería estable. No, la quería tambaleándose de pasión, débil de deseo, balanceándose de necesidad.

Curvando la mano hacia abajo, arrastró las yemas de los dedos por su cuello, a lo largo de la clavícula, sobre el borde de encaje de su corpiño de corte alto y, finalmente, sobre la elevación en pico de su pecho. La satisfacción rugió en su interior cuando reclamó su pecho con la mano, moldeando la suave carne contra su palma, sintiendo el pezón lleno de piedrecitas presionando contra sus dedos.

Rompiendo el beso, Robert inclinó aún más la cabeza hacia la curva del cuello de ella, rozando con sus labios el esbelto arco.

—Alyson —murmuró suavemente, oyendo la dolorosa necesidad en su voz.

—Sí, Robert. —El susurro de ella recorrió su oreja, enviando un escalofrío a lo largo de su cuerpo—. Oh, sí.

Dios mío, quería desabrocharle el corpiño, desnudarla ante sus ojos y manos hambrientos, arrastrarla hasta el suelo y... y... ¿qué? ¿Tomarla como a una puta en el suelo de su estudio?

Ese pensamiento lo sacó sobrio del embriagador giro del deseo. Señor, ¿realmente se había hundido tanto como para considerar, por un momento, satisfacer su pasión sobre una inocente como Alyson? Echando la cabeza hacia atrás, la miró, viendo sus labios hinchados por la pasión. Bajando aún más los ojos, miró su mano, aún aferrada a su pecho, como si ella no fuera mejor que una demimonde[3].

—Oh, Dios, Alyson —carraspeó, apartándose de ella como si se hubiera quemado—. Lo siento mucho.

Ella le ofreció una suave sonrisa.

—Me sentí tan arrastrada como tú, Robert.

La inocencia que desprendían sus ojos le hizo sentir aún más remordimientos. Dependía de él tratarla con respeto. Era una dama inocente y bien educada que se había dejado arrastrar por su pasión. Es cierto que ella no había protestado por sus caricias, pero eso no hacía más aceptable que él se aprovechara de su inexperiencia.

Robert se pasó los dedos por el pelo. Señor, un minuto más y la habría tirado al suelo de su estudio y...

Cerrando los ojos contra las imágenes eróticas grabadas a fuego en su mente, Robert se obligó a respirar tranquilamente y a ignorar el hambre palpitante de su interior.

—¿Robert? —dijo Alyson suavemente, colocando sus manos sobre el pecho de él.

Dulce cielo, sintió su tacto claro hasta los huesos. Sus ojos se abrieron de golpe mientras daba un paso atrás, rompiendo el agarre de ella sobre él.

—Lo siento —dijo de nuevo—. Me aproveché de ti, y no volverá a ocurrir.

Las cejas de Alyson se fruncieron.

—Pero disfruté de tu beso —dijo vacilante.

—¡Maldita sea, Alyson! No me digas esas cosas —espetó Robert con dureza. ¿No se daba cuenta de que él estaba a un pelo de reclamar todo lo que ella ofrecía en su inocencia? No, ella no se daba cuenta, y ése era precisamente el problema. Si aceptaba lo que ella le ofrecía, al día siguiente estaría haciéndole una oferta diferente, y atándose a ella para el resto de su vida.

Con sus pensamientos enredados con sus emociones, Robert necesitaba tiempo para ordenar el desorden. Tiempo sin Alyson cerca para volver a embrollarlo todo. Aunque la deseaba más que a ninguna otra cosa en su vida, ¿querría pasar el resto de su vida hecho un revoltijo de emociones?

Robert se presionó la sien con dos dedos, intentando calmar el martilleo dentro de su cabeza, antes de inhalar profundamente y mirar a Alyson.

—Ahora te acompañaré a la salida, Alyson. Si tengo noticias del Sr. Lewis, me pondré en contacto contigo inmediatamente.

—¿Eso es todo? —preguntó ella, abriendo la boca con sorpresa—. ¿Compartimos un beso, y todo lo que puedes decirme es «te acompaño a la salida»?

Robert tomó otra bocanada de aire tranquilizador.

—Sé que deseas hablar de lo que ocurre entre nosotros, Alyson, pero ahora mismo no puedo. Necesito ordenar las cosas en mi cabeza antes de que podamos hablar.

Su cabeza se echó hacia atrás como si la hubieran golpeado.

—No me había dado cuenta de que era tan complicado que necesitabas pensarlo tan detenidamente, Robert.

—No te diste cuenta... —Se interrumpió—. ¿Recuerdas cómo discutimos anoche? Luego hoy vienes aquí, actuando dulce como la nata, y acabamos abrazados otra vez. —Sacudió la cabeza—. ¿Cómo no puedes encontrar todo esto complicado?

—Porque no lucho contra mis emociones, Robert; simplemente las siento.

El brillo de sus ojos se parecía sospechosamente a las lágrimas. Dios mío, si ella empezaba a llorar ahora, él estaba acabado.

—Yo también estoy dispuesto a sentir mis emociones... pero primero tengo que comprenderlas. Todo lo que pido es un poco de tiempo para ordenarlo todo.

—Y ponerlo en orden, donde puedas controlar todo lo que sientes y cuándo lo sientes. —Los labios de Alyson empezaron a temblar—. Lo siento, Robert, pero la vida no funciona así. No puedes evitar lo que sientes como tampoco puedes impedir que el sol se ponga. —Una lágrima resbaló por su rostro—. Porque, créeme, si pudiera evitar enamorarme de ti, lo haría.

Se le atascó la respiración en la garganta ante su tranquila admisión.

Levantando la barbilla, ella le miró con desdén.

—Así que cuando hayas terminado de ordenar tus emociones, Robert, puedes recurrir a mí. Y quizá, solo quizá, aún desee verte.

Y con esa frase de despedida escociéndole en los oídos, la vio salir de su estudio y se preguntó si ella también estaba saliendo de su vida.

15

Unos golpes en la puerta de su taller rompieron la concentración de Jennifer. Sin darse cuenta, se limpió las manos cubiertas de aceite sobre el vestido mientras pedía al sirviente que entrara.

—¡Maldición! —exclamó Jennifer en el momento en que se sorprendió a sí misma embadurnándose de aceite toda la falda. Sonrió con pesar a su mayordomo—. Siempre estoy estropeando mi ropa de esta manera. Terriblemente descuidada por mi parte, ¿verdad?

Por su expresión, se dio cuenta de que su mayordomo no sabía qué contestar. Riéndose, Jennifer hizo un gesto con la mano.

—Ignórame, Tibbs. Ahora, ¿qué puedo hacer por usted?

Extendiendo una bandeja, anunció:

—Tiene una visita, Lady Jennifer—. No deseando manchar también la tarjeta con aceite, asintió hacia Tibbs.

—¿Quién es?

—Lady Serena Cole —anunció él.

Muy bien.

—¿Ha llegado ya mi hermana? —preguntó Jennifer, rezando para que Alyson hubiera vuelto a casa de su reunión con Lord Barrington.

—No, milady. —Tibbs bajó la bandeja—. La joven me pidió que le mencionara que era un asunto muy urgente.

Jennifer sabía que no podía evitar ver a Lady Serena.

—Muy bien, Tibbs. Por favor, infórmele de que llegaré enseguida. —Mirándose las manos, explicó su retraso—. Primero voy a intentar lavarme un poco esta grasa.

—Una tarea de lo más desalentadora, milady —comentó Tibbs asintiendo con la cabeza.

Todos los criados habían sido testigos de los intentos anteriores de Jennifer por quitarse las manchas de las manos. Lo había probado todo, desde zumo de limón hasta hojas de té, pero nada parecía eliminar fácilmente la grasa de su piel.

—Muy cierto, Tibbs, pero apenas puedo entretenerla así.

La boca de Tibbs se crispó.

—Desde luego que no, milady.

—Ojalá tuviera tiempo de cambiarme de atuendo —murmuró Jennifer mientras miraba las grandes huellas de aceite que ahora decoloraban su vestido azul pálido. Ah, bueno, pensó. Lady Serena no puede llamar inesperadamente y esperar que esté vestida adecuadamente, decidió Jennifer con un movimiento de cabeza—. Por favor, haz que traigan té y refrescos al salón, Tibbs. —Después de todo, no tenía por qué ser completamente poco sofisticada.

—Muy bien, milady —dijo él antes de inclinarse y salir por la puerta.

En su lavabo, Jennifer se restregó la piel, intentando eliminar la mayor cantidad posible de aceite, hasta que por fin consiguió reducir la decoloración a un gris apagado. Encogiéndose de hombros, Jennifer se dirigió a la casa para la temida visita a lady Serena. Una vez más, Jennifer intentó averiguar qué era lo que le desagradaba de la joven, pero la respuesta se le escapó.

Al entrar en el salón, Jennifer rezó para poder manejar esta reunión con compostura.

—Lady Serena —dijo a modo de saludo, deslizándose hacia delante para tomar asiento frente a la guapa rubia.

Con un impresionante vestido de paseo rosa pálido, lady Serena era la esencia misma de la gracia y la belleza femeninas, lo que hizo que Jennifer se sintiera aún más cohibida por su vestido manchada de aceite y sus manos manchadas.

—Le agradezco mucho que haya podido verme —dijo Lady Serena con su voz entrecortada—. Yo... Yo... —Se le escapó un grito mientras enterraba la cara entre las manos.

¡Santo cielo! ¿Qué se suponía que debía hacer ahora? se preguntó Jennifer, completamente perdida en cuanto a la mejor manera de manejar a una desconocida llorosa.

—¿Puedo traerle algo? ¿Un té? ¿Un pañuelo? —preguntó, agarrándose a cualquier cosa.

—No, no —murmuró Lady Serena mientras se enderezaba, secándose la comisura de los ojos con la yema del dedo cubierta por el guante—. Estoy muy avergonzada. —Se abanicó con la mano—. Lo que debe pensar de mí...

—A decir verdad, no sé qué pensar —admitió Jennifer.

Una risa lacrimógena brotó de Lady Serena.

—Le agradezco su sinceridad, Lady Jennifer.

La sorpresa en la voz de Lady Serena hizo que Jennifer se preguntara si había cometido otro paso en falso.

—Siento mi arrebato, pero es que últimamente he estado muy presionada —explicó Lady Serena, entrelazando las manos—. Ya que conoce a mi hermano...

Jennifer levantó las manos y las volvió a bajar cuando recordó las manchas.

—No puedo afirmar que conozca a su hermano, milady. Simplemente nos presentaron.

—Ah. —Lady Serena parpadeó dos veces—. Por la forma en que mi hermano le habló,

creí que se conocían.

—Sí, bueno... —Jennifer tartamudeó, sin saber cómo responder a ese comentario. En su lugar, probó con una débil sonrisa—. Se equivocaba.

Jennifer supo por el respingo de Lady Serena que había sido demasiado brusca una vez más.

—Parece que lo estaba —murmuró finalmente Lady Serena—. Oh, querida, esto lo hace aún más incómodo. Verá, pensé que si conocía a mi hermano, entonces quizá podría entender el motivo de mi fabulación aquel día en el parque. —Apretó un dedo contra sus labios—. Verá, mi hermano me quiere, pero a veces... me asusta —terminó con un susurro.

Aunque a Jennifer Lord Lenster le había parecido ofensivo, no le había parecido violento.

—¿Le asusta de qué manera? —Inclinándose hacia delante, Jennifer puso su mano sobre el antebrazo de Lady Serena—. Le prometo que no traicionaré su confianza.

Le ofreció a Jennifer una sonrisa vacilante.

—No, no creo que lo haga. —Cerrando brevemente los ojos como si quisiera sacar fuerzas para continuar, Lady Serena finalmente levantó las pestañas y se encontró con la mirada de Jennifer—. Yo era la dama que su hermana vio la otra noche —confesó suavemente—. Por favor, no piense mal de mí. Mi hermano me prohibió ver a mi pretendiente, así que me vi obligada a salir a escondidas. Cuando su hermana me reconoció delante de mi hermano, bueno, no tuve más remedio que negar su afirmación.

—Lo comprendo —dijo Jennifer tranquilizadora.

A Lady Serena se le escapó un suspiro aliviado.

—Gracias a Dios. Sabía que tenía razón al venir aquí. Simplemente no podría haber vivido con otra mentira. —La determinación endureció sus delicadas facciones—. Es hora de poner fin a todo este engaño. La próxima vez que me encuentre con mi pretendiente, yo...

—¡Oh, no! —exclamó Jennifer al recordar la razón por la que Alyson había estado tan decidida a encontrar a esta mujer. ¿Cómo iba a mirar a esta mujer a sus inocentes ojos azules y decirle que el hombre al que amaba había sido secuestrado?

—Lady Serena —agarró la mano de Jennifer.

—¿Qué pasa?

—Es que... verá... —No importaba cómo intentara comenzar su explicación, las palabras parecían congelarse en su lengua. Respirando hondo, Jennifer intentó de nuevo encontrar las palabras—. Después de que usted dejara a su caballero amigo aquella tarde... —Jennifer se interrumpió al oír a su mayordomo saludar a Alyson—. Oh, gracias a Dios —murmuró—. Discúlpeme un momento. Mi hermana ha llegado a casa y, como ella era la implicada, creo que sería mucho mejor para explicarlo todo. —Apretando la mano de Serena la mano tranquilizadoramente, Jennifer se levantó y se apresuró hacia la puerta para hacer señas a Alyson de que entrara.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alyson al entrar en el salón—. Acabo de... ¡Lady Serena! —Dejando caer sus guantes sobre un aparador, Alyson se apresuró hacia delante con las manos

extendidas—. ¡Qué sorpresa!

Cuando Lady Serena rompió a llorar de nuevo, Jennifer dio las gracias al cielo de que Alyson estuviera aquí esta vez para ocuparse del llanto. Sin dudarlo, Alyson rodeó a Lady Serena con sus brazos, ofreciéndole consuelo de una forma que a Jennifer nunca se le habría ocurrido hacer. Sintiéndose fuera de lugar, Jennifer no obstante tomó asiento frente a Alyson y Lady Serena.

Soltándose del abrazo de Alyson, Lady Serena se secó delicadamente los ojos.

—Oh, ya estoy otra vez —murmuró entrecortadamente—. Juro que hoy estoy hecha una verdadera regadera.

—Tiene todo el derecho a estarlo —dijo Alyson con tono tranquilizador—. Oír que alguien a quien quiere ha sido secuestrado es algo horrible de experimentar.

Todo el color se drenó de la cara de Lady Serena.

—¿Qué? —ronroneó, con la voz oscurecida por el pánico confuso.
La mirada de Alyson voló hacia Jennifer.

—¿No se lo has dicho?

Deseando que el suelo se abriera y se la tragara entera, Jennifer negó con la cabeza.

—Aún no he tenido la oportunidad.

Alyson frunció el ceño con fiereza hacia Jennifer antes de devolver su atención a Lady Serena.

—Después de que usted dejara a su... amigo aquella noche en el teatro, dos hombres se abalanzaron sobre él, arrastrándolo por un callejón. Mi compañero, lord Barrington, intentó detenerlos, pero uno de los brutos le atacó, así que no pudimos ayudar a su joven.

Las lágrimas rodaron de unos ojos horrorizados.

—¿Mi Isaac? ¿Se llevaron a mi Isaac?

—Sí —murmuró Alyson compasivamente—. Sé el shock que esto debe suponer para usted, pero tenga la seguridad de que ya estamos haciendo todo lo posible por encontrarle. De hecho, tenemos a un corredor de la calle Bow investigando el caso ahora mismo.

Lady Serena giró la cabeza hacia Alyson.

—¿Ah, sí? —preguntó con voz tensa.

Algo en la agudeza del tono de Lady Serena le pareció extraño a Jennifer. Casi sonaba como si todas sus otras respuestas hubieran sido templadas, mientras que ésta era descaradamente sincera.

—¿Por qué se sorprende tanto? —preguntó Jennifer, incapaz de contener la pregunta.

—Bueno... porque ustedes son... eran unos completos desconocidos —tartamudeó Lady

Serena mientras sus ojos comenzaban a llenarse una vez más—. Sencillamente, me deja atónita que llegara tan lejos por alguien a quien ni siquiera conoce.

Enviando a Jennifer una mirada tranquilizadora, Alyson palmeó el brazo de Lady Serena.

—Solo hacemos lo que haría cualquiera —dijo sacudiendo la cabeza—. ¿Está dispuesta a responder a algunas preguntas?

Lady Serena respiró entrecortadamente.

—Si eso ayuda a mi Isaac, entonces sí.

Asintiendo, Alyson hizo la pregunta obvia.

—¿Cuál es el nombre completo de Isaac?

—Isaac Burnbaum —proporcionó Lady Serena.

—¿De dónde es él?

—De aquí, de Londres.

Siguiendo la pista de Alyson, Jennifer hizo su propia pregunta.

—¿Es hijo de un noble? ¿Alguien que hubiéramos conocido en un acto social?

Un delicado tono rosado tiñó las mejillas de Lady Serena.

—No, no lo habrían conocido —admitió en voz baja—. Es el hijo de un mercader. —Se apretó las manos contra el estómago—. Sé que suena bastante escandaloso, pero por favor, intente comprender cómo fue para mí. Conocí a Isaac cuando acompañé a mi hermano a la zona del muelle, y me enamoré a primera vista. —Sus ojos se vidriaron mientras se perdía en sus recuerdos—. Era tan amable, tan dulce, tan encantador que no pude resistirme a él en absoluto. Cuando entregó los artículos que mi hermano había encargado, tuve otra oportunidad de hablar con él, y disfruté tanto que acepté volver a verle en secreto.

Mientras Alyson suspiraba románticamente, Jennifer sacudió la cabeza, sabiendo que su hermana estaba ahora perdida dentro de la historia y que sería de poca ayuda para descubrir cualquier otro hecho.

¿Dónde vive Issac? —preguntó Jennifer, pensando que podrían saber más hablando con los padres de Isaac.

—Yo... No lo sé —tartamudeó Lady Serena—. Nunca conocí a su familia.

—Si ni siquiera sabía dónde vivía, ¿cómo se las arreglarían para reunirse?

Lady Serena retorció su pañuelo.

—Esperaría una nota suya diciéndome dónde y cuándo encontrarnos.

—¿Y si no pudiera llegar a esa hora? ¿Cómo se lo hacía saber?

—Le pediría a mi criada, que me es completamente leal, que se reuniera con Isaac. Le

daría a Lucy mis citas y le pediría que hiciera los arreglos con Isaac para nuestro próximo encuentro. —La sonrisa de Lady Serena se volvió soñadora—. Entonces esperaría sin aliento hasta que llegara el día en que pudiera ver a mi Isaac.

Jennifer trató de obtener más información de Lady Serena.

—Con todas las veces que se vieron y hablaron, seguramente debe saber más de su vida que simplemente su nombre.

Lady Serena asintió con entusiasmo.

—Sabía que era honorable, leal y un verdadero caballero.

Conteniendo una exclamación frustrada, Jennifer lo intentó de nuevo.

—¿Pero qué hay de su vida? ¿Le dijo dónde trabajaba? ¿Qué hacía para ganarse la vida? Dijo que su padre era comerciante. ¿Trabajaba Isaac para su padre? ¿O mencionó Isaac alguna vez dónde estaba la tienda de su padre?

Esta vez Lady Serena negó con la cabeza.

—Sé que su padre vende ropa blanca y que su tienda está cerca del muelle. Aunque no recuerdo exactamente dónde. Nunca me preocupo de los detalles mundanos.

Jennifer apenas consiguió evitar que se le abriera la boca de sorpresa. Difícilmente consideraba que saber dónde vivía una persona fuera un detalle mundano.

—¿Nunca hablaron de sus vidas personales? —dijo, satisfecha de que su voz no traicionara su incredulidad.

—No —respondió Lady Serena sin pestañear—. Solo hablamos de amor.

Eso provocó otro suspiro de Alyson, mientras que fue todo lo que Jennifer pudo hacer para no poner los ojos en blanco. ¡Santo cielo! Lady Serena afirmaba amar a Isaac, pero ¿cómo podía amarlo, amarlo de verdad, si no sabía nada de él? Habiendo sido testigo del estrecho e inquebrantable vínculo entre sus padres, Jennifer sabía que el verdadero amor era algo más que besos robados y reclamos de pasión. El amor verdadero significaba ser los mejores amigos, tener a alguien que te entiende casi mejor que tú mismo, saber que tu pareja estará a tu lado, te apoyará, cuando más lo necesites.

Cuando amas a alguien, te sientes conectado a esa persona de una forma que nunca antes habías conocido. Incluso cuando estás enfadada con la persona que amas, trabajas junto a ella para superar tus diferencias. Igual que ella había hecho con Michael.

A Jennifer se le cortó la respiración. Dios mío, no podía ser. Ella no podía estar enamorada de Michael. Simplemente no podía.

—¿Estás bien, Jennifer? —preguntó Alyson, con preocupación en su voz.

—S… s… sí —balbuceó ella, apartando sus inquietantes pensamientos y volviendo a centrar su atención en Lady Serena.

—Amo a mi Issac con todo mi corazón —sollozó Lady Serena mientras se apretaba el

dorso de la mano contra la frente. Era un gesto que le habría valido elogios si alguna vez hubiera subido al escenario.

Jennifer no sabía lo que Lady Serena tenía con su Isaac, pero dudaba mucho que estuviera siquiera cerca de ser amor verdadero. Aun así, su opinión no era el tipo de cosa que una mujer llorosa necesitaba oír. Jennifer se alisó las faldas y se puso en pie.

—Muchas gracias por venir a vernos, milady.

Tomando el gesto como lo que era, Lady Serena se levantó también.

—Debería ser yo quien le diera las gracias, por su indulgencia.

Alyson se levantó también.

—No, por favor, Serena, no lo consideres indulgencia. —Se puso la mano sobre el corazón —. Cielos, ha sido la historia más romántica que he oído nunca. Poder ayudar a reunir amores verdaderos es recompensa suficiente. Ni Jennifer ni yo queremos tu gratitud —le aseguró—. Guardaré tu tarjeta y te enviaré una nota en cuanto sepa algo.

Lady Serena vaciló.

—Aunque estoy dispuesta a hacer cualquier cosa para ayudar a mi Isaac, sería mejor para mí que se abstuviera de hablar con mi hermano sobre todo este asunto.

—Por supuesto —contestó Alyson sin vacilar—. Transmitiré el nombre de Isaac a nuestro

corredor, el señor Lewis, y veré si puede encontrar a los padres de Isaac. Después de todo, ¿cuántos comerciantes apellidados Burnbaum puede haber en todo Londres?

Jennifer no tenía ni idea, y por el impotente encogimiento de hombros de Lady Serena, parecía que ella tampoco.

Impertérrita, Alyson respondió ella misma a la pregunta.

—No muchos, apostaría. —Poniendo una mano sobre el brazo de Lady Serena, la guió hacia la puerta—. Creo que lo mejor sería que te fueras a casa a descansar ahora. Esta noticia ha sido todo un shock para ti.

—Si... si —murmuró vagamente, antes de inclinarse impulsivamente hacia delante para presionar un beso en la mejilla de Alyson—. Muchas gracias por tu ayuda.

Jennifer se quedó totalmente inmóvil mientras Lady Serena repetía el gesto familiar con ella.

—Aún no hemos hecho nada —comentó, sintiéndose incómoda.

—No solo has contratado a un corredor para encontrar a mi Isaac, sino que también has escuchado mis problemas, los problemas de una total desconocida.

Dicho así, Jennifer podía entender por qué Lady Serena se sentiría agradecida, pero eso no la hacía sentirse más cómoda con la situación.

—Solo espero que seamos capaces de encontrar a Isaac para usted.

Despidiéndose de Lady Serena, Jennifer permaneció en el salón mientras Alyson la acompañaba a la salida. En cuanto su hermana regresó, Jennifer se hundió en una silla.

—Gracias por tu oportuna llegada, Alis. No sabía cómo manejar el llanto de Lady Serena... y aún no le había contado lo peor.

Alyson sonrió con tristeza.

—Por desgracia, la pobre Serena tendrá muchas más lágrimas que derramar si nuestras sospechas resultan ser ciertas.

—¿Qué sospechas?

—Como ya sabes, estuve reunida con Robert y el señor Lewis. —Ante el asentimiento de Jennifer, Alyson continuó—: El Sr. Lewis mencionó que el hermano de Lady Serena se encuentra en una grave situación financiera.

—Como lo está más de la mitad de la sociedad —señaló Jennifer—. No veo qué relación tiene esto con la desaparición de Isaac.

—¡Eso es porque no me dejas terminar! —exclamó Alyson sacudiendo la cabeza—. Estaba a punto de decirte que, en el pasado, lord Lenster ha recurrido al chantaje para volver a llenar sus arcas.

Jennifer se quedó estupefacta.

—¿Estás segura de ello?

—Absolutamente. El señor Lewis descubrió esta información y, como tú sabes, la reputación de los corredores de Bow Street es insuperable.

—Y si Lord Lenster cae tan bajo como para cometer un acto criminal, no es difícil imaginarlo pasando del chantaje al secuestro —dijo Jennifer lentamente.

—Eso es precisamente lo que Robert y yo pensamos también, así que el señor Lewis va a investigar la muy fuerte posibilidad de que Lord Lenster sea quien esté detrás del secuestro.

—Eso tiene sentido —convino Jennifer.

—¿Cómo conociste a Lord Lenster? —preguntó Alis.

—De hecho, Michael fue quien nos presentó.

Alyson se sentó frente a Jennifer.

—Me pregunto si tendrá alguna información que pueda darnos sobre Lord Lenster.

—No lo sé —respondió Jennifer—. Sé que a Michael le disgusta Lord Lenster ahora, pero creo que pasaron tiempo juntos en el pasado.

La emoción brilló en los ojos de Alyson mientras se inclinaba hacia delante.

—¿De verdad? Me pregunto qué ocurrió para que a Michael le disgustara Lord Lenster.

—Supongo que podrías preguntárselo —se ofreció Jennifer, tratando de ocultar la llamarada de impaciencia que sentía ante la mera idea de volver a ver a Michael.

—¡Espléndido! —exclamó Alyson—. ¿Cuándo volverás a verle?

—No estoy segura —respondió ella con sinceridad—. Sin embargo, podría enviarle una nota, pidiéndole que me visite.

Golpeando con los dedos el brazo de su silla, Alyson consideró la sugerencia.

—Creo que eso sería lo mejor. Después de todo, el tiempo es oro.

—Muy cierto —convino Jennifer, intentando ocultar la oleada de excitación que sentía ante la perspectiva de ver a Michael—. Si me disculpas, iré a escribir mi nota ahora.

Alyson hizo un gesto vago con la mano.

—Ve tú a hacerlo y yo iré al salón de Lady Allton. Quizás pueda descubrir lo que las matronas piensan de Lord Lenster.

—Creo que es una buena idea, Alis. Después de todo, si alguien está obligado a conocer las historias sórdidas sobre una persona, es una de las viejas damas que asisten al salón de Lady Allton.

—Esas viejas damas son las matronas principales de nuestra sociedad.

Jennifer ladeó la cabeza.

—¿Supones que es por eso por lo que me disgusta tanto asistir a asuntos sociales?

Alyson se rio mientras se ponía en pie.

—Eres totalmente incorregible, Jennifer.

—Y sin siquiera intentarlo —replicó ella con una sonrisa.

Cuando Alyson se marchó, Jennifer se sentó a escribir una nota a Michael. Con la pluma en la mano, hizo una pausa para considerar la mejor manera de empezar su carta. Una gran gota de tinta se derramó sobre su papel mientras mantenía la mano preparada para escribir. Murmurando en voz baja, dejó la pluma, tiró el papel e intentó empezar de nuevo. Señor, sería mucho más fácil hablar con Michael en persona.

¡Ya está! Si ella simplemente llamaba a Michael, sería mucho más rápido, eliminando la necesidad de escribir la nota, luego hacer que la enviaran, esperar una respuesta, y esperar hasta que Michael llegara. Y Alyson había dicho que el tiempo corría en su contra. Aun así, si se tomaba unos momentos para refrescarse, no habría ninguna diferencia.

Por supuesto, no iba a verle simplemente porque le gustara pasar tiempo con él. No. Definitivamente, no. Ella tenía una razón, una razón importante, para visitarle.

Ignorando la risa burlona que oía en su propia cabeza, Jennifer se apresuró a preparar su visita a Michael.

1 6

Dentro del carruaje de alquiler, Jennifer se echó el chal sobre los hombros. Consciente de sí misma, tiró de su escotado corpiño al darse cuenta de que era escandalosamente temprano para exhibir tal cantidad de escote. ¿Qué demonios la había poseído para ponerse uno de los vestidos que Alyson le había comprado? Jennifer sacudió la cabeza y luego se detuvo bruscamente al sentir que los rizos elaboradamente sujetos con alfileres se balanceaban precariamente.

Cielo santo, ¿qué le había pasado? Aquí estaba sentada en un carruaje alquilado, vestida con un traje de noche, con el pelo recogido a la moda y el cuerpo perfumado y empolvado... mientras se dirigía a la casa de un caballero sin haber sido invitada. A Jennifer se le escapó una risa nerviosa. Incluso ella sabía lo suficiente como para darse cuenta de que si alguien descubría esta pequeña aventura, su reputación quedaría destruida.

Aunque a Jennifer no le importaba lo más mínimo arruinar su reputación, sí le preocupaba que sus acciones pudieran reflejarse mal en su hermana y herir a su padre. Aun así, había pedido un coche de caballos en lugar de coger el carruaje de su familia, en un intento de mantener su visita a Michael como un asunto privado.

Cuando el carruaje se balanceó hasta detenerse, Jennifer miró por la ventanilla, contemplando la casa señorial que tenía ante sí. El hackney[4] rebotó sobre sus muelles cuando el conductor se apeó de su asiento para abrirle la puerta. Jennifer estaba a punto de bajar del carruaje cuando oyó el repiqueteo de las ruedas contra los adoquines procedente de la parte trasera de la casa de Michael.

Vio cómo Michael, conduciendo un elegante faetón tirado por unos grises bien conjuntados, se dirigía a la izquierda por el carril.

—Maldita sea —murmuró en voz baja. Si no se hubiera tomado la molestia de ponerse a la moda, ella podría haber llegado a tiempo. Ahora podía esperar a que él regresara o volver a su casa.

O podría seguirle, le dijo una vocecita dentro de su cabeza.

Aturdida ante tan escandaloso pensamiento, Jennifer se desplomó contra el asiento. Seguirle, en efecto, se burló para sus adentros. ¿Hacia dónde? Sin duda, Michael se dirigía a uno de sus clubes. Aun así, para cuando él hiciera los preparativos para su faetón, ella podría llamarlo, invitarlo a su carruaje y hacerle algunas preguntas sobre lord Lenster.

Después de tomarse su tiempo para convencerse a sí misma del plan, Jennifer se asomó para ver adónde había ido el carruaje de Michael. Respiró aliviada cuando lo vio a menos de quince metros. Señalando el faetón de color crema, Jennifer dijo al chófer:

—¿Ve ese faetón de ahí?

—Sí, milady —respondió cortésmente el hombre—. Me gustaría que lo siguiera.

Al parecer, el cochero había oído muchas cosas insólitas y escandalosas, pues ni siquiera pestañeó. Simplemente asintió y cerró la puerta. Un instante después, comenzaron a avanzar. Bueno, gracias al cielo, pensó mientras se recostaba contra los cojines, sintiéndose aún demasiado atrevida por haber perseguido a Michael.

Lo que estaba haciendo era una locura, una completa locura, pero al menos no se habría tomado tantas molestias para parecer glamurosa para nada.



Los carriles que llevaban al muelle estaban atestados de carruajes y gente, lo que hacía que a Michael le resultara lento, pero no le importaba. Le daba más oportunidad de repetir en su cabeza la conversación con Jennifer.

Ella se había visto tan malditamente hermosa, allí de pie, diciéndole por qué no deseaba sentirse atraída por él. Sus palabras lo habían atravesado, creando cortes que ni siquiera su alabanza curativa podía cerrar. Había deseado gritarle que el hombre que ella temía no era el hombre que él era hoy. Él quería hablarle de su nuevo propósito en la vida, de su orgullo por su negocio, pero se había mordido la lengua. Sí, había guardado silencio por una sencilla razón.

El miedo.

Los dientes de Michael se apretaron ante el reconocimiento. Aunque odiaba admitir que

tenía miedo, no podía negar la emoción. Sí, el miedo a su completo rechazo le había llevado a abstenerse de contarle sus secretos. Aunque Jennifer no quería cortejarle, sí quería ser su amiga. Y por extraño que pareciera, él también había llegado a disfrutar de su compañía. Le encantaba la forma en que ella ponía ese fuego en sus ojos y soltaba una réplica seca casi tanto como le encantaba cómo se reía tan brillantemente cuando él contaba un chiste... o cómo disfrutaba con las máquinas y los artilugios raros.

De hecho, disfrutaba con tantas cosas de ella. No era como ninguna otra mujer que conociera y, aunque la conociera durante cien años, estaba seguro de que seguiría sorprendiéndole. Pero, ¿permanecería el deseo subyacente que sentía por ella a lo largo del tiempo, como un fuego contenido; acabaría por extinguirse; o estallaría un día de su contención, abrasándolos a ambos con apasionada intensidad?

Michael agarraba las riendas mientras luchaba por dar sentido a sus sentimientos por Jennifer. Pero ése era el problema, se dio cuenta de repente, sus dedos se aflojaron sobre el cuero.

No podía dar sentido a sus sentimientos hacia ella. Nunca sería capaz de darles sentido... porque estaba salvaje, loca, insana, delirantemente enamorado de Jennifer.

El corazón le latía con fuerza en el pecho mientras luchaba por respirar. ¡Dios mío! ¿Se suponía que el amor tenía que ser así?

Michael se echó a reír cuando se dio cuenta de que estaba tan loco por la chica que ¡incluso le había robado la capacidad de pensar! Sintió las miradas curiosas de los transeúntes mientras se reía a carcajadas en su faetón, pero no podía contener ese torbellino de felicidad, recelo y puro pánico que rodaba en su interior. ¿Cuándo había ocurrido? ¿Cuándo se había enamorado de ella?

Tal vez había empezado en el mismo momento en que ella le había mirado con esos fríos ojos azules suyos, exigiéndole que dejara de escuchar a escondidas, retándole sin darse cuenta a romper su recelo. Y lo había hecho. Pero había estado tan ocupado tratando de vencer su timidez que ni siquiera se había dado cuenta de que ella había estado tejiendo su camino hacia su corazón, enredándolo completamente, hasta que ahora estaba completamente enredado por ella.

Y ella le consideraba un libertino, un despilfarrador, un completo fraude para la sociedad.

Ese pensamiento le hizo recuperar la sobriedad con rapidez. Entonces, ¿qué voy a hacer al respecto? se preguntó mientras guiaba su carruaje hacia el callejón junto a su fábrica. Tirando hacia atrás de las riendas, Michael detuvo su faetón y se sentó un momento, mirando fijamente la pared de ladrillo que tenía delante.

—Absolutamente nada —murmuró para sí, sabiendo que era la verdad. Enterraría su amor por Jennifer, ocultándoselo para proteger su amistad. Aunque le consumiera el amor por ella, nunca se arriesgaría a decírselo, nunca se arriesgaría a perderla del todo.

Hasta el maldito infierno y de vuelta. ¿Por qué su vida tenía que ser siempre tan condenadamente complicada? Justo cuando creía haber recuperado el rumbo, justo cuando se había recompuesto y había adquirido un verdadero sentido de la propia valía, tenía que ir y arruinarlo todo enamorándose de una dama que lo consideraba el hombre despreciable que solía ser.

¿Preferirías que ella supiera en cambio que eres un fabricante de pretzels? se mofó una voz en su interior. Ya era bastante malo que se dedicara al comercio, pero ¿hacer una fortuna con

algo tan ridículo como los pretzels? Señor, ¡cualquiera miraría eso por encima del hombro!

Michael bajó de un salto de su faetón y lanzó las riendas al muchacho que había contratado para que abrevara y cuidara de sus caballos mientras él trabajaba. Molesto consigo mismo, abrió la puerta de golpe y se detuvo justo en el umbral. A su derecha, un hombre mezclaba una enorme cuba de masa hasta formar una bola grande y pegajosa. Luego pasaba la masa al grupo de hombres de su derecha, que cortaban pequeños trozos, la extendían, la retorcían y la echaban en las ollas de agua hirviendo y bicarbonato. Al cabo de un minuto más o menos, otro grupo de hombres, situados justo detrás de los laminadores de masa, sacaban los pretzels del agua, los escurrían y los colocaban en bandejas cubiertas de trozos gruesos de sal.

En la parte trasera del edificio había un enorme horno de carbón con doce agujeros estrechos, del tamaño perfecto para una de las bandejas. Los pretzels se cocerían hasta que estuvieran dorados, antes de sacarlos y colocarlos en las rejillas de enfriamiento. Las rejillas de enfriamiento se llevarían entonces a los pisos superiores y se apilarían, dando a los pretzels su tiempo de secado. En unos días, tendría otro envío de crujientes pretzels listos para envasar y enviar.

Este era su mundo ahora; un mundo de éxito que había creado a partir de las ruinas de otro hombre. Este zumbido de actividad, el murmullo de los trabajadores contentos, la satisfacción del logro era algo que él había construido y en el proceso, se había convertido a sí mismo de un derrochador disoluto en un próspero hombre de negocios.

Que le maldigan antes de permitirse sentir otro gramo de vergüenza.

Michael sonrió para sus adentros ante su nueva determinación. Demonios, estaba cansado de ocultar en quién se había convertido como si fuera un oscuro y sucio secreto que le

avergonzaría a él y a su familia. Al diablo con ello.

Le contaría a Jennifer sus asuntos, y si ella decidía no continuar su amistad... bueno, entonces no era la mujer que él pensaba que era. Michael juró que, en efecto, se lo contaría, sin importarle las consecuencias. Luego, lo anunciaría al mundo.

Por supuesto, sería condenado al ostracismo por la tonelada, pero ¿qué le importaba? Ahora le consideraban un déspota, pero no fuera de lugar, así que podían hablar con él e invitarle a sus actos. Qué irónico que por fin hubiera hecho algo de sí mismo, que por fin hubiera encontrado su propósito en la vida, y que fuera precisamente eso lo que hiciera que la gente le mirara y jadeara de horror.

De hecho, Michael sonrió ante ese pensamiento. Había sido pasto de las habladurías desde que tenía memoria. Con este último anuncio, se hablaría de él en susurros durante años.

Una escaramuza al otro lado de la puerta rompió los pensamientos de Michael.

—¡No puede entrar ahí, señorita!

Al reconocer la voz del muchacho que cuidaba de sus caballos, Michael se dio la vuelta y abrió la puerta.

—¿Hay algún problema...? —Olvidó lo que estaba a punto de decir cuando vio a Jennifer de pie frente a él.

Solo que no era una Jennifer que él hubiera visto antes.

Atrás habían quedado los vestidos manchados de cuello alto o el fichu para proteger su pudor. En su lugar, llevaba un vestido escotado, mostrando kilómetros y kilómetros de carne cremosa y tersa que hacía que a él le picara en los dedos tocarla. Se había recogido el pelo y lo había amontonado en un ingenioso arreglo de rizos y cintas, dejando unos cuantos zarcillos que descendían para jugar con la piel de sus hombros.

Era una diosa. Era la perfección.

Y ella estaba... en su fábrica.

La resolución de Michael de poner fin al engaño vaciló al darse cuenta de que pronto perdería toda esperanza de tocar a esta visión. La calidez de sus ojos azules se agotaría, dejando su mirada fría y plana. Pasaría de ser esa mujer sonriente y seductora a una dama desdeñosa, que no le ofrecería nada más que su desprecio.

Aunque ese pensamiento le hizo desear alejarla precipitadamente de su fábrica antes de que descubriera la verdad, Michael se obligó a mantenerse firme. Haría cualquier cosa por Jennifer... cualquier cosa excepto ser alguien que no era.

—Jennifer —dijo finalmente—. Diría que es una sorpresa verte aquí, pero me temo que esa frase pedestre te parecería demasiado obvia.

Sonrojándose bellamente, Jennifer sonrió aliviada.

—Lo agradecería, Michael, pues pensé que tal vez podría enfadarte con mi presencia. —Miró al muchacho que escuchaba su conversación—. Te he seguido —admitió.

—Me lo imaginaba —dijo él, esperando que su voz no sonara tan hueca como se sentía—. Después de todo, esto no es exactamente Bond Street.

—No, no lo es. —La curiosidad iluminó sus ojos mientras observaba el alto edificio de ladrillo y madera—. ¿Qué es este lugar?

La pregunta que había estado temiendo.

—Es mi fábrica.

—¿Tu fábrica? —exclamó Jennifer, sacudiendo la cabeza—. No lo entiendo.

Braceando, se hizo a un lado y le indicó que entrara. Como había hecho momentos antes, Jennifer se detuvo justo en el umbral y contempló la bulliciosa actividad. Él observó su espalda, esperando que se pusiera rígida al darse cuenta de que él estaba en el negocio, pero todo lo que vio fue su cabeza girándose hacia un lado y otro mientras ojeaba cada rincón de la gran sala abierta.

Finalmente, no pudo soportarlo más.

—Este es mi negocio —afirmó con firmeza, por si ella no había entendido esa parte—. Estos hombres trabajan para mí.

—¿Qué están haciendo?

La falta de censura en su pregunta le dejó atónito. Incapaz de resistirse, la hizo girar para que le mirase a los ojos. Pero lo único que leyó en las profundidades azules fue una abrumadora sensación de curiosidad e incluso una chispa de... ¿era excitación? Michael sacudió la cabeza, le costaba creer lo que le decían sus propios ojos.

—Están haciendo pretzels —carraspeó, su voz sonaba cruda. Dios, solo decirlo sonaba a broma.

La expresión de Jennifer cambió a una de pura excitación.

—¿Hacen pretzels? He oído hablar de los pretzels, pero nunca he tenido la oportunidad de probar uno. ¿Están buenos? —Mirando por encima del hombro, señaló hacia su derecha—. ¿Y en qué están poniendo esa masa esos hombres? Ah, y esas máquinas de ahí, ¿qué hacen? Oh, sí, y cuántas...

La besó.

No pudo evitarlo.

El amor por ella, por su Jennifer única, irrepetible, le abrumaba, y tenía que expresarlo de la única forma que sabía. Rodeándole el cuello con un brazo y la cintura con otro, la inclinó, reclamando la dulzura de su suave boca delante de todo el mundo. Los silbidos y vítores de ánimo no hicieron más que aumentar su atronadora sensación de victoria. Había desafiado el rechazo, se había enfrentado a su mayor temor y por fin había ganado el premio.

Impotente ante la oleada de amor, Michael se volcó en su beso, deleitándose con la forma

en que los dedos de ella se aferraban a sus hombros y cómo sus labios se separaban ansiosamente para aceptar su posesión. Sintiendo que se le escapaba el control, se apartó lentamente del beso, deteniéndose a mordisquearle los labios, a pellizcarle la barbilla, antes de enderezarse y soltarla.

Mirándola, Michael pudo leer cada matiz de su expresión mientras pasaba del puro deseo, a la vergüenza por los vítores y los buenos deseos de sus trabajadores, y finalmente al desconcierto antes de que ella volviera a mirarle con una sonrisa.

—Oh, vaya —murmuró, llevándose las puntas de los dedos a los labios.

Michael pensó que su sonrisa parecía perfectamente ridícula, pero no le importó una higa.

—Oh, vaya, en efecto.

Girando sobre sus talones, se encaró con sus trabajadores, que empezaron a aplaudir y a gritar felicitaciones. Incierto ante la reacción de Jennifer, Michael se puso a su lado y había empezado a levantar las manos para silenciar a sus hombres cuando el sonido de la risa de Jennifer llegó a sus oídos. Asombrado, la miró y luego se quedó boquiabierto cuando ella hizo una reverencia.

Aún riendo, ella se levantó y le dirigió una mirada oblicua. Dios mío, quería besar la risa de sus labios y tragarse el sonido feliz dentro de él hasta que le llenara y le quitara ese horrible vacío que había sentido durante demasiado tiempo. ¿Por qué le había preocupado que ella se sintiera mortificada por su beso demasiado público? ¿No había demostrado ella ya, con su fácil aceptación de su asunto, que era realmente única?

Su única.

La satisfacción ensanchó su sonrisa tonta mientras levantaba las manos para acallar los vítores.

—Caballeros, permítanme presentarles a la mejor dama que he tenido el placer de conocer, Lady Jennifer Berkley.

Todos y cada uno de sus trabajadores, desde los más educados hasta los más toscos, ofrecieron a Jennifer su mejor versión de una reverencia. Obviamente conmovida, ella se llevó las manos al pecho.

—Gracias, caballeros, por su amable bienvenida.

El orgullo estalló en Michael cuando ella dio a sus trabajadores una respuesta digna del mejor salón. Cogiéndola por el codo, la hizo girar para que mirara a su capataz.

—Jennifer, te presento al Sr. Hodgins. Es el hombre que hace que todo funcione tan bien. Sin él, estaría perdido.

Sin vacilar, Jennifer agarró la mano tendida del Sr. Hodgins y la estrechó.

—Es un verdadero placer, señor —le dijo cordialmente—. Todo este proceso me parece absolutamente fascinante. ¿Le importaría darme el gran tour?

—No sé lo grandioso que sería, señorita, pero estaría encantado de mostrarle la operación. —Haciendo un gesto hacia donde estaban las batidoras, el Sr. Hodgins condujo a Jennifer hacia

ellas—. Ahora, en realidad no hay mucho que mezclar, solo un poco de harina y agua, pero el truco está en conseguir las cantidades adecuadas de cada una. Luego hay que empujarla y tirar de ella hasta que se forme una bola.

—¿Solo harina y agua? —Jennifer frunció ligeramente el ceño—. ¿No les daría eso un sabor más bien soso?

El Sr. Hodgins la sonrió como si fuera una alumna aventajada.

—Ésa sí que es una buena pregunta, señorita —aceptó de buen grado—. Y, en efecto, no habría mucho que comer si no fuera por cómo las preparamos. Si viene aquí conmigo, le enseñaré el siguiente paso.

Observar a Jennifer dio a Michael una nueva visión... y una esperanza renovada. Saludaba a todo el mundo con facilidad, conversaba con los hombres sin reservas ni vacilaciones y se movía con una gracia inconsciente, una soltura que parecía faltarle siempre que estaba entre la tonelada.

Sin embargo, aquí, en su nuevo mundo, se sentía cómoda.

¿Qué otra cosa había esperado de una mujer que deambulaba por almacenes de piezas de chatarra y hacía explotar su taller?

El Sr. Hodgins la condujo detrás de las estrechas mesas donde los hombres enrollaban y retorcían la masa. Cortando un trozo de masa, el Sr. Hodgins se lo entregó a Jennifer, que lo aceptó con un murmullo de agradecimiento que provocó asentimientos de aprobación por parte

de sus hombres.

—Coja la masa y hágala rodar entre sus manos y la tabla, así. —El señor Hodgins mantuvo las manos planas y, ayudándose de las palmas, enrolló la masa bajo ellas, moviendo las manos con firmeza hacia fuera para alargar el trozo de masa. Copiándole, continuó hasta que el Sr. Hodgins la detuvo.

—Eso está bien, y ahora es el momento de darle forma. Primero, curve la masa así. —Hizo una forma de U con la masa.

Aunque siguió sus indicaciones, Jennifer empezó a acribillarle a preguntas.

—¿Cómo aprendió a hacer pretzels? ¿O los creó usted?

—Me temo que el señor Hodgins nació cientos de años demasiado tarde para haberlos creado —suplió Michael, acercándose hasta situarse en el lado opuesto de la mesa al de Jennifer —. Los pretzels fueron creados por los monjes benedictinos hace más de mil doscientos años. De hecho, hay una razón por la que están retorcidos así.

Cuando los ojos de Jennifer se iluminaron con ese fuego feroz de curiosidad, fue todo lo que pudo hacer para no inclinarse sobre la mesa y besarla de nuevo.

—¿Cuál es la razón?

—La forma de U simboliza los brazos abiertos para recibir a Dios. —Mientras Michael hablaba, el Sr. Hodgins hacía una demostración con su trozo de masa—. Luego se tuerce una vez para tener los brazos cruzados en oración. —Tomando los dos extremos de la U, el Sr. Hodgins

dobló el extremo derecho sobre el izquierdo—. Lo retuerces de nuevo para simbolizar la unión del matrimonio y la familia —continuó Michael mientras el Sr. Hodgins volvía a colocar el extremo derecho sobre el izquierdo, creando una torsión completa en la masa—. Y por último, doblas los extremos hacia abajo en la parte inferior de la U, para simbolizar que abrazas a Dios en tu corazón, en tu hogar y en tu vida. —Cuando el Sr. Hodgins presionó los extremos de su masa en la parte inferior de su pieza, creó la forma de pretzel que ella había visto en las terminadas—. Y en su forma final, esas tres aberturas simbolizan la Trinidad cristiana.

Terminando también su pretzel, Jennifer alzó la mano para acomodarse un mechón de pelo detrás de la oreja, rozándose la mejilla con la mano y dejando un reguero de harina. Michael se quedó con la imagen que ella formaba, de pie en medio de su fábrica, con un precioso vestido de seda, peinada como si fuera a asistir al baile más elegante... con un mechón de harina untado en la cara y luciendo una enorme sonrisa. Le había parecido preciosa la primera vez que la vio con sus galas; parecía tan perfecta, casi demasiado perfecta, como si fuera a hacerse añicos si la tocaba. Pero ahora era real, asombrosamente real, y le robaba el aliento.

—He aquí el secreto de los pretzels, señorita —dijo el Sr. Hodgins mientras se acercaba a las cubas de agua hirviendo—. Añadimos bicarbonato al agua para darle sabor.

Jennifer frunció las cejas.

—Sé que el bicarbonato de sodio tiene unas propiedades muy poco comunes cuando se combina con otros elementos, pero no me pareció que supiera muy bien.

Riéndose entre dientes, el Sr. Hodgins dejó caer su pretzel en el agua, dejándolo oscilar durante un minuto más o menos hasta que lo recuperó con una pala.

—Es cierto, señorita, pero de alguna manera sale bien. Luego lo colocamos en estas bandejas cubiertas de sal y lo horneamos en esos hornos de carbón. —Guiando a Jennifer hacia el fondo de la sala, cogió uno de los pretzels que acababan de salir del horno—. Pruebe uno —le ofreció.

Jennifer miró de nuevo a Michael y él asintió animándola. Mientras mordía el pretzel, Michael vio cómo sus ojos se cerraban un instante mientras tarareaba su aprobación, el sonido le produjo un escalofrío. ¿Llevaría Jennifer esa expresión de sublime placer cuando él le hiciera el amor? Michael casi gimió ante la erótica imagen.

—Esto está delicioso. —Jennifer señaló hacia las bandejas de secado apiladas a lo largo de la pared para que las subieran.

—¿Por qué están colocadas en esas bandejas? ¿Es ahí donde se enfrían?

—Se enfrían y se secan —dijo el Sr. Hodgins. Dirigiéndose al lado de los hornos, sacó un pretzel que parecía marrón oscuro en lugar de dorado claro, como el que ella tenía en la mano—. Aquí está el producto terminado.

Aceptando el segundo pretzel, Jennifer le dio la vuelta en la mano.

—Está duro.

—Precisamente —dijo Michael, paseando para unirse de nuevo a ellos—. Pero sigue siendo delicioso... y además dura hasta tres meses, lo que lo convierte en un manjar maravilloso

para servir en pubs y clubes.

—Porque no se estropea —terminó Jennifer. Tentativamente, mordió el pretzel duro, rompiendo un trozo en su boca—. Esto es igual de maravilloso.

El Sr. Hodgins se balanceó sobre sus talones.

—Y ese es el recorrido, señorita.

—Gracias, Sr. Hodgins —dijo ella antes de mirar alrededor de la sala para incluir a todo el mundo en su agradecimiento—. Realmente aprecio su tiempo.

—¿Por qué no subes a mi despacho, Jennifer? —sugirió Michael mientras deslizaba su mano en la de ella y la conducía fuera de la sala principal de la fábrica hacia la escalera—. Dudo que mis hombres puedan hacer una pizca de trabajo si estás aquí. Tú, querida —murmuró, deteniéndose en la base de la escalera para darle un golpecito con un dedo en la punta de la nariz —, eres una distracción demasiado grande para ellos.

Ella ladeó la cabeza, un movimiento pícaro que él nunca le había visto hacer antes.

—¿Y qué hay de usted, Lord Exeter? ¿Resulto ser una distracción para usted?

17

Por un momento, Michael solo pudo quedarse parado, parpadeando sorprendido ante el coqueteo tan poco propio de Jennifer.

—Desde luego —respondió él, deslizando el dedo por la curva de la mandíbula de ella—, pero por suerte para mí, esta tarde no tengo que trabajar.

—¿En serio? —ronroneó ella, con voz suave y seductora—. Entonces, ¿qué te parece. —Interrumpiéndose, empezó a reír y a sacudir la cabeza—. No puedo hacerlo —jadeó finalmente.

—¿Hacer qué?

—Coquetear. —Jennifer suspiró dramáticamente—. Me había prometido a mí misma durante todo el camino hasta tu casa que sería absolutamente sofisticada y devastadoramente encantadora... como si fuera cualquier otra dama de alcurnia. —Levantó los brazos hacia los lados—. Lo que explica mi atuendo.

Al oír la duda en su voz, Michael le ahuecó la mejilla con la mano.

—Pero no eres como ninguna otra dama que yo haya conocido, y he conocido a muchas, pero ninguna otra mujer me ha cautivado como lo haces tú.

—¿Me estás diciendo la verdad, Michael? —susurró ella—. Anoche prometimos ser amigos, y te dije que eso era todo lo que quería de ti, y lo decía en serio. —La confusión oscureció su mirada—. Pero entonces me encontré vistiéndome así, queriendo impresionarte, deseando que me vieras como a una de las mujeres que habías cortejado en tu pasado, y entonces, cuando me besaste, yo... —Se interrumpió y frotó la mejilla contra su mano—. Tengo tanto miedo, Michael —admitió entrecortadamente—. Tengo miedo de lo que siento por ti, tengo miedo de que me rompas el corazón, pero sobre todo, tengo miedo de que nunca pueda sentir algo así por nadie más y si no te lo digo, si no aparto mi miedo y me arriesgo, nunca sabré lo que se siente al amar.

—Jennifer —gimió roncamente, antes de bajar la cabeza para reclamar sus labios una vez más. El beso fue atrevido, carnal e increíblemente poderoso, dejando a Michael temblando por la necesidad de hacer el amor con aquella gloriosa mujer entre sus brazos. Había desterrado su recelo, derretido el muro que rodeaba su corazón y descubierto que bajo la fría fachada yacía una mujer vibrante que le despertó el verdadero significado del hambre, de la necesidad, del deseo.

Separándose de su boca, arrastró hambrientos besos a lo largo de su cuello, raspando suavemente sus dientes por su carne en un erótico tormento. Una estruendosa orden del Sr. Hodgins rompió la pasión que le invadía, recordándole que estaban en un vestíbulo abierto donde cualquiera podía acercarse y verles. Levantando la cabeza, miró a Jennifer, con la respiración entrecortada al ver sus ojos entrecerrados por el deseo, su boca entreabierta en señal de bienvenida y sus mejillas sonrojadas por necesidades no saciadas. Con un gemido, se inclinó, la estrechó entre sus brazos y la llevó escaleras arriba.

Jennifer se aferró a Michael, sin saber adónde se dirigían... y sin importarle. Había dejado de luchar contra los deseos que sentía en su interior, comprendiendo por fin por qué su padre la había instado a encontrar a alguien a quien amar. Si la intensidad de las emociones que la llenaban incluso ahora, en el mismo umbral del amor, eran así de poderosas, solo podía imaginar la profundidad y el compromiso que una persona sentiría después de que el tiempo hubiera fortalecido ese amor. Mirando fijamente a Michael, permitiéndose sentir todo lo que había reprimido, supo que quería envejecer con él, compartir su vida con él, ser una con este hombre que era mucho más de lo que jamás había sospechado.

Incluso cuando se había preocupado tanto por perder su amistad, se había negado a reconocer por qué él era tan importante para ella. Pero cuando había llegado aquí, a esta fábrica que Michael había construido, se había dado cuenta de que la profundidad y la madurez que había percibido en él habían estado realmente ahí todo el tiempo, ocultas bajo una fachada de hastío.

Y entonces él la había besado. Delante de todo el mundo. Sabía que debería haberse sentido mortificada, pero la forma en que Michael la besó, volcándose en su abrazo como si la admirara, como si fuera preciosa para él, como si la amara... borró la punzada de vergüenza que había sentido. De hecho, cuando por fin él había levantado la cabeza y ella había oído los vítores de buen humor, se había sentido victoriosa, como si acabara de ganar algo muy, muy importante. Así que, en lugar de moverse torpemente, había fingido que todo era una gran aventura, volviéndose para hacer una reverencia a los hombres y llevando esa luz chispeante de admiración a los ojos de Michael. No se había sentido nerviosa ante el señor Hodgins ni ante los demás hombres porque, a diferencia de la tonelada, nadie la juzgaba, nadie la encontraría en falta, así que eso la liberaba para comportarse como ella misma.

Allí abajo, en aquella fábrica, algo había cambiado entre ellos. Era como si ella hubiera

superado una prueba que ni siquiera sabía que estaba pasando. Pero algo en su mirada había llegado a su interior, tocando su núcleo mismo, y la había hecho reconocer lo que había estado ocultando en su corazón.

Ella le amaba. Completamente. Irrevocablemente.

Los planos de la cara de Michael estaban tensos por el deseo mientras la llevaba escaleras arriba. Levantando la mano, le pasó la yema de los dedos por la mejilla, el simple roce hizo que él se detuviera y se inclinara para apretarle un rápido beso en los labios.

El darse cuenta de que podía afectar tan profundamente a este hombre sacudió a Jennifer hasta lo más profundo de su ser.

—Me quieres, ¿verdad? —susurró maravillada.

Sus labios se curvaron hacia arriba mientras la miraba.

—Locamente.

La alegría, pura y dulce, estalló en ella. Dejándola en el suelo, abrió la puerta que tenían delante y la condujo a una habitación bien decorada. Un enorme escritorio presidía la estancia, frente a dos sillas de respaldo alto y el largo diván que descansaba contra una pared lateral.

—Éste es tu despacho —murmuró ella, observando las organizadas pilas de papeles sobre el escritorio y las hileras de libros de contabilidad que se alzaban en la estantería de libros de la pared del fondo.

—Sí. —La sola palabra poseía orgullo. Pero antes de que ella tuviera siquiera la oportunidad de elogiarlo, Michael volvió a estrecharla entre sus brazos.

—Verte aquí, en mi despacho, de pie entre las cosas que más aprecio... —Ahogándose en sus palabras, Michael sacudió la cabeza, incapaz de completar sus pensamientos.

Pero Jennifer sabía lo que quería decir, y se sintió aún más conmovida de que lo sintiera tan profundamente que le robara las palabras para expresar sus sentimientos. ¿Qué le había cambiado, qué le había hecho desear algo más que aventuras sociales y placeres licenciosos? Ella no lo sabía, pero ahora esperaba toda una vida para averiguarlo.

—Te quiero, Michael —murmuró ella con dolor.

—Mi querida Jennifer sronroneó él antes de capturar de nuevo sus labios.

Abriéndose a él, le devolvió el amor que le ofrecía, aceptando sus tiernas caricias a lo largo de su columna y devolviéndole algunas de las suyas. Cuando sus manos se deslizaron por su pelo, arruinando el elaborado peinado, Jennifer agradeció la libertad.

Mientras él jugueteaba con su boca, Michael le desabrochó el vestido, dejando al descubierto el corsé que llevaba debajo. Necesitada de tocarlo también, deslizó las manos desde su cuello para arrancarle la corbata, tirándola despreocupadamente al suelo.

Rompiendo su beso, la miró mientras le desplazaba lentamente el vestido hacia delante, dejando que se enredara en su cintura, dejando al descubierto las curvas de sus pechos bajo la chemise. Michael estiró la mano por detrás de ella y tiró de los cordones de su corsé, aflojando la

prenda. Una embriagadora sensación de abandono la invadió cuando la ajustada prenda se aflojó, y luego se deshizo de ella, permitiendo que sus pechos rellenaran la fina chemise.

A Michael se le cortó la respiración. Su mano tembló cuando la levantó hacia su pecho, sus dedos acariciaron ligeramente la curva de su pecho, rozando la suavidad de la chemise contra su excitado pezón. Un gemido brotó de ella cuando él ahuecó su carne, rozando con el pulgar su turgente pezón. El pequeño movimiento envió un destello de calor directo a sus entrañas.

—¡Michael! —Jennifer arqueó la cabeza hacia atrás, curvando las manos bajo la chaqueta de él.

—Tan hermosa —murmuró él mientras inclinaba la cabeza para capturar su pezón entre los labios, humedeciendo la punta a través de su chemise.

Ella ni siquiera había empezado a imaginar el placer que un hombre podía dar a una mujer chupándole los pechos. Aferrándose a sus hombros, se arqueó ante sus caricias, rogándole en silencio que siguiera educándola en los sensuales caminos del amor.

Cuando levantó la cabeza, Jennifer murmuró una protesta, provocando una sonrisa en los labios de él. Volvió a capturar su boca en un beso explosivo, antes de retirarse de nuevo, esta vez para levantarle la bata por encima de la cabeza, arrojándola luego al suelo, un charco olvidado de seda. Sin pausa, le levantó la chemise y se la quitó también de un tirón.

Al darse cuenta de que estaba ante él en nada más que zapatos y medias, Jennifer jadeó alarmada, cruzando los brazos de forma protectora delante de ella.

—No, no —protestó suavemente, juntando las manos de ella entre las suyas para subirle los brazos hasta los hombros—. No te escondas de mí, Jennifer —apeló con suave súplica—. No de mí.

Tenía razón, pensó ella, calmando sus nervios al encontrarse con su mirada llena de amor. Se había escondido de él y de sus sentimientos durante demasiado tiempo. Era hora de cambiar eso.

Levantando la barbilla, Jennifer dejó caer las manos a los lados, encontrándose orgullosa con la mirada de admiración de Michael.

—Oh, amor —susurró él, con la voz ronca—. Nunca supe que existiera tal perfección en este mundo. —Antes de que ella pudiera pronunciar una respuesta, él la estrechó entre sus brazos, la llevó hasta el diván y la recostó como si fuera tan frágil como un delicado cristal hilado.

La forma en que la tocaba, haciéndola sentir totalmente apreciada, hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas de alegría mientras le quitaba los zapatos y las medias. Luego se quedó quieto, solo su mirada recorriéndola mientras ella yacía allí sobre el diván como una lasciva... y se deleitó con la sensación. El contacto de su mirada la hacía desear el erótico deslizamiento de sus manos sobre su piel. Arqueándose hacia arriba, Jennifer le suplicó en silencio que hiciera realidad las imágenes que tenía en la cabeza.

Poniéndose de pie, Michael empezó a tirar de la chaqueta, dejándola caer despreocupadamente al suelo, con el chaleco y la camisa siguiéndole rápidamente. A medida que se quitaba cada capa, revelando más de su carne masculina, Jennifer sintió que su corazón latía más deprisa. Los músculos curvados de su ancho pecho hicieron que le picara el dedo para trazar

las líneas tensas, para burlarse de sus pezones, para sentir si el vello que se arrastraba en forma de V hasta su estómago era tan sedoso como parecía.

Apoyando la cadera en el borde del diván, Michael se quitó una bota, luego la siguiente, antes de desabrocharse los calzones y deslizarlos también. Con un rápido movimiento, se quitó las medias, antes de volverse hacia ella.

Ansiosa, lo alcanzó mientras él se tumbaba a su lado. Un suave gemido le arrancó el erótico deslizamiento de carne contra carne. Nunca había imaginado que se sentiría tan bien al tenerle apretado contra ella. Levantando la mano, satisfizo su curiosidad, descubriendo la suavidad y elasticidad del vello de su pecho, moldeándose a lo largo de las tentadoras curvas de su pecho.

Para no quedarse atrás, Michael imitó su camino, arrastrando las puntas de sus dedos a lo largo de su pecho, sobre la pendiente de su vientre y a lo largo de la parte exterior de su muslo. Con un gemido, Michael se desplazó hasta colocarse encima de ella y tomó su boca con una contención apenas contenida.

Después de ahondar a fondo en su boca, Michael rompió su beso, inclinando la cabeza hacia un lado para capturar el lóbulo de su oreja entre los dientes. Ella susurró un murmullo de placer mientras se arqueaba hacia él, sus dedos hurgando en su espeso y oscuro cabello para estrecharlo.

Lentamente, él fue bajando por su cuerpo, deteniéndose a lamerle la clavícula, trazando el hueco entre sus pechos, antes de pasar a capturar su pezón con los labios. Un grito brotó de ella mientras el deseo palpitaba en su interior con cada tirón de su boca. Inquieta, enredó sus piernas con las de él, moviendo la cadera hacia la turgente longitud que la presionaba.

Habiendo crecido en el campo, sabía muy bien lo que era la dureza y, por sus estudios, comprendía incluso los aspectos técnicos de hacer el amor. Pero lo que los libros no le habían contado era cómo se gloriaba de las sensaciones que la golpeaban, haciéndola desearlo como a la comida o al aire. El libro tampoco había mencionado cómo el mero roce de su tumescencia contra ella haría que su núcleo se estremeciera de anticipación.

La mano de Michael pasó de la parte exterior de su muslo a recorrer la carne interior. Sin dirección alguna, ella dejó caer la pierna a un lado, abriéndose a su tacto, esperando sin aliento a que sus dedos alcanzaran su dolorida feminidad.

—¡Michael! —gritó ella, incapaz de contener el llanto cuando él apretó audazmente su mano contra ella. Curvando los dedos hacia dentro, se frotó contra su humedad. Sus ojos se cerraron mientras hermosas sensaciones con los colores del arco iris caían en cascada a través de ella, empujándola cada vez más alto hacia un pináculo desconocido. De repente, el arco iris estalló en una cascada de color, centelleante y gloriosa, mientras ella caía por el borde.

Escalofríos sacudieron su cuerpo mientras se regodeaba en la maravilla de todo aquello.

—Michael —murmuró, sorprendida por lo ronco de su voz.

—Mi hermosa y maravillosa Jennifer.

Sus palabras plumearon sobre sus pechos mientras Michael se desplazaba aún más sobre ella, moviéndose hasta que se tumbó entre sus piernas y su hombría le rozó el centro. Levantando la mirada hacia su rostro, vio la febril luz de sus ojos, y encendió el fuego de su interior que él

había apagado tan deliciosamente momentos antes.

—¿Me llevarás dentro de ti? —ronroneó, con los músculos temblorosos por el esfuerzo que estaba haciendo para contenerse.

—Oh, sí, mi amor —dijo ella, inclinando las caderas hacia arriba para aceptarlo plenamente en su interior.

Lentamente, él avanzó, entrando en su cuerpo, haciéndose uno con ella. Su anticipación se desvaneció ligeramente cuando él se unió a ellos, su hombría estirándola más allá del punto de comodidad. Inconscientemente, ella intentó apartarse, pero Michael capturó sus caderas bajo sus manos.

—No pasa nada, Jennifer —le dijo tranquilizador, aunque su voz era oscura y profunda por la pasión no saciada—. Solo dolerá durante un breve instante. Te lo prometo. —Y con eso, empujó hacia delante. Cuando estuvo, enterrado hasta la empuñadura dentro de ella, Michael se calmó de nuevo, mirándola con preocupación—. ¿Estás bien, Jennifer?

—Sí —respondió ella—. Creo que lo estoy.

Una risa estrangulada retumbó en Michael.

—Ah, un elogio abrumador.

Las vibraciones de la risa de Michael crearon una interesante fricción donde estaban unidos. Ella había sentido lo mismo que él. Aquella realización erótica la hizo pensar en cómo él la había hecho sentir con el roce de su mano. Experimentalmente, movió las caderas, recreando

la pequeña sacudida de fricción que envió un destello de esa deliciosa sensación de arco iris a través de ella.

—¿Michael?

—¿Sí, amor?

Ella arqueó la pelvis hacia arriba, el movimiento avivó la sensación en su interior.

—¿Puedes seguir?

De nuevo, su risa pasó de él directamente a ella, uniéndolos de una forma que ella nunca había imaginado posible.

Anticipando otro intrigante destello de color en su interior, Jennifer se encontró salpicada en el corazón de su deseo cuando Michael acarició hacia fuera y luego de nuevo hacia dentro. La explosión que había experimentado bajo sus manos no parecía nada en comparación con las sensaciones que la bombardeaban ahora. Un intenso ardor, en lo más profundo de su ser, empezó a irradiarse hacia el exterior, haciéndola estremecerse de anhelo desesperado mientras se aferraba a Michael.

El mundo entero se estrechó hasta que solo quedaron ellos, encerrados juntos en una deliciosa danza de amor. Sus amados rasgos empezaron a desdibujarse mientras las sensaciones la sacudían a un ritmo furioso, llevándola cada vez más alto, antes de empujarla al límite con una gran explosión.

Un grito de plenitud brotó de Jennifer, agarrándose frenéticamente a él mientras abrazaba el desenfreno que se desataba en su interior. Instantes después, él se puso rígido bajo sus manos mientras se impulsaba hacia delante con una última y poderosa oleada y se vaciaba dentro de ella. Temblando por la intensidad de su liberación, Michael bajó lentamente sobre ella, desplazándose hacia un lado para mantener todo su peso sobre ella mientras permanecía en su interior.

La languidez la invadió mientras se acurrucaba contra Michael. Perezosamente, paseó los dedos por el vello de su pecho. Casi ronroneó cuando él empezó a pasar suavemente la mano por su espalda. Nunca se había dado cuenta de cuántas emociones podían demostrarse con un simple roce. De la pasión al amor, bastaba un simple toque para comunicarse.

Cogiéndole la mano, Michael se la llevó a la boca y le estampó un beso en la palma.

—Te quiero, Jennifer.

La saciedad que profundizaba su voz la hizo sonreír.

—Yo también te quiero, Michael.

La abrazó más fuerte, apretándola contra su calor.

—Cásate conmigo —dijo simplemente.

Ella le dio la respuesta que llevaba en el corazón.

—Sí.

1 8

Desplazándola hacia arriba, Michael capturó sus labios.

Jennifer sintió su excitación en el beso que le dio en los labios.

—Tendremos una vida maravillosa juntos.

—Creo que la tendremos —aceptó ella feliz, acomodándose de nuevo sobre el pecho de él.

Michael la abrazó con fuerza.

—Estoy seguro de que mi madre estaría encantada de ayudarte a planear la boda.

Solo pensar en planificar una boda amedrentaba a Jennifer, así que se sintió aliviada al oír que Lady Barrington podría estar dispuesta a ayudar.

—Agradeceré su ayuda —dijo Jennifer con sinceridad—. Ni siquiera estoy segura de cómo se organiza una.

—No te preocupes, amor —murmuró Michael tranquilizadoramente—. Mi madre es una anfitriona consumada y puede planear fácilmente cualquier asunto... incluso uno que empiece con una boda.

Sus comentarios le parecieron extraños.

—¿Qué quieres decir con una aventura que empieza con una boda? La boda es la aventura.

—Lo sé —dijo él, levantándole la mano para besársela de nuevo—. Me refería a la recepción que tendremos después. —Su pecho tembló bajo la mejilla de ella mientras reía suavemente—. Si los cotilleos que hemos generado esta última semana sirven de indicación, todo el mundo estará compitiendo por una invitación a nuestra boda.

Se le heló la sangre al pensarlo.

—¿Una recepción? —tartamudeó, con los nervios ya crispados ante la idea de ser la anfitriona de un gran acontecimiento. Ya era difícil bastante difícil para ella asistir a una fiesta; no podía imaginarse ser realmente la anfitriona de una—. ¿No podríamos tener una ceremonia tranquila y privada, quizás en la finca de mi familia, con la asistencia solo de nuestra familia?

—Ni de coña, si mi madre tiene algo que decir al respecto —respondió Michael con facilidad.

Ella se apartó de él.

—Pero ella no tiene nada que decir en este asunto —le informó Jennifer en voz baja, levantando la cabeza para mirarle—. Es nuestra decisión.

Michael le acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Es mi madre, Jennifer, y no deseo herirla excluyéndola de la planificación de la boda.

—Yo tampoco —insistió ella—, pero no quiero una gran recepción después, ni deseo casarme en la ciudad. Los mejores momentos de mi vida los pasé en nuestra finca, asistiendo a misa en la parroquia local, socializando con la alta burguesía local, que nunca me miró por encima del hombro ni me juzgó ni me encontró a faltar. —Necesitaba que él comprendiera cómo se sentía—. Y siempre que me imaginaba casándome, era ante el párroco de mi infancia, no por un extraño en una iglesia fría y extraña aquí en la ciudad.

Ella respiró aliviada ante la compasión que brotaba de sus ojos.

—Muy bien, mi amor. Nos casaremos en tu capilla —concedió él sin otra palabra de protesta—. En su lugar, dejaré que mi madre organice una gran velada aquí en la ciudad cuando regresemos para celebrar nuestras nupcias.

De nuevo, su afirmación la confundió.

—¿Volver a la ciudad? ¿Por qué querríamos hacer eso tan pronto?

—Después de nuestra boda, no puedo pasar más que unos días en el campo antes de que debamos regresar a la ciudad —dijo riendo.

—Pero no tengo ningún deseo de volver.

Michael frunció ligeramente el ceño ante su enfática afirmación.

—Pero debemos hacerlo, Jennifer.

—¿Por qué? —preguntó ella con insistencia—. He intentado encajar en la tonelada, pero he fracasado estrepitosamente. Además, en cuanto la gente se entere de tus asuntos, nos condenarán al ostracismo.

—Tal vez, pero me temo que no tengo elección. Debemos vivir en la ciudad para poder estar lo bastante cerca para llevar mi negocio.

Se encontró con la mirada seria de Michael.

—Y mientras tú estás fuera llevando tu negocio, ¿qué haré yo? Sabes tan bien como yo que seremos rechazados y que no seré bienvenida en ningún sitio.

—Pero a ti nunca le han gustado los compromisos sociales —señaló.

—Es cierto, pero si nos quedamos en la ciudad, ni siquiera podré ir de compras por Bond Street sin toparme con alguien que se burle de mí.

Michael se congeló bajo ella.

—Así que lo que estás diciendo es que, aunque me quieras, no me amas lo suficiente como para soportar la desaprobación de la tonelada.

—No, eso no es lo que estoy diciendo en absoluto. —Jennifer buscó las palabras para

explicar a Michael sus aprensiones—. Quiero casarme contigo, Michael, pero no quiero vivir en la ciudad. Quizá podríamos vivir cerca, y tú podrías visitar tu negocio cada pocos días.

—Nunca funcionaría. Necesito estar aquí todos los días —dijo él, acomodándole un mechón de pelo detrás de la oreja—. Sé que te preocupa la reacción de la tonelada y no creo que tus temores sean infundados. Aun así, creo que podemos encontrar un lugar para nosotros, un lugar donde podamos ser felices juntos. —Su mirada se volvió intensa, como si estuviera deseando que ella le creyera—. Por favor, confía en mí, Jennifer.

Lentamente, ella asintió.

—Lo haré.

Una comisura de sus labios se levantó, aliviando la adustez de su expresión.

—No te arrepentirás de tu confianza.

—Más me vale que no —dijo ella burlonamente.

Levantando la mano, trazó suavemente la forma de su rostro, antes de levantarse. Recogió su vestido del suelo. Sacudiendo el vestido irremediablemente arrugada, la depositó sobre los pies del diván, y luego recogió su propia camisa y chaleco.

—¿Quieres que te ayude a vestirte?

—No, gracias. Estaré bien —murmuró ella. Encogiéndose rápidamente de hombros, se

puso la camisa y el chaleco, hizo una pausa para abrochárselos y luego se inclinó para recoger su corbata.

Cuando Michael se apartó de ella, Jennifer se levantó del sofá y se puso el vestido. Torció los brazos torpemente detrás de ella para abrocharse todo lo que pudo, pero tuvo que dejar sin abrochar los últimos cierres, lo que hizo que su vestido quedara precariamente bajo.

Jennifer se detuvo sorprendida al vislumbrarse en el espejo. Su cabello había sido destrozado por las apasionadas caricias de Michael, dejándolo suelto para que fluyera sobre sus hombros, las puntas rizadas coqueteando con los lados de sus pechos. Sus labios estaban enrojecidos por sus acalorados besos, y había una marca en la base de su cuello donde Michael le había dado un beso particularmente delicioso.

Santo cielo, pensó Jennifer alarmada. Cualquiera que la mirara sabría exactamente lo que había sido. Buscando en el diván las horquillas que le faltaban, Jennifer se recogió el pelo en un moño y lo aseguró lo mejor que pudo. Sin embargo, con el pelo recogido, resaltaba aún más aquella marca en su cuello. Con cuidado, sacó un mechón del moño, colocándolo estratégicamente para cubrir la marca.

—¿Jennifer? —dijo Michael desde detrás de ella—. ¿Necesitas mi ayuda ahora?

—De hecho, sí —contestó ella, pensando que él podría terminar de asegurarle el vestido, mientras se giraba para mirarle.

La visión de Michael, con un aspecto absolutamente elegante e impecablemente bien peinado, hizo que se le cortara la respiración, y un insidioso pensamiento dio vueltas en su cabeza: este hombre glorioso era su amante.

Amante.

Algo en esa palabra sacudió la memoria de Jennifer. De repente, recordó el motivo de su llamada: recabar información sobre lord Lenster. Había abierto la boca para preguntarle a Michael por lord Lenster cuando le asaltó otro pensamiento. Michael era ahora un comerciante, que dirigía un próspero negocio cerca del muelle.

—Michael, ¿conoces a una familia llamada Burnbaum?

Él levantó las cejas ante su pregunta.

—Bastantes. ¿Por qué?

Presentándole la espalda, Jennifer suspiró decepcionada.

—Me lo temía —admitió por encima del hombro mientras Michael volvía a abrochar la parte superior de su vestido—. Tenía la esperanza de que conocieras a un tal Isaac Burnbaum.

—De hecho, lo conozco.

Jennifer se giró para mirar a Michael.

—¿Lo conoces?

—A tres de ellos —aclaró él con una sonrisa.

El estallido de excitación se apagó.

—Ah.

—¿Por qué lo preguntas?

Hablándole de la visita de Lady Serena, Jennifer terminó:

—... así que esperaba que supieras quiénes son sus padres.

—Puede que sí —dijo Michael pensativo—. Mi amigo, Aaron Burnbaum, mencionó que su hijo se había liado con una mujer que no era judía y que había empezado a verse a escondidas con esta mujer. Sin embargo, la última vez que hablé con Aaron, pensaba que Isaac se había escapado con esta mujer a Gretna Green.

—¿Y si eso era lo que pretendían, pero el pobre Isaac fue secuestrado antes de que pudieran marcharse? —preguntó Jennifer inmediatamente.

—Es una posibilidad —concedió Michael mientras se encogía de hombros dentro de su chaqueta—. Después de acompañarte a casa, llamaré a los Burnbaum y hablaré con ellos para ver si tienen noticias de Isaac.

Jennifer no se movió ni un milímetro.

—¿Llevarme a casa primero? —Ella negó con la cabeza—. Me gustaría conocer a los Burnbaum.

—Creo que te gustarán —predijo Michael mientras terminaba de abrocharle el vestido—. Después de usted, milady —dijo galantemente, extendiendo la mano hacia la puerta mientras se inclinaba.

Rezando para que los Burnbaum no se dieran cuenta de que su vestido era completamente inapropiado para estas horas del día... o de que era un amasijo de arrugas, Jennifer echó los hombros hacia atrás y salió por la puerta.



Los Burnbaum vivían en una encantadora casa georgiana a las afueras de la ciudad. Como nunca había estado en esta zona, Jennifer miró a su alrededor, invadida por la curiosidad.

—Es una zona preciosa —comentó, apreciando la belleza de las imponentes casas separadas por grandes y cuidados céspedes—. ¿Por qué nunca había estado aquí?

—Porque estas casas son propiedad de mercaderes y otros plebeyos que han hecho su fortuna —explicó Michael, bajando de un salto de su faetón para entregar las riendas a un mozo de cuadra que esperaba. Alargando el brazo, le puso las manos en la cintura y la hizo bajar del carruaje—. Ningún aristócrata que se respete a sí mismo frecuentaría esta parte de la ciudad. —Mientras la bajaba al suelo, se quedó un momento con las manos en la cintura de ella—. Por suerte, nunca me he considerado un aristócrata.

Ella se rio como él sin duda había pretendido. Apoyando una mano en su pecho, le sonrió,

sabiendo muy bien que él la había tranquilizado a propósito actuando una vez más como su amigo. Lo curioso era que estaba funcionando. Con cada risa, cada sonrisa, cada broma, él aliviaba sus temores, haciéndolos parecer intrascendentes y tontos.

—Gracias —murmuró ella suavemente.

Sin palabras, él acunó su mano en la suya y se la llevó a la boca para darle un beso. Aún estrechándole la mano, la condujo por el pasillo de piedra hasta la elaborada puerta principal. Un momento después de que hiciera sonar la aldaba, un mayordomo abrió la puerta y les hizo pasar.

Michael y Jennifer fueron conducidos a un espacioso salón para esperar a ser anunciados.

—Es una casa preciosa —susurró Jennifer a Michael mientras observaba el rico mobiliario, la chimenea de mármol y las cortinas de brocado.

Antes de que Michael pudiera responder, oyeron unos pasos que se dirigían hacia ellos y, un minuto después, un caballero de pelo oscuro y rizado y profundos ojos castaños entró en la habitación con la mano tendida.

—¡Michael! —exclamó, un cúmulo de placer en la sola palabra—. Bienvenido a mi casa.

Estrechándole la mano, Michael le devolvió el cálido saludo.

—Prometí que pasaría por aquí, ¿verdad, Aaron?

—Cierto, pero esperaba que me avisaras con un poco más de antelación —respondió él,

con voz ligera y burlona.

Sin dejar de sonreír, Michael tendió la mano a Jennifer, que la aceptó y se deslizó hacia delante.

—Permítame presentarle a mi prometida, lady Jennifer Berkley.

El atrevido anuncio de Michael la dejó sin aliento por un momento, pero, como no quería montar una escena en casa del señor Burnbaum, apretó la mano de Michael, prometiéndole en silencio una retribución.

—Es un placer, señor Burnbaum —dijo Jennifer cortésmente, haciendo una reverencia lo mejor que pudo con una sola mano.

La sorpresa ensanchó los ojos del señor Burnbaum.

—Por favor, milady —exclamó, moviéndose para levantarla, pero deteniéndose a centímetros de tocarla—. No es necesario que me haga una reverencia.

—Por supuesto que la hay —replicó ella mientras se enderezaba—. Soy una invitada en su casa y, en mi opinión, es mucho más importante honrar las cuestiones de cortesía educada que preocuparse por todas esas tontas normas sobre distinción de clases. —Inclinó la cabeza—. ¿No está de acuerdo, Sr. Burnbaum?

—S… s… sí, milady, lo estoy, y por la regañina que me echó Michael la última vez que intenté referirme a él por su título apropiado, él también. —Dirigió a Michael una mirada irónica

—. Estás bien emparejado, amigo mío.

Michael le acarició el dorso de la mano con el pulgar.

—No podría estar más de acuerdo.

Asintiendo, el Sr. Burnbaum señaló hacia el aparador.

—¿Puedo ofrecerle un refrigerio? ¿Té quizás?

—No, gracias, Aaron. Hemos venido a pedirte...

—¡Aaron!

La voz femenina que resonaba en el pasillo cortó la explicación de Michael. Caminando hacia la puerta, el Sr. Burnbaum llegó al umbral justo cuando aparecía una mujer encantadora. Con sus rizos oscuros recogidos en un elegante coiffure[5] y sus ojos marrones almendrados, era una de las mujeres más hermosas que Jennifer había visto nunca. La calidez de la sonrisa que le dedicó al señor Burnbaum la hizo parecer aún más hermosa.

Al instante, la guardia de Jennifer empezó a levantarse, como hacía siempre alrededor de las damas de calidad. Apartando la mano de Michael para no parecer demasiado atrevida, esperó a que la mujer la mirara, se fijara en su vestido arrugado y su peinado sencillo, y la despidiera con un olfateo. Sin ser siquiera consciente de sus actos, Jennifer cuadró los hombros cuando la mujer volvió la mirada hacia ella.

Pero la mirada juzgadora nunca llegó, ni tampoco el insultante despido.

En su lugar, la sonrisa de la mujer se ensanchó.

—¿No vas a presentarnos, Aaron?

Después de que el Sr. Burnbaum los hubiera presentado, puso una mano sobre el hombro de la mujer.

—Y ésta es mi tesoro, la Sra. Marta Burnbaum.

Un bonito rubor tiñó las mejillas de la Sra. Burnbaum.

—Deja eso, Aaron. Me estás avergonzando delante de nuestros invitados. —La sonrisa que dirigió a Jennifer no contenía ni rastro de censura—. Debe perdonar a mi marido. Dice lo que piensa con demasiada facilidad.

—Me parece una cualidad admirable —respondió Jennifer vacilante.

—A mí también. —El brillo de sus ojos desmentía el suspiro sufrido que soltó—. Aunque siempre me hace sonrojar delante de mis amigas.

Dirigiendo una mirada a Michael, Jennifer murmuró:

—Conozco esa sensación.

Un sentimiento de parentesco se extendió entre ellos mientras Marta asentía en completa

comprensión. Por primera vez que recordaba, Jennifer se sentía completamente a gusto en casa de un extraño.

—Parece que tenemos más en común de lo que pensábamos, Aarón —dijo Michael, posando su mano en la parte baja de la espalda de Jennifer.

Aarón sonrió cariñosamente a Marta.

—Entonces tú también has sido bendecida.

—Bendecida... o maldecida —respondió Michael, con una luz malvada en la mirada—. Hay veces que me lo pregunto.

Cubriéndose la boca con la mano, Aaron sofocó cortésmente su risa.

Jennifer dirigió a Marta una mirada mordaz.

—¿Ve lo que quiero decir? —Un momento después, tanto ella como Marta se rieron también.

—¿Están seguros de que no puedo ofrecerles algo de beber? —dijo Aarón cuando se calmaron.

Temblando de nuevo, Michael se lanzó a su explicación.

—Como he empezado a decir, Aarón, he venido a hablarte de Isaac.

—¿Mi Isaac? —Toda la sangre se drenó del rostro de Marta mientras se abalanzaba hacia delante, agarrándose al brazo de Michael—. ¿Le has visto? ¿Sabes dónde está?

—Marta, Marta —murmuró Aarón, agarrando las manos de su mujer y apartándolas del brazo de Michael—. Déjale hablar.

—¿Entonces no sabes nada de él? —preguntó Michael sombríamente.

Los ojos de Aaron contenían un pozo de dolor.

—Ni una palabra. Incluso envié a uno de mis criados a Gretna Green, para ver si Isaac y su dama habían estado allí, pero no había ni rastro de él. —Deslizó sus manos sobre los hombros de Marta y la atrajo hacia sí, como ofreciéndole su fuerza—. Mi esposa... se preocupa.

—Apostaría a que no es la única —dijo Jennifer en voz baja. De nuevo, Aaron negó con la cabeza.

La mano de Michael se enroscó en su cintura, haciéndola consciente de su nerviosismo. Sabiendo lo que tenía que decir ahora a aquellas amables personas, Jennifer se inclinó hacia él, ofreciéndole en silencio su apoyo.

Aclarándose la garganta, Michael comenzó su poco envidiable tarea.

—Aaron, señora Burnbaum, creo que podría saber dónde está su hijo —dijo en tono comedido, obviamente intentando no alarmarles más de lo necesario.

—¿Lo sabe?

La esperanza en la voz de Marta era dolorosa de escuchar.

—Me he enterado recientemente de que un joven llamado Isaac Burnbaum fue asaltado la misma noche en que su hijo no volvió a casa.

—¿Asaltado? —carraspeó Aaron—. ¿Alguien le hizo daño a mi hijo?

—No sé si le hicieron daño grave o no —respondió Michael—. Solo sé que lo dejaron inconsciente y se lo llevaron a rastras.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Marta mientras sacudía la cabeza, negando cada palabra que Michael decía.

—No, no. No es verdad. —Su voz temblaba con una mezcla de furia y miedo—. No puede ser verdad.

Volviendo a su mujer hacia él, Aaron la envolvió en sus brazos, murmurando palabras consoladoras.

—Disculpe, señor.

Moviéndose incómodo, el mayordomo le tendió una nota arrugada.

—Alguien acaba de entregar esto en las cocinas y dijo que era muy urgente. Me tomé la

libertad de abrirla y... bueno... —Dejó de tartamudear y empezó a agitar la nota.

Soltando a Jennifer, Michael recuperó la misiva, la abrió y escudriñó rápidamente el contenido. Cuando levantó la cabeza, su expresión presagiaba un desastre.

—Es una nota de rescate.

19

El sol poniente proyectaba sombras a través de su estudio, pero Robert ni siquiera se dio cuenta. Desde que Alyson había salido furiosa de su casa aquella mañana, le había consumido un único pensamiento: se estaba enamorando de él.

¿Y cómo había respondido él?

Casi tirándola al suelo de su estudio y tomándola como si fuera una ramera. Cerrando los ojos, Michael inclinó la cabeza hacia atrás, intentando ignorar la voz burlona de su interior. ¿Y qué? decía, una y otra vez, hasta que finalmente se permitió discutir el punto en su cabeza.

¿Y qué? ¿Qué habría pasado si la hubiera tirado al suelo y le hubiera hecho el amor?

Primero, le habría ofrecido casarse con ella y, de un solo golpe, habría destruido su cómoda y organizada existencia.

¡Qué vergüenza! Sobre todo porque le estaba haciendo tan delirantemente feliz.

De acuerdo. Quizá no era feliz, per se, pero se sentía cómodo.

¿Y es eso lo que quiere de tu vida? ¿Estar cómodo?

Robert se retorció en su silla, pero finalmente se admitió a sí mismo que quería algo más que estar cómodo. Quería emoción, aventura, intriga.

Ah, te refieres a todo lo que has empezado a experimentar desde que conoces a Alyson.

—Eso no es... —Pero antes de que pudiera siquiera pronunciar las palabras en voz alta, supo que no podía negar el argumento. Era cierto que desde que Alyson había entrado a formar parte de su vida, había dejado de soñar con marcharse de Londres y había empezado a soñar con ella. Ella había tocado una parte de él que ni siquiera sabía que estaba dentro de él, la parte que anhelaba ser libre, bailar bajo cielos iluminados por la luna, reír a carcajadas sin importarle el qué dirán.

Y ella le había ofrecido todas y cada una de esas cosas... pero él no las había aceptado. No, había estado tan encerrado en sí mismo, tan decidido a evitar asumir cualquier responsabilidad añadida, que, en su ciega ignorancia, había rechazado a la única persona que podía ayudarle a deshacerse de la carga que había sentido durante años. Dios mío, había sido un tonto.

—¿Robert? —Su madre llamó a través de la puerta, antes de asomar la cabeza en la habitación—. Estás aquí. Ha habido tanto silencio que me preguntaba si habías salido de casa.

—No —dijo en voz baja—. Sigo aquí.

Un ceño fruncido de preocupación empañó el rostro de su madre cuando entró en la

habitación.

—¿Te preocupa algo, Robert?

—Aparte del hecho de que parece que he destruido la única oportunidad que podría haber tenido de ser feliz, no.

Su amarga respuesta provocó un grito ahogado de su madre.

—¿Eso es todo? —respondió ella con ligereza. Acomodándose con gracia en una silla, le miró fijamente—. ¿Por qué no me lo cuentas y vemos si no podemos encontrar juntos alguna forma de salir de esto?

Su ofrecimiento le sacó de su malhumor. ¿Su madre, ofreciéndose a ayudarle? Después de años cuidando de la familia, parecía un extraño giro de los acontecimientos.

—Dudo que tú...

—Ya estás otra vez —exclamó ella, levantando las manos al aire—. Siempre tomando las cosas por tu cuenta sin aceptar ayuda de nadie. Ha sido así desde que falleció tu padre.

—No tuve mucha elección en el asunto —dijo Robert secamente, recordando lo perdida que había estado su madre—. Si no hubiera intervenido, nos habríamos arruinado económicamente en menos de un año.

—Es cierto —concedió su madre de buena gana—, pero eso no significaba que tuvieras

que hacerlo todo solo. Yo te habría ayudado, igual que tú me ayudaste a mí.

El concepto era tan extraño para Robert que se limitó a sacudir la cabeza confundido.

—Si me hubieras dejado ayudarte, Robert, podría haber llevado la contabilidad o pagado las facturas de la casa o cualquier otra cantidad de cosas. Pero tú simplemente te hiciste cargo de todo, me diste una palmadita en la cabeza y me dijiste que reanudara la vida que una vez había disfrutado antes de la muerte de tu padre. —Suspiró pesadamente—. Para mi eterna culpa, acepté tu pronunciamiento y te permití llevar la carga de toda la familia. Lo lamento, Robert.

La disculpa de su madre le dejó atónito. Había tenido vagos recuerdos de ella ofreciéndole ayuda, pero había asumido que habían sido simplemente ofertas educadas, no un verdadero deseo de ayudar. Incluso Alyson le había acusado de asumir cargas que nadie le había pedido que llevara, pero él había desestimado sus palabras como tonterías. Su corazón empezó a latir con fuerza al recordar todas las veces que simplemente se había adelantado y se había hecho cargo de algo sin que nadie se lo pidiera. ¿Y qué le habían hecho sus acciones a Michael? ¿Le había quitado tantas responsabilidades a Michael que lo había convertido en un derrochador porque nunca había tenido que ocuparse de ninguna de ellas?

Robert se llevó una mano a la sien, intentando detener los pensamientos que chocaban entre sí, todos decididos a bombardearle a la vez.

—He sido un bastardo arrogante —ronroneó, levantando la mirada hacia su madre.

—¿Cómo me has aguantado todos estos años?

—Vamos, cariño, no añadas esto a tu ya larga lista de cargas —reprendió su madre—. No

eres más que bastante mandón a veces. —Ella suavizó sus palabras con una sonrisa cariñosa—. Nos mantuviste unidos cuando yo estaba destrozada por la muerte de tu padre y tu hermano se sentía totalmente perdido. —Arrellanándose en su silla, apoyó la cabeza en el ala—. Te pareces tanto a tu padre, Robert. Siempre fue tan serio, tan decidido a cuidar de los suyos, tan... predecible. —Una risa de niña más propia de una criada veinte años más joven se le escapó a su madre mientras se perdía en viejos recuerdos—. Éramos tan diferentes, tu padre y yo, que precisamente por eso nuestro matrimonio funcionó tan bien. Cada vez que se ponía demasiado brusco o pomposo, yo le tomaba el pelo o hacía algo totalmente escandaloso que primero le hacía chisporrotear de indignación, luego se reía y me abrazaba. —Su mirada se agudizó de nuevo y se centró en él—. Necesitas a alguien que pueda hacer eso por ti, Robert.

—La encontré —admitió—, pero la aparté.

Su madre sonrió suavemente.

—¿Estamos hablando de Jennifer? —Robert miró a su madre con el ceño fruncido—. No. Me refería a Alyson.

—¡Alyson! Creía que te interesaba su hermana.

—Nunca —dijo Robert con firmeza—. Siempre fue Alyson. —Solo la mención de su nombre le hizo doler de añoranza.

Su madre levantó las manos en el aire.

—Si la quieres, ¿qué haces aquí sentado? Ve a buscar a esa chica y proponle matrimonio.

Robert sonrió ante la directiva de su madre.

—Sí, señora. —Con una mueca y una sonrisa en el corazón, se apresuró a salir del estudio para convencer a Alyson de que estaban destinados a estar juntos. ¿Quién necesitaba escalar montañas o visitar viejas ruinas cuando podía vivir la aventura de su vida simplemente teniéndola a su lado?

Demasiado excitado para esperar a que le trajeran su caballo, Robert se escabulló fuera de la casa a través de las cocinas, adentrándose en el crepúsculo, en dirección a los establos. Al abrir la puerta trasera, se adentró en el pasado, mientras la escena junto al teatro volvía a representarse ante sus ojos. Solo que esta vez, era el Sr. Lewis quien estaba siendo acosado por los mismos dos matones.

—¡Ustedes! —gritó, corriendo hacia delante—. Dejadle en paz.

—¡Maldita sea! —bramó el hombre más corpulento mientras dejaba caer a Lewis al suelo como un peso muerto y se volvía para mirar a Robert—. Es él otra vez.

Agachado, listo para saltar, Robert encaró al mayor de los dos hombres.

—Suéltalo y te dejaré marchar.

—Te estás convirtiendo en un verdadero grano en mi trasero —refunfuñó el hombre más grande—. Y creo que es hora de agradecérselo como es debido.

Los ojos del hombre se desviaron por encima del hombro de Robert, alertándole del hecho de que, esta vez, había una tercera persona con ellos, pero ya era demasiado tarde. Incluso

cuando giraba para enfrentarse a la nueva amenaza, sintió el golpe en la cabeza... y luego nada.



—Sigo pensando que no es Lenster —insistió Michael con firmeza, encontrándose con las miradas amotinadas de Jennifer y su hermana—.Incluso le presté algo de dinero hace poco, así que no debería estar tan desesperado por fondos. —Sus expresiones no cambiaron—. Sé que ambas se han hecho a la idea de que es él y, de acuerdo, les concedo que tiene el motivo, pero siempre ha sido un mujeriego, un tramposo y un mentiroso. —Las miró a ambas—. No un secuestrador.

—Pasar del chantaje al secuestro es la progresión natural —pronunció Jennifer, ganándose un asentimiento de su hermana.

—No sabía que el crimen tuviera una progresión —comentó él secamente. Cuando Jennifer frunció los labios hacia él, fue todo lo que pudo hacer para no abalanzarse sobre el salón de los Berkley, cogerla en brazos y besarle el mohín de los labios.

El viaje a casa de los Burnbaum había producido resultados inesperados. Aunque había odiado ir allí y decirle a su amigo que su hijo había sido secuestrado, la interacción de Jennifer con la mujer de Aaron le había parecido realmente interesante. Se había puesto rígida y casi había irradiado frialdad cuando Marta había entrado en la habitación, pero tras unos minutos de conversación, Jennifer había parecido conectar con la mujer de una forma que él nunca la había visto antes.

Ahora lo único que podía hacer era rezar para que Jennifer pensara en la facilidad con la que había conversado con Marta y se diera cuenta de que podía construirse una vida aquí en la ciudad.

Pensar en Marta era un sombrío recordatorio de la tragedia que se había abatido sobre los Burnbaum. ¿Qué le pasaba, que estaba aquí sentado pensando en sus problemas con Jennifer cuando sus amigos estaban preocupados porque su hijo pudiera estar muerto?

—Siento mi comentario. Esto no es cosa de risa —dijo sombríamente. Cansado, se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre las rodillas, y bajó la cabeza—. No puedo evitar preguntarme si Aaron está reuniendo todo su dinero para nada. —Levantó la cabeza y miró directamente a los ojos de Jennifer—. ¿Y si Isaac está muerto?

Extendiendo la mano, ella apretó dos dedos contra sus labios.

—Ni siquiera digas eso —dijo ella con fiereza—. Ni siquiera lo pienses. Debemos creer que está bien y que será devuelto sano y salvo a su familia.

Sin importarle que su hermana les estuviera observando, le besó las yemas de los dedos antes de que ella se separara de él.

—Tienes razón —dijo, apartando sus oscuros pensamientos—. Lo que tenemos que hacer es intentar ayudar a encontrarle.

—Exactamente —estuvo de acuerdo Alyson mientras Lord Lambert entraba en la habitación—. ¿Ha enviado a alguien a por el Sr. Lewis y a por Robert?

—Hace más de media hora, así que pronto deberíamos tener noticias de ellos —conjeturó, dirigiéndose al aparador para servirse un brandy—. Un asunto desagradable.

—El peor —convino Michael mientras se ponía en pie—. No puedo seguir aquí sentado, sin hacer nada más que mover los pulgares y esperar noticias. —Tamborileando con los dedos contra el respaldo de su silla, consideró en qué podría emplear mejor su tiempo para ayudar a sus amigos—. ¿Y si encuentro a Lenster y hablo con él, trato de guiarle para ver si dice algo revelador? No es precisamente la vela más gruesa del barco, sobre todo cuando ha estado en sus copas, así que podría revelar alguna información.

—Pero yo creía que tú no creías que él fuera culpable de este crimen —preguntó Jennifer, con un adorable ceño fruncido.

—No lo creo, pero es el único sospechoso que tenemos hasta ahora. Así que hablaré con él y luego le seguiré, por si me equivoco. Enviaré un mensaje si descubro algo importante. —Decidiendo que prefería seguir un callejón sin salida a quedarse aquí sentado y volverse loco, Michael se despidió de ellos, su mirada se detuvo en Jennifer por un momento, antes de dirigirse hacia la puerta.

—¡Michael! —Se volvió a tiempo de coger a Jennifer en brazos—. Ten cuidado —susurró ella, antes de estirarse de puntillas y apretarle un beso rápido pero increíblemente dulce en los labios.

Tomando su muestra pública de afecto como una señal positiva, Michael la apretó con fuerza durante un minuto más antes de soltarla finalmente.

—Lo haré —murmuró suavemente, haciendo una pausa para tocarle la mejilla, y luego salió del salón.



Pinchándose por enésima vez, Alyson tiró a un lado su bordado con disgusto. Jennifer había desaparecido en su taller para juguetear con algún tonto experimento hasta que llegaran el señor Lewis o Robert y papá tenía la cabeza enterrada en los libros de contabilidad, alegando que le ayudaba a mantenerse distraído. No, ella era la única a la que volvía loca el tic-tac infernal del reloj. Desesperada, había intentado bordar, pero lo único que hacía con la pieza era sangrar por todas partes.

El sonido de la aldaba de la puerta impregnó el silencio del salón y Alyson se levantó de un salto para ver si Robert había llegado por fin. Luchó por ocultar su decepción cuando su mayordomo dejó entrar a Lady Barrington en la casa.

—Lady Barrington —dijo tan alegremente como pudo—. Qué amable de su parte visitarnos.

Ella asintió distraída.

—Gracias, querida, pero confieso que he venido por su nota —dijo, sacando la misiva de su retícula—. Normalmente, no la habría abierto, pero como venía de su casa y estaba dirigida a Robert... bueno, estaba comprensiblemente confusa.

Ahora era ella la que estaba confusa, pensó Alyson, mientras conducía a Lady Barrington al salón.

—Creo que la nota de mi padre era bastante directa.

—No es lo que dice la nota —insistió ella—. Lo que me confundió fue que pensé que Robert ya estaba aquí.

—¿Robert? ¿Aquí? —Alyson sacudió la cabeza—. La última vez que lo vi fue en nuestra reunión de esta mañana.

Lady Barrington frunció el ceño.

—Pero salió para venir aquí hace horas.

—¿Está segura de que venía a verme? —preguntó Alyson, antes de admitir—: No nos separamos exactamente en los mejores términos esta mañana.

—Sí, sí —murmuró Lady Barrington, agitando la mano como si desestimara el comentario —. Robert me contó todo sobre eso cuando discutimos... —Interrumpiéndose, se llevó una mano al pecho—. Sé que Robert iba a venir aquí, querida, y si no está aquí, ¿dónde podría estar?

Francamente, Alyson no podía entender la angustia de Lady Barrington, pero le ofreció consuelo a pesar de todo.

—Tal vez pasó por su club —sugirió servicialmente.

—Imposible —afirmó Lady Barrington con rotundidad—. El asunto que deseaba discutir con usted era demasiado importante como para aplazarlo por una partida de dados. —Nerviosa, se apoyó el dorso de la mano en la mejilla—. Querida, estoy diciendo demasiado, pero es que no entiendo dónde puede estar Robert.

Cuando la aldaba de la puerta volvió a sonar, Alyson sonrió tranquilizadora a la madre de Robert.

—Probablemente sea él ahora. —Volviendo a salir al vestíbulo, Alyson calmó sus nervios, preguntándose qué «asunto importante» deseaba Robert discutir con ella. Por favor, Dios, que se haya dado cuenta de que me quiere, pensó, enviando la rápida plegaria volando hacia arriba.

Pero en lugar de Robert, un completo desconocido entró en la casa. Sosteniendo respetuosamente su sombrero entre las manos, inclinó su canosa cabeza hacia ella mientras su mayordomo le presentaba.

—El Sr. David Baker de Bow Street, milady.

—Pase, Sr. Baker —le ofreció Alyson mientras entregaba su sombrero y su abrigo al mayordomo—. Supongo que ha venido en lugar del Sr. Lewis.

—En su nombre, no en su lugar —aclaró.

Por segunda vez en otros tantos minutos, volvió a sentirse confusa.

—Me temo que no lo entiendo, Sr. Baker.

—Usted tuvo una reunión con el Sr. Lewis esta mañana. —Como el Sr. Baker lo afirmó como un hecho, Alyson no sintió la necesidad de confirmar su afirmación—. Cuando usted envió la nota urgente para el Sr. Lewis, inmediatamente intentamos contactar con él, pero ninguno de mis hombres ha visto al Sr. Lewis desde primera hora de la tarde.

—¿Es eso inusual? —inquirió vacilante.

—Muy inusual, especialmente para un buen investigador como el Sr. Lewis. —Alyson asintió en señal de comprensión, permitiendo que el Sr. Davis continuara sin interrupciones—. Así pues, hoy empezamos a seguir los pasos del Sr. Lewis, que es como sé de su encuentro con él, y descubrimos algunas noticias inquietantes. —La expresión del Sr. Davis se volvió premonitoria—. Un callejero fue testigo de un incidente cerca de los establos de Lord Barrington y, en cuanto supo que buscábamos información, se presentó. Vio cómo tres hombres dejaban inconsciente al señor Lewis.

Las manos de Alyson volaron a sus mejillas.

—Pobre Sr. Lewis. ¿Está bien?

—No lo sabemos, milady —explicó el Sr. Davis—. Estos hombres se largaron con el señor Lewis. —Hizo una pausa, antes de añadir—: Pero eso no es todo. Aparentemente, mientras estos tres hombres secuestraban al Sr. Lewis, fueron interrumpidos por Lord Barrington, quien trató de ayudar al Sr. Lewis, pero fue asaltado y secuestrado también.

—¿Robert? —Alyson luchó contra el pánico que amenazaba con consumirla—. ¿Se

llevaron a Robert?

Ante el asentimiento del Sr. Davis, las rodillas de Alyson empezaron a tambalearse, su cabeza se volvió ligera y la habitación pareció dar vueltas. Iba a desmayarse, pensó histérica, incapaz de detener el terror que la atenazaba. Podía desmayarse, pero eso no iba a ayudar a Robert.

Alyson no sabía de dónde había salido aquella voz de la razón, pero se aferró a ella, sacando fuerzas del conocimiento de que Robert la necesitaba ahora. Había intentado protegerla tantas veces en el pasado, pero, al final, era él quien necesitaba protección.

Tragándose el pánico, Alyson respiró entrecortadamente y apuntaló sus nervios.

—Por favor, venga conmigo al salón, señor Davis, mientras informo a mi familia y a la madre de lord Barrington de este horrible incidente. —Se abrazó a la oscura ira que la llenaba—. Entonces podremos discutir cómo encontrar a lord Barrington y al señor Lewis y traerlos a casa.

20

Comprobar los clubes de renombre había sido una absoluta pérdida de tiempo, decidió Michael sacudiendo la cabeza con disgusto. Debería haber sabido que encontraría a Lenster en un infierno de juego de mala reputación.

—Un caballero que no puede permitirse perder nunca debería unirse a una partida —dijo Michael con pereza, observando el pequeño montón de marcadores que había delante de Lenster.

—Solo estoy teniendo una racha de mala suerte —respondió Lenster alegremente. Si el olor que emanaba de Lenster era un indicio, el hombre estaba definitivamente hecho unos zorros —. ¿Quieres unirte al juego?

—Paso. —Arrebatándole las cartas de la mano a Lenster, Michael las puso sobre la mesa, doblándolas por él.

—¿Por qué has hecho eso? —exigió Lenster.

Michael tiró a Lenster de la silla, le arrebató los pocos marcadores que le quedaban y sacó al hombre fuera.

—¿Por qué has ido a estropearme la diversión, Exeter? Hubo un tiempo en que habrías estado a mi lado —preguntó Lenster.

La verdad de esa afirmación hizo que Michael se estremeciera.

—Como ya he dicho antes, Lenster, los tiempos cambian. —Observó atentamente a su viejo compañero—. Pero no para ti, al parecer. He oído que has vuelto a las andadas.

El pánico parpadeó en los ojos de Lenster antes de apartar la mirada.

—¿Has venido a sermonearme otra vez, Michael? —Chasqueó la lengua mientras sacudía la cabeza—. Últimamente te has convertido en un pesado.

Pero, como un sabueso que persigue el olor del zorro, Michael sabía que Lenster ocultaba algo.

—No hablemos de mí, entonces, viejo amigo —murmuró en tono suave, para invitar a la confidencia—. Hablemos de ti, porque últimamente eres mucho más interesante, ¿no?

—Esa es una apuesta por la que apostaría un billete de una libra —comentó con una risa ebria—. Y pronto tendré muchas libras que apostar.

Perfecto. Por suerte para él, Lenster estaba tan apestosamente borracho que ni siquiera se daba cuenta de que estaba siendo manipulado. Llevando a Lenster a soltar aún más la lengua, Michael le dio una palmada en el hombro.

—Hay que felicitarte entonces, amigo mío, ¿verdad? No todos los días un hombre recupera su fortuna.

—No, desde luego que no. —El pecho de Lenster se infló—. Solo el más astuto de nosotros puede conseguirlo. —Frunció ligeramente el ceño, estrechando la mirada hacia Michael —. ¿Cómo recuperaste el tuyo?

—Con trabajo duro —ofreció Michael.

Lenster lo encontró extremadamente divertido.

—Cristo, suenas como un maldito comerciante —comentó cuando hubo terminado de reír —. Si sumara todo el maldito dinero que he gastado en juegos de azar y en mis otras diversiones, ascendería a una maldita fortuna. —Torciendo el dedo, Lenster se inclinó más cerca y susurró—: Soy mucho más listo que tú, porque he descubierto una forma de tener mi pastel y comérmelo también.

Acercándose, Michael preguntó:

—¿Cómo es eso?

—Usando la cabeza y fomentando... el libre comercio. —Sonrió, complacido por su forma de expresarse—. Así es, en efecto. Consigo algo que otra persona quiere y lo cambio por algo que yo quiero: su dinero.

Con cada palabra que pasaba por la boca de Lenster, Michael se convencía más de que

Jennifer y Alyson habían tenido razón todo el tiempo.

—Parece como si hubieras descubierto una forma mucho mejor de recuperar tu fortuna, Lenster. —Echó un brazo de compañía sobre los hombros de Lenster—. ¿Te importaría compartir tus conocimientos con un viejo amigo?

En un instante, Michael supo que había ido demasiado lejos. Con un tirón, Lenster se apartó, volviéndose para mirar sospechosamente a Michael.

—Así que ése es tu juego, ¿verdad, viejo amigo? —murmuró sombríamente—. No has tenido nada que ver conmigo durante años, y de repente te pones a husmear a mi alrededor, intentando sacar tajada de mi acción. —Sacudiendo la cabeza, Lenster empezó a dar tumbos hacia atrás—. Soy demasiado listo para dejarme engañar por tus artimañas.

Michael intentó recuperar parte del terreno que había perdido con aquel paso en falso.

—No es así, Lenster —insistió, añadiendo una nota de sinceridad a su voz—. Nunca dejamos de ser amigos. ¿No te acabo de dar algo contundente?

De nuevo, Michael sintió que había cometido otro error.

—Puede que me arrojaras una mísera suma, es cierto, pero también me dijiste que no volviera a hablarte —gruñó Lenster con amargura—. Te creías demasiado bueno para gente como yo, así que no pienses que solo porque yo vaya a conseguir algo de lo mío puedes venir a buscar mi ayuda. —Escupió a los pies de Michael—. Veremos quién es mejor que quién.

Mientras Lenster se alejaba dando tumbos, Michael esperó a que hubiera doblado la esquina del callejón antes de empezar a seguirle. Con un poco de suerte, el tonto borracho se sentiría motivado para comprobar su inversión, y conduciría a Michael directamente hasta Isaac. Asegurándose de quedarse lo bastante atrás, Michael siguió a Lenster a través de las oscuras calles hasta las mismas entrañas de Londres.

Finalmente, Lenster se detuvo frente a un edificio en ruinas, mirando a la derecha, luego a la izquierda, antes de escabullirse al interior. Con la sangre bombeándole por las venas, Michael se acercó al edificio, rodeando el exterior para ver si había otra forma de entrar. En la parte trasera, Michael encontró lo que solía ser una escalera que conducía a un rellano del segundo piso, pero hacía tiempo que se había roto, dejando atrás solo una parte de la estructura.

Con todas las ventanas inferiores tapiadas, Michael no creía encontrar otra forma de entrar en el edificio cuando por casualidad se fijó en la casa de al lado. En la parte trasera de esa estructura también había una escalera, pero ésta parecía intacta y conducía a un balcón superior, que estaba a escasos metros del rellano superior del edificio de Lenster.

Sin esperar ni un momento más, Michael se apresuró a acercarse a la puerta y subió con cuidado las escaleras. Saltó fácilmente al rellano superior del edificio de Lenster. Apoyándose contra la pared exterior, se asomó a la sucia ventana. A través de la suciedad, le pareció ver a alguien sentado junto a la pared opuesta. La excitación palpitó en su interior mientras utilizaba la manga de su camisa para limpiar la ventana.

La excitación le heló hasta los huesos cuando vio quién estaba sentado contra la pared del fondo, atado como un cerdo camino del matadero. Robert. Y a su derecha yacía un Isaac atado, mientras que un tercer hombre, atado también, yacía a la izquierda de Robert.

Maldiciendo en voz baja, Michael volvió a hundirse contra la pared. ¿Cómo demonios había entrado Robert ahí? No es que importara. No, lo único que necesitaba saber ahora era cómo iba a rescatar a los tres hombres sin ser detectado. Girándose, Michael volvió a mirar por la ventana, esta vez intentando ver a los captores de Robert. Aunque no los vio, oyó otras dos voces masculinas además de la claramente arrastrada de Lenster.

Las probabilidades de que Michael pudiera colarse sin ser detectado en la habitación, liberarlos a los tres, ayudarlos a salir y bajar las escaleras y luego alejarlos del edificio eran terriblemente escasas. Así que, por mucho que quisiera lanzarse al ataque y salvar a su hermano, Michael se obligó a pensar con lógica. La única forma de salvar a su hermano era dejarlo aquí e ir en busca de ayuda.

La determinación le apretó las tripas cuando Michael volvió a asomarse por la ventana, presionando dos dedos contra el cristal como si quisiera tocar a Robert, para decirle que la ayuda estaba en camino. Luego, retrocedió, bajando del edificio... y dejando atrás a su hermano.

Era una de las cosas más difíciles que Michael había hecho nunca, y rezaba para que no fuera el mayor error que cometiera jamás.



Sentada hacia delante, Jennifer miró al señor Baker.

—¿Y si el señor Lewis estaba cerca de encontrar a Isaac? ¿Demasiado cerca? Tal vez se

llevaron al señor Lewis para evitar que condujera a lord Barrington y a las autoridades hasta Isaac.

El señor Baker se frotó la barbilla.

—Siempre existe esa posibilidad, porque creemos que el señor Lewis era la víctima prevista. Por desgracia para la marquesa, simplemente se interpuso.

—¿Entonces por qué se lo llevaron? —preguntó Alyson, obviamente angustiada, pero aún controlada—. ¿Por qué no simplemente noquearlo y abandonarlo?

—Quizás Robert vio sus caras más de cerca esta vez —sugirió Lady Barrington—. Por lo que me ha contado, la última vez que se encontró con estos horribles malhechores estaba oscuro y nublado. Usted mismo dijo que no les había visto bien la cara.

—Eso tiene un razonamiento sólido —estuvo de acuerdo el Sr. Baker.

—Todo lo que ha sugerido tiene sentido para mí —dijo su padre, antes de negar con la cabeza—. Pero lo que no entiendo es por qué los secuestradores tardaron tanto en enviar una nota de rescate.

—¿Quién puede decirlo? —respondió el señor Baker, alzando los hombros—. Tal vez querían darles a los Burnbaum una muestra de la vida sin su hijo, haciéndoles tan ansiosos por recuperarlo que pagarían cualquier cantidad.

La mano de papá temblaba mientras se la frotaba por la cara.

—No tardaría ni unos días en estar dispuesto a entregar mi fortuna para recuperar a una de mis hijas.

Jennifer supo por la inflexión de la voz de su padre que estaba pensando en perder a una de ellas, igual que había perdido a su madre.

—Por suerte, no tendrás que preocuparte por eso, papá —le aseguró ella—. Tanto Alyson como yo estamos aquí, sanas y salvas.

Parpadeando rápidamente, su padre asintió.

Todos saltaron al oír el sonido de la puerta principal golpeando contra la pared.

—¡Jennifer!

El bramido de Michael sacudió la casa.

—Aquí dentro —gritó ella, apresurándose a llegar hasta él—. ¿Qué ocurre?

Derrapando hasta detenerse en el interior del salón, Michael barrió con la mirada a los presentes, antes de posarse en ella.

—Es Robert —jadeó, completamente sin aliento—. Tienen a Robert.

—Lo sé —murmuró Jennifer, tendiendo la mano para consolar a Michael. Pero él la

sacudió—. No lo entiendes. Sé dónde está.

Todos los presentes estallaron ante aquel pronunciamiento, hasta que el señor Baker pidió silencio a gritos y explicó a Michael que era el colega del señor Lewis.

—Robert está retenido en un edificio cerca del río —explicó lo más rápidamente posible —. Isaac Burnbaum y un tercer hombre que no reconocí también están allí. Todos están atados y parecen aturdidos o inconscientes. —Haciendo una pausa solo para tomar aliento, continuó—. Aunque no pude ver a los captores, oí tres voces distintas que procedían de una zona apartada de la habitación del segundo piso donde está retenido mi hermano.

—¿Cuál es la ubicación exacta del edificio? —Después de que Michael se lo dijera al Sr. Baker, se dirigió fuera de la habitación, deteniéndose solo para dar indicaciones—. Quiero que todos ustedes esperen aquí. Voy a reunir a mis hombres y pronto tendremos al marqués en casa, donde debe estar, así como al Sr. Burnbaum y al Sr. Lewis.

Sin esperar respuesta, el señor Baker salió corriendo de la casa.

—No sé el resto de vosotros, pero yo me iré al infierno y volveré antes de sentarme aquí y esperar mientras mi hermano está cautivo.

—Voy contigo —dijo Jennifer inmediatamente, y un instante después Alyson, su padre y Lady Barrington se sumaron también.

Asintiendo bruscamente, Michael empezó a dar órdenes.

—He ideado un plan, así que quiero que todos hagáis exactamente lo que os diga. No creo

que necesitemos utilizarlo, ahora que los corredores van a estar allí, pero es mejor estar preparados.

Mientras Jennifer, Alyson y lord Lambert se apresuraban a recuperar los objetos solicitados por Michael, su madre se acercó a él y le ahuecó la cara.

—Sonabas igual que Robert ahora, ladrando esas órdenes.

—Te lo devolveré, madre —prometió Michael, apretando la mano de ella contra su mejilla.

Ella le dedicó una sonrisa con los ojos llorosos.

—No lo dudo ni por un momento. —Resoplando, se apartó de él, enderezó la espalda y le miró a los ojos—. Ahora, dime qué puedo hacer para no sentirme como una vieja inútil.



Les había costado mucho convencer al conductor del carruaje de alquiler para que les dejara bajar en una zona tan peligrosa de la ciudad, pero el destello del dinero de Michael había aliviado la preocupación del hombre. Escabulléndose por callejones, habían llegado por fin al edificio donde tenían retenido a Robert. Una débil luz brillaba desde la ventana del segundo piso como un faro que les llamaba a rescatar a Robert, Isaac y el señor Lewis.

Aún así, permanecieron sentados, callados y vigilantes, esperando la llegada de los corredores.

—¿Debemos esperar? —preguntó Alyson por tercera vez.

—Es lo más sensato.

Mirando la espalda tensa de Michael, Jennifer se dio cuenta de que, aunque se comportara de forma muy responsable, lo único que realmente deseaba era irrumpir en aquel edificio y rescatar a su hermano. Era exactamente como ella se sentiría si fuera Alyson la que estuviera en aquel horrible lugar. Era extraño cómo estaba sentada aquí, en este callejón cochambroso, aterrorizada por el bienestar de tres personas, fría y asustada, y sin embargo se sentía completamente en sintonía con Michael.

En esta horrible situación, en la que su bienestar estaba en peligro, la vida estaba despojada de todo menos de su esencia. Y en el centro de su corazón se encontraba Michael.

Deseando poder decírselo, Jennifer se conformó con ponerle la mano en la espalda. Él se puso en marcha bajo su mano cuando se oyó un fuerte estruendo procedente de la habitación del segundo piso, seguido de gritos de rabia.

—No creo que podamos esperar más —dijo Michael, volviéndose para mirarlos—. ¿Recuerda todo el mundo lo que se supone que debe hacer?

Al oír sus asentimientos, Michael miró a Jennifer a los ojos durante un instante de infarto antes de hacer un gesto a su padre y dirigirse escaleras arriba. Recogiendo sus materiales, Jennifer se apresuró a la parte trasera del edificio y comenzó a mezclar su brebaje especial, mientras Alyson y lady Barrington se dirigían a la parte delantera del edificio para esperar la

llegada de los corredores.

Echando la cabeza hacia atrás, esperó a que Michael y su padre estuvieran en posición en el rellano del segundo piso; entonces, a la señal de Michael, dio un paso atrás y arrojó el ácido en el recipiente. La explosión sacudió los cimientos de la casa mientras Michael, con la pistola desenfundada, salía por la ventana y desaparecía en el interior del edificio, seguido por su padre.

Siguiendo las instrucciones de Michael, Jennifer se deslizó de nuevo entre las sombras detrás del segundo edificio para esperar su siguiente señal.

La explosión de Jennifer había funcionado a las mil maravillas, alarmando a los captores de Robert y facilitando que Michael y lord Lambert entraran en la habitación sin ser detectados. Los dos secuestradores se entregaron a Michael y Lord Lambert sin oponer resistencia.

—¿Dónde está Lenster? —preguntó Michael mientras ataba a los dos hombres.

—Se ha ido —dijo el hombre más bajo, una verdadera fuente de información.

En cuanto los dos captores estuvieron asegurados, Michael y lord Lambert empezaron a desatar a Robert y al señor Lewis. Solo había empezado a desatar las cuerdas que ataban a Robert cuando oyó algo detrás de él. Rodando hacia un lado, apenas logró escapar de ser golpeado hasta quedar inconsciente por nada menos que su viejo amigo, Lenster. El padre de Jennifer yacía a los pies de Lenster en un montón inconsciente.

—Sabía que no podrías resistirte a meter las narices en mis asuntos —se mofó Lenster mientras apuntaba a Michael con una pistola—. Eres un tonto, Exeter.

Por el rabillo del ojo, Michael vio a Robert sacando las manos de las cuerdas. Pero sabía que Robert aún estaba grogui, así que no iba a confiar en su ayuda.

—Solía ser un tonto —aceptó Michael sin vacilar—. Pero ya no.

Lenster pasó por encima de Lord Lambert, acortando la distancia entre ellos.

—Desde mi punto de vista, diría que eso es mentira.

—¿En serio? —dijo Michael en tono de consideración—. Entonces supongo que tendré que demostrarte que soy un hombre cambiado. —Antes incluso de que terminara de pronunciar la última sílaba, Michael se lanzó contra las piernas de Lenster mientras éste disparaba, enviando la bola de plomo inofensivamente contra la pared. Cuando Lenster cayó al suelo, Michael se le echó encima y estampó su puño en la cara de Lenster, dejándole inconsciente.

Michael retiró el puño para dar un último puñetazo al hombre que había amenazado a su familia.

—Creo que ya es suficiente.

A Michael se le revolvieron las tripas al ver primero a su madre y luego a Alyson entrar en la habitación... seguidas por otra mujer, que apuntaba con una pistola a la cabeza de Alyson.

—Lady Serena, supongo —dijo Michael, cuando todas las piezas encajaron.

—Muy inteligente por su parte —murmuró ella, con sus ojos azules bellamente perfilados y muertos—. Pero tendría que serlo para estropear todos mis planes.

Señaló hacia Lenster.

—Sabía que no tenía la inteligencia necesaria para llevar a cabo un secuestro. —Recordó el informe del corredor sobre Lenster—. ¿Era usted el cerebro detrás de sus planes de chantaje?

—¿También sabe eso? —Su sonrisa le heló hasta los huesos—. Mi hermano es un borracho que se gastó todo nuestro dinero al año de la muerte de nuestros padres. —Su mandíbula se tensó—. Durante un tiempo, le permití que dirigiera nuestras vidas, hasta que lo estropeó todo por completo, dejándonos sin dinero y sin hogar. —Sus ojos muertos empezaron a brillar con locura.

—Ya estaba harta de ser pobre, de depender de la generosidad de los demás para tener un lugar donde vivir.

—Así que decidió capitalizar el único activo que le quedaba —concluyó Michael con precisión—. Su belleza.

—¿Y por qué no? Las mujeres llevan cientos de años ganando dinero a costa de la tonta lujuria de los hombres. —Ella sacudió la cabeza con orgullo—. Yo solo soy más lista que las demás y he descubierto una forma de hacerlo sin vender mi cuerpo.

Señalando con el pulgar a Isaac, mantuvo a Serena mirando hacia él, esperando que no se diera cuenta de que Robert movía las piernas para desatar los últimos nudos que lo sujetaban.

—Así que atrajo al joven Isaac hasta aquí, haciéndole creer que se había enamorado de él, cuando todo el tiempo, todos ustedes planeaban secuestrarlo y pedir un rescate. —Captó el brillo

burlón en su expresión—. Nunca tuvisteis la intención de devolverlo a casa con vida, ¿verdad?

—Nos había visto, a todos nosotros —comentó Serena, sin dejar ninguna duda en la mente de Michael—. Se suponía que mi hermano lo había matado y se había deshecho del cadáver, pero también se las arregló para estropearlo. Dijo que no tenía estómago para hacer el trabajo. Lo habría hecho yo misma, pero era demasiado peligroso que me vieran aquí abajo hasta que tuviéramos nuestro dinero.

—Así que cuando Alyson la reconoció en el parque, debió entrar en pánico, porque empezó a cometer errores.

—¡Yo no cometo errores!

Levantando las manos, repelió su ira.

—Bien, bien. No comete errores. —Hizo una pausa antes de señalar—: Sin embargo, cuando usted dispuso que se llevaran al Sr. Lewis, alguien vio todo el incidente. —Se golpeó la rodilla con el dedo—. Ah, sí, y no olvidemos que conseguí encontrar este escondite.

—Solo gracias al idiota de mi hermano —espetó Serena, señalando a Lenster con el arma.

—Pero usted es la que está al mando; la responsable de que las cosas se hicieran bien.

Cuando Serena blandió la pistola de Alyson hacia él, Michael se recompuso de su éxito.

—No se me puede hacer responsable de los errores de los demás —se mofó Serena.

—Ah, pero lo es —se burló Michael de ella.

—¡Basta! —El grito de Serena resonó en toda la habitación—. Todavía puedo hacer que esto funcione.

—¿Cómo? —exigió Michael, empujándola al borde del abismo—. ¿Matando hasta el último de nosotros, y luego recogiendo el dinero de los padres de Isaac?

—Precisamente —asintió Serena con una sonrisa malvada.

—¿Y qué hay de los corredores que vienen hacia aquí en este mismo momento?

—Me habré ido mucho antes de que lleguen. —Comenzó a apretar el gatillo—. Pero primero, tengo que limpiar este desastre.

Mirando a Serena a la cara, Michael supo que era hombre muerto.

¿Por qué tardaba tanto?



Jennifer mantuvo una mirada inquebrantable sobre la ventana ahora abierta, esperando ver cómo Michael le hacía el gesto de «todo despejado» que habían acordado. Pero a medida que pasaban los minutos, le preocupaba cada vez más que algo hubiera salido mal.

A medida que transcurría otro minuto sin señales de Michael, supo que algo iba mal. Pero, ¿qué debía hacer? Todo lo que Michael había necesitado de ella antes era una distracción. Tal vez si ella le proporcionaba otra, podría ser capaz de salir por sí mismo de cualquier problema que les hubiera ocurrido.

Luego, si eso no funcionaba, treparía y les ayudaría ella misma.

Abriendo su valija, sacó la catapulta en la que había estado trabajando durante tanto tiempo. Adivinando el ángulo trágico, la colocó en su sitio, antes de empezar a mezclar otro explosivo. Pero esta vez, utilizaría bicarbonato de sodio en lugar del ácido, más peligroso. Sería más seguro para todos los presentes, pero proporcionaría el mismo efecto humeante.

Su visita a la fábrica de Michael le había inspirado esta nueva mezcla, así que era lógico que la utilizara para ayudarle. Empapó un trapo en la mezcla base, luego lo ató alrededor de la roca más grande que pudo encontrar y la colocó en la cuna de la catapulta.

Tras una última comprobación del mecanismo de liberación, vertió vinagre sobre el trapo para iniciar la reacción química antes de soltar el brazo, enviando el trapo, ahora efervescente y humeante, volando hacia la ventana.

En el blanco.

Mientras Michael se preparaba para lanzarse hacia un lado, otra fuerte explosión reverberó en el aire nocturno. El humo llenó el aire y Michael hizo su movimiento. Conteniendo la respiración, se dirigió hacia la parte más espesa del humo, escondiéndose dentro de la nube mientras Serena recuperaba el sentido y empezaba a blandir su pistola en su busca.

—¿Dónde estás, bastardo?—gritó ella, volviéndose hacia donde él se encontraba en el humo que ahora se dispersaba. Cuando ella empezó a sonreírle, Michael comprendió la verdadera maldad por primera vez en su vida.

—Es hora de que mueras —murmuró ella mientras le apuntaba con la pistola directamente al corazón.

Serena apretó el gatillo y Michael cayó de rodillas, fuera de peligro, justo cuando Robert la agarró de las piernas, haciéndola caer al suelo. Cuando Alyson y su madre recuperaron la cuerda que habían utilizado con Robert, Michael ató fuertemente a Serena, antes de pasar a atar al todavía inconsciente Lenster. Su madre desató al señor Lewis y a Isaac, mientras Alyson acunaba las cabezas de Robert y de su padre en su regazo.

Apretando el último nudo de las ataduras de Lenster, Michael se puso en pie mientras Jennifer entraba a trompicones en la habitación, seguida por el señor Baker y un pequeño ejército de corredores de Bow Street. Frenética, escrutó la habitación hasta que le vio. En un instante, estaba en sus brazos.

Y todo estaba bien en el mundo.

21

—Nunca sospeché nada —admitió Alyson, con la boca apretada al recordar cómo la habían engañado—. E incluso la dejé llorar en mi hombro.

La risa de Robert se convirtió en un gemido mientras se sujetaba la cabeza donde le habían golpeado.

—Pobrecito mío —murmuró Alyson, inclinándose para darle un beso en el lugar herido. Habían salido de aquel horrible edificio... después de escuchar al señor Baker hablar de cómo podían haberles matado a todos... como si no lo hubieran averiguado ya por sí mismos... y todos habían vuelto a su casa.

Jennifer y Michael se habían ido juntos a alguna parte y Lady Barrington atendía a su padre, dejando a Alyson sola con Robert en la terraza, sentados uno al lado del otro en un fresco banco de mármol.

—Todo el tiempo que estuve en aquel horrible lugar, no estaba seguro de si iba a salir vivo de allí —dijo Robert en voz baja—. Y al pensar en mi vida, me di cuenta de que hay muchas cosas de las que me he arrepentido, pero ¿sabes cuál fue mi mayor arrepentimiento?

Alyson negó con la cabeza, ni siquiera dispuesta a hacer conjeturas.

Levantando la mano, arrastró los dedos por el nacimiento de su pelo, llegando a curvarse alrededor de su nuca.

—Me arrepentí de no haber aceptado tu oferta.

—¿Qué oferta?

Soltándola, Robert se levantó y le tendió la mano.

—¿Me concedes el honor de este baile?

La comprensión y el amor la inundaron cuando colocó su mano dentro de la de él, permitiéndole que la tirara del banco y la abrazara. Tarareando suavemente, la hizo bailar lentamente un vals alrededor de la terraza.

—He muerto y me he ido al cielo, pero nadie tiene el valor de decírmelo —murmuró Robert contra su pelo.

—No te palpitaría la cabeza si estuvieras en el Cielo —señaló Alyson riendo.

Arqueando la espalda contra su brazo, Robert la miró.

—He sido tan tonto, Alyson. Casi dejo pasar la vida sin disfrutar ni una sola vez de los

placeres sencillos, como bailar el vals con la mujer que amo bajo una noche besada por las estrellas.

—¿La mujer que amas? —repitió ella, con la boca repentinamente seca—. ¿Tan fuerte te golpeaste, Robert?

Él volvió a reír, haciendo una mueca de dolor al hacerlo.

—No te preocupes. Volví en mí antes del golpe en la cabeza. —La sonrisa se le borró de la cara y detuvo su baile—. Sé exactamente lo que digo cuando te digo que te quiero, Alyson Berkley. Cuando llegaste a mi vida, me aterrorizaste. Estaba convencido de que me volverías loco con tu impulsividad, tu entusiasmo por abrazar todo lo que la vida te ofrece, tu pura imprevisibilidad. —La mirada de sus ojos lo decía todo—. Pero si esto es una locura, entonces me comprometo voluntariamente, porque estar sin ti sería como vivir en un mundo sin luz. —Lentamente, inclinó la cabeza y la besó con ternura, su tacto prometía un cúmulo de felicidad—. Por favor, di que te casarás conmigo y me salvarás de mi horrible destino —terminó con una sonrisa.

Inclinando la cabeza hacia un lado, ella le miró.

—Tal y como van las propuestas, milord, esa era decididamente de naturaleza humorística, totalmente inadecuada para una joven correcta... —Haciendo una pausa, le rodeó el cuello con los brazos—. ... y totalmente perfecta para mí.

Con un gemido, Robert capturó su sonrisa con su beso, tan seguro como había capturado su corazón.



—... y cuando creaste esa segunda explosión en... —Michael se interrumpió, frunciendo ligeramente el ceño—. ¿Cómo lo hiciste?

Juntando las manos a la espalda, Jennifer paseó junto a un Michael cubierto de hollín por el tranquilo jardín que había detrás de su casa.

—Como no estaba segura de dónde me necesitarías para desencadenar la explosión, me traje la catapulta que había diseñado. Cuando no me hiciste ninguna señal, supe que algo había ido mal, así que pensé que necesitarías otra distracción.

Michael le sonrió, sus dientes brillaban blancos bajo su piel oscurecida.

—¿Te he dicho que eres positivamente brillante?

Sus palabras la complacieron y la avergonzaron.

—¿Te he dicho que eres positivamente un desastre?

Abriendo los brazos, se acercó a ella.

—Ven a darme un abrazo —murmuró mientras la abrazaba, dejando vetas de hollín por toda ella.

Riendo, ella empujó contra él, intentando liberarse.

—Basta, Michael.

Él se quedó quieto.

—No tengo intención de parar —dijo seriamente—. Ni ahora ni nunca.

Jennifer dejó de retorcerse entre sus brazos.

—Bien.

La miró fijamente con tal intensidad que parecía como si intentara ver con claridad hasta su misma alma.

—¿Lo dices en serio?

—¿Qué quieres decir? —Aferrándose a sus solapas irremediablemente manchadas, se encontró con sus ojos—. ¿Que si quiero decir que te quiero? Sin duda alguna. ¿Qué si quiero decir que creo que podría encontrar la felicidad viviendo en la ciudad? Mientras esté contigo, sí. —La certeza que había sentido en aquel horrible callejón descansaba segura en su interior—. ¿Qué si quiero decir que pienso mantener tu propuesta? —Deslizándose de puntillas, se acercó a un pelo de sus labios—. Solo intenta alejarte de mí ahora.

—Jennifer —susurró él antes de reclamar su boca con una pasión, un hambre, un amor que ella sabía que nunca acabaría—. Te haré feliz, te lo prometo.

Ella le sonrió.

—Me haré feliz a mí misma —dijo con confianza—. Pero tenerte en mi vida me hará aún más feliz.

—Es un trato. —Inclinando la cabeza para besarla de nuevo, Michael se apartó en el último momento—. ¿Me harías una demostración de tu catapulta? Parecía asombrosamente precisa y yo...

—Más tarde —murmuró ella, atrayéndole hacia sí—. Mucho más tarde. —Michael siguió sus planes de muy buena gana.



Casi había anochecido cuando Gregory entró por fin en su alcoba, más tranquilo de lo que había estado en mucho tiempo. Eleonor revoloteaba cerca de la chimenea, poco más que una sombra nebulosa.

—Ya es hora, Gregory —dijo, su voz sonaba muy lejana.

—Sí —asintió él finalmente—. Ya es hora. —Apartándose de la puerta, se acercó a la silla donde se había sentado muchas noches, hablando con ella, mirándola, anhelándola—. Te sigo queriendo, Eleonor, pero esta noche, mientras veía a nuestras hijas ponerse en peligro por los hombres que han llegado a amar, me di cuenta de lo injusto que había sido con ellas, contigo,

incluso conmigo mismo. —Se agarró al respaldo de su silla, intentando encontrar las palabras adecuadas para explicar lo que sentía en su corazón—. Si hubieran matado a Robert, habría abrazado a Alyson mientras lloraba, y luego la habría instado a que lo dejara marchar, pues aún es una mujer joven a la que le queda una vida por vivir. —Levantando la mano, la apretó contra su pecho—. Y esta noche me he dado cuenta de que a mí también me queda una vida por vivir. No tanto como a Alyson, es cierto, pero lo suficiente como para que desperdiciarla fuera un crimen.

El fantasma de Eleonor pareció brillar.

—Eso es muy cierto, amor mío —susurró ella, un sonido aéreo que le acarició.

—Tampoco es lo que yo hubiera querido para ti si hubiera sido yo quien muriera. —Sonrió a su esposa. Por primera vez desde su muerte, no sintió ira, solo una tranquila aceptación—. Has sido muy paciente conmigo, Eleonor, permaneciendo a mi lado todos estos años. Si nuestras posiciones hubieran sido al revés, apuesto a que te habría despotricado sin parar.

Lentamente, ella sacudió la cabeza.

—Me necesitabas, Gregory.

—En efecto, lo hice —admitió él, sabiendo que se habría hundido en un oscuro abismo para siempre sin Eleonor guiándole fuera de la oscuridad—. Siempre te querré, Eleonor, y siempre te echaré de menos, pero por fin he aprendido a vivir sin ti. —Le sopló un suave beso, deseando brevemente poder besarla en serio para despedirse, pero también dejó escapar ese deseo—. Adiós por ahora, mi amor.

Llevándose las manos a los labios, Eleonor le sopló suavemente un beso, su aliento una brisa suave y dulcemente perfumada que lo bañó. Cerrando los ojos, Gregory inhaló profundamente, y cuando volvió a abrirlos, ella se había ido.

Los primeros rayos de sol de la mañana atravesaron su habitación, librando cada rincón de sombras. Apartando su silla de la oscuridad junto a la chimenea, Gregory la colocó directamente frente a la ventana y se sentó a ver salir el sol.

Epílogo

Se anunciaba como la Boda del Año.

Jennifer estuvo a punto de reírse a carcajadas ante aquel pensamiento, pero logró contener su diversión. Difícilmente le pillarían riéndose en el altar. Al sentir su mirada clavada en ella, Jennifer miró a través de la extensión de mármol... y directamente a los ojos de su marido.

Su marido.

Solo pronunciar esas palabras le produjo un escalofrío de asombro y placer. Dos semanas antes, se habían casado en la capilla de Godmersham, con la asistencia de amigos íntimos y familiares. Incluso los Burnbaum habían viajado desde Londres para asistir. La imagen de Michael esperándola en el altar, con Robert de pie a su lado como padrino, permanecería para siempre en su corazón.

Ahora Michael estaba al lado de Robert mientras Alyson y Robert se unían. Delante de una multitud. Sorprendentemente, Jennifer se sintió a gusto. Por fin había encontrado la aceptación que había anhelado durante tanto tiempo. Ella y Michael vivían al lado de los Burnbaum en

aquella encantadora sección de la ciudad, y su nueva casa venía completa con un gran cobertizo en la parte de atrás que ella había convertido inmediatamente en su nuevo taller. Ya había empezado a trabajar en uno de los diseños de Michael para construir una máquina que le ayudaría en su fábrica.

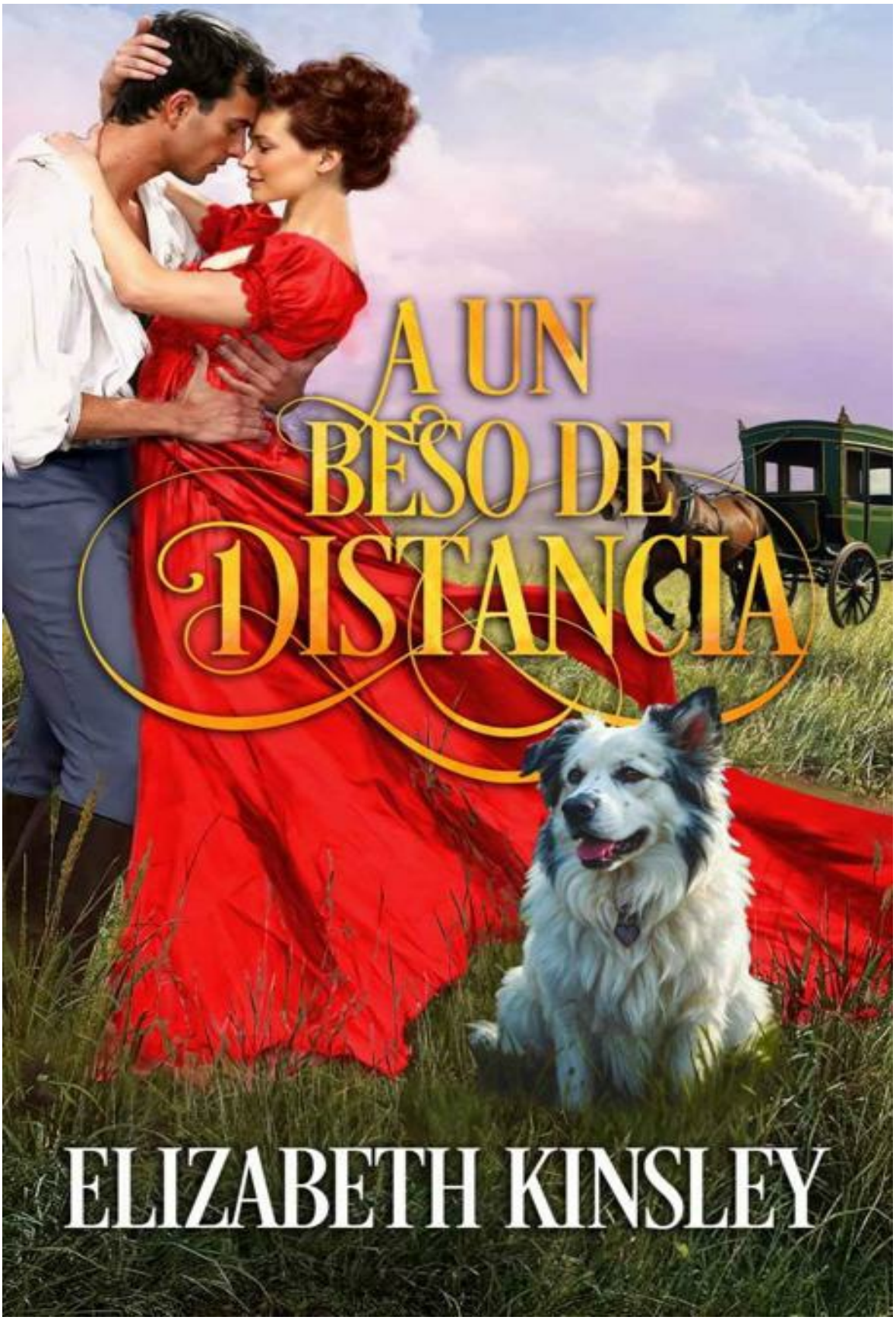
Como era de prever, la tonelada los habían condenado al ostracismo al enterarse del oficio de Michael. Sin embargo, eso no les importaba lo más mínimo a ninguno de los dos. Se habían construido una nueva vida, llena de amigos, amor y familia. Jennifer sonrió al otro lado del altar a su marido. No, nunca lamentaría haber perdido su estatus social; estaba demasiado ocupada siendo feliz.

Mientras sonaba la música del órgano, Jennifer vio a su hermana deslizarse por el pasillo del brazo de su padre. Conduciendo a Alyson hasta el altar, la entregó al cuidado de Robert y dio un paso atrás. Y en su corazón, Jennifer supo que de algún modo, de alguna manera, su madre estaba hoy aquí... igual que había estado en su boda hacía dos semanas.

Al ver la adoración en el rostro de Robert mientras contemplaba la expresión de amor de Alyson, Jennifer supo que ellos también encontrarían la felicidad que ella y Michael habían encontrado. Su hermana sería una perfecta marquesa.

Y en cuanto a ella, bueno, sería la perfecta esposa de un fabricante de pretzels.

Siguiente libro de la autora


A UN
BESO DE
DISTANCIA
ELIZABETH KINSLEY



Iba a ser un viaje tranquilo de tres horas, hasta que ella lo convirtió en un enredo lleno de percances que él nunca podría haber imaginado.

Lord Raversby lo tenía todo pensado, en este viaje le pediría matrimonio a la señorita Jones y su vida sería justo como él quería: regia y respetable al lado de una mujer apacible. Hasta que se encontró con la entrometida, alocada e impertinente señorita Everett.

La señorita Everett nunca pretendió oír a escondidas la incómoda proposición de matrimonio de lord Raversby, ni escuchar a la dama rechazarla. Tampoco entendió por qué él se enfadó tanto cuando ella le ofreció sus consejos al respecto, ni lo mucho que a él le irritó tener que aceptar su ayuda y compartir el carruaje.

Ahora, tras unas horas en su compañía, lord Raversby consideraba a la señorita Everett una amante del desastre y exigía que tanto ella como su loco perro mantuvieran la distancia.

 Una divertida aventura que podrás disfrutar si lees A un beso de distancia.

EXTRACTO



Capítulo 1

De entre la niebla salió él, con el pelo barrido por el viento más oscuro que el ala de un cuervo, el pulso en la base de la garganta palpitando con toda la furia de la apasionada sangre italiana que corría por sus venas.

Su capa negra forrada de escarlata se arremolinaba en torno a sus anchos hombros mientras extendía los brazos hacia ella. A pesar de que las ruinas del castillo se cernían tras él... a pesar de que su siniestra sombra proyectaba una mancha sobre la brillante belleza de la propia luna, Bethany se sintió segura mientras se lanzaba a su fuerte abrazo...

Perdida en las profundidades de su sueño, la señorita Bethany Mary Everett se revolvió sobre el duro asiento de madera de uno de los salones privados del White Hart. Sus cortos rizos castaños caían sobre su spencer[6], los pliegues de la chaqueta color rosa se arrugaban formando una almohada. Bethany estrechó contra su pecho el pesado volumen que había estado intentando leer cuando se había quedado dormida. Abrazando el libro con ternura, murmuró—: Oh, Archival. Archival, mi amor.

Sus dedos, cálidos y rugosos, se torcieron bajo su barbilla, obligando a Bethany a levantar la vista. Incluso mientras lo hacía, sus rasgos se desdibujaron, quedando oscurecidos por la niebla, pero sintió la curva completa de sus labios acercándose a los suyos...

Con un gemido bajo, Bethany se dio la vuelta, aferrando aún el libro. En precario equilibrio sobre el borde del asentamiento, se humedeció los labios en ansiosa anticipación del beso de su amante de ensueño.

Sus brazos la rodearon con fuerza. Tiró de ella más cerca, cada vez más cerca. Podía sentir

el calor de su aliento cargado de pasión. Su boca estaba a solo un susurro...

¡Thud! Bethany cayó del borde del banco, aterrizando con fuerza sobre el suelo de madera pulida de la posada. La caída la despertó al instante. Bethany se incorporó de golpe, empujando a un lado el pesado libro que de algún modo había caído sobre ella. Antes de que pudiera siquiera respirar, oyó un quejido bajo y luego una lengua cálida y áspera salió disparada, bañando el lateral de su cara con afectuosa preocupación.

—Abajo, Teddy, —ordenó Bethany con firmeza, apartando a un perro grande y delgado, con su brillante pelaje blanco manchado de negro. Se frotó la cadera magullada y parpadeó, intentando orientarse.

Su mirada viajó hacia arriba a lo largo de las huellas de carroza colocadas sobre robustas paredes de roble, la chimenea barrida de ceniza para el verano, la repisa cargada de platos y tazas de reluciente cobre y peltre. Desde fuera de la ventana abierta podía oír el traqueteo de las ruedas con llantas de hierro y los cascos de los caballos que anunciaban más llegadas y salidas del siempre bullicioso patio de la posada.

Sí, estaba en un salón privado del White Hart. En el suelo, para ser precisos. Había estado reposando aquí durante las últimas tres horas, desde que su carruaje se había roto una abrazadera a pocos kilómetros de la aldea de Godstone Green. El simpático casero del Hart le había ofrecido muy amablemente un libro con el que pasar el tiempo. ¿De qué se trataba ahora? Bethany consultó la portada del libro. El diario de viaje de Daniell, Vistas del Este. Los gustos literarios del señor Morrison no coincidían del todo con los suyos. No era de extrañar que se hubiera quedado dormida. Entonces había empezado a soñar, solo para caerse del alto respaldo justo cuando...

Los ojos verdes de Bethany se oscurecieron; su semblante, habitualmente de buen humor, se tensó en un ceño fruncido. Rechazando los intentos de su perro por consolarla, se puso en pie y volvió a sentarse en el asiento.

—¡Maldita sea!, —siseó. Su hermano, el santísimo reverendo Thorne Everett, habría palidecido de horror si la hubiera oído, El perro se limitó a ladear la cabeza, arqueando una oreja de aspecto desaliñado que estaba mucho peor por demasiados encuentros con gatos maleducados.

—Es demasiado provocador para soportarlo, Teddy, —dijo. Teddy emitió un ladrido comprensivo y apoyó la cabeza en su regazo. Bethany le rascó distraídamente detrás de la oreja —. Supongo que podría haber estado sumida en la pesadilla más espantosa y me habría pasado el día dormitando sin ser molestada. Pero cuando me enredo en el más delicioso de los sueños, nunca falla. Siempre me despierto en la mejor parte.

Su mano se aquietó y se posó sobre la cabeza del perro. Suspiró, sintiéndose despojada, como si realmente se hubiera visto privada del beso del conde de Fiorelli. Aunque nunca pudo enfocar claramente sus rasgos, conocía bien su nombre. El noble italiano había aparecido en demasiadas de sus fantasías, tanto dormida como despierta, además de haber surgido como personaje en muchas de las novelas que escribió para Minerva Press. Puede que llevara un nombre y un título diferentes tanto en Los misterios de Montesadoria como en La mano oscura a medianoche, pero seguía siendo, como siempre, su Archival: melancólico, apasionado y valiente.

Bethany medio sonrió ante sus propias tonterías, ignorando a Teddy cuando le dio un codazo en la mano con su fría nariz, indicándole su ferviente deseo de que reanudara el rascado. Aunque llevaba tres años escribiendo cuentos góticos de amor y terror, habría negado rotundamente ser una romántica. Es más, se suponía que las solteronas empedernidas de veintiún años no debían dar rienda suelta a sus vuelos de fantasía. Pero siempre había un rincón insensato de su corazón que la instaba a permitir que los brillantes colores de su imaginación salpicaran la monótona realidad. Incluso ahora estaba tentada de volver a estirarse en el banco, cerrar los ojos con fuerza y tratar de recuperar el sueño. Pero la experiencia le había enseñado que eso nunca funcionaba. Era posible volver a caer en las pesadillas, pero nunca en los sueños. Tendría que contentarse con su imaginación.

Pero ésa era la dificultad. Su imaginación nunca se resistió a conjurar lo que sería tener el costado ensartado por la espada de un villano, pero ese beso que desgarra el alma siempre se le escapaba. A pesar de dos compromisos rotos, nunca había experimentado nada parecido. Tanto sir Samuel Cabot como lord Steven Webster se habían contentado con besarle la mano. Quizá por eso nunca se había casado con ninguno de ellos.

Solo una vez la había besado un hombre en la boca, y había sido su primo Wilfred, la Navidad en que ella tenía quince años. Por una apuesta, su hermano menor, Jack, había obligado a Wilfred a hacerlo sosteniéndole una espada en la espalda. Con la boca de Wilfred tan fría por el miedo, sus manos húmedas, su abrazo le había recordado a Bethany una caballa muerta.

Podría haber utilizado ese beso de ensueño, pensó Bethany, para dar mayor autenticidad a las escenas románticas de sus libros. Pero allí... Se encogió de hombros. No podía pasarse el resto del día lamentándose por ello.

Se agachó para acariciar a Teddy pero lo encontró ausente. La atención del animal había sido reclamada por algo que había espiado a través de la ventana. Con todo el cuerpo tenso por la expectación, un gruñido grave y alegre brotó de la garganta de Teddy. Bethany reconoció el sonido demasiado bien. Era una advertencia que el perro reservaba especialmente para sus enemigos felinos.

—¡Teddy!, —dijo, intentando coger al perro del collar. Pero era demasiado tarde. Con una sacudida de sus poderosos cuartos traseros, Teddy subió al alféizar y saltó al exterior. Bethany llegó a la ventana a tiempo de ver un destello de mastín de color blanco y negro corriendo entre las patas de los caballos en persecución feroz de una pelusa gris caterva.

Empezó a gritar pero enseguida reconoció la inutilidad del esfuerzo. Teddy no le prestaría la menor atención. Volvería cuando estuviera preparado, para lamentarse de los nuevos arañazos o con la cola meneándose de victoria por haber obligado a su oponente a refugiarse en un árbol.

Bethany escudriñó el abarrotado patio de la posada, esperando vislumbrar a su propio

cochero trayéndole la grata noticia de que el carruaje estaría listo en breve para que continuara su viaje a Hastings.

Su familia la esperaba a las cinco en la casa que su padre había alquilado en el Royal Crescent, y tal como estaban las cosas ahora, pasaría mucho tiempo después de que oscureciera antes de que ella llegara, sobre todo porque no veía ni rastro de Fitch ni de su lacayo.

El patio de la posada parecía más confuso de lo habitual. Una diligencia procedente de Londres acababa de llegar, dejando bajar a sus pasajeros para sus veinte minutos de descanso y refrigerio. Justo detrás de ellos, un anciano caballero exigía una jarra de cerveza y un cambio de caballos para su carruaje de posta. Pero la mayor parte del alboroto procedía de un numeroso grupo que acababa de llegar al patio, formado por varios carruajes, un faetón de percha baja y algunos jóvenes a caballo, todos ellos viajando juntos, obviamente, en algún tipo de excursión. A medida que las damas descendían de los carruajes, camareros, mozos de cuadra y sirvientes volaban en todas direcciones para proporcionar el acostumbrado servicio relámpago de los Hart.

Incluso el propio anfitrión parecía atareado. El señor Morrison combinaba los ademanes de un alegre terrateniente rural con una enérgica eficiencia en el trato con sus invitados. Limpió su semblante querúbico con un gran pañuelo mientras inclinaba su rotunda figura para saludar a un hombre alto que llevaba un castor de alas rizadas y que se apeó del faetón.

En medio de tanto ajetreo, Bethany no dudó de que el casero probablemente se hubiera olvidado de la dama a la que había introducido en el salón privado horas antes. Pensó en enviar a su criada a hacer averiguaciones sobre la marcha de las reparaciones de su carruaje, pero como de costumbre, la alegre muchacha francesa no aparecía por ninguna parte. Era probable que Colette estuviera fuera coqueteando de nuevo con uno de los jóvenes y apuestos camareros.

Bethany se apartó de la ventana, mirando con poco entusiasmo el libro que yacía desechado en el suelo. Si no quería pasar el resto de la tarde absorbiendo más detalles sobre las mezquitas indias, tal vez fuera mejor que fuera ella misma a ver cómo estaba el carruaje.

De vuelta a su asiento, recuperó la spencer que le había servido de almohada e intentó alisar la prenda de terciopelo rosa cuya pila había quedado tristemente aplastada. Se encogió de hombros dentro de la chaqueta de cintura corta y luego la colocó sobre su bata de viaje de jaconet gris tórtola. Se abrochó el cierre de rana, observando con una mueca cómo la spencer parecía ceñirse sobre la curva de su pecho, como hacía toda su indumentaria.

Bethany se había oído describir a menudo como —La bella figura de una dama—. Siempre había supuesto que eso significaba que tenía una barbilla un poco demasiado franca para ser considerada bella, era demasiado alta y tenía los pechos llenos. Su madre siempre le recordaba que no debía encorvar los hombros hacia delante. Era un viejo hábito que había evolucionado de su timidez juvenil por ser pechugona cuando sus amigas aún parecían juvenilmente esbeltas. Su madre había intentado en vano ayudar a Bethany a corregir su postura. —La nieta de un general —, le recordaba Prudence Everett con severidad, —debe mantener siempre un orgulloso porte militar—. Pero su madre, no tan ampliamente dotada, no tenía ni idea de lo cohibida que se sentía una. Esos vestidos ceñidos de cintura alta que ahora estaban de moda hacían que Bethany se sintiera a menudo como el mascarón de proa de un barco.

Sin embargo, recordando la admonición de su madre, Bethany intentó enderezarse un poco. Sin la ayuda de un espejo, intentó poner un poco de orden en su caprichosa masa de rizos y luego se dirigió a la puerta.

Pero no había dado ni dos pasos cuando se dio cuenta de que había olvidado algo. Bastante culpable, miró hacia abajo, donde los dedos de sus medias asomaban por debajo del dobladillo de su bata. Era otra de sus malas costumbres: desprenderse siempre de sus zapatos y luego olvidar dónde los había puesto.

En el salón de la posada, escasamente amueblado, tardó poco en localizar una de sus zapatillas. Se sentó, luego deslizó el pie en el suave cuero azul, entrecruzó rápidamente el cordón y lo ató en un prolijo lazo.

Pero la segunda zapatilla resultó ser más escurridiza. Finalmente la encontró caída detrás de los morillos de la chimenea, como si alguien hubiera intentado esconderla. Ella bien podía creer que alguien lo había hecho. Bethany frunció los labios mientras examinaba su calzado. El cuero presentaba señales de muchas marcas de dientes, y el cordón húmedo y deshilachado estaba casi masticado. Ahora sabía cómo había pasado el tiempo Teddy mientras ella dormía la siesta.

—Maldito seas, Teddy, —murmuró mientras se hundía en el asiento, tratando de pensar cómo iba a ponerse la destrozada zapatilla. Esperaba que el perro hubiera superado por fin su afición a roer cualquier zapato desguarnecido que encontrara. Cuando el cordón se rompió en su mano, ahogó un juramento de vejación justo cuando oyó que la puerta del salón se abría tras ella.

Bethany esperaba que fuera la descarriada Colette. Sabiendo que debido al alto respaldo de la silla no podía ser vista desde la puerta, empezó a asomarse por el lado de madera para hacer notar su presencia. Pero en lugar de su doncella fue el regordete casero quien irrumpió diciendo —: Por aquí, lord Ravensby, y haré que envíen unos refrescos inmediatamente.

Para vergüenza de Bethany, el señor Morrison hizo pasar a un extraño caballero tan alto que tuvo que agacharse para no golpearse la cabeza contra el dintel de roble de la puerta. Ella se encogió detrás de la banqueta, bajándose rápidamente las faldas. Así compuesta, se preparó para llamar y alertar al anfitrión de su error: que este salón ya estaba ocupado.

Pero antes de que pudiera hacerlo, oyó decir al hombre al que se había dirigido como lord Ravensby—: No será necesario un refrigerio. Solo requiero el uso de esta sala durante unos instantes.

Bethany oyó el desconcertado —Oh,— del señor Morrison, y luego casi pudo imaginarse su encogimiento de hombros cuando añadió—: Muy bien, milord. —Volvió a salir, sin duda aliviado de poder atender a sus invitados más exigentes.

Al cerrarse la puerta, Bethany se dio cuenta de que se había quedado sola con el

desconocido. Haciendo una mueca, contempló con poco agrado la perspectiva de salir ahora cojeando y medio descalza para anunciar su presencia. Pero también la consumía la curiosidad. ¿Por qué demonios iba alguien a desear el uso de un salón privado solo por unos momentos? Antes de revelarse, se arriesgó cautelosamente a echar un vistazo a lord Ravensby, que estaba de pie justo al otro lado de la puerta, despojándose enérgicamente de sus guantes como un hombre que se prepara para alguna tarea sombría y difícil.

Desde luego, tenía que ser uno de los caballeros más corpulentos que ella hubiera visto jamás. Desde los talones de sus relucientes Hessian hasta la coronilla de su lustroso pelo de ébano, medía bastante más de metro ochenta. Una levita azul marino moldeaba a la perfección un conjunto de hombros anchos de lo más inflexible. El corte de sus inmaculados pantalones y chaleco color crema era sencillo, sin nada de dandi; su cuello estaba medio estrangulado por un cuello rígido y un corbatón anudado con precisión matemática. Pero la almidonada corbata no parecía más rígida que el semblante oscuro de Ravensby. Sus rasgos eran toscos, desde el corte cuadrado de su mandíbula hasta los duros planos de sus mejillas. Unas prohibitivas cejas negras sombreaban unos ojos tan oscuros como las espesas pestañas que los enmarcaban.

Sin ser en absoluto tímida ni apocada, Bethany se sintió sin embargo un poco reacia a señalar a este hombre de aspecto formidable que el salón ya estaba ocupado. Su vacilación resultó costosa. Lo siguiente que supo fue que la puerta se abrió por segunda vez. Su situación se volvió más incómoda cuando un camarero se apartó para permitir la entrada de una dama. Bethany juzgó que la dama no era mucho mayor que ella, pero mucho más elegantemente ataviada con un satén amarillo maíz, sus bellos tirabuzones ondeando bajo un bonete de pico. El camarero se retiró discretamente mientras la hermosa joven miraba a Ravensby a través de unos ojos violetas desorbitados por la sorpresa.

—Lord Ravensby, —protestó ella—. No era necesario que pidiera un salón privado. Vamos a cenar todos fuera. El casero ha dispuesto algunas mesas para nuestra reunión bajo los árboles. Todo será de lo más encantador…

—Lo sé, señorita Jones, —dijo Ravensby, barriendo sus objeciones con un brusco movimiento de su mano—. Pero quería tener el favor de pasar unos momentos a solas con usted antes de separarnos.

La cantidad justa de rubor se filtró en las mejillas de la señorita Jones para resaltar sus ojos.

—Eso suena de lo más impropio, milord, —dijo ella, esbozando una pequeña sonrisa—. Tal vez sea mejor que llame a mi tía.

No más impropio que su propia posición, pensó Bethany, maldiciendo mentalmente la insensatez que le había hecho tardar en hablar. Sería terriblemente embarazoso para ella salir ahora, pero no tenía ningún deseo de presenciar cualquier tipo de cita que estuviera a punto de tener lugar. Sin embargo, los ojos oscuros de Ravensby parecían más impacientes que amorosos. Bethany se agazapó más en el asiento, con la esperanza de que la dama pudiera persuadirle para que se marchara, pero su señoría no parecía un hombre persuasivo.

—Por supuesto que no pretendo ninguna incorrección, —dijo Ravensby—. Y su tía me estorbaría mucho. Ahora siéntese. Por favor.

Incluso cuando Ravensby añadió —por favor—, seguía sonando como una orden. Bethany oyó el roce de una silla y luego un crujido de seda, lo que le indicó que la señorita Jones había cumplido su orden.

—¡Oh, rayos! —susurró Bethany para sí misma. ¿Y ahora qué iba a hacer?

La señorita Jones dijo—: Seguramente, lord Ravensby, lo que tenga que decirme puede esperar hasta que nos volvamos a ver en Hastings.

—No, no puede. Siento que ya he esperado demasiado.

El pesado suspiro de la señorita Jones llegó claramente a oídos de Bethany. Retorciéndose ante la difícil situación en la que se encontraba, Bethany observó la ventana abierta por la que

había desaparecido su perro y se preguntó qué posibilidades tenía de trepar por ella sin ser descubierta. Pero después de arriesgarse a echar otra ojeada alrededor del alojamiento, abandonó rápidamente tal idea. La silla de la señorita Jones estaba colocada en el rincón más alejado de la habitación, más cerca de la puerta. Aunque Ravensby se cernía sobre ella, no miraba a la joven. Más bien parecía estar mirando por la ventana, con una expresión ausente en los ojos mientras hacía acopio de sus pensamientos.

A pesar de las incomodidades de su situación, Bethany no pudo evitar quedar atrapada por la imagen que los dos formaban, algo así como el héroe y la heroína de su última novela: la señorita Jones, tan angelicalmente bella; Ravensby, tan peligrosamente oscuro. Salvo que el telón de fondo era totalmente erróneo. Bethany habría optado por paredes de piedra con ricos tapices italianos y cortinas de terciopelo de púrpura real ribeteadas en oro. El pelo rubio de la señorita Jones debería haberle caído en cascada por la espalda en lugar de estar arreglado a lo Safo, y Bethany le habría redondeado los ojos, deshaciéndose de esa mirada felina. En cuanto a Ravensby, aparecería mejor con un jubón carmesí, con una espada abrochada a la cintura. Su pelo debería haber fluido hacia atrás desde su frente en ondas de medianoche en lugar de haber sido recortado en el severo corte Brutus tan popular entre los caballeros.

Juntando las manos a la espalda, Ravensby se irguió hasta alcanzar toda su estatura. Su madre, pensó Bethany, habría aprobado mucho la postura de su señoría. El hombre parecía haber nacido con una baqueta sujeta a la columna vertebral. Dijo bruscamente—: No veo razón para perder más tiempo, señorita Jones. Tengo el permiso de su padre para dirigirme a usted, y estoy seguro de que ha estado esperando que lo hiciera.

¡Santo cielo! Bethany apenas podía dar crédito a sus oídos. No era posible que aquel hombre pretendiera hacerle una proposición de matrimonio, no aquí, en una posada.

Pero su propia consternación no era nada comparada con la de la señorita Jones. Abandonando su actitud de plácida gentileza, medio se levantó de la silla, con la irritación y la

alarma recorriendo sus delicadas facciones.

—Oh... oh, no. Yo... yo no esperaba... por favor, Lord Ravensby. Frederich. 'Es todavía demasiado pronto.

¡Frederich! Bethany sofocó el deseo de chillar. No era tan irracional como para esperar encontrar hombres llamados Archival o Anthony fuera de las páginas de sus libros, pero Frederich... ¿Cómo podían haber sido sus padres tan completamente insensibles?

—No es demasiado pronto, —espetó Ravensby—. He recibido suficientes ánimos de usted, señorita Jones, que creo que puedo atreverme a decir lo que pienso.

¿En su mente? ¿Y en su corazón? pensó Bethany. Se dio cuenta de que había estado mirando tanto tiempo que, a pesar de su disimulo, se maravilló de que no sintieran sus ojos sobre ellos. Tanto Ravensby como la señorita Jones parecían tan absortos en su propio drama que ninguno parecía sospechar que no estaban solos.

Aun así, Bethany se alejó cautelosamente por detrás del asiento. Resignándose al hecho de que ahora estaba acorralada hasta el final de esta dolorosa escenita, se acomodó en una posición más cómoda mientras Ravensby lanzaba su propuesta. Tenía una voz magnífica, profunda y llena de timbre. Pero su entrega... Bethany hizo una mueca de dolor. Podría estar dirigiéndose a una reunión del Parlamento. Casi podía imaginarse su postura rígida, una mano apoyada en la solapa de su chaqueta. Detalló con bastante lógica y claridad para la señorita Fanny Jones todas las ventajas de convertirse en lady Ravensby. Éstas parecían consistir principalmente en fincas en Leicestershire, una casa en la ciudad y unos ingresos de veinte mil libras anuales. También estaba dispuesto a pasar generosamente por alto la propia falta de fortuna de la señorita Jones.

Bethany se removió en el asiento, teniendo que morderse la lengua para vencer el impulso de interferir. Ravensby lo estaba haciendo todo mal. No es que ella insistiera en que un hombre se arrodillara. Pero al menos debería estrechar las manos de la señorita Jones entre las suyas y olvidarse de toda esa basura de las fincas.

—En conclusión, —prosiguió él—, creo que nuestras similitudes de gustos e intereses hacen probable que logremos un matrimonio de lo más confortable.

Bethany ahogó un gemido contra su mano.

Ravensby añadió, casi como una ocurrencia tardía—: Solo le corresponde a usted, señorita Jones, nombrar el día que me hará el más feliz de los hombres.

Al final de su discurso se produjo una pausa, que se prolongó hasta tal punto que Bethany no pudo evitar echar otra mirada furtiva aunque ello significara arriesgarse a ser descubierta. La señorita Jones parecía atormentada por la indecisión, su bonito rostro no tanto turbado como endurecido por el cálculo. Lo único con lo que Bethany podía comparar la expresión de la mujer era cuando veía a su hermano Jack contemplar alguna apuesta desesperada.

—¡No! —soltó finalmente la señorita Jones—. Quiero decir que sí, pero no puedo... —Se puso en pie—. Quiero decir que soy profundamente sensible al honor que me hace.

Ni la mitad de sensible que él, pensó Bethany irónicamente al notar que el ceño de Ravensby se fruncía con el peso de un pesado ceño fruncido. Entonces se dio cuenta de que su interés por la situación la estaba haciendo inclinarse demasiado hacia delante y se echó hacia atrás.

—Le ruego me disculpe, —dijo—. ¿Pero debo entender que rechaza mi oferta?.

—¡No! —gritó Fanny—. Lo que… lo que siento de verdad es que no puedo casarme con usted... no… no en este momento.

—Mi querida señorita Jones, —empezó él de nuevo, pero su creciente irritación privó de efecto al cariñoso gesto—. ¿Desea casarse conmigo o no? Un simple sí o no bastará.

Qué apasionado intento de persuasión, pensó Bethany, poniendo los ojos en blanco. ¡Cómo era posible que la señorita Jones se resistiera!

—Si tan solo esperara a que yo llegara a Hastings, —Fanny vaciló—. Solo deme un poco

más de tiempo...

—¿Un poco más de tiempo en compañía de Lord Smardon? —dijo Ravensby—. No soy un completo tonto, señorita Jones. Soy plenamente consciente de que el amigo al que pretende visitar de camino a Hastings es el conde de Smardon. Espera casarse con él, ¿verdad? Por eso no dará una respuesta rotunda a mi propuesta.

—Oh, n… no. No pretendo casarme con nadie. —La voz de Fanny bajó tanto que Bethany tuvo que esforzarse mucho para oírla—. Hay… hay otra razón para mi reticencia. Verá, una vez estuve prometida a un joven oficial, er, ah... el coronel Adams del Décimo de Caballería, Él… él murió luchando en España. Me temo que no he superado del todo la muerte de mi Percival.

—¿Estuvo comprometida'? —Ravensby se hizo eco—. Nunca antes había mencionado nada por el estilo.

Con razón, pensó Bethany cínicamente. Había una nota de falta de sinceridad en la voz de Fanny que hacía que todo aquello sonara como un canturreo.

Cuando Bethany volvió a echar un vistazo a la pareja, vio que Fanny batía las pestañas, luchando contra las lágrimas que hacían brillar sus ojos como joyas. Pareciendo condenadamente incómodo, Ravensby sacó un pañuelo de lino, que le tendió. Bethany se preguntó por qué la angustia de la joven no despertaba simpatía en ella. Más bien, se sintió como si hubiera tropezado con el segundo acto de un melodrama muy malo.

—Gracias, lord Ravensby, —dijo Fanny, secándose los ojos con el lino. Dio un pequeño y valiente resoplido—. Estoy segura de que ahora entiende por qué deseo que me conceda más tiempo.

—Pero... —Ravensby comenzó.

—Le ruego que no me angustie diciendo más ahora. Le daré mi respuesta en… en Hastings. —La señorita Jones consiguió por fin esquivarle. Salió corriendo por la puerta del

salón, cerrándosela en las narices cuando él intentó seguirla.

Bethany esperó tensa la reacción de Ravensby. No parecía del tipo que se da una bofetada en la frente o se rasga el pelo y se lamenta. Por un momento se quedó mirando la puerta cerrada, con aspecto más bien imperturbable. Luego frunció el ceño, sus ojos parecieron oscurecerse más y más hasta que Bethany pensó que incluso el villano de más negro corazón que hubiera creado jamás se lo habría pensado dos veces antes de jugar con su señoría en su estado de ánimo actual. Casi esperaba que jurara y golpeara con el puño el panel de la puerta.

Pero aunque su mandíbula se tensó en una línea dura y furiosa, Ravensby se limitó a ponerse los guantes de nuevo con tirones salvajes. Bethany contuvo la respiración por temor a que aún se le ocurriera adentrarse más en el salón. Cuando él alcanzó el picaporte de la puerta, ella tuvo que sofocar un suspiro de alivio. Se echó hacia atrás, felicitándose por haber escapado sin ser detectada, cuando oyó un ladrido agudo. Al instante siguiente Teddy saltó de nuevo por la ventana, sus patas embarradas patinaron sobre el suelo de madera.

Con un gemido interior, Bethany se aplastó contra el respaldo mientras Teddy galopaba hacia donde ella estaba sentada. Espantó al perro frenéticamente con la mano, siseando—: Vete, Teddy. —Pero Teddy era totalmente impermeable a tales insinuaciones. Ladró y movió la cola como si no la hubiera visto en doce meses, y luego asaltó su mano con lametazos ásperos y cariñosos.

—¡Qué demonios! —Bethany oyó exclamar a Ravensby. Con el corazón encogido, escuchó el sonido de sus botas atravesando la habitación. No tuvo la oportunidad de mover ni un músculo cuando su señoría se inclinó sobre el banco y la miró directamente a la cara.

—H… hola, —dijo con forzada brillantez mientras luchaba por esquivar a Teddy.

Nunca había visto a un hombre más atónito. La expresión de Ravensby era exactamente la que ella había intentado conseguir en su último libro para el conde Armatello cuando vio al fantasma de su hermana asesinada alzarse ante él.

El asombro de Ravensby cedió rápidamente, su rostro se tiñó de un rojo apagado y furioso. Bethany pudo ver la tormenta que se avecinaba en aquellos brillantes ojos negros y se apresuró a buscar palabras de explicación y disculpa, pero antes de que pudiera decir una palabra más, Teddy empezó a olisquear la manga de Ravensby.

Siempre una criatura sociable, su perro se encaprichó repentina y violentamente de su señoría. Sacando la lengua, Teddy saltó tratando de lamer la barbilla de Ravensby. Con un juramento murmurado, Ravensby intentó apartar al ansioso y jadeante animal.

—¡Oh, no! Perro malo. Detente, Teddy! —gritó Bethany.

Pero Teddy no se paró. Siguió saltando como si estuviera decidido a escalar a Ravensby, raspando con sus patas llenas de barro la longitud de los inmaculados calzones color crema de su señoría.

—¡Abajo! —dijo Ravensby con severidad, cogiendo del collar a Teddy y obligando al animal a ponerse a cuatro patas. El perro gimoteó y se inquietó mientras miraba con adoración a Ravensby.

Bethany vio en la intrusión de Teddy una oportunidad para escapar de lo que prometía ser un enfrentamiento de lo más desagradable. Se levantó, cogió a Teddy del collar y le dijo—: Le pido disculpas por el comportamiento de Teddy, milord. Si me lo permite, me lo llevaré…

—¡Siéntese! —tronó Ravensby.

Para mortificación de Bethany, obedeció la orden con más presteza que el perro. Se dejó caer sobre el banco. Teddy cedió a regañadientes, bajando los cuartos traseros para sentarse a sus pies. Para su asombro, permaneció sentado incluso después de que Ravensby le soltara del collar.

—Es absolutamente asombroso, —no pudo evitar exclamar Bethany—. Teddy nunca escucha a nadie.

—Un rasgo que su ama aparentemente no comparte. —Con una mirada de disgusto hacia

sus calzones, su señoría rozó algunas de las manchas de barro con sus dedos enguantados.

Bethany tuvo la delicadeza de sonrojarse.

—Lo siento muchísimo, lord Ravensby. No era mi intención escuchar a escondidas, pero sí puedo explicarle por qué lo hice.

Cruzó los brazos sobre el pecho.

—Estoy ansioso por oír sus razones, señora.

Bethany pensó que parecía mucho más ansioso por estrangularla, pero continuó apresuradamente—: Verá, estaba esperando aquí mientras reparaban mi carruaje, pero el casero olvidó que yo ya había reclamado el uso del salón y...

—Y me atrevo a decir que experimentó una repentina pérdida de voz que le impidió hablar.

—Todo sucedió muy rápido, y entonces…

—Y entonces decidió que sería mucho más interesante esconderse detrás del banco y escuchar.

Bethany le miró con frustración.

—Para alguien que dice estar tan ansioso por escuchar lo que tengo que decir, tiene la molesta costumbre de interrumpirme.

Ravensby la silenció con un altivo gesto de la mano que Teddy tomó por estímulo para asaltar de nuevo a su señoría. Tras someter al perro con otra orden brusca, Ravensby miró a Bethany con severidad.

—Le doy mi palabra, señora. Debería haber tenido la delicada sensibilidad de hacer notar su presencia en lugar de espiar a un hombre como si fuera una colegiala.

Bethany podría haber soportado que la increpara o incluso que la insultara, como habría

hecho su hermano Jack, sí, y consideraba que se lo merecía. Pero cuando Ravensby la sermoneaba de aquella manera tan estirada, le recordaba a su odioso hermano Thome.

—Me temo más bien que no tengo ninguna sensibilidad delicada, —dijo ella.

—¡Ni escrúpulos!

—No, tampoco estoy sobrecargada de ellos, —aceptó ella afablemente—. Sí creo que podría haber tenido más sentido común que andar proponiéndole matrimonio a la gente en un lugar público como una posada. Pero, me atrevería a decir, — añadió Bethany, tratando de ser caritativa, —que estaba demasiado preocupado de que Lord Smi-Smardon, o como se llame, fuera a robarle a la señorita Jones.

La mandíbula de Ravensby se abrió en un grito de indignación.

—Por qué, usted… usted pequeña impertinente…

—Y es natural que milord se sienta un poco huraño…

—¡Huraño!

Bethany pensó que se ahogaría con la palabra.

—Le ruego que acepte mis más sinceras condolencias por su reciente decepción, — concluyó magnánimamente.

—Mi reciente decepción no es asunto de… —Su voz empezó a elevarse, pero con evidente esfuerzo volvió a bajarla—. Ni siquiera tengo el honor de conocerla, señora.

—Oh, entonces me presentaré. Soy la señorita Bethany Mary Everett. —Se puso en pie y le hizo su mejor reverencia, pero el efecto regio se estropeó un poco cuando pisó accidentalmente la cola de Teddy y éste soltó un aullido de reproche. Mientras se agachaba para calmar al perro, se dio cuenta de que Ravensby la miraba con el ceño poderosamente fruncido.

—¿Everett? ¿No será usted por casualidad una de las Everett de Bedfordshire?

—Sí. De Everett Hall, a las afueras del pueblo de Sawtree. —Ella se enderezó, ofreciéndole la mano.

Él no la tomó. Un visible escalofrío le recorrió mientras murmuraba—: Dios mío. Uno de los Everett de Sawtree. Eso lo explica todo.

Bethany no estaba segura de que le gustara su tono. Inclinó la barbilla hacia un ángulo de lo más beligerante.

—¿Y qué se supone que significa eso exactamente?

—Nada. Solo que he oído hablar de su familia antes. —Ravensby le dirigió una de esas miradas cautelosas generalmente reservadas a los idiotas del pueblo y a los locos sin remedio. Sus ojos la recorrieron como si la viera por primera vez. Bethany pensó que se había detenido en la curva de sus pechos un poco más de lo debido. Luchó contra el rubor. Su Archival habría sido demasiado altivo para eso.

En conjunto, no creía que su señoría se estuviera comportando con mucha galantería, pero estaba dispuesta a hacer concesiones a un hombre que había sido cruzado en el amor tan recientemente.

Una vez más trató noblemente de disculparse por su intrusión.

—Le ruego que no se sienta avergonzado por lo que acabo de presenciar, milord. Le aseguro que soy el alma de la discreción.

Sus gruesas cejas se arquearon de forma socarrona.

—Es difícil no sentirse avergonzado. No estoy acostumbrado a tener público cuando cortejo a una dama.

—¿Cortejando a una dama? —Bethany jadeó—. ¡Santo cielo! ¿Es eso lo que pensaba que estaba haciendo?

Su mirada debería haberla detenido, pero no podía permitir que el pobre hombre continuara con semejante engaño.

—¡Oh, no, mi querido Lord Ravensby. Lamento decírselo, pero lo estaba haciendo todo absolutamente mal.

—¿En efecto, señorita Everett? —dijo Ravensby entre dientes apretados—. Qué lástima que no me hubiera dado cuenta de que estaba usted presente. Podría haberle consultado antes.

—Debería haberle dicho algo mucho más apasionado que que desea un matrimonio cómodo. También apuesto a que no miró a la señorita Jones cuando le estaba proponiendo matrimonio, lo cual es una auténtica pena. Tiene un par de ojos muy bonitos.

—De todas las tonterías… —empezó Ravensby, volviéndose de un tono aún más rojo.

—Aún está a tiempo de enmendarse. Podría ir a por la señorita Jones incluso ahora, cogerla en brazos y decirle…

—¡Señorita Everett!, —espetó.

—No, no creo que a ella le gustara que la llamaras por mi nombre, —continuó Bethany, impertérrita. Sin embargo, la mirada negra que le lanzó Ravensby la hizo retroceder un paso. No pudo evitar admirar la forma en que le brillaban los ojos cuando se enfadaba. Bethany miró como hipnotizada aquellas profundidades oscuras y furiosas, preguntándose sin aliento qué haría si perdía los estribos. Nunca había sido amenazada por un hombre, como sus desventuradas heroínas lo eran por los villanos de sus libros. Obviamente no podía esperar ayuda de Teddy. El perro había rodado sobre su lomo y estaba suplicando descaradamente que le rascaran el estómago.

Con un poderoso salto de su imaginación, Bethany conjuró imágenes de todo tipo, desde los dedos enguantados de Ravensby buscando su garganta hasta él sujetándola despiadadamente contra él. Se sintió vagamente decepcionada cuando él se limitó a incorporarse rígidamente y

dijo—: Puesto que no hay la menor probabilidad de que volvamos a vernos, señorita Everett, no tengo intención de seguir hablando de mis asuntos personales con usted. Pero, en el futuro, permítame aconsejarle que no escuche conversaciones privadas. Otros hombres podrían carecer de mi considerable autocontrol.

—Y permítame aconsejarle, milord, —dijo Bethany, nunca capaz de abstenerse de tener la última palabra, sin importar los riesgos—, que la próxima vez que se declare a una joven, encuentre una que no le haga sentir tan incómodo.

Ravensby comprimió los labios como si no confiara en poder responder. Giró sobre sus talones y se dirigió a abrir la puerta de un tirón. Pero esta vez se olvidó de agacharse mientras cruzaba el umbral y se golpeó la parte superior de la cabeza contra el marco de la puerta. El crujido fue suficiente para que Bethany se estremeciera de compasión con solo oírlo. Se tambaleó hacia atrás, agarrándose la cabeza, evidentemente viendo las estrellas, con la retahíla de maldiciones que quería pronunciar temblándole en los labios.

—Oh, maldición. Adelante, dígalo, —le instó Bethany con impaciencia—. No tengo ninguna sensibilidad delicada que ofender, ¿recuerda?

Oyó el siseo entrecortado de su respiración. Su boca se cerró en una obstinada línea blanca, pero sus chasqueantes ojos oscuros dijeron las maldiciones por él. Luego salió de la habitación con la más increíble indulgencia que Bethany había presenciado en un hombre tan furioso. Ni siquiera cerró la puerta tras de sí.

Bethany dejó escapar el aliento en un largo suspiro.

—¡Bueno, de todos los hombres altivos que he conocido! —Se agachó junto a Teddy, obligándole a rascarle por fin y haciendo que el perro entrara en un estado de beatitud con los ojos bien cerrados.

Bethany trató de quitarse de la cabeza al estirado lord Ravensby, pero no pudo evitar pensar en los anchos hombros de su señoría, en su pelo de ala de cuervo y en aquellos

maravillosos y centelleantes ojos oscuros, tan en desacuerdo con sus rígidas maneras.

—Es un gran desperdicio, Teddy, —dijo afligida, sacudiendo la cabeza—. Un gran desperdicio.

Capítulo 2

Frederich Arthur Gordon Treverly, sexto barón de Ravensby, recorrió furioso el pasillo de la posada en busca del casero del White Hart. Tenía toda la intención de atrapar a Morrison e informarle de que cuando su señoría solicitó un salón privado, por Dios, él esperaba que fuera precisamente eso: privado.

Pero tuvo que refrenar el paso cuando pasó por delante de la sala del café y los pasajeros de la diligencia salieron en tropel. Los veinte minutos asignados para su escala habían llegado obviamente a su fin, y si no retomaban sus lugares, probablemente se encontrarían rezagados. Mientras este grupo salía a trompicones por la puerta, Ravensby vislumbró al casero de mejillas color manzana a punto de entrar corriendo.

—Morrison, —gritó Ravensby con rabia, pero el casero solo se detuvo el tiempo suficiente para esbozar una rápida reverencia.

—Estaré con usted en un momento, su señoría, —dijo, resoplando con gran indignación—. Hay algunos viajeros que han llegado a pie intentando pedir una cena en mis cocinas y, le aseguro, que aquí en el Hart no atendemos a ese tipo de personas.

El rostro redondo de Morrison temblaba de indignación, como si situara el senderismo en la misma categoría que el robo de caballos. Luego salió corriendo hacia la sala del café antes de que Ravensby pudiera decir otra palabra.

El barón consideró por debajo de su dignidad perseguir a aquel hombre. En cualquier caso,

era lo bastante justo como para conceder que las afrentas que acababa de recibir en el salón no eran precisamente culpa de Morrison. No, la culpa debía recaer enteramente en aquella extraordinaria criatura de impúdicos rizos castaños y ojos verdes demasiado cándidos.

—¿Cortejando a una dama? ¿Es eso lo que pensaba que estaba haciendo?— El recuerdo del asombrado grito ahogado de Bethany Mary Everett escoció a Ravensby más que el hecho de que Fanny no consintiera en casarse con él. ¡Cómo se atrevía aquella impertinente a dirigirse a él de aquella manera! ¿Cómo se atrevía a presumir de escuchar a escondidas y luego a criticarle?

Las tablas del suelo temblaron bajo los pies de Ravensby cuando salió por la puerta principal de la posada y se adentró en la brillante luz del sol. Pero el calor que le inundaba la cara no tenía nada que ver con la calidez del día de verano. Por encima de su cabeza, el letrero de la posada crujía, el ciervo blanco que había sido la insignia de Ricardo II autentificaba la afirmación de la posada de que había sido construida en el siglo XIV. Ante él se extendía la calle adoquinada salpicada de casitas de piedra blanca tostándose al sol de la tarde. Una hilera de gansos gordos se paseaba por el prado del pueblo.

Pero tanto los encantos bucólicos de Godstone como la antigua posada de entramado de madera se le escapaban por completo a Ravensby mientras seguía enfadado por su reciente encuentro con la señorita Everett.

Sí, en cuanto había oído su nombre, había sido muy consciente del tipo de comportamiento que le esperaba. La familia Everett formaba la colección de lunáticos más notoria que se podía encontrar fuera de los confines de Bedlam. Las locas hazañas del loco Jack Everett eran leyenda: disparar a las corrientes bajo el puente de Londres, esconderse dentro de un ataúd para demostrar que podía sobrevivir a ser enterrado vivo, balancearse sobre una pierna encima del viejo caballo de carruaje de lord Marlow. Jack el Loco, supuso el barón, debía de ser hermano de la joven que acababa de conocer. ¡Y en cuanto al padre! Ravensby hizo una mueca. Nunca olvidaría la vez que lord Everett había irrumpido en la Cámara de los Lores ataviado con una toga romana y

pronunciado un discurso más propio de Drury Lane que de los augustos salones de Westminster. Se decía que su madre, lady Everett, asediaba constantemente al duque de Wellington con cartas en las que le decía cómo debía dirigir la campaña contra Napoleón.

Al parecer, Bethany Everett también tenía alguna excentricidad, aunque en ese momento Ravensby no podía recordar cuál era. Sin duda, la afición a espiar a completos desconocidos debía contarse entre sus peculiaridades. Sin duda, también tenía una lengua que corría como un violín y denunciaría su humillación a media Inglaterra.

La perspectiva no hizo sino agravar el mal humor de Ravensby. Su mirada se dirigió hacia el lejano lugar donde el resto de sus compañeros de viaje estaban sentados en bancos bajo un gran roble, con un generoso banquete extendido sobre la mesa ante ellos. Pero el barón no sintió la tentación de unirse a ellos, ni siquiera cuando la señorita Jones le saludó alegremente y le hizo señas como si nada hubiera ocurrido. Él la saludó con un rígido movimiento de cabeza y luego se dio la vuelta, todavía escocido por el reciente rechazo de ella hacia él. Fanny no le había dicho que no precisamente, pero tampoco se estaba desviviendo por casarse con él. Aunque Ravensby no se habría descrito a sí mismo como alguien con el corazón roto, su orgullo había recibido un duro golpe.

Mientras acechaba por el lateral de la posada, en dirección al establo, la voz de Bethany Everett pareció resonar en su mente una vez más. —...lo estaba haciendo todo absolutamente mal... incluso ahora, podría ir tras la señorita Jones, tomarla en sus brazos...—

—¡Bah! —murmuró Ravensby en voz baja—. Qué tontería romántica.

¡Ofrecer un consejo tan personal a un hombre que no conocía de nada! La señorita Everett debía estar mal de la cabeza, igual que el resto de su familia. Y sin embargo, no pudo evitar repasar mentalmente su cortejo a Fanny, preguntándose si había procedido mal. No. Sacudió la cabeza. No podía admitir que lo hubiera hecho. Había conducido su cortejo con la misma seriedad y propiedad que aportaba a todas sus obligaciones como barón Ravensby. Y en sus

treinta y dos años, uno de esos deberes era claramente conseguirse una esposa y luego un heredero.

La señorita Jones le había parecido una elección ideal: la nieta de un duque, una dama de alcurnia y refinamiento, inteligente y consumada, no dada a ningún capricho de comportamiento salvaje... al menos hasta hoy.

Perdido en sus reflexiones, Ravensby retrocedió instintivamente cuando la diligencia pasó traqueteando junto a él, alejándose de la posada, con los pasajeros del exterior agarrados precariamente a la barandilla superior. Así que Fanny seguía llorando a ese tal coronel Percival Adams que había muerto en España. Sin duda un oficial de caballería con un buen par de bigotes, y excesivamente gallardo, cosa que Ravensby era plenamente consciente de que no era. —Sombrío—, ése era el sobrenombre que le habían otorgado los ingenios londinenses.

La mandíbula del barón se tensó. No es que le importara un bledo lo que esos frívolos de la sociedad pensaran de él, ni que se hubieran hecho muchas apuestas en White's apostando a que, a pesar de todos los activos de Ravensby, la bella señorita Jones nunca lo tendría. Probablemente ella elegiría a su rival más cercano, el conde de Smardon, un corintio de cabellos dorados de considerable elegancia. Un engreído y musculoso imbécil con más fuerza muscular que cerebro, pensó Ravensby con desdén, pero su sorna se desvaneció rápidamente en un ceño fruncido.

El barón era muy consciente de que no tenía el menor motivo para envanecerse de ninguno de sus atributos personales. Deploraba el tono bronceado de su tez que le hacía parecer más un bribón bucanero que un caballero. Pero también conocía su propia valía en términos de tierras y de la posición que podía ofrecer a una dama. Durante toda la temporada londinense, La señorita Jones le había dado todos los ánimos, dándole motivos para pensar que sus direcciones serían aceptables para ella hasta que lord Smardon, el único otro soltero apto cuyas posesiones rivalizaban con las suyas, había aparecido en escena.

Aunque Ravensby se resistía a admitirlo, la señorita Everett había tenido razón cuando le

había acusado de preocuparse por si Lord Smardon le dejaba de lado. Su ansiedad a ese respecto le había llevado, tal vez, a cometer la primera falta de decoro de su vida, proponiéndole matrimonio a la señorita Jones en una posada común. Y ¡menuda humillación le había acarreado!

Tan innecesaria, además, pues parecía que su rival no era Smardon sino un soldado muerto hacía tiempo. Qué extraño. Ni una sola vez la señorita Jones había mencionado que le persiguieran los recuerdos de un prometido muerto en la guerra. Pero, por supuesto, un caballero no ponía en duda la palabra de una dama, así que Ravensby acalló todas sus sospechas de que la señorita Jones simplemente le estaba manteniendo en vilo, tomándole el pelo.

No, se había hecho a la idea de tener a la señorita Jones por esposa, y la tendría. Los Ravensby eran excesivamente testarudos cuando se trataba de obtener lo que querían. Renovaría sus direcciones con más insistencia cuando la señorita Jones hubiera terminado de dar vueltas con su tía y llegara a Hastings.

Esta resolución le quitó algo de hierro a su enfado y decepción, pero aún no se sentía de humor para entablar una agradable conversación durante el almuerzo con sus otros compañeros de viaje. El destino de ellos era Tunbridge Wells; el suyo, Hastings. Solo había venido con ellos hasta allí por la presencia de la señorita Jones en el grupo. Pero a la dama no le haría ningún daño inquietarse y temer que le hubiera disgustado.

Ravensby no veía ninguna razón por la que no debiera continuar con su viaje inmediatamente. Solo era cuestión de recoger a su anciano ayuda de cámara, Jarvis, de la sala del café y ordenar a su mozo de cuadra que hiciera traer el faetón de inmediato.

Pero su ira se encendió de nuevo cuando divisó su nuevo carruaje detenido ante los establos, con su pareja de magníficos bayos sudados dando zarpazos en las huellas, completamente desatendidos. Con un gruñido grave en la garganta, que no presagiaba nada bueno para el negligente Dalton, el barón se apresuró en esa dirección, evitando por poco ser atropellado por un carruaje que salía del patio de la posada.

Ignorando las maldiciones del conductor, Ravensby acortó la distancia que le separaba de su propio aparejo. No es que fuera tan exigente con el faetón, pero se enorgullecía ferozmente de sus caballos. Nunca confiaba sus caballos a un mozo de cuadra, por muy alta que fuera la reputación de la posada. Su mozo de cuadra, Dalton, cobraba un suculento salario por ocuparse de los caballos y asegurarse de que no fueran tocados ni por un torpe mozo de cuadra. El hombre solo llevaba un mes al servicio de Ravensby, pero hasta ahora le había dado plena satisfacción. El barón confiaba en que Dalton tendría alguna buena excusa que ofrecer por su negligencia.

Desgraciadamente, cuando localizó a Dalton justo dentro de uno de los establos de caballos vacíos, el mozo no parecía estar en disposición de ofrecer ninguna excusa. Por la mirada nebulosa de sus ojos, Dalton parecía incapaz incluso de pronunciar su propio nombre.

Apoyado contra el lateral del establo de madera, el mozo de cuadra, bajito y enjuto, parecía a punto de desfallecer por las caricias de una moza menuda, de pelo oscuro y labios carnosos y rojos. Dalton medía poco más de metro y medio, y la muchacha le igualaba en estatura. Ravensby se sintió como si un gigante se les echara encima.

La chica se inclinó hacia delante hasta que su pecho rozó el delgado pecho de Dalton.

—Ooh, monsieur debe ser muy valiente para conducir caballos tan salvajes.

Dalton se sonrojó y bajó la mirada hacia la ceñida delantera del corpiño de la muchacha.

—Realmente no es nada, señorita. Milord posee uno de esos faetones de alta percha que los caballeros deportivos conducen. Pero milord es un poco lento.

Cuando la muchacha soltó una risita, Ravensby sintió que sus mejillas empezaban a arder.

—¿Él… él es lento?, —repitió ella—. Eso es gracioso. Monsieur es tan listo.

—Tan listo, —espetó Ravensby, sobresaltando a la pareja que se separó de un salto—, espero que monsieur no tenga dificultades para encontrar un nuevo puesto.

—Lord R… Ravensby. —Los ojos de Dalton se abrieron de par en par con culpa y

consternación. Empezó a balbucear una disculpa, pero el barón ya se había dado la vuelta para salir a grandes zancadas de los establos. Dalton le siguió, gimoteando excusas.

Ravensby, aunque era un amo exigente, solía ser de lo más generoso a la hora de conceder a los sirvientes descarriados una justa audiencia y una segunda oportunidad. Pero sentía que ya había soportado suficientes insultos este día. Por Dios, no iba a empezar a tolerar la insolencia de sus propios asalariados.

Aunque casi le mataba hacerlo, ordenó a uno de los mozos de cuadra que se ocupara de sus caballos. Cortó la airada protesta de Dalton sacando su monedero y metiendo unos billetes de una libra en la curtida mano del mozo.

—Este es tu salario hasta la fecha, —dijo Ravensby, mirando al mozo de cuadra con una fiereza que había acobardado a hombres mucho más valientes e importunos que Dalton—. Puedes quedarte con las botas, pero, por supuesto, devolverás la librea.

—Sí, milord, —dijo hoscamente el mozo de cuadra, rascándose la punta del pie en la tierra.

El barón arrojó unas cuantas monedas más al hombre.

—Y aquí tienes un poco más para cubrir tus gastos de vuelta a Londres. Incluso te proporcionaré una referencia en cuanto a tu habilidad en el manejo de los caballos, pero en cuanto a tu fiabilidad...

Dejó la frase incompleta, su tono desdeñoso dejaba claro lo que pensaba. Aunque Dalton se embolsó el dinero, no se molestó en disimular una mirada de resentimiento.

Ravensby desestimó la expresión de desprecio del hombre con tanto desdén como lo hizo con el propio Dalton. Volviendo hacia la posada estuvo a punto de chocar con la causante de este reciente problema. La muchacha francesa se interpuso deliberadamente en su camino, su pesado perfume le llenó las fosas nasales incluso por encima de los olores del establo.

La nariz de Ravensby se arrugó de desagrado. Prefería con mucho el olor de sus caballos. Cuando la muchacha agitó las pestañas, mostrando todos los signos de estar dispuesta a continuar con él donde lo había dejado con Dalton, milord le dio un amplio respiro.

Mientras el barón se dirigía hacia la puerta de la posada, no podía sino preguntarse qué le estaba ocurriendo al White Hart. Antaño el más respetable de los hostales, hoy el lugar estaba absolutamente plagado de descaradas mujeres. No es que fuera tan injusto como para clasificar a una dama como la señorita Everett con los gustos de esa doxy francesa. Pero ambas mujeres se las habían arreglado para avergonzarle en el breve lapso de una hora y Ravensby veía con buenos ojos la perspectiva de no volver a poner los ojos en ninguna de las dos. Reuniría a Jarvis de inmediato y se marcharía de este lugar infernal.



A pesar del bullicioso ambiente de la sala de café del White Hart, los camareros aún encontraron tiempo para dispensar a Sebastian Jarvis la misma deferencia que habría recibido en su casa. Como sirviente mayor y de mayor confianza del barón, se le concedía un respeto poco inferior al mostrado al amo, un respeto que su presencia parecía imponer allá donde iba.

Era un anciano caballero de aspecto distinguido, con un cabello blanco ondulado y unos ojos azules agudos que ningún paso de los años podía oscurecer. Las líneas de su perfil estaban finamente cosidas como si el Tiempo se hubiera convertido en costurera, su aguja modelando suavemente un rostro ajado por la edad y remendado con dignidad. Jarvis tenía más semblante que la mayoría de los duques que remontaban su ascendencia a la época del Conquistador.

—¿Más ron con leche, señor? —El joven camarero se cernió respetuosamente sobre el codo de Jarvis, siempre dispuesto a rellenar su taza.

—No, gracias, muchacho, —respondió Jarvis con su voz suave y cortés. De hecho, no estaba seguro de haber tomado la primera. Había esperado que el ponche le aliviara el dolor que tenía detrás de los ojos. ¿Qué hacían las damas cuando les tocaban sus días de… abatimiento? Jarvis se habría sentido mortificado al preguntarlo.

Cuando otro camarero se apresuró a poner ante él un chuletón chisporroteante, Jarvis contempló su comida con poco apetito. No podía creer que tuviera otro de aquellos desdichados dolores de cabeza.

Pero parecía que adquiría uno cada vez que salía a cabalgar bajo el ardiente sol con maese Frederich en el carruaje abierto. Jarvis se pasó la mano por la frente con un pequeño suspiro. Y pensar en cómo solía montar a caballo todo el día, acompañando al abuelo del actual barón en el más abrasador clima estival. Clavó una mirada lastimera en su taza vacía.

—Se te están haciendo un poco largos los dientes, viejo Jarvis, —murmuró. Sí, así había estado haciendo, estos últimos diez años y más. Su sonrisa irónica se reflejó en el fondo de la taza.

Pero esta vez su malestar no se debía enteramente al calor del día. Preocuparse por su joven señor había hecho poco por aliviar el constante palpitar tras las sienes de Jarvis. Había pocas cosas del señorito Frederich que él no conociera. ¿Acaso no había actuado como ayuda de cámara del muchacho desde que éste había quedado huérfano a la tierna edad de nueve años, cuando el tifus se llevó a los difuntos lord y lady Ravensby? Conocía perfectamente todos los estados de ánimo de su señoría y, por lo tanto, sabía perfectamente por qué el señorito Fred había desaparecido en un salón privado y que la señorita Jones le perseguía con ahínco. Debería estar deseándole mucho éxito a su joven amo y, sin embargo... Jarvis lanzó un pesado suspiro. Había algo en aquella señorita Jones, algo frío y astuto que mantenía a Jarvis con la esperanza de que el encuentro no se produjera, a pesar de los deseos de su señorita. Sencillamente, la dama no parecía adecuada para su amo Frederich.

Pero cuando Jarvis se había aventurado a proferir la más mínima crítica sobre la dama, su señoría había volado hacia las ramas. Así que, a pesar de la familiaridad que le proporcionaba su larga relación con maese Frederich, Jarvis había sido lo bastante prudente como para no ofrecer más opiniones no solicitadas, pero eso no le impidió seguir preocupándose.

Cuando Ravensby hizo por fin su aparición en la sala del café, Jarvis escrutó ansiosamente el semblante de milord en busca de alguna señal de que sus temores se hubieran hecho realidad: El señorito Frederich estaba ahora comprometido con la señorita Jones.

Pero las pesadas cejas del barón estaban juntas como un nubarrón que se cerniera sobre la tormentosa oscuridad de sus ojos. Su boca estaba colocada en una línea dura. Sería obvio, incluso para quienes no conocieran bien a maese Frederich, que algo había ocurrido para vejar a su señoría.

Debía de haberlo rechazado, pensó Jarvis. Entremezclado con su alivio había un perverso enfado hacia la dama que podía tener así el mal gusto de rechazar a su fino y joven caballero.

Cuando lord Ravensby se dirigió hacia su mesa, Jarvis echó hacia atrás su silla para levantarse. Milord le puso una mano de contención en el hombro.

—Siéntese, Jarvis, y termine su comida.

Ravensby se dejó caer en la silla de al lado y mandó a uno de los camareros que le trajera un vaso de cerveza. Mientras esperaba a que se lo sirvieran, tamborileó impaciente con los dedos sobre la mesa.

—En cuanto haya terminado de comer, nos iremos.

—Muy bien, señorito Fre…, —se interrumpió Jarvis. Incluso después de tantos años, a veces olvidaba llamar a su caballero por su título apropiado—. Muy bien, milord, —enmendó.

Mientras picoteaba su bistec, estudió disimuladamente al barón, odiando el ceño infeliz que tallaba profundas crestas en la frente de Ravensby. Milord miraba malhumorado por la

ventana. Más allá de los cristales enrejados, Jarvis podía ver la fiesta de los amigos del barón que aún se divertían bajo el roble, la señorita Jones la más alegre entre ellos.

Su señoría pasaba demasiado tiempo de su vida asomado a las ventanas, pensó Jarvis con tristeza. De pronto le asaltó el recuerdo de un señorito Frederich mucho más joven, tratando concienzudamente de aprender a administrar una vasta finca, todo el tiempo robando miradas melancólicas hacia donde sus primos jugaban al críquet en el césped de Ravensby.

Jarvis tosió suavemente en su servilleta y se aclaró la garganta.

—No he podido evitar darme cuenta, milord, —dijo con timidez—, ¿No debo felicitarle?

—No, me temo que no, Jarvis, —dijo Ravensby, con el ceño cada vez más fruncido. Dio un gran trago a su jarra de cerveza y luego se limpió los labios con una servilleta, como si el brebaje le hubiera dejado un sabor agrio en la boca.

—No se preocupe, señorito Fred, —dijo Jarvis, como había hecho tantas veces antes cuando los odiosos primos de su señoría se habían negado a incluirle en alguna de sus escapadas. Y añadió—: Hay muchas jóvenes que se considerarían afortunadas si usted…

—Lo dudo, —dijo Ravensby con un giro tan amargo en los labios que provocó un dolor sordo en el corazón de Jarvis—. En cualquier caso, aún no he renunciado a la señorita Jones.

—Entonces piensa ir con los demás a Tunbridge Wells después de todo, —dijo Jarvis. A pesar del dolor de cabeza y de su incertidumbre de que la persecución de la señorita Jones por parte de su amo fuera lo mejor, se animó. Su amo no se divertía lo suficiente en compañía de otros jóvenes.

Pero la esperanza de Jarvis se desvaneció rápidamente.

—No, sigo yendo directamente a Hastings. Ya le he dicho que mi hombre de negocios se reunirá conmigo allí.

—Así es, milord, —dijo Jarvis, cabizbajo. Negocios, siempre eran negocios con el señorito

Fred. A su señoría le habían inculcado el sentido de la responsabilidad demasiado pronto en la vida, sin haber tenido nunca la oportunidad de disfrutar de todas las locuras de la juventud.

—La señorita Jones estará en Hastings dentro de unos meses. —Ravensby volvió a fruncir el ceño como si la perspectiva no le complaciera del todo. Sobresaltó a Jarvis preguntándole bruscamente—: ¿Se ha declarado usted alguna vez a una dama?

—¿Yo, milord? Por Dios, no.

El barón parecía bastante decepcionado.

—Entonces supongo que no tiene la menor idea de cómo hacerlo.

Lamentablemente, Jarvis no la tenía. Viejo solterón empedernido, le afligía sentir que podía ser de tan poca utilidad a su amo en este asunto. Después de pensarlo mucho, se aventuró —: Supongo que el enfoque directo sería el mejor. Plantee la cuestión clara y correctamente.

Su respuesta pareció complacerle.

—Eso es lo que yo también pensaba, —dijo Ravensby, asintiendo con la cabeza en señal de satisfacción, como si de algún modo se viera reivindicado.

—Sí, milord, —continuó Jarvis—. Si la joven se preocupa en absoluto por usted, no debería necesitar mucho a modo de persuasión.

El resto de su respuesta no pareció entusiasmar tanto a milord. Mientras su señoría se perdía en otro estudio marrón, Jarvis se mordió las ganas de decir—: Olvídese de esa rubia descarada. La señorita Jones era una belleza tan fría, con su pelo pálido y sus ojos azules como el invierno. Milord necesitaba una dama con todo el desenfreno y la calidez de la primavera. Pero ése no era el tipo de sentimiento poético que un digno ayuda de cámara debía expresar, ni siquiera si había servido a la familia durante tres generaciones.

Ravensby tiró lo que quedaba de su cerveza y se levantó con su brusquedad característica.

—Bueno, Jarvis, si ha terminado de acosar a ese desafortunado bistec, será mejor que nos vayamos. Me gustaría llegar a Hastings mucho antes del anochecer, sobre todo porque viajaremos solos. He despedido a Dalton.

Con los años, Jarvis se había entrenado para no mostrar sorpresa.

—¿En serio, milord? —fue todo lo que dijo.

—Sí, el tipo era demasiado insolente.

Aunque Jarvis estaba totalmente de acuerdo con él, se sintió un poco turbado por la noticia. No era propio de milord actuar tan rápida y precipitadamente. No le gustaría pensar que la reciente decepción de su señoría empezaba a nublarle el juicio.

Se levantó para seguir a Ravensby desde la sala del café, no tenía muchas ganas de pasar la tarde bajo el sol ardiente que golpeaba su ya dolorida cabeza. Pero apenas había dado un paso cuando el suelo pareció mecerse bajo sus pies, las paredes paneladas de la sala del café girando ante sus ojos.

—¡Jarvis!

Alcanzó a ver el rostro de Ravensby pálido de preocupación. El fuerte brazo de su señoría volvió a sentar a Jarvis en su silla.

Tras unos instantes con los ojos cerrados, el mundo a su alrededor reanudó su equilibrio normal.

—No es nada, milord, —dijo—. Excepto una gota de ron de más.

—¡Qué diablos sucede! El calor ha vuelto a molestarle y no me ha dicho ni una palabra.

—Tonterías. Estoy en forma, se lo aseguro.— Jarvis habría intentado levantarse de nuevo, pero Ravensby no se lo permitió.

—Bueno, eso lo aclara todo. Pasaremos la noche aquí y seguiremos hacia Hastings por la

mañana.

—Nunca, milord, —Jarvis tembló de indignación—. Ciertamente no por mi culpa.

—A decir verdad, yo mismo me siento bastante agotado.

Jarvis reconocía una mentira cuando lo oía. No recordaba el día en que su señoría hubiera admitido sentirse cansado. Además, maese Fred tenía el truco de no dar en el clavo cuando no estaba siendo sincero. Sin embargo, antes de que Jarvis pudiera protestar, milord se apresuró a decir—: Además, temo que uno de los bayos pueda estar forzando un menudillo. Por eso despedí a Dalton, por negligencia. No, creo que a todos nos vendría mejor una noche de descanso.

Jarvis refunfuñó—: Bueno, lo del caballo es un cuento mucho mejor que esa tontería de que está usted fatigado, milord...

—Bien. Me alegro de que le haya gustado. —Ravensby esbozó una de sus raras sonrisas —. Espere aquí un momento. Conseguiré habitaciones para nosotros y me ocuparé de que los caballos estén debidamente cuidados.

—¡Milord! —Jarvis hizo un último intento de protestar, pero el barón ya estaba saliendo a grandes zancadas de la habitación. Sabía que ahora no habría forma de disuadir a su señor. Era obstinado, como todos los Ravensby antes que él.

Los hombros de Jarvis se hundieron de abatimiento. Qué viejo tocón tan inútil era, retrasando a milord de esta manera. Su señoría necesitaba uno de esos jóvenes e inteligentes ayuda de cámara que pudieran seguirle el ritmo y arreglárselas con gallardía, hacer que la señorita Jones sufriera unas punzadas de arrepentimiento por haber jugado con los sentimientos del señorito Fred.

Lo sombrío de las reflexiones de Jarvis aumentó cuando más tarde se asomó por la ventana de la cafetería y vio que el resto de los amigos del señorito Frederich partían hacia sus carruajes. Aunque su señoría estaba allí para despedirse de la señorita Jones, ella estaba demasiado

ocupada flirteando con otro de los jóvenes como para ofrecerle siquiera la mano para que se la besara. Cuando los carruajes se alejaron traqueteando calle abajo, seguidos por los jóvenes, riendo y gritando, a caballo, toda la alegría parecía haber huido con ellos. Ravensby se quedó de pie a la sombra del roble, con la mano levantada en un gesto de despedida que nadie pareció advertir. Solo, pensó Jarvis con el corazón encogido. Como siempre, el señorito Frederich estaba solo.



Mientras el sol se ponía sobre los tejados de tejas rojas de Godstone, Ravensby observó cómo Jarvis encendía las velas en su alcoba. La habitación era bastante cómoda en cuanto a habitaciones de posada, con una gran cama con dosel, aunque Ravensby podría haber prescindido de las sábanas perfumadas con lavanda.

Por enésima vez, el barón empezó a pasear, luego se contuvo, luchando por no revelar su inquietud a Jarvis. Podría haber estado ya en Hastings, pensó, y luego se avergonzó inmediatamente de sí mismo. No, ¿qué importaba un día más? Ya había sido bastante desconsiderado al no darse cuenta de que el calor había estado enfermando a Jarvis. El ayuda de cámara había formado parte del tejido de su vida desde que Ravensby podía recordar, una presencia tan sólida y reconfortante como el querido hogar del barón. Seguía olvidando que el anciano debía de estar bien entrado en los setenta.

Estudiando el rostro del anciano sirviente mientras colocaba las cosas de noche del barón, Ravensby aplaudió mentalmente su decisión de interrumpir el viaje. Jarvis tenía mucho mejor aspecto para haber pasado la tarde descansando en los frescos confines de la posada. La blancura pellizcada de su boca y las líneas de tensión que emplumaban las comisuras de sus ojos se habían atenuado. El retraso en sus planes de viaje era un pequeño precio a pagar, reflexionó Ravensby,

por volver a ver a Jarvis con mejor aspecto. Tras una buena noche de sueño, el anciano ayuda de cámara volvería a ser el invencible y señorial que era.

Aunque no se sentía en absoluto cansado, Ravensby fingió un bostezo.

—Bueno, creo que me acostaré temprano, Jarvis, y te sugiero que hagas lo mismo. Tengo intención de salir mañana al canto del gallo.

—Muy bien, milord. Puliré sus hessianos y luego…

Pero el barón se movió más deprisa que el ayuda de cámara y cogió el calzado de cuero sucio antes de que Jarvis pudiera alcanzarlos.

—No hay necesidad de que se moleste por eso. Me limitaré a enviarlos abajo, con los criados. Al fin y al cabo, para eso están contratados esos tipos.

—¿Los criados, milord? —Jarvis jadeó, sus facciones se acomodaron en una expresión de digno horror—. ¿Usted... usted confiaría sus hessianos a un vulgar sirviente de una posada?

—¿Por qué no? —Sabe que no soy un dandi, Jarvis. No me importa si puedo ver mi cara reflejada en un trozo de cuero.

—Pero, milord...

—Y… —continuó Ravensby, sus ojos patinando lejos de cualquier contacto directo con los azules indignados de su ayuda de cámara—, ahora está de moda que a uno le pulan las botas.

Era una mentira condenadamente torpe y Ravensby temía enormemente estar causando estragos en el orgullo de Jarvis, pero no iba a permitir que el viejo se sentara a sacar brillo a los Hessian cuando debería estar en la cama. El barón se dirigió con paso firme hacia la puerta. Ravensby la abrió de golpe, preparándose para llamar a uno de los criados de la posada.

En lugar de una de las sirvientas, vio la figura larguirucha del sirviente a unas puertas más allá del pasillo de la posada. El muchacho estaba en cuclillas para acariciar la cabeza de un perro

blanco y negro que le resultaba familiar, y de pie junto a él había una dama de pelo castaño demasiado familiar.

Dios santo, pensó Ravensby, helado en el umbral de su habitación. Aquella mujer Everett seguía corriendo mansamente por el White Hart. Había supuesto que su carruaje había sido reparado y que ella había partido hacía horas.

En ese momento, estaba dando las gracias a las botas por haberle devuelto a su perro.

—Me complace saber que Teddy le parece una criatura tan amigable. En efecto, es de lo más sociable, pero debo advertirle. Me temo que no le ha estado haciendo compañía por motivos totalmente desinteresados.

El muchacho parecía tan desconcertado por esta extraña declaración como el propio Ravensby al oírla. Pero no iba a arriesgarse a otro encuentro con Bethany Everett solo para satisfacer su curiosidad por saber de qué estaba hablando. Intentó retroceder en silencio y cerrar la puerta.

Pero era demasiado tarde. El incorregible Teddy ya le había visto. Con un ladrido alegre, el animal vino galopando hacia él como si Ravensby fuera su amo perdido hacía mucho tiempo. El barón se preparó para el asalto, pero incapacitado como estaba por los hessianos aún aferrados bajo su brazo, tuvo que soportar varios lametones que le barrieron desde la punta de la barbilla hasta el puente de la nariz antes de poder sujetar por el collar al perro.

—¡Cállate, sabueso infernal!, —dijo mientras Bethany se apresuraba a intervenir—. Señorita Everett, ¿no tiene ningún control sobre este desdichado animal?—

—Me temo que ninguno, — dijo ella alegremente. Ravensby pensó que al menos podría parecer un poco incómoda al encontrarse de nuevo con él, teniendo en cuenta las circunstancias de su último encuentro. Pero lejos de parecer desconcertada, parecía absolutamente encantada de verle.

—Lord Ravensby. Esto es espléndido, —dijo—. Pensé que se había ido. Iba a enviárselo por correo, pero ahora no tendré que hacerlo. Espere aquí. No tardaré ni un segundo.

Antes de que el barón pudiera protestar o siquiera preguntar qué demonios era aquello, la señorita Everett giró sobre sí misma y salió corriendo por el pasillo. Ya estaba entrando en una de las habitaciones cuando se le ocurrió que le había dejado para que luchara con su perro.

—Señorita Everett, —echó humo Ravensby cuando la puerta de su alcoba se cerró con un ominoso chasquido. Teddy mostraba un fuerte deseo de entrar corriendo en la propia habitación de Ravensby y conocer a Jarvis.

—Oh, no, no lo harás, —murmuró, aunque necesitó gran parte de sus fuerzas para disuadir al simpático animal. Se las arregló para embestir al muchacho, que se había quedado observando toda la escena con una enorme sonrisa en la cara.

—¿Necesitaría milord un poco de ayuda? —preguntó el muchacho.

—¡No! —dijo Ravensby, tras haber conseguido empujar a Teddy de nuevo a lo largo del pasillo—. Tú solo limpia mis hessianos. Los necesitaré a primera hora de la mañana. —Y a Teddy le ordenó—: ¡Y a ti! Vete. Sigue a tu ama.

Teddy gimoteó. Moviendo la cola, miró con el alma al barón. Endureciendo su corazón contra la mirada lastimera del perro, Ravensby se retiró a su habitación y cerró la puerta de un portazo. Soltó el aliento en un suspiro agitado y procedió a alisarse la corbata, que se le había torcido en el forcejeo con el perro.

Se volvió para encontrarse con la mirada interrogante de Jarvis.

—Milord, sea lo que sea...

Pero la pregunta del anciano ayuda de cámara fue cortada por el sonido de un ligero golpe en la puerta. El perro no podía llamar. Ravensby supuso que tenía que ser ella.

Hizo una mueca y cerró los ojos. ¿Creería Jarvis que se había vuelto completamente loco si

le decía al ayuda de cámara que fingiera que no estaba aquí? No, no serviría. Tampoco podía permitir que su venerable ayuda de cámara abriera la puerta y fuera aplastado por el exuberante Teddy.

—No importa, Jarvis, —dijo Ravensby, moviéndose con una rapidez que desmentía su tono cansado—. Yo me ocuparé de esto.

Con cautela abrió la puerta, pero no había ni rastro del perro, solo de la señorita Everett. Parecía completamente imperturbable, como si fuera lo más natural del mundo que una dama sin escolta llamara a la puerta de la habitación de un desconocido caballero.

Balanceando tres esbeltos volúmenes encuadernados en piel en la mano, dijo con reproche —: Lord Ravensby. No ha esperado.

Antes de que él pudiera responder a esta acusación, ella añadió—: ¿Tiene a Teddy ahí dentro con usted?

—¡No, desde luego que no! —espetó Ravensby.

—¡Maldición! Entonces supongo que ha vuelto a seguir al muchacho. —Y añadió sombríamente—: Como si yo no supiera qué travesuras trama ese perro. —Miró con el ceño fruncido en la dirección en la que presumiblemente había desaparecido Teddy.

El barón se movió impaciente.

—Señorita Everett, ¿quería decirme algo? —preguntó con acentos de la más horrible urbanidad.

—Oh, sí. Sí, había algo. —Su pregunta pareció devolverle la atención. Ravensby se encontró mirando fijamente sus grandes ojos verdes. Notó que no eran precisamente verdes. Tenían motas doradas. ¿O era que tenía ojos dorados con motas de jade? Era difícil saberlo. Sus ojos parecían tener el truco de cambiar según la iluminación y su estado de ánimo. Además, tenía las pestañas oscuras más absurdamente largas que él había visto nunca.

—... y le he tratado muy mal esta tarde.

Con un sobresalto, Ravensby se dio cuenta de que la señorita Everett se estaba disculpando con él.

—No tenía derecho a estar fisgoneando y metiéndome en medio de sus asuntos. Fue abominablemente grosero por mi parte…

—¡Señorita Everett, por favor! —El barón levantó una mano para contener este flujo de palabras sin aliento—. Creo que cuanto menos se hable de este doloroso asunto, mejor. No deseo otra cosa que olvidar que sucedió.

—Pero no puedo olvidar. No hasta que lo enmiende. Tengo un regalo para usted y espero que lo acepte.

¡Un regalo! Ravensby se mordió una exclamación de asombro. ¿Tenía esta joven alguna noción del decoro?

—De verdad, señorita Everett, —dijo—. No creo que deba...

—Oh, por favor, —suplicó ella, extendiéndole la pila de libros con una sonrisa melancólica. Ravensby no habría dicho que Bethany Mary Everett era una belleza, pero se vio obligado a admitir que tenía una sonrisa inusualmente atractiva. No era tímida ni de una cortesía forzada; era cálida y genuina.

Arrastró los pies con incomodidad.

—Bueno, yo...

Su vacilación fue todo el estímulo que ella necesitaba para empujarle con entusiasmo los libros a las manos. Con cierto temor, echó un vistazo al título. La mano oscura a medianoche en tres volúmenes, de G. M. Everett. ¡Dios santo! Ravensby ahogó un gemido. Ahora recordaba la peculiaridad de la señorita Everett. Ella escribía esas malditas novelas de Minerva Press, que iban todas de mujeres desmayadas, maldiciones familiares, hombres corriendo con espadas

haciéndose rasguños, y fantasmas y villanos saliendo del arrimadero.

Mientras el barón buscaba alguna forma civilizada de devolverle La Mano Oscura a la señorita Everett, sintió que algo le rozaba la manga y se sobresaltó al ver que Jarvis intentaba asomarse por el pasillo. Nunca en su vida había conocido Ravensby que su ayuda de cámara mostrara una emoción tan vulgar como la curiosidad.

Bethany Everett hizo una reverencia y sonrió a Jarvis.

—Buenas noches, señor, —dijo— ¿Supongo que usted debe ser el tío de Lord Ravensby?

—Pues no, señorita.

—Este es mi ayuda de cámara, —completó el barón secamente—. Jarvis.

—¡Oh! —La señorita Everett no parecía turbada en lo más mínimo por su error—. Qué asombroso, pues hay un parecido tan notable entre ustedes. Aunque no son del mismo color, ambos tienen unos ojos notablemente bonitos.

Era la segunda vez que la señorita Everett hacía ese comentario idiota sobre que sus ojos eran bonitos, pensó Ravensby con irritación. Ya era hora de que esta entrevista incómoda y excesivamente impropia llegara a su fin. Supuso que la forma más rápida de hacerlo era aceptar amablemente el desdichado libro. Empujó los volúmenes hacia Jarvis y luego se volvió para dar las gracias a la señorita Everett de la manera más rígida.

—En absoluto, —dijo ella—. Solo espero que disfrute del libro. He marcado un pasaje en particular para usted en el segundo volumen. Es donde Anthony, el conde Delvadoro, le propone apasionadamente matrimonio a lady Emeraude.

—¡Señorita Everett!

La dama parecía totalmente ajena a su gruñido de advertencia.

—No quiero insistir, —dijo Bethany—, pero realmente siento que le hacen falta unas

cuantas sugerencias.

—¡No de usted! —Ravensby apretó los labios, esperando hasta que sintió que su creciente mal genio estaba más bajo control antes de continuar—. Le ruego me disculpe, señorita Everett, pero una cosa es la ficción y otra muy distinta la realidad.

—¡Pooh! ¿Por qué habría de serlo?

—¿Por qué debería...? —Ravensby se atragantó. Entonces se dio cuenta de su error. Estaba intentando razonar con la señorita Everett como si fuera una persona cuerda y no una Everett en absoluto. Suspiró—. Intentaré encontrar tiempo para leer el libro, señorita Everett. Ahora no debería seguir de pie en el pasillo de una posada con corrientes de aire.

—Y si se fija muy especialmente en ese pasaje…

—Sí, sí. Buenas noches, Srta. Everett. —Facilitó el cierre de la puerta, oyendo su apagado "Buenas noches, Lord Ravensby" a través del pesado portal.

Se quedó junto a la puerta, escuchando los sonidos de ella retirándose por el pasillo. Frunció el ceño. Una dama de calidad no debería deambular sola por una posada. A pesar de todo el comportamiento inusualmente atrevido de la señorita Everett, Ravensby percibía cierta inocencia infantil en ella. Estaba claro que la señorita no estaba a la altura y necesitaba algún tipo de cuidador.

A pesar de que una voz le recordó severamente que no era de su incumbencia, el barón no pudo abstenerse de abrir la puerta un resquicio y asomarse para asegurarse de que había regresado sana y salva a su habitación.

Vio a la señorita Everett a punto de cruzar su propio umbral cuando su cabeza se dirigió hacia el final del pasillo por donde subían las escaleras desde abajo.

—¡Colette! —dijo la señorita Everett en un tono de leve exasperación—, me preguntaba dónde te habías metido.

Colette. Así que la señorita Everett tenía al menos algún tipo de compañera de viaje, pensó Ravensby con una inexplicable sensación de alivio. Pero su alivio se transformó rápidamente en consternación cuando vio a la descarada mujer que se acercaba a la señorita Everett. ¡Maldición! Era aquella desvergonzada francesa a la que había sorprendido practicando sus seductoras artimañas con Dalton en los establos.

—Perdón, mademoiselle, —dijo Colette—. No hacía más que traerle la leche caliente de las cocinas.

Hizo una reverencia insolente y le entregó el vaso a la señorita Everett. Algo en la expresión de la francesa mientras seguía a la señorita Everett a su alcoba inquietó a Ravensby. La siniestra sonrisa de Colette habría hecho honor a una Lucrecia Borgia.

Era evidente que se trataba de una persona sin carácter, una intrigante ligona. Había que advertir a la señorita Everett y... ¿Y en qué demonios estaba pensando?

El barón cerró la puerta, horrorizado por sus propias nociones fantasiosas. Se estaba dejando llevar por su imaginación a base de presenciar una sonrisa socarrona, albergando pensamientos más dignos de la caprichosa señorita Everett que de su propia mente ordenada. Ravensby se pasó una mano por la frente, preguntándose si la locura podría ser contagiosa.

En cualquier caso, la señorita y su criada no eran asunto suyo. Debería restringir toda relación futura con la señorita Everett.

La Mano Oscura de Medianoche, en efecto, pensó despectivamente. Se aseguraría de instruir a Jarvis para que aquellos volúmenes fueran convenientemente olvidados cuando salieran mañana del White Hart.

Pero cuando Ravensby se volvió, se horrorizó al descubrir que Jarvis -el más correcto y sensato de los caballeros- se había puesto las gafas y ya estaba profundamente absorto en el Volumen Uno.

Notas

[1] Un fichu es un pañuelo grande y cuadrado que usan las mujeres para rellenar el escote bajo de un corpiño

[2] Un bretzel, pretzel o lazo salado es un tipo de galleta o bollo horneado y retorcido en forma de lazo, con un sabor ligeramente salado.

[3] Se llamó demi monde, entre los siglos XVIII y principios del XX, a cierta clase de mujeres galantes. En la Francia del siglo XIX, la demi-mondaine era una mujer cuya condición oscilaba entre la de prostituta de lujo y la de amante mantenida por los parisinos adinerados. El término deriva de una obra de teatro llamada Le Demi-Monde, de Alexandre Dumas, hijo, publicada en 1855.

[4] Un hackney era la forma coloquial con que se denominaba a un carruaje de alquiler.

[5] Coiffure es la forma de cortarse o arreglarse el cabello

[6] El Spencer es una chaquetilla corta y de manga larga, usada primordialmente a principios del siglo XIX